



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
CENTRO DE RELACIONES INTERNACIONALES



LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS EN MEDIO
ORIENTE; EL CASO DE SU RELACIÓN CON ARABIA SAUDITA:
INTERDEPENDENCIA Y RUPTURA.

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES

PRESENTA:

RODRIGO NAVARRO GARCÍA

Apoyado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA), UNAM.
Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT).

Director de Tesis:
Dr. Edmundo Hernández-Vela Salgado
Profesor Emérito

Ciudad Universitaria, 2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Jehová, mi padre celestial, por jamás abandonarnos.

*A mi madre, el ALMA motora de mi vida, por tu ejemplo de valentía, por hacer de mí todo
lo que soy.*

*A mis hermanas Ximena y Rocío, eternas y fieles compañeras del mismo viaje, las mejores
sinodales de mi desarrollo personal y profesional.*

A mi tío Beto, padre, amigo y maestro, por formarme como hombre honesto y solidario.

*A mi papá, Martín Navarro, por la herencia en el gusto por lo que hago y las cualidades
necesarias para ello.*

*A la memoria de mi abuelo Felipe, por enseñarme las virtudes de la paciencia y la
tolerancia, vitales en mi crecimiento académico.*

*A mis hermanos Osvaldo, Marifer, Dani, Camila, Tere, Martín Alonso y Humberto, por
llenar mi vida de alegrías.*

A Cristina, por tu confianza, paciencia, lealtad, amor y ternura.

Los Amo.

Agradecimientos

A la Universidad Nacional Autónoma de México, nuestra Máxima Casa de Estudios, por formarme de manera integral como individuo, ciudadano, universitario y mexicano, e infundir en mi los valores de la responsabilidad, la honestidad y el respeto; por darle un sentido a mi existencia e impregnar en mí la visión humanista que ayude a reivindicar la dignidad de todos los seres sobre la Tierra.

A la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, en cuyas aulas y espacios inicie mi batalla personal en contra de la ignorancia, los pretextos y los prejuicios; lugar inmortalizado en mi memoria como manantial de conocimientos y fuente del debate, la discusión y la negociación.

A mi mejor maestro y médico de cabecera en las Relaciones Internacionales, el Dr. Edmundo Hernández-Vela, Profesor Emérito de nuestra Máxima Casa de Estudios; por sus finas atenciones en la elaboración de este trabajo, así como por iniciarme en el camino de la docencia y respaldarme en todo ámbito de mi quehacer profesional. Por solidificar en mí el orgullo de ser internacionalista y hacerme parte de su equipo de trabajo. Por su valiosa amistad y confianza puestas en mí.

A mis sinodales, el Dr. Leopoldo González Aguayo, por darle vida a mi Geografía; a la Dra. María de Lourdes Sierra Kobeh por enamorarme del Medio Oriente; al Mtro. Jesús Gallegos Olvera, como ejemplo de que la sabiduría no se restringe por la corta edad, por ayudarme de manera invaluable a conocer a Estados Unidos y romper con prejuicios de antaño. A la Mtra. Sandra Kanety Zavaleta Hernández, por sus apreciaciones oportunas en torno al desarrollo humano, por su minuciosa revisión de mi trabajo; a todos ustedes, por haberme ayudado a consolidar esta obra.

A mis amigos de los Proyecto PAPIIT *Paz y Seguridad y Desarrollo* y PAPIIME *Actualidad y Prospectiva en la Enseñanza de la Política Internacional*, porque con ustedes encontré el verdadero significado de la amistad y el trabajo en equipo, las experiencias en el cubo

completaron mi formación universitaria. Gracias Priscila, Luis, Alba, Vero, Fave, Sandra, Danae y Fausto, los quiero.

A mi mejor amigo, Gustavo Lira Antelis, por brindarme apoyo, confianza y camaradería durante los cinco años de la carrera, por compartir sueños y metas a las que jamás renunciaremos; por su ejemplo en la seriedad de nuestra labor intelectual.

A toda mi familia, por facilitar un ambiente lleno de amor y paz a lo largo de mi vida, por la incondicionalidad que han mostrado para mi persona. En especial agradezco a mis tías Toña, Norma y Claudia, por su cariño de segundas madres, a mi tío Víctor por su incansable y sincero interés en lo que hago, y a mi tío Genaro por la firmeza en su determinación de cuidar a la familia.

A todos mis profesores, compañeros y alumnos en la carrera de Relaciones Internacionales, por su contribución a mi desarrollo no sólo profesional, sino personal.

A todas las personas que de alguna manera han contribuido al éxito de este trabajo.

Al pueblo mexicano, por hacer realidad el privilegio de la educación superior pública y gratuita.

POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU

Índice

Introducción	1
1. Fundamentos de la política exterior de Estados Unidos en la región de Medio Oriente	
1.1. El factor del petróleo y la seguridad energética	7
1.2. La localización estratégica de la región y la Geopolítica	24
1.3. Las relaciones y alianza con Israel	38
1.4. Los discursos de la acción anticipatoria y el choque de civilizaciones	53
1.5. La política del poder	67
2. La interdependencia entre Estados Unidos y Arabia Saudita	
2.1. Análisis de la noción “petróleo a cambio de seguridad”; la política exterior de Arabia Saudita	75
2.2. Los proyectos de modernización en el Reino de Arabia Saudita	86
2.3. La contención del comunismo durante la Guerra Fría.....	103
2.4. El año 1979 y la emergencia de un nuevo “Guardián del Golfo”	122
3. Interdependencia y ruptura: Los cambios, debilidades y retos de la relación Estados Unidos- Arabia Saudita	
3.1. La Guerra del Golfo en 1991 y sus consecuencias	135
3.2. Descontento social: La amenaza a la legitimidad de la familia Saud ante la crisis de gobernabilidad interna	149
3.3. El impacto del 11 de septiembre de 2001 sobre las relaciones Estados Unidos-Arabia Saudita	157
3.4. La guerra contra el terrorismo	173
3.5. La reconfiguración de la relación y su posible ruptura: escenarios y repercusiones locales, regionales y mundiales	184
Balance general y conclusiones	203
Fuentes consultadas	211

Introducción

A lo largo de la historia de la humanidad, el Medio Oriente ha jugado un papel de gran importancia en el desarrollo de la sociedad internacional y de su devenir económico, político, social y cultural. Considerada como la cuna de la civilización, la región se ha erigido en el centro de las ambiciones de las diversas potencias imperialistas que, de manera constante y continua, han reconocido la importancia tanto política como estratégica que posee la región dentro del juego de dominación mundial. No se trata únicamente de su gran riqueza en recursos naturales, donde el petróleo cobra gran relevancia, lo que despierta el interés por el control de su espacio, sino también el hecho de ubicarse en el vértice de encuentro de tres continentes y la ventaja geopolítica que ello supone, lo que le otorga un gran valor esencial e indiscutido para la política internacional contemporánea, siendo esta posiblemente, la razón por la cual el conflicto y la inestabilidad política parecieran ser condiciones inherentes a su naturaleza. El intervencionismo por parte de poderes ajenos a las realidades local y regional de la zona, desestabilizan de manera determinante las condiciones sociales, políticas y económicas del entorno, trastocando la lógica endémica particular y al mismo tiempo reproduciendo los factores que engendran la imagen de inestabilidad otorgada a la región.

Su enorme importancia, así como constante presencia dentro de los cálculos políticos de las distintas potencias mundiales que han sembrado intereses profundos en estas tierras, no son, lamentablemente, proporcionales al conocimiento que la gran mayoría de la población mundial posee al respecto. Inmersos en la lógica corrosiva de un discurso dominante caracterizado por analizar subjetivamente lo que a todas luces entraña condiciones objetivas, ha hundido a la generalidad de la opinión pública mundial en prejuicios acartonados con centenares de estereotipos en torno a la región y los pueblos que la habitan, prejuicios etnocentristas que dificultan la profundidad y calidad del análisis detallado que rompa con una cortina que obnubila toda capacidad comprensiva. Dicha falta de información deriva en el escaso, prácticamente nulo, entendimiento de experiencias de vida distintas, sembrando las semillas de la intolerancia y el odio, interponiendo barreras culturales artificiales y manipulando al antojo de unos cuantos la racionalización de lo irracional; el subconsciente del individuo adopta formas de razonamiento ilógicas derivadas del bombardeo desinformativo proveniente de los centros de poder, aprehendiendo modelos interpretativos cerrados y rayanos en malformaciones ideográficas de la realidad.

Este fenómeno se extiende con mayor facilidad en los países cuyas condiciones difieren en manera contrastante con aquellas que se reproducen en ambientes particulares, alteridades

distanciadas físicamente por el entorno; mientras más lejana geográficamente hablando se encuentra una región de otra, mayor parece ser el grado de ignorancia entre las poblaciones que habitan cada una de ellas. A pesar de la globalización de las tecnologías de la comunicación e información, que supuestamente franquearían las barreras impuestas por la discontinuidad geográfica del espacio planetario, el pleno entendimiento de realidades alternativas de la experiencia humana no se ha alcanzado debido en gran parte al monopolio ejercido sobre éstas y, en consecuencia, a la parcialidad de los contenidos difundidos por las mismas. México lamentablemente no es la excepción; la deficiente educación de nuestra población, acompañada de la subordinación poco disfrazada de los medios de información a las directrices de la potencia mundial, solidifica estereotipos casi infantiles con relación al Medio Oriente y sus pueblos. La imagen interiorizada en las colectividades, del individuo árabe viajando en camello por el desierto con una espada colgada a la cintura en busca del oasis más cercano y rodeado de mujeres bellas cuyo único talento es su sensualidad en el baile y el canto, es igual de inexacta a la del mexicano arropado en su zarape y cubierto con un sombrero de paja, descansando bajo un nopal.

Asimismo, el arquetipo que nuestra sociedad ha configurado para calificar la inestabilidad política y la crisis estructural de los pueblos árabe y musulmán, responde en gran medida a los deseos de la potencia dominante, Estados Unidos, para que se respalde su cruzada “civilizatoria” por todo Medio Oriente, enfocada a arrastrar con la barbarie de sus pueblos, su incapacidad intelectual y ultra conservadurismo religioso e intercambiándolos por la magnanimidad del mercado y la democracia, aun resumida al simple ejercicio electoral, a la que nuestras sociedades están acostumbradas. Desafortunadamente este tipo de errores, que estigmatizan lo que por naturaleza es cambiante y distorsionan los hechos con miras a obtener beneficios específicos, no se restringen a la población medianamente educada, sino al propio universitario y, más aún, a algunos internacionalistas poco interesados en el análisis detenido de los problemas particulares que aquejan a la región. De ahí el interés de esta investigación por derribar armazones pseudo-intelectuales que con el afán de interpretar de manera sencilla la complejidad de la realidad, terminan por adoptar, sin discusión previa, la producción mediática del sistema y reducirlo todo a clichés caricaturescos cuando se analizan de manera desagregada los elementos que componen situaciones determinadas.

Este comportamiento es recurrente cuando se intenta el análisis de los fundamentos de la política exterior estadounidense en Medio Oriente, sobredimensionando el factor petróleo y aminorando el papel que los distintos actores en la región juegan de manera activa, más aún, la imbricación de éstos con los producidos por la potencia mundial. Los altos niveles de conflictividad

en la región, herencia de la historia colonial e imperialista del mundo “occidental”, obligan al internacionalista y al público en general a descubrir las intenciones y acciones que esconde tras de sí la lógica de la política exterior estadounidense en Medio Oriente, así como su discurso de confrontación, que no es más que un reflejo de los usos de la ciencia y el conocimiento como herramientas de asequibilidad de objetivos específicos. Tanto la pretendida “guerra contra el terrorismo”, como el ignominioso “choque de civilizaciones” o la cínica “acción anticipatoria”, vistos como elementos discursivos y legitimadores de la actual política estadounidense, nos invitan a la reflexión y el análisis concienzudo de los acontecimientos más importantes de la región y no por ello, profundamente analizados. Debido a esta razón es que esta obra trata de desentrañar dichos fundamentos a partir de un análisis de caso particular, el de las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudita. La importancia de realizar este estudio radica en la necesidad de desentrañar los lazos poco analizados de una de las relaciones más particulares habidas entre dos Estados de gran peso en la arena internacional; esto no sólo por la naturaleza propia de cada uno de ellos y la relativa contradicción recíproca entre sus sistemas, valores e intereses, sino por el móvil de importancia que juega sobre Medio Oriente de manera particular, así como de la política internacional contemporánea.

Sin duda alguna, el petróleo es un factor significativo dentro de la relación estratégica habida entre ambos Estados, tal y como lo es en cualquier trato que Arabia Saudita tenga con cualesquiera otros países. No podría ser de manera distinta para un país que se encuentra asentado sobre más de un cuarto de las reservas probadas mundiales del líquido negro y que depende del mismo en un 90% del total de sus ganancias por concepto de exportaciones. Pero, mientras que el crudo explica el valor que representa el Reino de Arabia Saudita para los intereses estadounidenses, no permite aclarar la fuerza de la relación llevada a niveles inimaginables; después de todo, las relaciones de Washington con otros grandes exportadores de oro negro, como Rusia, Irán, Libia y Venezuela, se han caracterizado por un alto grado de conflictividad. Política y militarmente, Estados Unidos y Unión Soviética fueron rivales acérrimos durante todos los años de la Guerra Fría (1946-1975) y la etapa del relajamiento de tensiones (1962-1990); durante 30 de los 36 años que comprende el período de 1967 a 2003, Estados Unidos no mantuvo relaciones políticas oficiales con Iraq, a pesar de que sus reservas estimadas de petróleo ascienden a 115 billones de barriles, sólo por detrás de Arabia Saudita en este rubro; Irán, poseedor del 10% del petróleo del mundo, ha vivido durante más de 20 años bajo restricciones y sanciones económicas provenientes de Washington, situación que se reproduce en el caso de Libia; en el año 2002, la administración Bush promovió de

manera encubierta un intento fallido para remover al presidente venezolano Hugo Chávez del poder en ese país, a pesar de que Venezuela es uno de sus principales socios comerciales en materia energética; dos años después, en 2004, los estadounidenses promovieron una serie de restricciones económicas internacionales a Sudán, en particular a sus exportaciones petroleras, en respuesta a la denuncia de una serie de violaciones a los Derechos Humanos por parte de su gobierno. Como puede observarse, distintas administraciones en el gobierno de Estados Unidos han mostrado su clara voluntad para cargar con los costos generados por malas relaciones con Estados ricos en petróleo.

Es cierto que la habilidad de Arabia Saudita para soportar los costos de mantener al máximo su capacidad productiva en el ramo petrolero y su voluntad por llenar el mercado internacional energético con grandes cantidades de crudo en tiempos de crisis, es única dentro del resto de los productores internacionales del mineral. El Reino es el jugador clave del mercado energético mundial y tiene una influencia directa sobre los precios internacionales del valioso recurso; Arabia Saudita representa alrededor del 85% de la capacidad productora de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que, en situaciones de inestabilidad en países como Iraq, Venezuela, Nigeria, o en cualquier otra región importante dentro de la cadena energética, podría representar cerca del 50% de la capacidad de producción mundial. Si algún acontecimiento golpeará a alguno de los grandes productores del mundo, dañando su capacidad de producción, el único actor a nivel global capaz de reponer amplios volúmenes de la capacidad perdida, es Arabia Saudita. Más aún, las distintas políticas estadounidense de sancionar y restringir relaciones con distintos países productores del oro negro, han reforzado la importancia de la posición estratégica del Reino como garante del mercado energético mundial; la existencia de buenas relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudita ha permitido al primero, tomar la decisión de interrumpir sus relaciones con otros Estados, e incluso imponer sanciones sobre sus exportaciones, y al segundo, privilegiarse de los favores de Washington en los ámbitos económico, político y militar, sin someterse de manera férrea a las directrices del hegemon. Esto obliga a preguntarnos dónde radica el punto vital de las buenas relaciones entre ambos actores.

El petróleo por sí mismo no explica por qué durante la década de los cincuentas, Estados Unidos buscó la forma de convertir al rey Saud en un líder reconocido por todo el mundo musulmán. La influencia del liderazgo saudita a nivel regional como protector de los lugares santos de la Meca y Medina, así como garante del respeto integral de la fe islámica, y la importancia que esto significaba para la agenda de la campaña anticomunista estadounidense, es una mejor

explicación al porqué de la solidez de la relación. La lógica del beneficio petrolero que reporta Arabia Saudita a Washington no explicaría por qué las relaciones entre ambos Estados en la década de los ochentas se hizo extremadamente íntima a pesar del crecimiento acelerado de la deuda pública saudita y la caída dramática de los precios internacionales del crudo. El interés compartido por contrarrestar la expansión de la influencia soviética en Medio Oriente refleja de manera más clara el núcleo de la mutua dependencia, sólo así se justifica la inversión multimillonaria de la monarquía en actividades anticomunistas. La localización geográfica estratégica del Reino, así como su ferviente identidad religiosa, condicionaron igualmente la manera en que Estados Unidos definió sus intereses regionales y favoreció el desarrollo de una unión estratégica tan importante a nivel internacional, más aún cuando Washington perdió en 1979 a Irán como su aliado invaluable en la región. Sin embargo, dicha unión parece resquebrajarse a partir de los acontecimientos de la década de los noventas, y más aún a partir del once de septiembre de 2001, los cuales han exacerbado las contradicciones sobre las cuales se fundó el lazo de conveniencia que mantenía en aparente connivencia a las distintas administraciones al mando de ambos Estados durante toda una época.

En síntesis, la relación existente entre Estados Unidos y Arabia Saudita va más allá de la ecuación seguridad energética-seguridad militar, es una alianza estratégica de Guerra Fría diseñada a partir de intereses específicos promovidos por la política exterior estadounidense así como producto de intereses particulares de la casa gobernante en el Reino. Dicha alianza ha logrado sobrevivir a varias crisis a partir de su consolidación; no obstante, una serie de procesos de cambio tanto en el nivel interno como externo de los factores y actores que han dado vida y longevidad a esta relación, ponen en riesgo su continuidad. Si dichas condiciones de crisis no logran ser superadas, se esperan cambios que afecten los escenarios local, regional e internacional y la supervivencia de la relación misma. Por otro lado, las estructuras internas políticas e ideológicas de ambas sociedades resultan incompatibles a partir del discurso empelado por ambas partes para validar y legitimar sus proyectos nacionales, pero no para el desarrollo de una relación de cooperación estratégica entre los dos Estados, ya que dichas barreras no representan un obstáculo para la consecución de los intereses nacionales, y una aplicación conveniente de la política del poder. Esta relación demuestra que no existe un choque de civilizaciones, sino un realismo político que más allá del espíritu de cooperación y valoraciones de orden moral impone la satisfacción de necesidades y objetivos estratégicos.

Por todo ello es imprescindible realizar un análisis detallado de cada una de las condiciones que dan vida a este lazo estratégico, para evitar el reduccionismo monocausal o la generalidad derivada de estudios poco especializados que sólo fomentan apreciaciones parciales. Dentro de este esfuerzo, mediante el cual se señala la posibilidad de comprender cómo dos actores aparentemente opuestos recrean una alianza de corte estratégico, se reconoce el imperioso reto de analizar y estudiar los procesos mundiales a partir de una lógica multidisciplinaria que no reduzca la complejidad a modelos de interpretación sistémica dominados por paradigmas temáticos cerrados como el choque de civilizaciones, los estados fallidos y la teoría de la “paz democrática”. Ello se sustenta en la lucha para despojar al lector de prejuicios fomentados por la mediatización de la información promotora de la ideología imperante que etiqueta a todo lo que les contrario o no asimilable a su patrón de acción global como vicio y amenaza a la supuesta “civilización”, así como para analizar con mayor precisión la complejidad de cada uno de los procesos previamente mencionados. La necesidad de alcanzar esta meta, así como la particular y apasionante temática a desarrollar en esta investigación, sin olvidar la importancia en destacar la proyección hacia qué tipo de procesos, provenientes de la interdependencia y ruptura de esta relación, podemos esperar y cuáles serán sus posibles repercusiones para la sociedad internacional y los *statu quo* local, regional y mundial son los objetivos de la misma.

1. Fundamentos de la política exterior de Estados Unidos en la región de Medio Oriente

1.1. El factor del petróleo y la seguridad energética

La relación entre petróleo y poder es simple; petróleo es energía, energía es riqueza, riqueza utilizada con destreza política es la ruta hacia el poder¹. Sin lugar a dudas en la actualidad uno de los temas que ocupa un nivel de preponderancia en la agenda y el estudio de las relaciones internacionales es el de la cuestión energética. La energía es fundamental para cualquier país, aquél sin las fuentes necesarias que le permitan satisfacer sus necesidades se ve impelido a buscarlas para sobrevivir; tal y como lo expresara el presidente egipcio Nasser: *el petróleo es el nervio vital de la civilización, y sin él ésta no puede existir*². La economía mundial y el complejo industrial capitalista forjados tras la emergencia de la segunda Revolución Industrial, sustentada en el uso del petróleo como combustible indispensable para el desarrollo del proceso económico en sustitución del carbón, nacieron condicionados a la estabilidad en el flujo del oro negro como situación fundamental para perpetuar su funcionamiento.

Para nadie es desconocido el hecho de que el proceso de estructuración de dicho mecanismo de organización planetaria, asentado en el mercado, se enmarca bajo la presencia de condiciones desiguales entre cada uno de los actores que toman parte dentro del mismo. Ello es de sobra conocido y han existido intentos analíticos y esquemáticos por interpretar dicha realidad presumida en ocasiones como interdependiente. La realidad es que en el caso de la tenencia en cuanto a recursos energéticos, la situación es sencilla: existen países que los poseen y aquellos que no. Irónicamente, el mayor número de reservas probadas explotables en cuanto a petróleo se refiere, se encuentran concentradas en naciones subdesarrolladas y que fueron relegadas a un segundo plano del mapa político mundial tras la configuración del orden internacional de postguerra en 1945. Por otra parte, la gran mayoría de las economías industrializadas depende notoriamente de importaciones del líquido vital provenientes de aquéllos Estados bendecidos, o quizá maldecidos, por los caprichos de la geología. De esta manera, en la mayoría de los casos de los países que mayor requerimiento energético presentan, a saber: las economías desarrolladas, no se cuenta con los recursos suficientes para satisfacer las necesidades impuestas por sus ritmos de producción y de vida. Cuando una economía nacional desborda los límites de la formulación básica de la economía, que reza que únicamente se puede consumir lo que se produce, sólo puede evitar su quiebra si se alimenta de recursos ajenos. En el complejo mundial contemporáneo las economías nacionales

¹ Cfr. Al-Sowayegh Abdulaziz; *Arab Petropolitics*. Croom Helm, Gran Bretaña, 1984, s/p.

² Gamal Abdel Nasser en Al-Sowayegh Abdulaziz; *ibid.* p. 93.

viven y seguirán viviendo en permanente dinámica de intercambio, dentro de ciertos límites equitativos, ese intercambio es altamente beneficioso para todas las partes, más allá de esos límites, se transforma en una vía de explotación, que en el lenguaje técnico se denomina desequilibrio de la balanza comercial³. Así es como se logra paliar la escasez inicial de recursos naturales, por vía de la obtención, bajo cualquier forma, de condiciones que brinden la seguridad al Estado en cuestión, de poder contar con la cantidad necesaria de recursos indispensables para su desarrollo, dependiente ésta, de los imperativos nacionales de sostenibilidad económica así como los objetivos particulares de crecimiento. Dichas condiciones entrañan lazos de dependencia creados bajo un marco histórico específico, el desarrollo del capitalismo, y se encuentran resguardados bajo una serie de candados políticos, económicos y en ocasiones militares.

A partir de la división internacional del trabajo, configuradora de la dinámica de intercambio previamente señalada, que reparte responsabilidades a las distintas sociedades dentro del entorno planetario, es que se configura la tan aludida situación de dependencia, entendida como una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas para asegurar la reproducción ampliada de la misma⁴, que forma parte imprescindible del modelo de producción mundial. Entre economías desarrolladas y subdesarrolladas no hay sólo una diferencia de etapa en el sistema productivo, sino también de función o de posición dentro de la estructura económica internacional de producción y distribución de los distintos bienes de consumo⁵. Dichas relaciones de dominación (política, económica y social), consagran estructuras de dependencia en las que generalmente, la economía exportadora (subordinada) más que ser el producto de una economía internacional fundada en la especialización productiva, es una formación social basada en el modo capitalista de producción, que acentúa hasta el límite las contradicciones que le son propias a este sistema, tales como el desarrollo desigual de las partes dentro del ciclo económico, constatable en la creciente brecha entre los niveles de riqueza y pobreza de la población a nivel mundial y consecuencia directa de la contradicción esencial descubierta por Marx: producción social de las distintas mercancías *versus* acumulación privada del capital. Al hacerlo, configura de manera específica las relaciones de explotación en que se basa, y crea un ciclo de capital que tiende a reproducir en escala ampliada la dependencia en que se encuentra frente a la economía internacional⁶, lo que genera que dichas

³ Cfr. Sergio Bagú; *Catástrofe política y teoría social*. Siglo XXI, México, 1997, p.140.

⁴ Cfr. Ruy Mauro Marini; *Dialéctica de la Dependencia*. ERA, México, 1973, p. 18.

⁵ Gonzalo A. Bravo y Vera; *El petróleo como elemento de negociación de los países subdesarrollados: su proyección a otras materias primas*. FCPS, México, 1977, p. 5.

⁶ Ruy Mauro Marini; *op. cit.* p. 53.

sociedades se erijan, en términos de Rosa Luxemburgo, como simples mercados suplementarios⁷ que se ajustan y sirven únicamente al funcionamiento general del sistema de producción mundial imperante, y más aún, a las exigencias de los polos desarrollados por vía de la mecánica de exportación bajo la máxima del libre mercado. Es así como el sacrificio del consumo individual de los trabajadores concentrado en aras de la exportación al mercado mundial deprime los niveles de demanda interna de cada uno de los pueblos y constituye al mercado mundial como única salida para la producción⁸, sin importar las condiciones bajo las cuales se desenvuelve la vida particular de las distintas colectividades. Esta constatación halla una de sus argumentaciones centrales en el caso de la mayoría de las economías dependientes de sus exportaciones petroleras; se produce para la venta y exportación y no para el consumo que favorezca la aceleración del proceso de desarrollo interno, generando al mismo tiempo condiciones de vulnerabilidad ante las constantes inestabilidades del mercado en torno al precio de las materias primas.

Al ser vital a los intereses del capital internacional, el petróleo se convierte en una fuente y fuerza de negociación política de los países que administren su producción y distribución. La importancia que sigue guardando el petróleo en las relaciones internacionales se refleja en la interdependencia que se ha creado entre la mayoría de los países consumidores y productores de hidrocarburos. Así, por ejemplo, encontramos que a pesar de que ya no existe una confrontación directa entre Rusia y Estados Unidos y que la región de Europa central ya se está integrando, o por lo menos acercando, a su contraparte occidental, esto no evita que los países ex socialistas sigan dependiendo del petróleo y del gas rusos, lo cual los obliga en cierta forma a frenar y sopesar con mayor detenimiento sus intentos de integración con la Unión Europea. Otras naciones que siguen dependiendo de los hidrocarburos rusos son las ex repúblicas soviéticas, sobre todo las de la parte europea como Bielorrusia, Ucrania y Moldavia, además de Letonia, Lituania y Estonia. Todas estas naciones ex soviéticas, a pesar de su supuesta independencia de Rusia, siguen dependiendo de los energéticos de este país para poder desarrollar su economía. La situación es aún más grave en la región de Asia central, donde Tayikistán y Turkmenistán dependen en alto grado del petróleo y el gas de la Federación rusa.

⁷ Por mercado suplementario entendemos la formación de un enclave económico, político y social, contenido generalmente dentro de las fronteras de un Estado en particular, donde se estructura la vida entera de una sociedad para servir como proveedor de insumos básicos al sistema de producción capitalista mundial. Dicha formación se convierte en rentista del mercado internacional y reproduce de manera cíclica el lugar que ocupa dentro del sistema en su totalidad; es decir, perpetúa las relaciones de explotación a nivel interno y consolida su relación de dependencia con respecto a los ciclos económicos mundiales y a los polos que los dirigen.

⁸ Ruy Mauro Marini; *op. cit., idem.*

Esta situación de dependencia petrolera con respecto de Rusia por parte de algunas naciones de Eurasia se presenta en otras regiones, lo cual marca también las relaciones internacionales entre los distintos Estados involucrados. En Asia, por ejemplo, están los casos de Japón y de las llamadas economías de reciente industrialización⁹, los cuales dependen en un altísimo grado de los hidrocarburos provenientes de la región del Golfo Pérsico e incluso de África. Lo mismo ocurre en América, donde Estados Unidos importa cantidades importantes de crudo especialmente de México y Venezuela. Al mismo tiempo, a pesar de que en la actualidad se siguen probando nuevas fuentes de energía con el propósito de sustituir al petróleo y al gas, debido a las exigencias que representa el acelerado deterioro ambiental, por energías más limpias, todavía falta bastante para su uso y comercialización en niveles amplios. Esto se debe al hecho de que la producción de energía a partir de las fuentes eólica, de hidrógeno, solar, biotecnológica y marina, son todavía muy caras e inaccesibles ante el actual desarrollo tecnológico de las naciones, lo cual inhibe su explotación. El uso de estas fuentes alternas de energía, que son más limpias, únicamente sucederá cuando así convenga a los intereses de las grandes potencias económicas mundiales, como China y Estados Unidos, y a sus transnacionales petroleras¹⁰.

Como puede apreciarse, los temas de energía en la actualidad recaen de manera directa sobre los temas de seguridad, y para ello es necesario definir a esta última; por dicha noción debemos entender que una nación es segura en la medida en que los valores centrales de su organización y propios de su fundación no son amenazados ni sacrificados bajo ninguna circunstancia. El tema de la seguridad es la discusión acerca de la búsqueda de la libertad que tiene un actor de cualquier amenaza¹¹. En el caso de la sociedad internacional, la seguridad implica la habilidad que tienen los Estados y las sociedades para mantener su independencia de identidad y su integridad funcional bajo cualquier circunstancia que se les imponga. De ello podemos derivar que dicha noción no representa otra cosa más que una visión estructurada con base en apreciaciones de corte subjetivo, lo cual dificulta no sólo su definición, sino su justificación, validez y legitimidad. Lo que entraña seguridad en visión de algún actor internacional puede de manera directa menoscabar la seguridad de otros, o ser vista como una amenaza latente a cualquier colectividad bajo el punto de partida de su propia subjetividad. En el caso de los energéticos, los Estados reconocen el nivel de importancia

⁹ Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong, este último reincorporado a la plena soberanía de China en 1997.

¹⁰ Miguel García Reyes y Gerardo Ronquillo Jarillo; *Estados Unidos, Petróleo y Geopolítica. Las estrategias petroleras como un instrumento de reconfiguración geopolítica*. Plaza y Valdés, México, 2005, p. 79.

¹¹ Cfr. John Baylis; "International and global security in the pos-cold war era", en John Baylis y Steve Smith; *The globalization of world politics: an introduction to international relations*. Oxford University Press, New York, 2004, p. 255.

que poseen los hidrocarburos en el ciclo económico mundial para la conservación del *statu quo* local, regional e internacional, y por ello los califican como elementos imprescindibles de sus valores estratégicos.

En la actualidad, el concepto de seguridad desborda su antigua concepción clásica, limitada a los temas de la integridad física de los Estados y el conflicto armado, centrada en las posibles agresiones directas entre los miembros de la sociedad internacional, para ser abordada de una manera multidimensional. Con la expansión de la ideología neoliberal a lo largo y ancho del planeta, bajo las alas del proceso conocido de manera popular como globalización¹², las nociones básicas de seguridad tornan hacia una visión que incluye a los factores político, económico, social y ambiental como elementos indiscutibles de la misma.

De esta manera, aún con una concepción minimalista de la definición tradicional de seguridad, la vieja y absurda distinción entre alta política y baja política, entendida como aquella en la cual los temas de corte político-militar comprenden las cuestiones de “jerarquía” en las agendas de los Estados, al tiempo que el resto de las temáticas, económica, social y ambiental, entre otras, se encuadran en la esfera de la “baja política”, resulta artificial e inapropiada. Los Estados no son autónomos ni respecto a los vaivenes del mercado internacional ni a la inestabilidad política interna de sus respectivas sociedades o del mundo en su conjunto. No debemos subestimar los giros y raíces económicas de los poderes militar y político de los Estados como componentes esenciales del poder nacional; sería un grave error exagerar la independencia de las naciones respecto a variables de corte económico o político-social¹³ bajo las que se encuentran inmersas.

¹² El término de globalización es uno de los vocablos frecuentemente utilizados tanto en las pláticas cotidianas y en los discursos políticos, así como en las discusiones académico-científicas. No obstante, el término hace referencia exclusiva y estrictamente a los fenómenos de naturaleza o base física que abarcan todo el globo terráqueo, como el de las telecomunicaciones, la informática y las redes de información; por lo cual resulta impropio hacer uso de él para referirse a los procesos de carácter eminentemente social que están y son mejor comprendidos en el término de mundialización. La mundialización comprende un proceso permanente, continuo e incrementadamente complejo, inherente a la humanidad y por lo tanto característico de su evolución y desarrollo, de extensión y generalización creciente y progresiva a todo el mundo de fenómenos y sucesos de naturaleza eminentemente humana de muy diversa índole. Así, la mundialización implica la evolución en la sociedad internacional de los procesos sociales inherentes al desarrollo de la humanidad, de los patrones, modelos o paradigmas consuetudinarios, ideológicos, políticos, sociales, económicos, culturales, religiosos, formas de desarrollo, etcétera, de las diferentes naciones que pueblan la Tierra, cuya interrelación y transformación gradual tiene como fin último la constitución de una sociedad mundial. Ésta cuestión ha alcanzado enorme notoriedad y significación debido a la aceleración e intensificación que le han imprimido los adelantos científicos y tecnológicos, especialmente los alcanzados en los campos de la información y las telecomunicaciones (globalizados en el sentido previamente descrito), y se manifiesta en la pretendida existencia formal de un mercado libre mundial y una sociedad de la información del mismo rango, e influye en la conducta, las relaciones y la toma de decisiones, políticas y acciones de los sujetos de la sociedad internacional. *Cfr.* Edmundo Hernández-Vela Salgado; *Enciclopedia de Relaciones Internacionales*. Editorial Porrúa, México, séptima edición 2010, en prensa.

¹³ *Cfr.* Norrin Ripsman; “False dichotomies: Why economics is high politics”, en Peter Dombrowski; *Guns and Butter: the political economy of international security*. Lynne Rienner Publishers, London, 2005, pp. 15- 31.

Siguiendo dicha lógica, uno de los elementos que mayor preponderancia adquiere dentro de los aspectos fundacionales de la concepción de seguridad de un Estado es el relativo a su seguridad energética, entendida como el estado en el cual se cuenta con una sensación de estabilidad respecto a la capacidad funcional del ente estatal con las condiciones óptimas para asegurar su permanencia y viabilidad en el tiempo; la energía es vital para toda economía. Sin embargo, es importante recordar que una seguridad estable sólo puede alcanzarse en la medida que ciertos grupos la obtengan sin privar para ello a otro grupo de la misma, situación que está lejos de suceder en cuanto a la esfera energética mundial se refiere por el cúmulo de cuestiones previamente señaladas.

Es así como a partir de la década de los ochentas del siglo pasado, en el marco de los urgentes requerimientos energéticos de Estados Unidos y coincidiendo con la llegada de grupos conservadores al gobierno de ese país –entre los que destacan los del rubro petrolero que tienen su sede en los Estados de Texas, Florida y Luisiana-, en la Casa Blanca comenzó a diseñarse una serie de estrategias para beneficiar económicamente a esos grupos y, al mismo tiempo, para asegurar a ese país el abasto de crudo y gas, principalmente proveniente del exterior. Por su fuerte contenido no sólo técnico sino también político, estas estrategias petroleras cumplieron con sus propósitos y al mismo tiempo produjeron importantes cambios geopolíticos, los cuales transformaron por completo la faz política del planeta¹⁴.

En total, de 1980 a 2004, la Casa Blanca implementó cuatro estrategias petroleras, a través de las cuales logró asegurar el abastecimiento de hidrocarburos a Estados Unidos, llevar a cabo cambios geopolíticos trascendentales y, al mismo tiempo, construir un nuevo esquema de colaboración petrolera internacional, que se encuentra bajo el control de los países consumidores y las transnacionales del ramo. La primera estrategia petrolera corresponde a la administración del presidente republicano Ronald Reagan quién, al acceder al poder con el apoyo de los grupos de presión petrolero y militar, se propuso entre sus grandes metas acabar con la influencia de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), así como extender el dominio de sus transnacionales petroleras por el mundo por un lado y, por el otro, el continuo intento estadounidense por la destrucción de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y el mundo socialista. De igual forma el presidente Reagan recibió apoyo de fuerzas externas que se identificaban con la corriente conservadora que comenzaba a prevalecer en todo el mundo. Entre los líderes de esta corriente destacan Margaret Thatcher en Reino Unido, y Helmut Kohl en la República Federal de Alemania.

¹⁴ Miguel García Reyes; *op. cit.*, p. 221.

En el terreno político-militar, Reagan logró debilitar económicamente al bloque socialista, imponer la ideología conservadora a estas naciones que practicaron durante muchos años la planificación centralizada, vendiendo el dogma de la liberalización del mercado junto con el de la idea de una democracia de “corte occidental”, sea lo que signifique esta expresión. En lo que respecta al tema petrolero, consiguió la fractura en el seno de la OPEP, debilitando a esta organización a través de la confrontación artificiosa entre sus miembros promovida por los intereses estadounidenses en la región de Medio Oriente, así como el colapso, por razones políticas y no técnicas ni económicas¹⁵, del complejo petrolero soviético. De igual manera, consiguió nuevas fuentes de abastecimiento petrolero fuera del área del Golfo Pérsico por medio de la canalización de recursos financieros y tecnológicos a naciones petroleras independientes como Noruega, México y China. Por último, cabe destacar el triunfo que obtuvo al lograr que algunos de los gobiernos de los países productores abrieran las puertas de sus empresas petroleras al capital privado estadounidense.

El sucesor de Ronald Reagan, el también republicano George H. Bush, como buen empresario petrolero texano, diseñó y puso en práctica su propia estrategia petrolera. Dentro de las tareas que se propuso al principio de su administración figuraban entre lo interno, transferir el control de la cadena productiva de la industria petrolera local a manos de las compañías privadas de su país, así como asegurar el abastecimiento de hidrocarburos del mismo. En lo externo, buscaba abrir la industria petrolera de la URSS y de las naciones socialistas al capital privado, así como tomar el control de Medio Oriente y de zonas aledañas con el propósito de tender un cordón sanitario a Unión Soviética en su flanco meridional. El gobierno de Bush padre, logró cumplir entre sus objetivos el hecho de retirar al Estado de las actividades petroleras y fortalecer el papel de las grandes transnacionales dentro del país. Pero indudablemente uno de sus mayores éxitos lo constituyó el reposicionamiento militar de la potencia en la región de Medio Oriente, debilitando al mismo tiempo las estructuras políticas de la OPEP y abriendo los diversos complejos petroleros soviéticos a la inversión privada estadounidense. Aún así, no pudo asegurar su reelección y cedió la administración al grupo de los demócratas encabezado por William Clinton.

Una vez instalado en el poder, el grupo de Clinton trató de implementar una nueva estrategia petrolera, la tercera en el período 1980-2004¹⁶, con la cual serían favorecidos los intereses de los grupos de poder que lo impulsaron a llegar a la presidencia de su país (financieros, farmacéuticos y ambientalistas). Un poco alejados de la Casa Blanca quedaron en esta ocasión los grupos de los sectores militar y petrolero. Sin embargo, a la larga fue imposible para Clinton ignorar ambos

¹⁵ *Ibid.*, p. 222.

¹⁶ *Ibid.*, p. 224.

grupos cabilderos¹⁷, que tienen mucho poder dentro y fuera de ese país. El grupo militar le exigía promover la expansión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) hacia Europa oriental y, al mismo tiempo, reanudar la venta de armas a América Latina; las petroleras le pedían poner en marcha una diplomacia que les permitiera encontrar nuevas regiones para explotar el crudo. Entre éstas figuraban Asia central y el Cáucaso ex soviéticos, el Golfo de México y el sudeste asiático.

La cuarta y última estrategia petrolera, que aquí trataremos, corresponde a la administración del republicano George W. Bush, presentada en el marco del Plan Nacional de Energía de 2001, donde aparecieron dos puntos muy importantes que resultaban claves para entender las acciones ulteriores que llevaría a cabo esta presidencia. Una de ellas consistía en buscar fuera de Medio Oriente nuevas regiones de abastecimiento petrolero, entre las que se mencionaban el Mar Caspio, Asia central, América Latina y la región euroasiática, incluyendo a Rusia y a China. La otra acción era retomar las ideas para constituir, a más tardar para 2005, un bloque energético regional en el continente americano¹⁸, que se lograría a través de instrumentos político-comerciales como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), el Plan Puebla-Panamá (PPP) y el proyecto Petroamérica. Estas actividades petroleras serían acompañadas por otras de corte interno entre las cuales destacaba el aumento en las importaciones petroleras estadounidenses, el total retiro del Estado de las actividades de refinación y petroquímica, así como la apertura de las regiones de Alaska a la explotación del crudo.

En los primeros dos años de su gestión, con base en la aplicación de su estrategia petrolera, el gobierno de Bush logró acciones militares exitosas que provocaron cambios geopolíticos importantes. Con la guerra en Afganistán pudo posicionarse en el Cáucaso y Asia central ex soviéticas, ambas regiones plétóricas en hidrocarburos. Asimismo, con las acciones militares que en Medio Oriente efectuó el ejército estadounidense junto con el británico, dirigidas a terminar con el régimen de Saddam Hussein en Iraq, las transnacionales petroleras, sobre todo las estadounidenses, pudieron reposicionarse en esa área, la cual, además de ser muy rica en petróleo y gas, es estratégica para la definición del nuevo equilibrio de poder en todo el mundo, debido no sólo a las reservas plétóricas de hidrocarburos en su subsuelo, sino también a la ubicación privilegiada como vía de paso entre Asia Sudoriental, Medio Oriente y Rusia, región sobre la cual existen proyectos

¹⁷ En inglés: *lobbies*. Grupos organizados de intereses privados y específicos que influyen en la política de algún país a través de la promoción de intereses y la negociación políticos.

¹⁸ Miguel García Reyes; *op. cit.*, p. 226.

numerosos para la construcción de oleoductos y gasoductos que nutran a las economías asiáticas y europeas. Las grandes perdedoras fueron las empresas petroleras rusas, europeas y asiáticas, que quedaron marginadas del proceso de explotación de hidrocarburos una vez que Hussein fue retirado del poder en Iraq.

Aquí llegamos al punto que nos interesa en este apartado; si Medio Oriente no tuviera las mayores reservas de fuentes de energía en el mundo, los diseñadores de política no darían tanta importancia a la región. Desde inicios del siglo veinte cuando la economía torna al petróleo y abandona al carbón como combustible fósil primario, ésta retoma una importancia preponderante al concentrar los mayores y más accesibles suministros de oro negro habidos en el planeta, al mismo tiempo que se convierte en centro de las ambiciones de las naciones imperialistas y de la entonces emergente potencia estadounidense. Es verdad que Estados Unidos se consolida como potencia hegemónica hasta los años que siguieron el final de la Segunda Guerra Mundial; no obstante, ya desde 1920 insistió en obtener parte de los recursos que se disputaban entre los intereses británicos, holandeses y franceses en una región que prometía grandes ganancias económicas derivadas de la explotación del crudo. Sin embargo, a pesar de que la primera concesión la obtendrían hasta el año de 1930 a manos del rey del recientemente fundado Reino de Arabia Saudita, no fue sino hasta 1943 cuando Roosevelt reconoció oficialmente la importancia que dicho aliado representaba para la defensa de los intereses estadounidenses. Sin duda alguna el petróleo ha constituido todo este tiempo la principal fuerza conductora de la política estadounidense en la región.

Por su parte, el manejo de la riqueza petrolera por parte de los árabes data desde los inicios de 1930. Desde el principio, los líderes de la región se percataron de la importancia de su riqueza petrolera como un factor determinante en la política mundial. Ellos comprendieron que el petróleo confiere poder político, tanto en tiempos de guerra como de paz, y que *quien tenga el control de los campos del oro negro en Medio Oriente tendrá el poder para hacer la guerra o la paz*¹⁹. Sin embargo, los árabes no ejercieron dicho control ni se percataron de la necesidad de acciones concertadas y estratagemas de acción política específicos de manera temprana, en gran parte porque se encontraban enfocados sobre sus distintos proyectos de consolidación estatal, además de que el grado de industrialización de sus economías era bajo. El poder del petróleo no se convirtió en realidad política sino hasta su uso durante la guerra árabe-israelí de 1967. Más aún, no fue sino hasta 1973 cuando los países árabes exportadores de petróleo tomaron conciencia plena de su potencial fuerza como herramienta del juego político; situación que permitió que durante un largo

¹⁹ Rey de Arabia Saudita Abdulaziz Ibn Saud en Al-Sowayegh Abdulaziz; *op. cit.* p. 93

período, el control de los hidrocarburos en la zona fuera dejado en manos de las grandes empresas transnacionales, guiadas no sólo por el afán de lucro, sino por lineamientos políticos salidos de las oficinas de gobierno de sus países respectivos.

Medio Oriente representa un punto caliente para la acción y el análisis político de las relaciones internacionales contemporáneas, y su importancia en cuanto a recursos energéticos se refiere, no ha cambiado aun en la actualidad. Estudios prospectivos indican que para el año 2030, el consumo mundial de energía aumentará en un 50% debido no sólo al acelerado crecimiento demográfico, sino a las tasas de crecimiento económico esperadas en los países en desarrollo donde cabe destacar los casos de China e India²⁰. El incremento de consumo energético de los países ajenos a la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) aumentará en un 85%, mientras que el de sus miembros sólo lo hará en un 19%. Esto se explica a partir de los niveles y grados preexistentes de industrialización que difieren considerablemente entre economías desarrolladas y en desarrollo. Mientras las economías desarrolladas presentan en la actualidad un proceso de desindustrialización y el paso hacia una sociedad terciaria concentrada en los servicios y el comercio, aquéllas en desarrollo requieren de manera regular el suministro de recursos energéticos que les permita consolidar su proceso de desarrollo industrial.

Actualmente se producen en el mundo alrededor de 74 millones de barriles de petróleo por día; de ellos, Arabia Saudita participa con 9,363,000; Rusia con 9,351,000; Estados Unidos con 8,457,000; Irán con 4,700,000; China con 3,725,000; México con 3,501,000; Canadá con 3,425,000; Emiratos Árabes Unidos con 2,948,000; Unión Europea con 2,676,000; Venezuela con 2,667,000; Kuwait con 2,613,000; Noruega con 2,565,000; Iraq con 2,420,000; Nigeria con 2,352,000; y Brasil con 2,277,000. De la región del Golfo Pérsico se extraen 22,038,000 millones de barriles de petróleo del total mundial, y 40,328,000 millones de barriles proceden de países ajenos a las economías industrializadas de la OCDE²¹. Irónico cuando son precisamente sus miembros los que consumen diariamente la cantidad de 47,584,000 millones barriles del crudo, correspondiendo 20,680,000 a Estados Unidos; 14,380,000 a Unión Europea sin Alemania;

²⁰ Energy Information Administration; "International Energy Outlook 2008". Consultado en [http://www.eia.doe.gov/oiaf/ieo/pdf/0484\(2008\).pdf](http://www.eia.doe.gov/oiaf/ieo/pdf/0484(2008).pdf) el 14 de enero de 2009 a las 9:17 hrs.

²¹ América del Norte: Canadá, Estados Unidos, México. Europa: Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Hungría, Irlanda, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Polonia, Portugal, Reino Unido, República Checa, República Eslovaca, Suecia, Suiza, Turquía. Pacífico: Australia, Japón, Nueva Zelanda, República de Corea.

5,007,000 a Japón; 2,500,000 a Alemania; 2,371,000 a Canadá; 2,119,000 a México; 2,080,000 a Corea del Sur; y 966, 200 a Australia, respectivamente ²².

Posición	País	Barriles al día
1	Arabia Saudita	9, 363, 000
2	Rusia	9, 353, 000
3	Estados Unidos	8, 457, 000
4	Irán	4, 700, 000
5	China	3, 725, 000
6	México	3, 501, 000
7	Canadá	3, 425, 000
8	E. A. U.	2, 948, 000
9	Unión Europea	2, 676, 000
10	Venezuela	2, 667, 000
11	Kuwait	2, 613, 000
12	Noruega	2, 565, 000
13	Iraq	2, 420, 000
14	Nigeria	2, 352, 000
15	Brasil	2, 277, 000
16	Argelia	2, 173, 000
17	Angola	1, 910, 000
18	Libia	1, 845, 000
19	Kazajstán	1, 445, 000
20	Qatar	1, 125, 000
23	Indonesia	977, 000
24	India	880, 500
48	Japón	132, 400
74	Corea del Sur	20, 970

Posición	País	Barriles al día
1	Estados Unidos	20, 680, 000
2	Unión Europea	14, 380, 000
3	China	7, 880, 000
4	Japón	5, 007, 000
5	India	2, 722, 000
6	Rusia	2, 669, 000
7	Alemania	2, 456, 000
8	Brasil	2, 372, 000
9	Canadá	2, 371, 000
10	México	2, 119, 000
11	Corea del Sur	2, 080, 000
12	Irán	1, 600, 000
13	Indonesia	1, 564, 000
14	Arabia Saudita	1, 000, 000
15	Australia	966, 200
16	Taiwán	935, 600
17	Tailandia	928, 600
18	Singapur	916, 000
19	Venezuela	738, 300
20	Turquía	676, 600
33	E.A.U.	381, 000
38	Kuwait	334, 700
40	Nigeria	312, 000
42	Iraq	295, 000

Fuente: Elaboración propia con datos de CIA; *The World Factbook*.

Un estudio del Consejo Nacional de inteligencia de Estados Unidos calcula que para el año 2025, el número de países capaces de extender considerablemente su nivel de producción en el ámbito petrolero se reducirá a Arabia Saudita, Irán, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Iraq y Rusia, quienes aportarán alrededor del 39% de la producción mundial en dicho año. Los mayores productores como se puede ver, se encontrarán ubicados en Medio Oriente que contiene dos

²² Energy Information Administration; "International Petroleum". Consultado en <http://www.eia.doe.gov/emeu/mer/pdf/pages/sec11.pdf> el 14 enero de 2009 a las 11:17 hrs.

terceras partes de las reservas mundiales totales del crudo²³. El mismo estudio ha determinado que todas las tecnologías alternativas actuales son aún inadecuadas para reemplazar la arquitectura de las fuentes tradicionales de energía en la escala necesitada; aun si lo fueran, probablemente no serán extendidas comercialmente para el 2025, situación que acentúa la preponderancia del petróleo como recurso energético e insumo de producción primario. Las reservas de petróleo por región en el mundo, contadas en billones de barriles, se encuentran repartidas de la siguiente forma: de un total mundial de 1,204,182,000,000; Medio Oriente cuenta con 741,566,000,000; América Latina con 134,691,000,000; Europa oriental con 129,049,000,000; África con 119,572,000,000; Asia-Pacífico con 38,282,000,000; Norteamérica con 25,914,000,000; y Europa occidental con 15,110,000,000. La OPEP tiene reservas de alrededor de 939,016,000,000 de barriles con la suma de cada uno de sus miembros²⁴, lo que representa un 78%²⁵ del total mundial. No es de extrañar que represente al enemigo histórico de las grandes transnacionales y sus capitales privados.

Estudios recientes han determinado que en el futuro los hidrocarburos seguirán siendo la fuente más importante de producción de energía primaria. Así, se prevé que para 2020 la demanda de crudo aumente casi un 50% y la del gas natural en 60 %. De esta manera, si en la actualidad se consumen cerca de 80 millones de barriles de petróleo diarios, para dentro de dos décadas se requerirán 131 millones de los mismos por día. Entre las razones que permiten pronosticar este incremento notable en el consumo de hidrocarburos en las próximas décadas, destacan dos: su relativa abundancia y su bajo precio. Sin embargo, el motivo principal que permite fundamentar la aseveración de que en el futuro los hidrocarburos seguirán siendo estratégicos para la evolución económica de la humanidad es el hecho de que la infraestructura industrial mundial y de servicios sigue y seguirá funcionando con base en el petróleo y el gas²⁶. Asimismo, no debe contemplarse al petróleo únicamente como recurso energético en el proceso de producción, sino como insumo fundamental en un sinnúmero de bienes del mismo.

Es importante destacar nuevamente que más del 50% de las reservas mundiales de petróleo se encuentran concentradas entre los Estados de Arabia Saudita, Iraq, Irán y los Emiratos Árabes Unidos. Se estima que dichas reservas mundiales con el actual ritmo de explotación alcanzarían para otros 100 años aun con el acelerado crecimiento demográfico. En 1950 había en el mundo

²³ National Intelligence Council; "Global trends 2025: A transformed World". Consultado en http://www.dni.gov/nic/PDF_2025/2025_Global_Trends_Final_Report.pdf el 8 de enero de 2009 a las 9:26 hrs.

²⁴ Argelia, Angola, Ecuador, Irán, Iraq, Kuwait, Libia, Nigeria, Qatar, Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y Venezuela.

²⁵ OPEC; "Annual Statistical Bulletin". Consultado en <http://www.opec.org/library/Annual%20Statistical%20Bulletin/pdf/ASB2007.pdf> el 27 diciembre 2008 a las 9:05 hrs.

²⁶ Miguel García Reyes; *op. cit.*, p. 99.

alrededor de 2,600 millones de habitantes, hoy tenemos 6,500 millones, al mismo tiempo, la población mundial aumenta en promedio 80 millones de individuos cada año. Lo que indica que para el 2020 habrá alrededor de 8,000 millones²⁷ de personas en el planeta. Ello inevitablemente incrementará la demanda del crudo a nivel planetario no sólo por el evidente aumento de individuos habitando el planeta, sino por la consecuente extensión del proceso de industrialización que tratará de satisfacer las necesidades de dicha población.

Cuadro 3. Reservas probadas de petróleo por países			
Posición	País	Barriles	OPEP
1	Arabia Saudita	264, 300, 000, 000	x
2	Canadá	178, 600, 000, 000	
3	Irán	136, 200, 000, 000	x
4	Iraq	112, 500, 000, 000	x
5	Kuwait	101, 500, 000, 000	x
6	Emiratos Árabes Unidos	97, 800, 000, 000	x
7	Rusia	79, 000, 000, 000	
8	Venezuela	78, 270, 000, 000	x
9	Libia	45, 000, 000, 000	x
10	Nigeria	38, 500, 000, 000	x
11	Kazajstán	30, 000, 000, 000	
12	Qatar	27, 090, 000, 000	x
13	Estados Unidos	20, 970, 000, 000	
14	China	19, 600, 000, 000	
15	Argelia	14, 790, 000, 000	x
16	México	13, 680, 000, 000	
17	Brasil	13, 350, 000, 000	
18	Angola	9, 000, 000, 000	x
19	Azerbaiyán	7, 000, 000, 000	
20	Noruega	6, 865, 000, 000	
21	Sudán	6, 600, 000, 000	
22	Unión Europea	6, 146, 000, 000	
23	India	5, 700, 000, 000	
24	Omán	4, 800, 000, 000	
25	Ecuador	4, 500, 000, 000	x

Fuente: Elaboración propia con datos de CIA; *The World Factbook*.

²⁷ OPEC; “World Oil Outlook 2008”. Consultado en <http://www.opec.org/library/World%20Oil%20Outlook/pdf/WOO2008.pdf> el 27 diciembre 2008 a las 8:56 hrs.

Volviendo al tema central, actualmente Estados Unidos importa el 75% de sus requerimientos petroleros, lo que equivale en promedio a 15 millones de barriles de los 20 que consume diariamente, esto debido a que una parte de su producción se destina a engrandecer sus reservas estratégicas²⁸. Por otro lado, el total de sus reservas probadas alcanzaría únicamente para cubrir sus necesidades durante un período estimado máximo de 10 años, que se reduciría a un año si dejase de importar petróleo proveniente de otras regiones. Esta condición de debilidad y dependencia energética por parte de la potencia se explica por el decaimiento en los niveles de producción interna y el encarecimiento de su mano de obra relativos al sector petrolero, situación que lo hace tornar hacia la importación del crudo en busca de una disminución de costos y un abasto eficiente; asimismo, debe mencionarse el incremento desmesurado en el consumo energético derivado de las crecientes tasas del aumento natural de su población y del desarrollo industrial. Hay quienes fundados en dichas observaciones hablan de que la nación más poderosa del mundo y gigante militar y económico es un enano petrolero, sin embargo, dicha aseveración descuida el manejo de una política de poder que permite a Estados Unidos manejar los designios de gran parte del complejo energético mundial, hecho que al mismo tiempo genera malestar social e inestabilidad política y económica a nivel mundial.

Pero ni la relativa decadencia económica ni el disgusto popular por las intervenciones estadounidenses constantes en cada ámbito de la vida mundial, de parte de la opinión pública mundial, e incluso la interna en Estados Unidos, son lo suficientemente acentuados aún para que signifiquen una resistencia efectiva a los propósitos de la potencia. Estos propósitos son los mismos de siempre desde 1945 y para lo que aquí nos importa desde mucho antes, sencillamente consisten en hacer que el mundo sea seguro para el capitalismo, en particular para el capitalismo estadounidense. Esta es una empresa gigantesca y global, llevada a cabo alrededor del mundo a través de medios diplomáticos, económicos, culturales y, cuando así se requiere, con medios militares; y que proyecta sojuzgar y defender los intentos de reforma radical y de independencia por parte de cualquier actor mundial respecto a la dominación “occidental”. Lo que anteriormente se solía realizar en nombre de la resistencia al expansionismo comunista ahora se realiza bajo el disfraz del libre comercio, la democracia, la libertad y cualquier otro mecanismo de legitimación que se considere apropiado²⁹. Lo que se pretende únicamente es garantizar el control del mercado

²⁸ *Idem.*

²⁹ *Cfr.* Ralph Miliband; “El nuevo orden mundial y la izquierda” en Pablo González Casanova y John Saxe-Fernández (coordinadores); *El mundo actual: situación y alternativas*. Siglo XXI, México, 1996, p. 19.

mundial, en este caso del ramo petrolero, a favor de los países industrializados y en especial para sus grandes empresas transnacionales.

Desde la antigüedad, la historia se ha caracterizado por el desigual desarrollo de las regiones. Pero sólo en la era moderna la polarización se convierte en el subproducto inherente de la integración de todo el planeta al sistema capitalista³⁰. Una de las vías para comprender el tan vendido “pensamiento globalista” es entender el uso que tiene para justificar las crecientes desigualdades sociales, la agudización de la polarización social y la creciente transferencia de recursos estatales al capital privado. Es indudable que la falacia discursiva de la globalización sirve al propósito político esencial de reforzar la racionalización ideológica del desarrollo del capitalismo en su modelo neoliberal frente a las crecientes desigualdades de clase. Debe visualizarse a la mundialización neoliberal como una etapa más de un proceso histórico, el desarrollo del sistema de producción capitalista, en la cual la multiplicación de los nuevos centros de acumulación responde en medida proporcional al subdesarrollo de los polos. Presenciamos una lucha de clases a nivel mundial en la que el *leitmotiv* de la ideología capitalista, la acumulación y concentración del capital, modifica las estructuras de dominación a nivel internacional con el objetivo esencial de asegurar la estabilidad de las relaciones sociales de producción que determinan su éxito.

En esta lucha desigual, los centros emplean lo que denominamos sus “cinco monopolios”. Estos monopolios desafían la totalidad de la teoría social. Ellos son: el monopolio tecnológico, el control de mercados financieros mundiales, el monopolio de acceso a los recursos naturales del planeta, el monopolio de los medios de comunicación e información, y el monopolio sobre las armas de destrucción en masa³¹. Al mismo tiempo que el concepto de “globalización” argumenta a favor de la interdependencia entre naciones, la naturaleza compartida de sus economías, la mutualidad de intereses y los beneficios compartidos de sus intercambios, no debemos olvidar que por otro lado enfatiza la dominación y la explotación de los Estados periféricos a través de las corporaciones y los bancos transnacionales resguardados por los Estados centro. Algo más cercano en sustancia y contenido al concepto de imperialismo.

Volviendo al tema central, no debemos olvidar que uno de los elementos importantes del programa nacional de energía de George W. Bush de 2001, consistía en reducir la dependencia energética con respecto a la región de Medio Oriente, así como la construcción de un bloque energético regional occidental. Con las invasiones y ocupaciones de Iraq y Afganistán se produce

³⁰ Cfr. Samir Amín. “El futuro de la polarización global” en Pablo González Casanova y John Saxe-Fernández (coordinadores); *op. cit.*, p. 7.

³¹ *Ibid.*, p. 10.

un reacomodo de las petroleras transnacionales estadounidenses, asegurando un nuevo equilibrio de poder en el mundo y dejando fuera a las competidoras rusas, europeas y asiáticas. Una muestra más de que el capitalismo cuenta con organismos armados para protegerlo, una ideología dominante y ciertos tipos de relaciones políticas en escala mundial. Es un sistema mundial. Para ser más precisos es hoy el sistema mundial³²; el imperio.

El reto de la inestabilidad política de Medio Oriente, raíz de la amenaza a las importaciones de crudo y a la seguridad energética de la potencia, y razón por la cual busca asegurar su permanencia en la región, se debe entre varios factores a la reducción de los subsidios a la población local, a la falta de oportunidades para una clase media educada, a la erosión de la calidad de los servicios de salud y educación que brinda el Estado, a los altos niveles de corrupción de las casas gobernantes, a la falta de apertura de los sistemas políticos, a la presencia de tropas y a las empresas estadounidenses en la región; lo que desencadena una reacción en contra del imperialismo y antagonismo hacia la cabeza del imperio, al ser éste la punta de lanza que reproduce por vía de la fuerza las contradicciones inherentes a su sistema de explotación, hundiendo en la miseria a más de tres cuartas partes de la población mundial. En la actualidad, los árabes miran a su petróleo, a pesar de los enormes beneficios que obtienen de él, con sospecha y desconfianza, y ligan a las grandes compañías que lo explotan con la larga historia de imperialismo en sus países. Al hacerlo, no se encuentran muy lejos de la realidad. Al mismo tiempo, el petróleo es frecuentemente tildado como causa y razón para la crisis permanente bajo la cual se encuentran inmersas sus sociedades, a la par que es erigido como talismán para silenciar cualquier discusión y responder a cualquier crítica en contra de políticas y prácticas dadas³³ de manera recurrente como modo de represión social.

Todas las actitudes políticas tienen puntos de fuerza y de debilidad. Las debilidades son la fuente de la derrota. Las fortalezas indican las vías y las formas por las cuales, dentro de una confrontación, permiten a alguna de las partes infligir la derrota sobre la otra. Todo gobierno apunta naturalmente a eliminar cada uno de sus puntos de debilidad, o a reducir el impacto de los mismos³⁴. Las condiciones árabes para la paz se encuentran respaldadas por su poderío petrolero y financiero. No obstante, la eficiencia de cualquiera de esos dos instrumentos es contingente respecto a las condiciones prevalecientes del mercado al momento de su uso. En términos generales, en cuanto mayor sea la dependencia de los países consumidores en torno a las importaciones

³² Bogdan Denitch; "La democracia y el nuevo orden mundial" en Pablo González Casanova y John Saxe-Fernández (coordinadores); *op. cit.*, p. 26.

³³ Mohamed T. Al Ghoneimi en Al-Sowayegh Abdulaziz; *op. cit.* p. 93.

³⁴ *Ibid.*, p. 167.

petroleras, mayor será su vulnerabilidad ante el arma del petróleo, y mayor será en consecuencia el grado de influencia que los productores tengan sobre ellos, siempre y cuando el dominio de dicha lógica no se asegure por la implementación de medios violentos, entiéndase militares. Dada la limitada disponibilidad de alternativas económicas ante el petróleo como fuentes de energía, así como el acelerado crecimiento económico mundial, el petróleo árabe permanecerá como un instrumento político en potencia dentro de la arena internacional, ello ayuda a explicar las presentes aberraciones experimentadas en la política mundial que se ven circundadas por la importancia del crudo vital que da vida a la economía capitalista (invasiones, ocupaciones, etcétera).

Finalmente, es importante mencionar que el interés principal por localizarse y mantener control y seguridad sobre los grandes yacimientos petroleros por parte de Estados Unidos en Medio Oriente, no ha descansado sobre la importancia del consumo del recurso para satisfacer las necesidades de la sociedad estadounidense, ya que sus importaciones no dependen en gran medida del suministro proveniente de la región. El verdadero interés detrás de dicha estrategia de posicionamiento regional ha descansado sobre la necesidad de controlar el repunte económico de sus rivales industriales y aliados de postguerra. Por ello se explica que uno de los principales puntos del Plan Marshall³⁵ descansara sobre la reforma energética europea en el abandono del carbón (Europa llena de éste) como principal combustible fósil, subsidiando las exportaciones petroleras de las compañías estadounidenses; el mismo mecanismo se aplicó sobre Japón, quién víctima de dicho modelo fue sometido de manera implícita bajo un mecanismo de control y veto por parte de su potencia ocupante al ser derrotado en la Segunda Guerra Mundial. Actualmente ambos actores dependen de manera absoluta de las importaciones de petróleo provenientes de la región aquí estudiada (alrededor de un 80% y 98% respectivamente, mientras que sólo representan un 15% de las importaciones estadounidenses)³⁶; Estados Unidos mantiene bajo supervisión y dominio el líquido invaluable del cual no pueden prescindir sus aliados estratégicos para garantizar su seguridad y estabilidad económica, con ello asegura un elemento de negociación y poder que le permite condicionar las acciones político-económicas de ambas colectividades a nivel internacional,

³⁵ Al término de la Segunda Guerra mundial, el Secretario de Estado estadounidense, el General George C. Marshall, propuso un programa de ayuda a los países europeos que habían sido devastados durante el conflicto. De esta manera, y con el objetivo de evitar que los empobrecidos pueblos europeos fueran presa fácil del comunismo, a través del Programa de Reconstrucción europea (PRE), Estados Unidos canalizó a Europa Occidental en únicamente cuatro años 13,300 millones de dólares, de los cuales sólo el 15% sería reembolsable en un plazo de 50 años. *Cfr.* Edmundo Hernández-Vela Salgado; *Diccionario de Política Internacional*. Ed. Porrúa, México, sexta edición, 2002, 2 vols., p. 626.

³⁶ Miguel García Reyes; *op. cit.*, p. 100.

al mismo tiempo que mantiene la observación sobre sus alcances en toda esfera del desarrollo humano.

Dicha lógica aplica de igual manera a la invasión, ocupación y reconstrucción de Iraq, más allá de estimular el históricamente conocido ciclo económico de guerra a manos del complejo militar industrial estadounidense, el fin último es conservar el poder de ejercer dominio sobre el resto de las sociedades a través del control del petróleo del cual dependen para conseguir su desarrollo, se trata de control geopolítico. En realidad no importan ni los derechos humanos, ni las mujeres, la religión o la credibilidad, lo que importa es controlar el mundo, y si Washington pierde el control sobre las mayores reservas del mundo, se acabó³⁷, ahí está el verdadero fundamento de la política exterior estadounidense en cuanto a petróleo se refiere en Medio Oriente.

1.2. La localización estratégica de la región y la geopolítica

Uno de los principales problemas que el investigador encuentra al tratar de definir la región de su estudio es el hecho de que la mayoría de los conceptos de delimitación geográfica con los que hoy se cuenta, no son otra cosa más que una herencia del ordenamiento del mundo a partir de la implícita centralización de este último en torno a Europa. Es por ello que debemos comprender que más que un término geográfico, Medio Oriente es un concepto geopolítico cambiante, elaborado a partir de los intereses económicos y geoestratégicos de las grandes potencias y que, de acuerdo a las circunstancias del momento, divide o extiende de manera artificial a una región que, en cierta medida, comparte una misma historia, así como una serie de características propias que la hacen diferente a otras regiones. Pese a su contenido eurocéntrico, su uso es generalizado y es utilizado incluso por los mismos pueblos de la región. En efecto, a pesar de lo controversial que pueda resultar este término y de la existencia de distintas concepciones regionales para denominarla³⁸, el concepto de Medio Oriente ha logrado imponerse cada vez más dentro del discurso diplomático, económico, político, militar y académico³⁹, razón por la cual no encontramos impedimento objetivo alguno para clasificar a la región que comprende los países ubicados en Asia sudoccidental y el norte de África de dicha manera, sólo como facilitador del trabajo académico⁴⁰.

³⁷ Cfr. Noam Chomsky y Gilbert Achcar; *Perilous power. The Middle East and U.S. Foreign Policy*. Paradigm Publishers, New York, 2007, p. 59.

³⁸ Países Árabes, Mundo Islámico, Cercano Oriente y Levante.

³⁹ Cfr. María de Lourdes Sierra Kobeh; *Introducción al estudio del Medio Oriente. Del surgimiento del Islam a la repartición imperialista de la zona*. UNAM-FCPS, México, 2002, p. 13.

⁴⁰ Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Sudán, Israel, Jordania, Turquía, Siria, Líbano, Irán, Arabia Saudita, Kuwait, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos, Omán y Yemen.

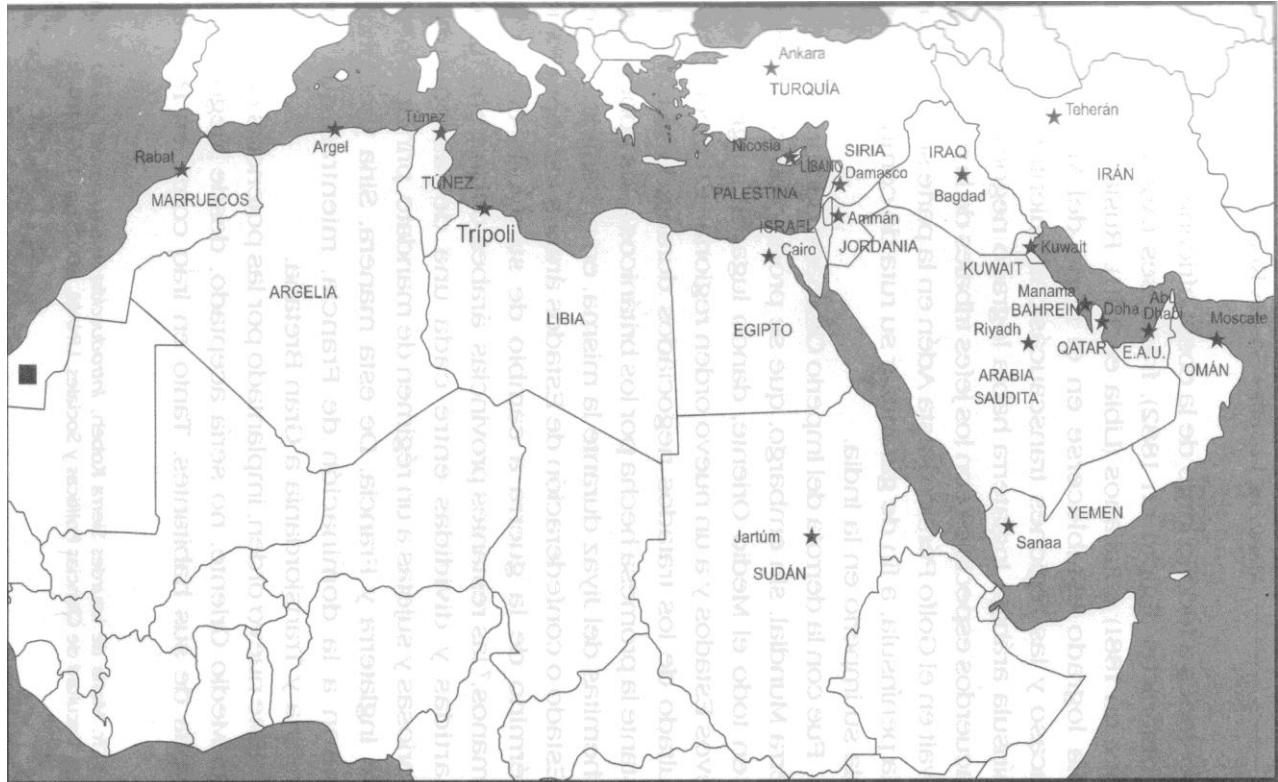
La importancia otorgada a la región radica en que desde la antigüedad hasta nuestros días, Medio Oriente ha tenido gran valor estratégico no sólo por su ubicación geográfica, en la encrucijada de tres continentes, Asia, África y Europa, sino también por sus recursos económicos, ejerciendo una gran influencia en la estrategia de los imperios ateniense, romano y bizantino. No solamente fue, durante el imperio romano “el granero de Europa”, sino también una fuente importante de madera de Líbano para la construcción de sus palacios y barcos de guerra. Actualmente, sin embargo, la región cuenta con una base muy reducida para la agricultura y, como en el pasado, es altamente dependiente de las condiciones climatológicas. Por lo que respecta a los recursos del subsuelo, la región cuenta con reservas comprobadas que representan un cuarto de los fosfatos mundiales así como una gran parte de las reservas mundiales de petróleo, por no hablar de gas natural, zinc, carbón, cobre, potasio, hierro, manganeso y plomo. Sin embargo, el recurso mineral más importante de la zona ha sido, sin lugar a dudas, el petróleo. Tanto en términos de producción como en reservas, la región ocupa un lugar privilegiado internacionalmente. Sin embargo, no todos los países poseen ricos depósitos de petróleo o pueden inclusive satisfacer sus propias necesidades. Las áreas productoras de petróleo más importantes son: 1) suroeste y noroeste de Irán; 2) noreste de Iraq; 3) Arabia Saudita y los Estados del Golfo; 4) noroeste de Egipto y 5) los desiertos del Sahara y Libio⁴¹.

Sin lugar a dudas es su gran riqueza en recursos naturales, y en especial en cuanto a hidrocarburos se refiere, lo que brinda a nuestra región de estudio un nivel de importancia elevado en la política internacional, asimismo, otro factor que en gran medida ha condicionado el modo de vida de los habitantes de la región desde la antigüedad hasta nuestros días, es su ubicación geográfica. Ésta ha tenido una gran importancia ya que pocas regiones en el mundo están tan estratégicamente localizadas, sus importantísimas vías de comunicación, tanto terrestres como marítimas, la han ligado al resto del mundo a lo largo de la historia de la humanidad; a través de estas rutas llegaron pueblos, ideas y el comercio, contribuyendo al desarrollo de brillantes civilizaciones y múltiples intercambios entre ellas. Pero también, esta misma situación geográfica privilegiada, despertó el interés de las grandes potencias por controlar sus rutas de comunicación. Su situación como zona de tránsito, por otra parte, permitió la mezcla de poblaciones, dándole una diversidad étnica indiscutida en el mundo. Además, su orientación marítima, ha sido de gran importancia en términos geopolíticos.

⁴¹ Cfr. María de Lourdes Sierra Kobeh; *op. cit.*, p. 18.

Entre las principales posiciones estratégicas de la región podemos mencionar: los Estrechos del Bósforo y los Dardanelos -que unen al Mar Negro, a través del Mar Mármara, con el Mediterráneo- y el Canal de Suez, el cual a su vez une al Mar Mediterráneo con el Mar Rojo y, a través de éste último, con el Océano Índico. Las extensiones del Mar Rojo –el Golfo de Suez y el Golfo de Aqaba- cuya entrada, los Estrechos de Tirán, ha tenido una gran importancia estratégica tanto para Israel como para Jordania; el Estrecho de Bab el Mandel, que une al Mar Rojo con el Golfo de Adén y que separa a la porción sur de la península arábiga del Cuerno de África. Finalmente, el Estrecho de Ormuz, que separa a Irán de la península arábiga y une al Golfo Pérsico y al Golfo de Omán. En éste se concentra la mayor parte de las reservas comprobadas de petróleo, tan vitales para las economías industrializadas. Como puede confirmarse en la actualidad, Medio Oriente sigue conservando una importancia estratégica vital debido a la creciente necesidad de los países industrializados por acceder a sus recursos, sobre todo energéticos, pero también para asegurar el establecimiento de bases militares y el desplazamiento de tropas para proteger estos recursos⁴².

Mapa 1. Mapa político de Medio Oriente.



Fuente: María de Lourdes Sierra Kobeh; *La influencia del factor externo en la conformación del Medio Oriente Moderno y sobre sus relaciones internacionales*. UNAM-FCPS, México, 2007, p. 11.

⁴² *Ibid.*, pp. 20-22.

Para la gran mayoría de la población mundial, la geografía no es más que una disciplina escolar y universitaria cuya función consiste en ofrecer los elementos de una descripción del mundo, en una determinada concepción desinteresada de la llamada cultura general. Desde que iniciamos nuestra educación básica se nos niega el hecho de que el trazado de un mapa implica un cierto dominio político y científico del espacio representado, y es un instrumento de poder sobre dicho espacio y sobre las personas que viven en él⁴³. En realidad, la función ideológica esencial del discurso de la geografía escolar y universitaria ha sido sobre todo la de enmascarar, mediante unos procedimientos que no son evidentes, la utilidad práctica del análisis del espacio, tanto fundamentalmente para la dirección de la guerra como para la organización del Estado y la práctica del poder.

La proeza ha consistido en hacer pasar un saber estratégico militar y político por un discurso pedagógico o científico totalmente inofensivo que oculta incluso a las miradas más aviesas el potencial que se halla detrás de una ciencia vital para la configuración de los quehaceres político, social, cultural y económico del accionar humano. Sin embargo, la minoría en el poder, muy consciente de su importancia, es la única que utiliza los variados conocimientos geográficos en función de sus intereses, y este monopolio del saber es tanto más eficaz en la medida en que la mayoría no presta atención a una disciplina que considera tan totalmente inútil⁴⁴. Pero la Geografía de los profesores no es el único biombo ideológico que permite disimular que el saber relacionado con el espacio es un temible instrumento de poder; gran parte del crédito de esta mampara ideológica lo tienen los esfuerzos incansables de una corriente de enseñanza y pensamiento, obstinada en presentar la disciplina de la Geografía como un espectáculo. La geografía espectáculo⁴⁵ no es más que la presentación del ambiente, entorno humano, de manera que lo único que se destaca es la variedad física de la Tierra para explotar a la misma por la vía de un turismo cultural chato que no distingue más allá de lo “bello” del paisaje. Se nos ha acostumbrado a pensar en los ríos, las montañas, las llanuras, los mares y las playas, como elementos de explotación comercial, como partes imprescindibles de la cultura vacacional, o de identificación nacional mediante la búsqueda de símbolos distintivos de nuestras colectividades, y no como componentes básicos en el diseño de la política pública a nivel nacional e internacional.

⁴³ Cfr. Yves Lacoste, *La Geografía :un arma para la guerra*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1977, pp. 5-8.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 17.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 20.

Mapa 2. Mapa geopolítico de Medio Oriente.



No podemos olvidar que el imperialismo no es únicamente un fenómeno histórico, un estadio en el desarrollo del capitalismo, su fase superior. También es un sistema de dominación del espacio y de los hombres, que determina una diferenciación cada vez mayor y más compleja de las situaciones económicas, sociales y políticas, un fenómeno geográfico cada vez más diferenciado, y estas diferenciaciones espaciales son datos estratégicos fundamentales⁴⁶ que podemos estudiar a partir de la Geopolítica. Uno de los grandes retos al tratar de definir a esta última reside en que

⁴⁶ *Ibid.*, p. 147.

dicha definición corresponde a los cambios continuos que se presentan a través de procesos y estructuras históricas distintas en tiempo, espacio y contenido. No obstante, la Geopolítica promete al investigador posibles panoramas y visiones alrededor de las futuras direcciones de las relaciones internacionales, así como de la continua reestructuración del mapa político mundial. La producción del conocimiento geopolítico es esencialmente la lucha política, es un discurso acerca del poder sustentado por un conocimiento estratégico, que al concurrir permiten definir las acciones tendientes a la consecución de objetivos particulares. Si como Mackinder afirmaba, la historia de la humanidad posee un pivote geográfico, hoy en día existe una gran serie de elementos susceptibles de análisis bajo dicho ángulo.

Si bien es cierto que la Geopolítica narra sus orígenes más allá de la historia contemporánea cuando las antiguas civilizaciones e imperios hacían uso de ella con el fin último de obtener intereses particulares, podríamos decir que no es hasta finales del siglo XIX que cobraría la importancia y cariz que revisten a una metodología particular para explicar los acontecimientos y la correlación de fuerzas mundiales en el espacio geográfico. La Geopolítica como herramienta de cruce entre el poder (político, militar o económico) y el conocimiento científico del medio, aplicada al análisis estratégico de los Estados surge bajo la época de rivalidad imperialista que comprende el período de 1870 a 1945, caracterizado por la revisión de las líneas de poder del mapa político mundial ante el relativo decline del poderío británico y la consecuente búsqueda del reacomodo estratégico por parte de los otros poderes mundiales: Francia, Italia, Unión Soviética, Alemania y Estados Unidos.

El geógrafo inglés Halford Mackinder, había despertado en su país el sentimiento por la necesidad de educar de manera estratégica, de manera geopolítica, a los niños “de una raza imperial”; desde su visión se debía combatir la inteligencia limitada del pueblo británico para con ello defender la hegemonía de su nación a nivel planetario y comprender la línea de la política exterior de la corona. Desde nuestro punto de vista, Mackinder deja tres grandes aportaciones en el campo de la Geopolítica con cada uno de sus trabajos; la primera de ellas es la invitación a ver el mundo entero con su complejidad desde un punto privilegiado, el campo de la Geopolítica, es decir una visión de carácter “divino” que permitiría el manejo de las condiciones imperantes del contexto mundial a favor de los intereses del imperio inglés, la segunda gran aportación es la división del mundo en zonas de carácter estratégico, la jerarquización del espacio físico en un esquema que interpretaba la realidad a partir de la interrelación entre las diversas regiones geográficas. Finalmente descubrió y manifestó la importancia del pivote geográfico de la historia, trazando de

manera determinista el destino de un Estado en función de su posicionamiento geográfico; si bien sus ideas no tuvieron el suficiente eco dentro de su país, lo tendrían en tierras continentales donde el alemán Haushofer plantearía sus tesis centrales desde una visión mackinderiana.

La visión estratégica de Mackinder, para la cual la geografía es el pivote de la historia, propugnaba el valor del poder terrestre. El geógrafo brindó a la Geopolítica conceptos de gran valor dentro de los cuales hallamos: el de área pivote, isla mundial, anillo insular, anillo interior y tierra corazón (*heartland*). Según la teoría de este británico, a través de la jerarquización de los espacios terrestres, la hegemonía mundial reposaría sobre aquél actor que se apoderara de la isla mundial, el área de pivote y en consecuencia de su “corazón”⁴⁷. No obstante, la gran expansión de la *Geopolitik* se debe en gran medida al trabajo de un teórico alemán llamado Haushofer, que si bien adoptó las ideas mackinderianas, pronosticó al mismo tiempo la división del mundo en cuatro bloques de influencia, una zona dirigida por Alemania, que incluía Europa, África y Medio Oriente, otra por Estados Unidos (el continente americano), la tercera por Rusia y una la última por el Japón. Haushofer es acusado de fomentar la idea de un acrecentamiento del espacio vital (*Lebensraum*) para la Alemania hitleriana. A finales de la Segunda Guerra Mundial la Geopolítica entra en una crisis de legitimidad debido a sus consecuencias ampliamente conocidas y su aplicabilidad funesta, de la cual no saldría hasta después de la década de los setenta.

Sin embargo, la Geopolítica no fue un monopolio de carácter europeo, para el año de 1904 Estados Unidos emerge como un nuevo polo de poder a escala mundial. Tras su victoria en 1898 dentro de la Guerra hispano-estadounidense, se apropió de las Filipinas y marcó en Cuba, por vía de la enmienda Platt, el control de la vida política de este país así como la concesión de una base permanente en Guantánamo; los siguientes eslabones fueron las islas de Hawai y las de Guam. Esta expansión de tipo naval respondió al modelo planteado por el almirante Alfred T. Mahan quién tras enaltecer al poderío naval como aquél que tras asegurar las rutas comerciales bañaría de grandeza al pueblo estadounidense, determinó las bases para el expansionismo imperialista estadounidense en su primera fase. Por otro lado, el corolario a la doctrina Monroe en 1905, hecho por el presidente Teodoro Roosevelt, junto a los postulados de Mahan invitaban a un establecimiento de gobiernos “amigos” con los cuáles una política de puertas abiertas facilitaría a Estados Unidos la movilidad a lo largo de los océanos que le permitiera responder a cualquier amenaza en contra de sus intereses⁴⁸.

⁴⁷ Para Mackinder el corazón geográfico del planeta se centraba alrededor de las grandes llanuras y estepas del continente asiático, lo que acentuaría el interés de los distintos imperios a lo largo de la historia por conquistar dicha región.

⁴⁸ La política estadounidense sobre Centroamérica vio la influencia de las consideraciones estratégicas de Mahan de manera más evidente en el caso de Panamá, donde se crea un nuevo Estado con el fin de asegurar una de las futuras

Por su parte, Roosevelt se encargó de imprimir al discurso político una concepción racista en la cual el elemento de la guerra resultaba romantizado. La existencia, según el presidente estadounidense, de una jerarquía natural de razas, recaía no sobre elementos genéticos ni biológicos, sino en el aspecto civilizacional, destacando a su población como la nación más desarrollada y detentadora de los valores de carácter de progreso universal. Bajo esta idea, los estadounidenses son una “raza maestra” que debe “hablar suavemente” pero cargar al mismo tiempo “un gran garrote” sobre su zona de influencia, América Latina y el Caribe, donde ejercería un poder de policía internacional.

Podrían escribirse miles de páginas señalando esquemas de interpretación geopolítica habidos a lo largo del tiempo, sin embargo, éste no es el objetivo de lo que aquí nos aqueja. Únicamente es importante destacar que los intentos por explicar la realidad internacional a partir de una concepción geográfica de los acontecimientos mundiales fueron elaborados primeramente por militares (Mahan, Haushofer y otros) y en segundo lugar por juristas (Kjellen) o geógrafos (Mackinder). Pero en la medida en que dentro de la guerra militar se enfatizan elementos económicos, sociales, culturales e inclusive simbólicos, son historiadores (Kissinger, Kennedy), sociólogos (Huntington, Fukuyama) geógrafos (Taylor, Parker, Agnew), politólogos (Brzezinski, Luttwak), economistas (Thurow, Ohmae) entre otros, los que en la actualidad se enfocan al estudio del tema.

Antes de empezar con el análisis de cualquier tipo de discurso que pretenda describir la realidad de la complejidad mundial a través del énfasis en los factores de determinación geográfica de los acontecimientos, es necesario no olvidar que en el conocimiento humano, hoy, más que nunca, las palabras son instrumentos y herramientas, cuyo buen empleo posibilita una buena artesanía intelectual que favorezca intereses específicos. De eso se trata la Geopolítica, de un discurso político revestido de conocimiento científico que interpreta y reinterpreta el mundo a partir de los límites impuestos inconscientemente por la subjetividad de quien lo elabora. A continuación revisaremos algunos intentos por definir lo que se ha entendido a lo largo del tiempo por Geopolítica, para con ello dejar más claro el contenido conceptual del tema que aquí se quiere analizar.

Al parecer del sueco Kjellen, a quien se le atribuye la acuñación del término, la Geopolítica es la ciencia que concibe al Estado como un organismo geográfico o como un fenómeno en el espacio; dicho organismo viviente se manifiesta en cinco aspectos: el territorio, el pueblo, la

rutas navales y comerciales de mayor relevancia a nivel mundial, el canal de Panamá. Dividir a la Gran Colombia y crear un Estado independiente donde sus intereses no se vieran amenazados respondía en primera instancia a las tesis de Mahan, y en segunda, al afán por demostrar la superioridad y mando de Estados Unidos sobre todo el continente.

economía, la sociedad y el gobierno⁴⁹. El Estado es una encarnación con cierta voluntad y predisposición a la lucha por la supervivencia a partir de la afirmación de su esencia. El espacio geográfico es el medio sobre el cual una sociedad determina su grado de influencia y poderío en la palestra internacional con respecto al resto de las múltiples colectividades organizadas políticamente en determinadas construcciones estatales; en pocas palabras, el ente estatal tiene vida propia y ejerce relaciones de fuerza hacia el resto de los miembros de la sociedad internacional que lo rodean, todo ello se ajusta al contenido teórico que el alemán Ratzel en el siglo XIX planteara en su tesis del espacio vital (*Lebensraum*), de la cual Kjellen se apoya para proponer una definición de lo que entraña el saber estratégico de la Geopolítica. En donde tenemos que poner atención es en el hecho de que estos argumentos adquieren mayores tintes socialdarwinistas, en la medida que, paradójicamente, los Estados no serán entidades estáticas sino que tendrán que estar en un constante movimiento y competición entre ellos por la vía de un dinamismo que se expresará territorialmente. En definitiva, entre los Estados se establece una lucha por el espacio. Renunciar a la lucha, renunciar al espacio vital, significará la decadencia de un pueblo. Esta lógica es la que marcará la dinámica territorial del Estado, una lógica de carácter hobessiano en la que el conflicto queda legitimado por un derecho natural, el de dar seguridad y satisfacción a las necesidades de la población⁵⁰. Dicha posición desencadenaría y justificaría el imperialismo de las naciones capitalistas en los siglos XIX y XX originando las dos grandes guerras mundiales que ha padecido la humanidad entera y, como consecuencia directa, deslegitimando y ensombreciendo la validez del discurso geopolítico.

Continuando con nuestro esfuerzo de delimitación conceptual, al parecer de los alemanes Henning y Körholz⁵¹, discípulos del sueco Kjellen, la Geopolítica determina la influencia de los factores geográficos, en la más amplia acepción de la palabra, sobre el desarrollo político en la vida de los pueblos y los Estados. Weigert en el mismo sentido señala que la Geopolítica es la base científica del arte de la actuación política en la lucha a vida o muerte de los organismos estatales por el espacio vital⁵². Para el clásico Haushofer, considerado el arquitecto intelectual del expansionismo nazi al mismo tiempo que padre de la Geopolítica, ésta es la ciencia de las formas de vida en los espacios vitales naturales, considerados en su vinculación con el suelo y en su dependencia de los movimientos históricos. “Geopolítica es la doctrina de las relaciones de la tierra

⁴⁹ Cfr. Jorge E. Atencio; *Qué es la Geopolítica*. Pleamar, Buenos Aires, 1986, p. 23.

⁵⁰ Cfr. Joan Nogué Font y Joan Vicente Rufí; *Geopolítica, identidad y globalización*. Ariel, Barcelona, 2001, p. 36.

⁵¹ Reflexiones plasmadas en su obra *Introducción a la Geopolítica* del año 1935.

⁵² Cfr. Jorge E. Atencio; *op. cit.*, pp. 24-25.

con los desarrollos políticos”. En este sentido la Geopolítica debe ser y será la conciencia geográfica del Estado, es el arte de guiar la política práctica⁵³ sobre los límites impuestos por el espacio físico.

La definición de un eminente científico mexicano, el ingeniero Alberto Escalona Ramos, es la siguiente: “La Geopolítica es la ciencia y arte o técnica de la aplicación del conocimiento de los factores geográficos, políticos e históricos, en acción recíproca y conjunta, para el dominio político del espacio (con todo lo que tal dominio implique en lo económico, social y cultural), previendo y aprovechando –como es propio de toda ciencia y técnica- las desigualdades de efectos que éste pueda causar debido a la desigualdad de acción de cada una y de todas estas causas juntas”⁵⁴. Geopolítica es la ciencia que estudia la influencia de los factores geográficos en la vida y evolución de los Estados, a fin de extraer conclusiones de carácter político. Guía al estadista en la conducción de la política interna y externa del Estado y orienta al militar en la preparación de la defensa nacional y en la conducción estratégica; al facilitar la previsión del futuro mediante la consideración de la relativa permanencia de la realidad geográfica les permite deducir la forma concordante con esta realidad en que se pueden alcanzar los objetivos y, en consecuencia, las medidas de conducción política o estratégica convenientes. La Geopolítica pretende, en su función orientadora para la política, aprovechar los conocimientos fríamente descriptivos de la Geografía, no sólo para explicar la causalidad geográfica de los hechos históricos, que bien pueden servir como experiencia, sino también para proporcionar elementos de juicio que permitan suponer el curso de los acontecimientos, en cuanto éstos dependan del medio geográfico y estén condicionados por la interdependencia entre la tierra y las sociedades humanas⁵⁵.

Las nociones de tiempo y espacio son innatas en el hombre y determinantes de su evolución e implican desde la toma de conciencia de su propia existencia en un momento y un sitio determinados hasta su deseo de trascender ambas dimensiones, llevado por la necesidad, a veces imperiosa, de mejorar sus condiciones de vida y su propio desempeño o devenir histórico, hasta despojar o ejercer su dominio sobre aquellos que están dotados o poseen lo que ambiciona. Por todo ello, nadie podría poner en duda que la Geopolítica es un componente esencial tanto de la política exterior como de la seguridad nacional de todos los Estados⁵⁶. Ya Napoleón Bonaparte lo había afirmado: La política de los Estados reside en su geografía. Bajo esa lógica, el conocimiento

⁵³ Cfr. *Ibid.*, pp. 25-27.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 31.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 55.

⁵⁶ Edmundo Hernández-Vela Salgado; *Enciclopedia de Relaciones Internacionales*. Editorial Porrúa, México, séptima edición 2010, en prensa.

geopolítico constituye parte fundamental de la estrategia de cualquier Estado en aras de la consecución de los objetivos que su política se haya propuesto. ¿Qué es la estrategia?; la estrategia es un conocimiento acumulativo reforzado y enriquecido por el devenir histórico de la sociedad humana, es el arte de emplear las fuerzas militares para alcanzar los objetivos fijados por la política, es el arte que permite dominar y prevalecer en todo duelo o problemática al emplear el uso de las técnicas con máxima eficacia. El general francés Beaufré maneja una idea general relativa a la *dialéctica de las voluntades*, entendida esta última, como el proceso dentro del cual dos o más actores luchan por vía de la fuerza al encontrarse uno al otro como obstáculos en la conquista de sus respectivos intereses, o bien debido a que el objetivo de uno entrañaría un daño al bienestar del otro. La estrategia no ha de ser una doctrina única, sino un método de pensamiento, que permite clasificar y jerarquizar los acontecimientos, para luego escoger los procedimientos más eficaces. A cada situación corresponde una estrategia particular; cualquier estrategia puede ser la mejor en una de las coyunturas posibles, y detestable en otras⁵⁷. Si tuviéramos que sintetizar estaríamos de acuerdo al afirmar que la estrategia es el arte de hacer que la fuerza concurra para alcanzar las metas de la política⁵⁸, centrados todos los esfuerzos en conservar la libertad de acción, esencia indiscutible de la misma.

Aquí es donde conviene destacar el interés de Estados Unidos por posicionarse en Medio Oriente; la importancia sintomática de la región en relación con la dinámica de la conflictividad mundial deriva enteramente de la geología, del hecho de que la zona contiene el 65 por ciento de las reservas petroleras estimadas y aún no explotadas del mundo, y muchos geólogos creen que la región aún tiene más posibilidades de que se descubran nuevas existencias de crudo allí. El caso es que los yacimientos están muy concentrados geográficamente y próximos a la superficie, lo que significa detección más fácil y explotación más rentable. Si bien es posible que se descubran otros yacimientos en el Atlántico Norte, en Siberia o en otros lugares remotos, únicamente Medio Oriente, y específicamente el Golfo Pérsico⁵⁹, puede suministrar las inmensas cantidades de hidrocarburos que se necesitarán para atender el crecimiento de la demanda energética mundial en

⁵⁷ Cfr. A. Beaufré; *Introducción a la Estrategia*. Editorial Struhart & Cía., Buenos Aires, tercera edición, 1982, p. 11.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 17.

⁵⁹ De igual manera existe un conflicto para tratar de definir esta zona particular dentro de la región general de Medio Oriente; algunos lo llaman Golfo Árabe, otros Árabe-Pérsico y algunos tal y como se define en este trabajo. La decisión ideal para los expertos en el tema es el término llano de la zona del Golfo, pero para evitar confusiones respecto a la enorme cantidad de formaciones geográficas del suelo que comparten los mismos rasgos y la misma denominación, optaremos por denominarla como se hace generalmente en los ámbitos académico y político.

el siglo XXI⁶⁰, por ello la necesidad estadounidense de establecer un control indiscutible e indisputable en la región, de asegurar tanto la estabilidad como la exclusividad de sus intereses en la región.

Pero para otorgar seguridad a la materialización de dicho propósito es necesario el despliegue de contingentes armados dispuestos a obrar con la mayor celeridad posible en el momento que se requiera. El mando militar nunca puede estar completamente seguro del tipo y ubicación de los conflictos en que tal vez se verá envuelto, así que debe mantenerse atento a una amplia gama de contingencias hipotéticas. La presencia estadounidense en Medio Oriente se ha reforzado sin pensar en ningún supuesto concreto, salvo el criterio de facilitar a los responsables políticos la capacidad necesaria para prevalecer en cualquier situación conflictiva imaginable. No obstante, los estrategas estadounidenses han identificado tres supuestos básicos de hostilidades en la región: 1) un nuevo intento de los iraquíes por apoderarse de los campos petrolíferos de Kuwait y Arabia Saudí; 2) intento iraní de cerrar el estrecho de Ormuz o poner en peligro de alguna otra manera el suministro de crudo desde el Golfo; 3) insurrección interior contra la familia real saudí.⁶¹ El primer inciso ha quedado aparentemente deshabilitado tras la invasión y ocupación unilaterales de Iraq a partir de marzo de 2003, pero los dos últimos representan las preocupaciones inmediatas de la política exterior de la potencia.

En cuanto al primer supuesto, el bloqueo estratégico del estrecho de Ormuz que Irán podría desplegar como respuesta ante una agresión directa por parte de Estados Unidos o sus aliados incondicionales, supondría hipotecar el flujo del oro negro extraído de la región, que alcanza alrededor de un 40% de las exportaciones totales del petróleo producido en el mundo, situación que afectaría de manera irónica, a Japón y a la Unión Europea principalmente, y no como se creyera a Estados Unidos que ha venido reduciendo su dependencia respecto a los suministros de crudo de la región, obteniendo únicamente el 15% de sus importaciones totales de esta fuente. La no poca, sino escasa empatía presente en las relaciones irano-estadounidenses derivada del cambio de modelo político dado en el año 1979 con el triunfo de la Revolución Islámica encabezada por el Ayatola Jomeini, que derrocará el régimen del Sha Reza-Pahlevi, patrocinado éste por Estados Unidos, así como el temor derivado de un etnocentrismo trasnochado que reconoce en las diferencias culturales una amenaza latente a sus intereses principales, son el condicionante principal de la rigidez y extremismo con el cual se descalifica de manera constante la política y posturas internas y externas

⁶⁰ Michael T. Klare; *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*. Traduc. J.A. Bravo, Urano, España, 2003, p. 79.

⁶¹ Michael T. Klare; *op. cit.* pp. 93-95.

de la República Islámica ante el mundo entero. A todo ello debemos sumar el miedo desatado por el posible éxito de un programa nuclear iraní; el enriquecimiento de uranio con fines de producir energía nuclear puede, en palabras estadounidenses, brindar a su rival islámico en la región, las bases tecnológicas necesarias para el desarrollo de armas de destrucción en masa, lo cual atenta directamente contra el monopolio del club nuclear mundial⁶² y entraña amenazas latentes para sus aliados estratégicos en Medio Oriente, situación que podría desencadenar una escalada regional en la proliferación de dichas armas.

Respecto a la situación de posible inestabilidad dentro del Reino de Arabia Saudita, tema que se desarrollará de manera amplia a lo largo de esta investigación, se debe señalar la importancia que representa una de las relaciones menos entendidas a nivel mundial y que ha reportado grandes logros a la política exterior de ambos Estados. La necesidad imperiosa de Washington por mantener en el poder a la casa reinante de los Saud, reside en la estrecha vinculación que históricamente ha tenido ésta con la sociedad y gobierno estadounidenses. Lo último ha permitido encontrar en la región un aliado poco común pero eficaz en el resguardo a intereses fundamentales de la potencia; el problema es que la suma de múltiples cambios políticos, económicos, sociales y geopolíticos han cimbrado la estabilidad de dicha alianza, poniendo en entredicho su continuidad y plasmando en el horizonte la toma del control del gobierno en Arabia Saudita por parte de elementos antagónicos a los intereses tanto tiempo protegidos por la dinastía saudita, lo que entrañaría el ascenso de un gobierno más en la región, opuesto de manera explícita al imperialismo estadounidense, y complicando así la consecución de sus objetivos particulares.

Pero como se ha señalado previamente, el interés estratégico por la región no yace únicamente bajo el tema de la seguridad energética a nivel mundial. La localización estratégica de contingentes militares estadounidenses a lo largo del área geográfica que aquí hemos denominado Medio Oriente, donde destacan las bases militares en Iraq, Kuwait, Arabia Saudita y las repúblicas ex-soviéticas de Asia Central, así como la base naval de la séptima flota estadounidense ubicada en el atolón Diego García del Océano Índico, sin olvidar la presencia militar estadounidense en Afganistán y Paquistán, responde de manera directa a promover la estabilidad del orden establecido, así como combatir las distintas amenazas en contra de éste. Pero de manera indirecta, lo que se pretende es rodear a los principales contendientes al puesto de superpotencias en el ámbito internacional que podrían disputar el predominio de Estados Unidos a nivel planetario. Estos serían los casos de Rusia, China y, en menor medida, Japón. Centrando nuestra atención en los dos

⁶² Oficialmente conformado por los cinco miembros del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas; Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia y China, a los cuales debemos añadir los Estados de India, Paquistán e Israel.

primeros, actualmente es innegable el avance del desarrollo de ambas sociedades que, a partir de experiencias históricas distintas han logrado destacar por su alto nivel de desarrollo económico, político y militar. El establecer una especie de cordón sanitario alrededor de ambos Estados, algo que nos recuerda la política de contención llevada a cabo durante la Guerra Fría, tiene como propósito fundamental evitar su expansión a las áreas de influencia que Estados Unidos heredó como resultado de los arreglos de la segunda postguerra. Actualmente China y Rusia han destacado por tener un acercamiento estratégico con los distintos miembros de la región, ya sea a través de apoyo o intercambio económico, diplomático y de venta de armamento, pero lo que inquieta más a Washington es la relación de cooperación que se ha fomentado entre Moscú, Pekín y Teherán, lo cual representa una amenaza a la hegemonía de la potencia estadounidense en la región, como a nivel mundial, al entrañar la posible emergencia de un bloque de naciones asiáticas que tome su propio camino en la defensa autónoma de sus intereses⁶³, un bloque no homogéneo pero sí complementario. Debe imaginarse el riesgo que entraña ante la hegemonía estadounidense el hecho de que naciones poderosas política, económica y militarmente se posicionen estratégicamente sobre una región que posee una cantidad de recursos naturales inigualables.

A manera de resumen, podemos decir que el interés geopolítico de Estados Unidos en Medio Oriente ha sido, en primera instancia, el de asegurar el flujo del petróleo proveniente de la región hacia el mundo entero para alimentar la enorme maquinaria de la economía mundial. Durante la Guerra Fría, la lucha en contra de Unión Soviética por ocupar espacios de poder e influencia en la región fue otra de sus prioridades. Otra es ayudar y proteger a Israel así como controlar la escalada de violencia dentro del conflicto permanente árabe-israelí, la cual ha sido una de sus tareas más costosas e importantes. A todo esto hoy se suma la amenaza latente del programa nuclear iraní y la creciente influencia de otras potencias sobre la región, todos ellos elementos a ser analizados bajo el ángulo del estudio geopolítico.

No podemos olvidar que la construcción de cualquier discurso geopolítico no es más que un reflejo de los modos culturales de ver y construir el mundo, es decir que toda jerarquización de los espacios y de las manifestaciones sociales habidas dentro de éstos, son pura muestra de la interpretación cultural de un Estado a partir de su situación geográfica particular y en relación con la de los otros Estados. La Geopolítica en este sentido representa una herramienta que legitima una

⁶³ Es importante señalar la importancia que en este aspecto tiene la Organización de Cooperación de Shanghai, organización intergubernamental fundada el 14 de Junio de 2001 por los dirigentes de la República Popular China, Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán, y que suma como observadores a Mongolia, Paquistán, India e Irán, cuyo principal objetivo es establecer medidas que aseguren la estabilidad de la seguridad regional.

interpretación y construcción de lo real a partir de las aspiraciones de algún actor de la sociedad internacional. La Geopolítica es antes que nada un discurso, y no cualquier discurso, sino uno político que afirma sus aspiraciones sobre el espacio físico. En términos *ratzelianos*, la obtención de espacio vital es una condición inherente a las sociedades humanas, el espacio determina las cualidades de su población y sus aspiraciones, al ser un influjo natural no puede cuestionarse ni la jerarquización de las distintas colectividades, ni la satisfacción de sus intereses por vía de la ampliación de su espacio territorial. Ante dicha argumentación conviene plantearse algunas interrogantes que medien en el debate entre voluntad humana y determinismo geográfico: ¿es el hombre víctima de la fatalidad geográfica?, ¿priva el influjo de la naturaleza sobre la voluntad humana?, las acciones de Estados Unidos parecen sentarse sobre la repuesta afirmativa a las dos preguntas anteriores.

1.3. Las relaciones y alianza con Israel

No vamos a intervenir en México hasta que no quede otra opción, pero tengo que proteger a mi gente allí, en la medida en que me sea posible, así como sus bienes, haciendo entender al gobierno de México que hay un dios en Israel, y que está en guardia. Si no, no harán caso a nuestras abundantes e importantes quejas y no darán la protección que es necesaria y que pueden dar⁶⁴.

Esta frase fue pronunciada en 1912 por el vigésimo séptimo presidente de Estados Unidos, William Howard Taft, para reclamar la protección de los ciudadanos estadounidenses en México, debido a que la situación era cada vez más caótica en nuestro país y ponía en peligro intereses específicos del gobierno en Washington. Sin embargo, lo que más llama la atención en el discurso de Taft para efectos de nuestra investigación, son las palabras “dios en Israel”. Las fronteras de Israel son discutibles, es cierto, pero está situado en Medio Oriente, no en América del Norte. Tampoco se utiliza como modo de referencia directa a Estados Unidos. Sin embargo, desde la llegada del Mayflower y la fundación de la colonia de Plymouth en 1620, la expresión “La Nueva Israel de Dios” aparece con frecuencia en textos históricos y discursos políticos estadounidenses. La

⁶⁴ Parte de un discurso presentado por el presidente estadounidense Howard William Taft ante el congreso de su país; en Johan Galtung; *Fundamentalismo USA: fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*. Icaria, Barcelona, 1999, p. 21.

razón es obvia. Estamos hablando de una de las metáforas más potentes de la historia⁶⁵. Los colonos de las trece colonias en América del Norte que posteriormente fundaron Estados Unidos se encargaron de justificar y alentar los cimientos de construcción de su nueva nación a partir de la metáfora bíblica del pueblo expulsado, elegido por Dios, en busca de una nueva tierra bajo la cual prosperarían a partir de expandir el imperio del todopoderoso y difundir su palabra a lo largo y ancho del planeta; de ahí que sea frecuente encontrar referencias de la sociedad estadounidense centradas en el nombre del pueblo elegido de Israel, y de ahí también que el acercamiento e identificación con el Israel de Medio Oriente encuentre la aceptación general de su población, a lo que debemos añadir la importancia histórica del movimiento sionista estadounidenses. Aun si aceptáramos el hecho de que nos encontramos frente a dos grandes naciones, “puras y bíblicas”, elegidas por Dios mismo para gobernar los designios del hombre sobre la Tierra, y que en consecuencia mantienen una alianza natural, no podemos obviar otra serie de elementos ajenos a la lírica y sensacionalismo poéticos, y sí más cercanos a la lógica material y objetiva de la realidad, que nos permitan entender el porqué de la existencia de un lazo indiscutible entre ambos Estados que nos permita elaborar un análisis crítico de dicha unión, y más aún, de sus consecuencias directas para el tema que aquí se estudia.

Las relaciones entre Estados Unidos e Israel han sido descritas de distintas maneras. Los políticos se refieren a Israel como el mejor aliado de Estados Unidos no sólo en Medio Oriente, sino en el mundo, máxime cuando vivimos en una guerra constante en contra de la amenaza del terrorismo internacional. Otros lo consideran un aliado estratégico. Algunos piensan que ambos comparten valores democráticos comunes en la guerra contra el terrorismo. Dentro de la izquierda, los críticos consideran a Israel una herramienta del imperialismo estadounidense para minar el nacionalismo árabe, un baluarte contra el terrorismo fundamentalista islámico. Unos pocos señalan el exceso de influencia que el gobierno israelí ejerce en la política del estadounidense a través de los poderosos grupos cabilderos (*lobbies*) y personalidades judías en los círculos mediáticos, financieros y políticos de dicho país. Aun cuando haya algo de verdad en lo anterior, existe un aspecto único en esta relación entre una potencia imperial como Estados Unidos y una potencia regional como Israel; a diferencia de la relación de Washington con la Unión Europea, Japón y ciertos países de Oceanía, Israel es quien aparentemente se beneficia en mayor grado de su relación con la potencia y no viceversa, llegando incluso a oscurecer el conjunto de intereses de Estados Unidos sobre dicho lazo, e incluso poniendo en duda el papel de jerarquía de la unión; además de

⁶⁵ Cfr. Johan Galtung; *op. cit.*, p. 22.

recibir vastas transferencias de recursos financieros a su favor (2,800 millones de dólares al año). Al mismo tiempo, cuenta con el privilegio de adquirir los armamentos y tecnologías más modernos dentro del arsenal estadounidense, así como acceso sin restricciones a los mercados estadounidenses de productos nacionales, libre flujo de emigrantes sin restricciones aduaneras, el compromiso de apoyo incondicional de la gran potencia en caso de guerra en su contra o represión en contra del pueblo palestino, y la garantía de su voto en contra de cualquier resolución de Naciones Unidas que atente a sus intereses o imagen política.

Desde el punto de vista de las relaciones entre ambos Estados, la potencia menor regional es la que arranca un tributo al imperio, un resultado aparentemente único o paradójico. La explicación de esta paradoja se encuentra, en parte, en el poderoso e influyente papel de los judíos pro-israelíes localizados en sectores estratégicos de la economía estadounidense, partidos políticos, el congreso e incluso el poder ejecutivo⁶⁶. Podría resumirse que en Estados Unidos existen fundamentalmente cuatro bases de apoyo financiero, ideológico y político a Israel: 1) acaudalados contribuyentes judíos y poderosas organizaciones dedicadas a recaudar fondos para Israel, 2) el gobierno de Estados Unidos, tanto el congreso como la presidencia, 3) los medios de comunicación, en especial *The New York Times*, *Hollywood* y las principales cadenas de televisión y 4) los dirigentes sindicales y directores de fondos de pensiones⁶⁷ que transfieren sus activos a agencias bancarias y financieras israelíes con el propósito de que ellas se beneficien de las contribuciones hechas por ciudadanos estadounidenses a través de la actividad financiera. Todo lo anterior es de sobra conocido y manejado en los discursos político y mediático cotidianos, pero para entender de lo que se habla se precisa de un análisis más concienzudo.

Desde la guerra de Octubre de 1973, Washington ha otorgado a Israel un nivel de apoyo militar, político y económico superior al que haya brindado a cualquier otro de sus aliados, convirtiéndose así en el mayor recipiente de ayuda económica directa y asistencia militar a partir de la Segunda Guerra Mundial y hasta nuestros días, Israel recibe anualmente alrededor de tres mil millones de dólares, lo que representa una quinta parte del presupuesto anual destinado a la ayuda internacional del gobierno estadounidense. En términos *per capita*, Estados Unidos aporta un subsidio de quinientos dólares⁶⁸ al año a cada uno de los habitantes israelíes; este nivel de ayuda resulta un poco desconcertante cuando uno constata la riqueza industrial de dicho Estado, que posee

⁶⁶ James Petras; “EE.UU. e Israel: los cómplices del crimen” en Ortiz, Javier (comp.); *Palestina existe*. Foca, Madrid, 2002, p. 49.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 62.

⁶⁸ Clyde R. Mark; “Israeli- United Sates relations”; Congressional Research Service: The Library of Congress, 2003, p. 11. Consultado en <http://www.fas.org/man/crs/IB82008.pdf> el 29 de abril de 2009 a las 17:55 hrs.

un nivel de ingreso *per capita* similar a los de España y Corea del Sur. Además de la generosa cantidad de apoyo económico, Israel obtiene otro tipo de privilegios poco habituales; la mayoría de los Estados beneficiados por la ayuda económica estadounidense reciben el total del dinero en cuatro exhibiciones periódicas, mientras que éste lo obtiene completo a principios de cada año fiscal en curso, al mismo tiempo que no tiene la obligación ni el compromiso de justificar la manera en que éste es utilizado, una excepción a la regla que dificulta prevenir que dicha suma sea gastada en objetivos a los que la nación donadora se opone, como lo es, aparentemente, la construcción de asentamientos judíos en Cisjordania.

Más allá, Estados Unidos se ha encargado de proveerle ayuda en el desarrollo de su arsenal militar, enriqueciéndolo con los sistemas ofensivos más avanzados, donde encontramos el acceso a helicópteros de precisión *Blackhawk* y aviones de ataque F-16. Asimismo, le otorga acceso a información de inteligencia que ha sido denegada incluso a los miembros de la OTAN y ha permanecido silencioso ante la adquisición de armas nucleares por parte de su aliado. Adicionalmente, el gobierno estadounidense respalda a Israel con un consistente, en ocasiones desmedido, apoyo diplomático en cualesquiera foros a nivel internacional; en el período que va de 1972 a 1997, Estados Unidos vetó alrededor de 32 resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que exigían modificar la política israelí respecto al conflicto en el cual se encuentra inmerso con su contraparte palestina⁶⁹; dicha cifra rebasa incluso el número total combinado de vetos sobre resoluciones del Consejo de Seguridad presentados por el resto de sus miembros permanentes. De igual manera se ha encargado de bloquear todo intento por parte de los Estados árabes para poner bajo control del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) el arsenal nuclear de su rival regional⁷⁰.

Israel representó un baluarte estratégico para la política exterior estadounidense en los años de la Guerra Fría, sirviendo como uno de sus aliados incondicionales a partir de la Guerra de los Seis Días de 1967⁷¹, ayudó a contener la expansión de Unión Soviética en la región e infligió

⁶⁹ Donald Neff; "U.S. Vetoes of U.N. Resolutions on Behalf of Israel". Consultado en http://www.ifamericansknew.org/us_ints/p-neff-veto.html el 23 de marzo de 2009 a las 11:30 hrs.

⁷⁰ IAEA; "Israel nuclear capabilities; Resolution adopted on 18 September 2009 during the tenth plenary meeting". Consultado en http://www.iaea.org/About/Policy/GC/GC53/GC53Resolutions/English/gc53res-17_en.pdf el 20 de septiembre de 2009 a las 19:30 hrs.

⁷¹ El presidente Harry Truman fue el primer jefe de Estado en reconocer al autoproclamado Estado de Israel el 15 de mayo de 1948, sólo minutos después de que éste declarara su independencia. A partir de entonces se formalizaría una relación especial con la comunidad judía que ya existía desde principios del siglo XX, centrada en el apoyo de la comunidad política judía, cristiana y conservadora estadounidenses, para la creación de un hogar judío para el pueblo de Israel respaldando las nociones básicas de la Declaración Balfour de 1917. A pesar del descontento estadounidense con Israel desatado por la invasión unilateral hacia Egipto en 1956, en compañía con las fuerzas militares de Reino Unido y Francia, aprovechando como pretexto la nacionalización del Canal de Suez a manos de Nasser para revivir sus aires

derrotas humillantes a los Estados de Egipto y Siria, en ese entonces cercanos al bloque socialista. También ayudó en la protección de algunos aliados estadounidenses dentro de la confrontación bipolar, como lo fue el caso del rey Hussein de Jordania ante el inminente ataque de tropas sirias como respuesta al *Septiembre Negro* infligido sobre la población palestina en 1970; asimismo, el desarrollo de su poderío militar forzó a Moscú a incrementar el gasto por concepto militar hacia sus aliados para contrarrestar la fuerza del bloque capitalista en la región, provocándole sangrías financieras, todo ello sin olvidar el papel que los servicios de inteligencia de su Estado, centrados en el Mossad, brindaron por vía del espionaje y del contraespionaje a los centros de inteligencia estadounidenses acerca de movimientos y planes de acción soviéticos.

Sin embargo, el valor de Israel para Estados Unidos durante dicho período no debe ser sobreestimado. Respaldo al Estado israelí representó altos costos, no sólo económicos sino políticos, para la política exterior estadounidense en la región, complicando sus relaciones con el resto del mundo árabe. Por ejemplo, la decisión por parte del gobierno de Washington de aumentar la ayuda económica y la asistencia militar a su socio estratégico durante el conflicto bélico de Octubre de 1973, desencadenó el embargo general de la OPEP hacia las naciones industrializadas dependientes de sus exportaciones, situación que provocó enormes daños a las economías occidentales (especialmente a los Estados europeos dependientes de las importaciones de crudo provenientes de la región). Incluso, el poderío militar israelí no ha sido capaz de responder a la protección de intereses vitales estadounidenses en la región cuando así se ha requerido debido a la dificultad que impondría la intervención de contingentes israelíes en situaciones de conflicto en donde se encontrara la participación activa de Estados árabes; existe una especie de blindaje moral que restringe a Estados Unidos el uso de las fuerzas israelíes, que en gran parte ha ayudado a desarrollar, debido a las tormentas que desencadenaría la opinión pública internacional y más aún la de los pueblos árabes si tomaran parte en el conflicto fuerzas militares de su enemigo histórico a favor de Washington. Este problema se constata en los casos de la Revolución Iraní de 1979, la guerra civil en Líbano de 1982 y con mayor claridad en la Guerra Iraq-Irán de 1980 a 1989; la imposibilidad de aprovechar la infraestructura tecnológica, militar y logística que posee Israel en la región, forzó a Estados Unidos a través del presidente Carter a la creación de su propia Fuerza de Despliegue Rápido⁷² localizada en el Océano Índico, teniendo como base central la estratégica isla

imperialistas, la cooperación entre ambos Estados logró concretar uno de los mayores objetivos en la estrategia de contención del comunismo diseñada por Kennan (1947) como guía fundamental de la administración estadounidense durante la Guerra Fría, evitar la expansión de la influencia soviética en Medio Oriente.

⁷² Combinación de contingentes militares, de hombres, material y equipo, seleccionados de las diversas armas del país: infantería, infantería de marina, marina de guerra y aviación militar, además de otros grupos especializados; que siguen,

Diego García, arrendada a Reino Unido y, obteniendo más tarde, acceso y facilidades en Omán, Somalia, Kenya y finalmente, también en Egipto en el Mar Rojo⁷³.

La guerra en contra de Iraq tras su invasión sobre el territorio de Kuwait (1990-1991) demostró nuevamente la inoperancia del aliado estratégico y de sus múltiples capacidades militares para ser aprovechadas a favor de Estados Unidos en conflictos regionales, repitiéndose la misma situación durante la ofensiva militar de 2003 en contra del régimen de Saddam Hussein a manos del ejército estadounidense; a pesar del entusiasmo de Israel por tomar parte en ambos acontecimientos, la fragilidad de la alianza en contra de Iraq, así como el miedo por despertar la oposición árabe ante la participación israelí dentro del conflicto armado, inmovilizó la intervención estratégica del tan consentido aliado regional. Lo irónico es el hecho de que a pesar de no poder acceder en casos necesarios al arsenal bélico y equipo tecnológico que ellos mismos ayudaron a desarrollar, esto por razones de prudencia política, Estados Unidos siga brindando asistencia militar a la potencia regional, convirtiéndose en causa de críticas a la administración en Washington, inclusive provenientes del interior de su sociedad, cansadas de señalar la carga fiscal que representa el apoyo económico otorgado a Israel.

La justificación ante dicha observación no se deja esperar, Estados Unidos e Israel son aliados estratégicos en la lucha en contra de la amenaza mundial del terrorismo, de ahí la necesaria cooperación en todo ámbito que ayude a la erradicación de un problema que afecta a todo miembro de la sociedad internacional. Siendo la potencia mundial el paladín de dicha guerra en contra del terrorismo, tema que trataremos con mayor profundidad en el siguiente apartado, se entiende la inclinación de la misma para proveer de recursos a su aliado fundamental en esta batalla dentro de Medio Oriente. Sin embargo, es necesario señalar que el espectro del terrorismo comprende una enorme variedad de grupos políticos con objetivos diversos, de manera que no puede detectarse un adversario único y común. En el último de los casos, las organizaciones tildadas de terroristas que

generalmente por separado, un entrenamiento intensivo adecuado, pero cada uno en función de los demás; que periódicamente celebran ejercicios conjuntos para asegurar en todo tiempo y cualquier condición su máxima integración, organización y eficiencia, además del apoyo logístico requerido en diversas situaciones; y que actúa con gran celeridad a partir de bases fijas y móviles, situadas preferentemente en zonas alejadas de su propio territorio, pero cercanas a los lugares de su posible utilización. La sola posesión de esas *Fuerzas de intervención rápida* por algún país implica una acción disuasiva tanto para los Estados considerados hostiles, como para todos los que se encuentren a su alcance; y su existencia significa la más clara y oprobiosa manifestación del intervencionismo sustituto de la llamada “diplomacia de las cañoneras”, propia de la acción imperialista de las potencias hegemónicas y algunos otros países, con el fin de hacer prevalecer sus intereses por medio de la intimidación y la fuerza. Véase a Edmundo Hernández-Vela Salgado; *Diccionario de Política Internacional*. Ed. Porrúa, México, sexta edición, 2002, 2 Vols., p. 597.

⁷³ Asignada al comandante en Jefe estadounidense en Europa, pero con confusas líneas de mando, la Fuerza de Despliegue Rápido tuvo un fracaso estrepitoso en su primera intervención, efectuada del 25 al 28 de abril de 1980, al intentar rescatar a los 52 rehenes estadounidenses que se encontraban secuestrados en Irán. Cfr. Edmundo Hernández-Vela Salgado; *op. cit., idem*.

amenazan a Israel, como *Hamas* o *Hezbollah*, no representan un riesgo directo a la sociedad estadounidense a excepción de los momentos en que Washington interviene de manera directa en contra de ellas, como ocurrió en Líbano en el año de 1982. Más aún, el terrorismo por parte de dichas organizaciones palestinas no representa casos de violencia esporádica y no justificada, sino que constituye una larga respuesta de resistencia en contra de la ocupación de sus territorios, la política de asentamientos judíos en sus zonas de gobierno, así como de la violencia sistemática que sufre su población a manos del Estado de Israel y que presenta una lista interminable de violaciones a los Derechos Humanos del pueblo palestino. Los actos terroristas en contra de objetivos estadounidenses tienen como causa directa el rechazo ante el apoyo incondicional que su gobierno presenta hacia el gobierno israelí a pesar del evidente abuso sobre los derechos de sus vecinos árabes. Las poblaciones locales identifican todo intento de incursión estadounidense sobre cualquier temática dentro de la zona, como parte del expansionismo e intervencionismo judíos en la región.

La incuestionable relación entre ambos gobiernos complica de manera notoria cualquier intento de acercamiento hacia alguno de los Estados árabes para la solución de los conflictos impostergables en la región. Esto se hace evidente de igual manera en el caso de la carrera armamentista nuclear; el arsenal nuclear israelí es la principal razón de cosechar el deseo por parte de sus vecinos regionales por el desarrollo de capacidades nucleares defensivas, paradójicamente, incrementar las amenazas de cambios de régimen forzosos usando como justificante las aspiraciones nucleares de las distintas administraciones locales, no hace más que potenciar dicho deseo. A todo ello debe sumarse una serie de actos desleales que la administración en Tel-Aviv ha llevado al cabo en perjuicio de su padrino político en la arena internacional, como lo representa el ignorar un sinnúmero de peticiones por parte del gobierno estadounidense por las cuales se pedía un compromiso para detener la construcción de asentamientos en los territorios ocupados de Palestina⁷⁴, de los asesinatos selectivos con uso de equipo militar exclusivo del ejército estadounidense y de la construcción del muro en Cisjordania que quebrantaría la lógica de vida diaria de las comunidades palestinas; de igual manera, Israel ha proveído tecnología militar estadounidense a rivales potenciales de Estados Unidos como China, a través de transferencias

⁷⁴ El Economista; "Israel pide a EU reconsiderar tema de asentamientos", 2 de junio de 2009. Consultado en <http://eleconomista.com.mx/notas-online/internacional/2009/06/02/israel-pide-eu-reconsiderar-tema-asentamientos> el 5 de junio de 2009 a las 20:45 hrs.

ilícitas no notificadas⁷⁵, y ha sido sorprendido en un gran número de casos por espionaje en contra de la administración en Washington⁷⁶.

Sin embargo, nada parece hacer mella de esta relación tan especial entre ambos Estados, y más allá del valor que representa Israel para Estados Unidos como enclave estratégico en Medio Oriente tanto por su posición estratégica como poderío industrial y militar, existe otra serie de argumentos teñidos como justificaciones morales que permiten a los promotores de esta alianza reforzar el respaldo económico, político y militar, necesarios para Israel; dentro de ellos encontramos: 1) es un Estado débil rodeado por enemigos, 2) es una democracia, la forma moral preferible de gobierno, en una zona donde predominan las dictaduras y se coarta la libertad de expresión, 3) el pueblo judío ha sufrido grandes crímenes en el pasado y por ello merece un trato especial y el más polémico, 4) su conducta es superior moralmente que el comportamiento de los adversarios que le acechan⁷⁷.

El primer argumento, como ya lo hemos estudiado, se encuentra bastante alejado de la realidad. Hoy por hoy Israel representa el poderío militar más fuerte en Medio Oriente, sus fuerzas convencionales son superiores a cualesquiera otras de la región, además de poseer capacidad destructiva nuclear. Tanto Egipto como Jordania han firmado tratados de paz con éste, al mismo tiempo que Arabia Saudita ha buscado un acercamiento que los lleve a la misma situación. Siria ha perdido el financiamiento soviético que lo colocara como un rival poco desdeñable en la región durante la Guerra Fría e Iraq ha sido diezmado por el costo de tres desastrosas guerras, Irán se encuentra a mil kilómetros de distancia de sus fronteras y los palestinos carecen de cuerpos policíacos efectivos, ya no se diga de un contingente militar en forma. Nada amenaza directamente la supervivencia del Estado israelí más que sus propias acciones, su capacidad destructiva supera a los elementos disuasivos de cualquiera de sus vecinos, además de que estos últimos no olvidan el inevitable apoyo que su rival recibe por parte de la potencia mundial.

En cuanto a la justificación centrada en el peso que tiene Israel como una democracia dentro de una zona en la cual pocas formas de gobierno se ajustan a los patrones establecidos por las llamadas “democracias occidentales”, podemos argumentar que existen en el mundo muchos otros

⁷⁵ BBC; “US 'anger' at Israel weapons sale; The Israeli defence ministry has confirmed that it faced questioning by Washington over arms sales to China”, 16 diciembre de 2004. Consultado en http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/4101961.stm el 19 de marzo de 2009 a las 14:26 hrs.

⁷⁶ James Petras; “La tiranía de Israel sobre Estados Unidos”, 1 de febrero de 2006. Consultado en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=26238> el 25 de agosto de 2009 a las 19:14 hrs.

⁷⁷ John Mearsheimer y Stephen Walt; “The Israel lobby and U.S: Foreign policy”. Harvard University and The University of Chicago, 2006, p.8. Consultado en [http://ksgnotes1.harvard.edu/Research/wpaper.nsf/rwp/RWP06-011/\\$File/rwp_06_011_walt.pdf](http://ksgnotes1.harvard.edu/Research/wpaper.nsf/rwp/RWP06-011/$File/rwp_06_011_walt.pdf) el 26 de abril de 2009 a las 18:42 hrs.

ejemplos de democracias que no reciben el mismo apoyo que Tel- Aviv; más allá, Estados Unidos se ha caracterizado por derrocar gobiernos democráticos en el pasado y respaldar a dictaduras, como las de Pinochet, Trujillo y Somoza en América Latina, cuando así convenía a sus intereses, actualmente conserva lazos con gobiernos poco comprometidos con los valores liberales y democráticos que tanto se resaltan, de manera cuestionable, en el caso de Israel. La justificación de la relación no tiene nada que ver con la democracia. Por contraste, Israel fue fundado explícitamente como un Estado judío en el cual la condición de ciudadanía depende del principio de sanguinidad⁷⁸, un Estado para los judíos, de lo cual se desprende el hecho de que más de un millón de árabes residentes en su territorio sean caracterizados como ciudadanos de segunda clase bajo miles de actos discriminatorios. *Mas para oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud*⁷⁹, y de eso se asegura el gobierno israelí, explotar la fuerza laboral palestina sin proveer a cambio un marco jurídico que proteja la salud y promueva el desarrollo económico de sus familias es una condición repetida en miles de casos dentro de las fronteras de Israel. El *status* democrático de Israel viene a ser menoscabado por su continuo rechazo a conceder las garantías necesarias para la construcción de un Estado viable para la población palestina; controla las vidas de alrededor de cuatro millones de palestinos en Gaza y Cisjordania mientras coloniza las mejores tierras de sus habitantes árabes y construye muros para aislar entre sí a las comunidades palestinas entre sí. Israel podrá ser formalmente una democracia, pero la realidad es que niega completamente la concesión de derechos civiles y políticos a los millones de palestinos que viven, o sobreviven, bajo su yugo, violando al mismo tiempo una enorme cantidad de las disposiciones en las Convenciones de Ginebra⁸⁰, en las cuales se establecen las obligaciones de las potencias ocupantes hacia la población afectada. Israel es el Estado que más resoluciones emitidas dentro de los órganos de Naciones Unidas ha ignorado⁸¹, ¿país democrático?

⁷⁸ El Estado israelí no permite a palestinos que contraen matrimonio con ciudadanos israelíes, judíos, recibir la condición de ciudadanía; incluso existen casos en los cuales se niega el derecho a los esposos para vivir en el territorio de Israel.

⁷⁹ Carlos Marx- Federico Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*. Colección Roca, México, 1972, p.67.

⁸⁰ En especial el artículo 49 de la Cuarta Convención en donde se establece que los Estados ocupantes no podrán transferir, bajo ninguna manera, su población civil dentro de los territorios ocupados.

⁸¹ De 1967 a la fecha, Israel ha ignorado 35 resoluciones provenientes del Consejo de Seguridad, sin contar las provenientes de otros órganos del sistema de las Naciones Unidas, en donde suma más de 169 observaciones; el segundo Estado en la lista es Turquía con 24, seguido por Marruecos con 18, Croacia con 6, Armenia e Indonesia con 4, Sudán con 2, India, Pakistán y Rusia con 1. *Cfr.* Shlomo Shamir; "Study: Israel leads in ignoring Security Council resolutions". *Haaretz*, 11 de octubre de 2002. Consultado en <http://www.ifamericansknew.org/stats/scr.html> el 30 de marzo de 2009 a las 21:15 hrs. *Cfr.* Stephen Zunes; "UN Resolutions being violated by countries other than Iraq". *Znet*, 3 de octubre de 2002. Consultado en <http://www.ifamericansknew.org/stats/violations.html> el 30 de marzo de 2009 a las 21:25 hrs.

Israel es rentista del holocausto. No existe ninguna duda respecto al gran sufrimiento que históricamente ha vivido el pueblo judío como legado de un profundo antisemitismo generalmente europeo, en ello se asienta la baza moral para la creación de un nuevo Estado para dicho pueblo, así como el inexpugnable apoyo económico y asistencia militar del cual es beneficiario. Más allá de que esta historia pudiera ser suficiente para el respaldo por parte de Estados Unidos a la administración en Tel-Aviv, no puede olvidarse que la creación y el sustento para la consolidación del Estado para el pueblo judío incluyeron la práctica de crímenes adicionales en perjuicio de una tercera parte inocente, los palestinos. El desarrollo de dichos acontecimientos es bien entendido, cuando el sionismo político tomó fuerza internacional a finales del siglo XIX, existía únicamente alrededor de 15,000 judíos en Palestina; en el año de 1893 los árabes comprendían alrededor del 95% de la población sobre el territorio que hoy posee el Estado israelí, y a pesar de haber constituido un dominio bajo el control del Imperio Otomano, el territorio se había encontrado bajo posesión palestina por más de 1300 años. Incluso cuando Israel fue fundado en 1948, los habitantes judíos sólo representaban el 35% de la población total en Palestina y poseían únicamente un 7% de la extensión total de tierra⁸².

El liderazgo sionista no se preocupó por tomar cualesquiera medidas de fuerza para tornar la situación a su favor sin jamás considerar la sola posibilidad de aceptar una partición permanente del territorio. La expansión del dominio del pueblo judío sobre el territorio de Palestina se caracterizó por el despojo y la expulsión de la población local a manos de la fuerza armada, algo que se ha convertido en condición habitual hasta nuestra fecha. Asesinatos, violaciones, robo, castigos colectivos, cierre de escuelas, destrucción de viviendas, restricciones laborales y comerciales, ataques a centros de reunión, etc., nada constituye un límite con tal de conseguir cada uno de los intereses del Estado israelí. Pero en palabras de ellos, *en cualquier batalla en contra del mal global*⁸³, *la falla es inevitable siempre que a las políticas se les permite comprometerse con principios. En otras palabras, no existe contradicción alguna entre los valores morales y los intereses estratégicos*⁸⁴. Ya lo había dejado muy en claro David Ben Gurión⁸⁵: *quien enfoque el problema sionista desde postulados morales no es sionista*.

⁸² John Mearsheimer y Stephen Walt; *op. cit., idem*.

⁸³ El mal global en su visión es entrañado por la constante amenaza que supone el pueblo palestino, por vía del terrorismo, hacia los intereses impostergables del sionismo político, centrados actualmente en la posesión de los territorios ocupados para llegar a la formación del Gran Israel, recuperando las antiguas provincias de Judea y Samaría, hoy Cisjordania.

⁸⁴ Natan Sharansky (Ministro del gobierno israelí en 2008 encargado de la protección de los Derechos Humanos) citado en Proceedings of the 2008 Soref Symposium; "America, Israel, and the Middle East: Confronting the challenges of

La falta de tacto y seguimiento a las disposiciones más elementales del derecho internacional público en cuanto a violaciones a derechos humanos se refiere, no representa obstáculo alguno para quienes sustentan de manera irrefutable que en ocasiones el mal menor es justificable para consolidar el bien mayor. Estos mismos, no hallan impedimento alguno al contraponer la pretendida virtuosidad del comportamiento israelí con el barbarismo inherente a sus vecinos árabes, supuesto bajo el cual se justifica el apoyo continuo y constante a la nación “amiga”. Dicha defensa parece olvidar que la formación del Estado de Israel comprendió actos de violencia explícitos dentro de los cuales se puede mencionar la limpieza étnica, ejecuciones, masacres y violaciones a manos del ejército israelí, todos ellos considerados crímenes de lesa humanidad por el Estatuto de la Corte Penal Internacional. La estupidez del etnocentrismo trasnochado impregnado en el subconsciente colectivo occidental nos arrastra a escudar nuestros actos en discursos baratos que pretenden jerarquizar a las diversas colectividades que conforman la complejidad mundial, para con ello acceder de manera atroz a la consecución de intereses específicos. La barbarie no es una cualidad intrínseca de civilización alguna, mucho menos privativa de una población particular, tal y como el comportamiento israelí nos ayuda a confirmarlo. El terrorismo de la resistencia no es más que la consecuencia directa del terror impuesto por un ocupante empedernido hacia una población indefensa, es una opción al caos bajo el cual la sociedad palestina se encuentra inmersa. Finalmente, si pudiéramos aceptar que el uso de la violencia sistemática va aparejado inexorablemente con la condición de barbarie, deberíamos recordar que fue la táctica empleada por los grupos sionistas a principios del siglo XX frente a las autoridades británicas para acceder a la independencia, en donde no podemos pasar por alto el asesinato del Conde Bernadotte, representante de Naciones Unidas, a manos de terroristas israelíes en 1948 tras proponer la internacionalización de Jerusalén.

Otro de los elementos centrales para comprender la relación tan cercana entre Estados Unidos e Israel yace sobre el enorme grado de influencia que posee el grupo de interés (*lobby*) israelí dentro del sistema político estadounidense, lo que en parte le permite manipular la política exterior de la potencia sobre Medio Oriente⁸⁶. Algo importante de mencionar es el hecho de que el

tomorrow”. The Washington Institute for Near East Policy, Washington, 2008, p. 21. Consultado en <http://www.washingtoninstitute.org/pubPDFs/SorefProceedings2008.pdf> el día 21 de abril de 2009 a las 20:22 hrs.

⁸⁵ Considerado padre fundador del Estado de Israel, fue una de las figuras más importantes en la autoproclamación de independencia de 1948 y se convirtió en primer ministro del nuevo Estado, permaneciendo en el poder hasta el año de 1963.

⁸⁶ Una de las principales organizaciones sobre las cuales se centra dicho grupo de interés, la representa el Comité de Asuntos Públicos Americano-Israelí, AIPAC por sus siglas en inglés, mediante el cual se concentran los esfuerzos de individuos y organizaciones pro-judíos que por medio de sus aportaciones económicas tienen como objetivo principal inclinar la política exterior de Estados Unidos en torno a la protección de Israel y la consecución de otro tipo de intereses.

grupo de presión israelí es mucho más amplio que la comunidad judía estadounidense, abarca los principales segmentos de opinión liberal, la cúpula de los sindicatos laboristas, fundamentalistas religiosos, conservadores del tipo que apoyan un aparato de Estado poderoso orientado a una producción controlada por el Estado de grandes inversiones en tecnología (es decir, de producción militar) en el interior, y amenazas militares y aventuras en el exterior⁸⁷.

Dentro de los mecanismos que permiten al grupo de presión israelí incidir en el diseño de la política exterior estadounidense, podemos mencionar entre muchos otros casos, el dominio y presión que ejercen sobre los miembros del Congreso estadounidense a través de la concesión de prerrogativas económicas hacia aquellos que respalden su agenda de intereses, y al mismo tiempo, castigando públicamente a quien no se ajusta a su línea política. Por otro lado, la innegable importancia que juega el dinero dentro de las campañas electorales en Estados Unidos, permite al grupo de presión israelí aprovechar una vía más de promover la defensa de sus principios, al condicionar el apoyo económico previa constatación de acuerdos y compromisos políticos por parte de los candidatos en pugna. El apoyo económico puede ser directo, en especie, o dirigido a favorecer la imagen del posible congresista mediante anuncios en televisión u opiniones dirigidas en diarios de difusión nacional.

El grupo cabildero israelí tiene asimismo un nivel alto de influencia sobre el Ejecutivo; dicho poder deriva en parte de la influencia que guarda el grupo de presión sobre el comportamiento de los votantes en la elección presidencial a través de grandes donaciones en las campañas tanto al partido Republicano como al Demócrata. A pesar de que la población judía en Estados Unidos represente únicamente un 3% de los votantes totales, sus poco despreciables contribuciones económicas, que representan según un estudio del *Washington Post*⁸⁸ alrededor del 60% de los fondos totales de cada uno de los candidatos, influyen de manera decisiva en los resultados finales⁸⁹. Las metas del grupo cabildero son alcanzadas de igual manera por vía de los múltiples individuos con tendencia pro-israelí que ocupan posiciones importantes dentro de la rama

⁸⁷ Cfr. Noam Chomsky; *El triángulo fatal*. Editorial Popular, Madrid, cuarta edición, 2004, p. 48.

⁸⁸ Cfr. Ben Fishman; "The 'Israel Lobby': A realistic assessment". Foreign Policy Research Institute, Washington, 2007, p.165. Consultado en <http://www.washingtoninstitute.org/opedsPDFs/47d7e8ee283f8.pdf> el día 11 de abril de 2009 a las 21:42 hrs.

⁸⁹ Se ha llegado a mencionar que George H. Bush no pudo reelegirse en el cargo debido al descontento que generó dentro de los grupos de presión israelí por su acercamiento después de la guerra en contra de Iraq de 1991, con la monarquía conservadora en Arabia Saudita, así como por su insistencia en cuestionar el valor estratégico de Israel para los intereses de Estados Unidos. Sin embargo, este tipo de análisis descuida el hecho de que la candidatura independiente de Ross Perot arrebató el 19% de la votación nacional, dejando la proporción de votos en un 43% a 38% a favor de William Clinton sobre él, en ese entonces, presidente en funciones.

del poder ejecutivo, siendo algunos de ellos inclusive asesores presidenciales de seguridad nacional⁹⁰.

Adicionalmente a la influencia que el grupo de presión pro-israelí juega de manera directa en la política interna del gobierno estadounidense, proyectada ésta a su vez hacia el exterior, el grupo se esfuerza por delinear la percepción de la población respecto a los temas de Israel y Medio Oriente por la vía de una manipulación de los medios masivos de información, evitando la existencia de un debate abierto en los medios públicos en torno a las temáticas que no convienen a la imagen de Israel o que investiguen de manera directa la acción del mismo grupo sobre la vida pública en Estados Unidos. Este trabajo se consolida tras el apoyo económico y la censura política dentro de las principales publicaciones periódicas con gran tiraje nacional, programas televisivos y radiofónicos con gran número de audiencia, tanques de pensamiento⁹¹ y la academia, todas ellas instituciones generadoras de opinión pública. Algunas de las publicaciones reconocidas por su tendencia pro-israelí son periódicos como el *Chicago-Sun Times*, el *Wall Street Journal* y el *New York Times*, y revistas como *Commentary*, *New Republic*, *Weekly Standard*, *Journal* y *Times*. Ello nos permite comprender el porqué de tan pocas críticas a la política israelí, las relaciones entre Estados Unidos e Israel, así como a la profunda influencia del lobby en el diseño de la política exterior estadounidense.

Para reforzar esta política de censura, una postura que se aprecia de manera más marcada dentro del ámbito universitario, en el cual ciertos investigadores son víctimas de campañas difamatorias o de suspensión de recursos cuando sus opiniones o investigaciones tienden a ser críticas de las posturas pro-israelíes, se cuenta con un cargo que automáticamente pretende deslegitimar la validez de argumentos derivados de una crítica abierta, en ocasiones poco favorable, para los intereses del grupo cabildero: el cargo de antisemitismo, erigido como gran silenciador y arma de ataque en contra de toda crítica y análisis constructivos⁹². Las fuerzas pro-israelíes se han

⁹⁰ Esta situación se presentó de manera más pronunciada durante la administración de George W. Bush, en la cual miembros reconocidos del *lobby* pro-judío se posicionaron en puestos de importancia dentro de la rama del ejecutivo, algunos de ellos: Elliot Abrams, John Bolton, Douglas Feith, I. Lewis Libby, Richard Perle, Paul Wolfowitz y David Wurmser, caracterizados por posturas de respaldo incondicional a Israel.

⁹¹ El lobby creó su propio *think tank* para influir por vía de la academia en la opinión del gobierno estadounidense y de la población en general. El Instituto de Washington para el estudio de la Política en el Cercano Oriente, WINEP por sus siglas en inglés, fue fundado en 1985 bajo la colaboración de Martin Indyk, quién fuera consejero de seguridad nacional en la administración Clinton y que ha sido uno de los principales instrumentos en pro de la agenda de seguridad israelí a través de su influencia dentro del diseño de la política exterior estadounidense.

⁹² Uno de los ejemplos más conocidos sobre este tipo de censura fue el que protagonizó el literato portugués José Saramago, a quien se le restringió su entrada al Estado de Israel y se vetaron todas y cada una de sus obras después de que en un foro público comparara el sufrimiento padecido por el pueblo judío en Auschwitz con aquél de que era víctima la población palestina a manos del gobierno israelí. Saramago fue tildado de anti-semita y sus publicaciones

encargado de difundir la expansión de un nuevo antisemitismo, el cual equiparan con cualesquiera críticas al Estado de Israel. Pero el término de anti-semitismo no debe igualarse al de anti-sionismo; cuando se critican las acciones políticas de Israel, no se está cuestionando ni su derecho a existir, ni mucho menos denostando a su población por su carácter particular, sino por su comportamiento en torno a la cuestión del maltrato hacia la población palestina, así como su constante desafío a la autoridad de Naciones Unidas y su desdén hacia la opinión pública internacional, a su ambición por territorio.

No obstante toda la evidencia que hemos sustentado arriba, sería absurdo creer que la política exterior de la potencia hegemónica mundial no es más que vasalla de las aspiraciones de su aliado estratégico regional. Ante esto cabe plantearnos una reflexión sensata acerca de la supuesta preponderancia de los intereses israelíes para definir la temática de la política internacional, así como de la política exterior estadounidense. En ocasiones, los estudios históricos han padecido de un judeocentrismo⁹³ determinista y excesivo, a través del cual se cae en la atribución desproporcional de la influencia de la población judía para el desarrollo y la comprensión de cualquier acontecimiento histórico. La manía de posicionar a los judíos como actores centrales de la historia, así como llave para comprender la misma (una exacerbación de la teoría de la conspiración), no sólo sobrestima la capacidad que un grupo social particular tiene para generar repercusiones a nivel global, sino que al mismo tiempo protagoniza la emergencia de una teoría monocausal de la historia; ello no sólo distorsiona la complejidad de la realidad mundial, sino que sirve al juego de ideas totalitarias que derivan en crímenes sociales, tal y como sucedió con la Alemania nazi.

Por otro lado, debemos entender que el grupo de interés pro-israelí no es el único factor que modela la política estadounidense hacia esta región crítica de Medio Oriente, a pesar de que sin duda alguna es una de sus fuentes importantes. La penetración de la política interna en el gobierno de Estados Unidos no es la única razón para el apoyo mostrado a Israel por parte de la potencia, en caso de que así fuera, tampoco podría ignorarse el alto nivel de intervención que juega el grupo cabildero árabe dentro del sistema de gobierno estadounidense, y que en ocasiones se ha impuesto a la voluntad del grupo pro-judío, tal y como sucedió en 1986 tras la autorización de venta de equipo militar de alta tecnología a la monarquía de Arabia Saudita por parte del Congreso estadounidense.

fueron retiradas de las librerías y bibliotecas públicas en Israel a pesar de que en ellas no se haga ni una sola referencia explícita respecto a la política en Israel.

⁹³ Cfr. Jeffrey Goldberg; "The Usual Suspect". The New Republic, consultado en http://www.standwithus.com/pdfs/flyers/WM_Goldberg_NewRepublic.pdf el 26 de abril de 2009 a las 12:54 hrs.

El hecho de que en ciertos círculos se llegue al absurdo de catalogar la invasión y ocupación de Iraq en marzo de 2003, como un favor realizado por Estados Unidos a Israel, es una muestra más del gran descuido que se tiene respecto a las ambiciones e intereses de la potencia en la zona, mismos que rebasan toda lógica de alianza particular y tienen que ver directamente con los elementos estratégicos estadounidenses que garanticen su seguridad tanto en la región como en el mundo entero. Si no hubiera sido por la percepción del papel geopolítico de Israel, sobre todo en Medio Oriente, pero también en otros lugares, parece improbable que los grupos de presión pro-israelíes en Estados Unidos hubieran llegado a tener influencia alguna en la creación de estrategias políticas, o que el clima de opinión favorable a sus intereses, pudiera crearse y mantenerse a pesar de todas las críticas.

Finalmente, cabe reflexionar un poco sobre la opinión estadounidense, en especial de su gobierno, en torno a las violaciones de derecho humanos por parte de las autoridades israelíes así como en relación a la manera en que diseña su política regional. Las críticas a las acciones israelíes han sido frecuentemente tachadas de hipocresía. Aunque las razones expuestas son falsas, la acusación en sí tiene su mérito. Seguramente es hipócrita condenar a Israel por establecer asentamientos en los territorios ocupados mientras se paga para que se expandan y establezcan. O condenar a Israel por atacar objetivos civiles con bombas de dispersión y de fósforo para conseguir el mayor número de bajas por ataque mientras son ellos mismos quienes se las dan gratis o a precio de oferta, sabiendo que serán utilizadas para este propósito. O criticar el bombardeo indiscriminado de zonas civiles altamente pobladas o el resto de sus aventuras militares, cuando no sólo se les otorgan los medios en abundancia para que lo hagan, sino que se agradece a Israel pruebe el armamento más novedoso en guerras reales, para estar seguros, contra un enemigo desigual, incluyendo objetivos indefensos, que siempre es la manera más segura de llevar a cabo experimentos de este tipo.

En general, es pura hipocresía criticar el ejercicio del poder israelí cuando al mismo tiempo se reconocen las contribuciones de Israel para que se cumpla el objetivo de Estados Unidos de eliminar las posibles amenazas, la mayoría autóctonas, a la dominación estadounidense en Medio Oriente. Está claro que mientras Estados Unidos siga ofreciendo los medios, Israel los usará para sus propósitos. Hoy en día dichos propósitos están claros: integrar la mayor parte de los territorios ocupados dentro de Israel de alguna manera, al tiempo que encuentran una forma de reducir la población árabe; dispersar a los refugiados y aplastar cualquier manifestación del nacionalismo o cultura palestinas para ganar control sobre los Estados vecinos. Hay pocos fundamentos para

condenar a Israel por aprovechar su posición de poder en la zona gracias a la fabulosa cantidad de ayuda económica, política, militar, diplomática e ideológica que la potencia le concede⁹⁴.

1.4. Los discursos del choque de civilizaciones y la acción anticipatoria

*¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante*⁹⁵. Tal y como lo dijieran Marx y Engels en un ya lejano 1848, la producción intelectual y los discursos ideológicos sirven como herramientas de dominación por parte de los actores que detentan el poder, sobre aquellos que juegan un rol de acción mínimo dentro de la vida política mundial; dicha producción llámese literaria, científica ó por qué no pseudocientífica, no es más que el reflejo de la estructura de poder a nivel planetario que a través del uso intencionado del discurso, lucha por conservar los rasgos estructurales que le otorgan privilegios a unos pocos por encima, y a consecuencia, de la miseria de la gran mayoría. Para nadie es un misterio que el máximo escalafón de la política internacional actual lo ocupa Estados Unidos, seguido, pero con una gran diferencia en distancias por sus aliados incondicionales y otros poderes que han logrado erigirse como imprescindibles para comprender el orden mundial establecido; en el último lugar en la escala de valores que determina la importancia de los distintos actores a nivel internacional, encontramos a más de dos terceras partes de la humanidad organizadas en una infinidad de espacios particulares bajo la vía de organización estatal.

Por otro lado, la fase actual que delinea la estructura de la sociedad internacional se ve inmersa en el desarrollo de un capitalismo exacerbado dentro de su fase de mundialización del globalismo neoliberal; para evitar enredos, conviene decir que hablamos de la existencia de un mercado mundial que conecta cada una de las unidades del sistema de producción económica mundial bajo la lógica tan presumida y pocamente entendida de la globalización. Más allá de la aduana teórico metodológica que supone adentrarse en el debate en torno a los conceptos de mundialización y globalización⁹⁶, lo que podemos asegurar es la presencia de un mercado

⁹⁴ Cfr. Noam Chomsky; *El triángulo fatal*. Editorial Popular, Madrid, cuarta edición, 2004, pp. 35-36.

⁹⁵ Carlos Marx- Federico Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*. Colección Roca, México, 1972, p.77.

⁹⁶ En la práctica, realmente, la *mundialización*, bautizada en Estados Unidos como *globalización*, debería ser conocida correctamente como “estadounidización”, pues implica la ominosa expansión e imposición a nivel planetario, y seguramente más allá, por todos los medios posibles, del estilo de vida estadounidense, de sus percepciones, criterios e intereses, como un modelo o paradigma irreductible, en detrimento de las culturas, los valores y los principios propios de cada pueblo, continuando y consolidando la prevaleciente nefanda relación internacional de dominio-subordinación, desarrollo-subdesarrollo, contando siempre con la connivencia de las oligarquías y los grupos que de ello se ven favorecidos económica y políticamente en cada país. Cfr. Edmundo Hernández-Vela Salgado; *Enciclopedia de Relaciones Internacionales*. Editorial Porrúa, México, séptima edición 2010, en prensa.

imperialismo económico reforzado por los vínculos diversos del neocolonialismo dirigido por la gran potencia hegemónica. La tarea titánica por conservar dicha estructura política y económica mundial, así como justificarla en el ámbito moral, requiere de la construcción de diversos esquemas de interpretación teórica que ayuden a revestirla con tintes de legitimidad. El gran problema ante esta alternativa lo representan aquellas unidades dentro del marco político-económico internacional que por su propia particularidad rehúyen de la lógica de la hegemonía cultural imperial, levantándose como opositoras a los esquemas de dominio global por parte del proyecto hegemónico estadounidense; ante ello, los reconocidos panegiristas de la nación “todopoderosa” se han destacado por la elaboración de una gran cantidad de discursos ideológico-políticos que ayuden a justificar las futuras correcciones físicas que brinden continuidad e inevitabilidad a la expansión de sus intereses particulares.

El mejor ejemplo de ello lo representa el sociólogo estadounidense Samuel Huntington con su tesis ampliamente difundida del choque de las civilizaciones. En ella, Huntington establece como fuente principal del conflicto en el mundo de Postguerra Fría, no a la pugna de los intereses políticos o económicos entre los Estados, sino al choque de culturas distintas con afán de afirmación sobre sus contrapartes mundiales e incapaces de llegar a acuerdos globales. Dentro del universo huntingtoniano, la gente usa la política no sólo para promover sus intereses, sino también para definir su identidad. *Sabemos quiénes somos sólo cuando sabemos quiénes no somos, y con frecuencia sólo cuando sabemos contra quiénes estamos*⁹⁷. *En este nuevo mundo, la política local es la política de la etnicidad; la política global es la política de las civilizaciones. La rivalidad de las superpotencias queda sustituida por el choque de las civilizaciones*⁹⁸. *Las culturas pueden cambiar, y la naturaleza de su influencia en la política y la economía puede variar de un periodo a otro. Sin embargo, las diferencias importantes entre civilizaciones en materia de desarrollo político y económico están claramente enraizadas en sus diferentes culturas*⁹⁹.

Al sentenciar la incompatibilidad intrínseca entre los distintos mundos en cuanto a los ámbitos político y económico se refiere, el sociólogo no hace más que afirmar la pretendida rivalidad inevitable e irreconciliable entre las distintas civilizaciones. Para Huntington el mundo se divide por la existencia marcada de ocho grandes civilizaciones (Occidental, Ortodoxa, Islámica, Hindú, China, Japonesa, Africana y Latinoamericana) que su vez son dirigidas y protegidas por un

⁹⁷ Samuel P. Huntington; *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona, 2005, p. 22.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 24.

Estado central representativo de las mismas. Los principales focos de conflicto, a su parecer, se localizarán en las líneas de fractura habidas entre dichas civilizaciones, la política se torna cultural sobre los aspectos económico y político. *Cada civilización se considera el centro del mundo y escribe su historia como el drama central de la historia humana, de lo cual se deriva el choque profundo entre cada una de ellas*; sin embargo, al parecer del autor del choque de las civilizaciones, el mayor punto de conflicto a nivel planetario se encuentra en la marcada rivalidad habida entre las civilizaciones occidental e islámica, condición derivada no sólo de su mutuo y escaso entendimiento, sino por la marcada aversión que tienen hacia los valores de organización políticos, económicos, sociales y culturales, sobre los cuales fundan su existencia.

Aquí es donde la tesis de Huntington comienza a tomar el cariz de una cacería de brujas encargada de señalar enemigos al gobierno estadounidense sobre los cuales debe concentrarse para impulsar su política de dominio mundial. La creencia extendida y ampliamente reproducida por los medios de comunicación e información masiva, de que la única y mejor vía de organización política la representa la democracia, pero no cualquier tipo de democracia sino la democracia liberal al estilo estadounidense, se entrona como la máxima moral de una sociedad mundial inmersa en el insomnio neoliberal, así como adalid o baluarte de lucha en contra de todos los males que azotan a la humanidad. La consecuencia directa de dicho dogma reforzado de manera extensiva e intensiva en el imaginario colectivo global, es el uso de la misma para señalar y diferenciar enemigos que se oponen al domino estadounidense, como rémoras del progreso universal. El enemigo principal lo constituyen los países islámicos, al ser lo más alejados a la idea de democracia al estilo de la pretendida civilización occidental y tener una educación ideológica opuesta a las virtudes que predica hoscamente el mercado neoliberal. A ello debemos añadir la existencia de un marcado sentimiento anti-estadounidense por parte de la población árabe particularmente, la importancia geoestratégica de Medio Oriente (región sobre la cual se asienta el enemigo civilizacional del mundo occidental), así como la oposición histórica que el imperialismo comercial ha encontrado para materializar sus intereses en dicha región.

El fracaso del proyecto de integración de la cultura islámica al modelo económico mundial impulsado por el neoliberalismo estadounidense ha llevado a las distintas administraciones en Washington a endosar la culpa de dicho fracaso, así como de los diversos males globales que amenazan a la paz y seguridad internacionales, a la incapacidad de la cultura islámica y sus pueblos por modernizar sus estructuras y abandonar sus tradicionalismos “fundamentalistas”. Retomando a Huntington, *el fracaso generalizado de la democracia liberal, incapaz de arraigar en las*

*sociedades musulmanas, es un fenómeno continuo y repetido durante toda una centuria a partir del siglo XIX. Dicho fracaso tiene su fuente, al menos parcialmente, en la naturaleza de la cultura y la sociedad islámica, inhóspita para los conceptos liberales occidentales*¹⁰⁰. *El problema subyacente para Occidente no es el fundamentalismo islámico, es el islam, una civilización diferente cuya gente está convencida de la superioridad de su cultura y está obsesionada con la inferioridad de su poder*¹⁰¹. *La cultura sigue al poder. Si las sociedades no occidentales han de ser configuradas una vez más por la cultura occidental, tal cosa sólo sucederá como resultado de la expansión, despliegue e influencia del poder occidental. El imperialismo es la necesaria consecuencia lógica del universalismo*¹⁰². Huntington da una recomendación a su gobierno, Estados Unidos debe impedir que cualquier potencia hostil domine una región cuyos recursos, bajo un control consolidado, fueran suficientes para generar una potencia mundial¹⁰³.

Como puede observarse, en realidad, Huntington es un ideólogo, alguien que pretende convertir las civilizaciones y las identidades en lo que no son, entidades cerradas y aisladas de las que se han eliminado las mil corrientes y contracorrientes que animan la historia humana y que, a lo largo de siglos, han permitido que la historia hable no sólo de guerras de religión y conquistas imperiales, sino también de intercambios, fecundación cruzada y aspectos comunes¹⁰⁴. Huntington favorece la estadounidense de la sociedad internacional y denuncia el multiculturalismo, al mismo tiempo que critica las tendencias multiculturales en Estados Unidos debido a que ellas, en su visión, debilitan el credo “Americano”, uno que debe ser alimentado para consolidar la preponderancia planetaria de la potencia. Con relación a todo ello debemos mencionar que en oposición a la tesis del choque de las civilizaciones, afirmamos que lo que siempre ha existido es un choque de intereses irreconciliables más que de características culturales particulares, esa es la verdadera causa del conflicto. Las dificultades entre el mundo occidental y el musulmán no derivan de la diferencialidad en estructuras políticas y económicas, legados históricos de cada uno de sus pueblos. Más aún, lo que presenciamos es una rivalidad y oposición derivadas de la inequidad del sistema económico mundial, y para nada en relación con la diversidad cultural.

Otra de las críticas con relación a la teoría aquí discutida, se deriva de la incapacidad del sociólogo estadounidense para apreciar la vastedad de expresiones particulares derivadas de las

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 152.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 292.

¹⁰² *Ibid.*, p. 422.

¹⁰³ *Cfr. Ibid.*, p. 425.

¹⁰⁴ Edward Said; “El choque de ignorancias”. *El País*. Consultado en http://www.elpais.com/articulo/opinion/choque/ignorancias/elpepiopi/20011016elpepiopi_7/Tes/ el 18 de mayo de 2009 a las 18:46 hrs.

diferentes experiencias de la existencia y expresión humanas, su visión monolítica¹⁰⁵ en torno a las distintas civilizaciones, lo lleva incluso a olvidar que aun dentro del Islam y del mismo Occidente, existen ejemplos de intolerancia y conflicto derivados de la heterogeneidad de sus respectivas sociedades, raíz de innumerables conflictos desarrollados dentro de las mismas colectividades y en los que no juega ningún papel el intercambio con el medio externo. No todos los estadounidenses predicán el mismo credo y defienden los mismos valores, de igual forma, la poblaciones árabe y musulmana no reaccionan de la misma manera ante los problemas de sus respectivas sociedades o el entorno internacional dentro del cual se hallan inmersas, por lo que resulta poco honesto, ya no sólo inválido científicamente, tildar a la generalidad de sus colectividades como terroristas, fundamentalistas, incivilizados, etcétera. Por otro lado, es importante señalar que el creciente sentimiento antiestadounidense no se encuentra limitado al mundo árabe o musulmán, de hecho incluye a gran parte de la población en Europa y América Latina, y está relacionado no con factores civilizacionales, sino con la política exterior de la potencia en la arena internacional. El resentimiento de los pueblos en Medio Oriente hacia Estados Unidos es responsabilidad directa del segundo, tal como lo dijera en 1960 el entonces senador John F. Kennedy, *Medio Oriente representa un monumento a la incomprensión occidental. Las acciones erradas del pasado, nuestros viejos prejuicios y barreras psicológicas, deben ser destruidas, ello por el bien de los árabes y por el nuestro*¹⁰⁶, el tiempo se encargó de darle la razón.

A pesar de lo poco serio que puede resultar el discurso ideológico elaborado por Samuel P. Huntington, no debemos olvidar que *lo irrazonable demuestra, a veces, bastante astucia*¹⁰⁷. Los poderes autoritarios tienen la voluntad de unificar culturalmente la sociedad para imponer un control absoluto a unos individuos y grupos cuyos intereses, opiniones y creencias son siempre diversos. Cuanto más se identifican esos poderes con un principio cultural unificador, ya se trate de la razón, la nación, la raza, la religión o en este caso la civilización, más rápidamente arrastran hacia el infierno totalitario a la sociedad que dirigen, es decir, hacia una racionalización autoritaria. El peligro más grande, el totalitarismo, se define como la búsqueda de la homogeneidad cultural a cualquier precio¹⁰⁸. Sólo puede haber sociedad multicultural si ninguna mayoría atribuye a su

¹⁰⁵ Cfr. Engin I. Erdem; "The Clash of Civilizations: Revisited after September 11". Alternatives: Turkish journal of international relations. Consultado en <http://www.alternativesjournal.net/volume1/number2/erdem.htm> el 18 de mayo de 2008 a las 20:35 hrs.

¹⁰⁶ Senador John F. Kennedy (1960) en Al-Sowayegh Abdulaziz; *op. cit.* p. 67.

¹⁰⁷ Jorge Plejánov. *La ideología del pequeño burgués*. Colección Roca, México, 1972, p.148.

¹⁰⁸ Cfr. Alain Touraine; *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. FCE, México, 2003, pp. 166-176.

manera de vivir un valor universal¹⁰⁹. La expansión de los modelos intelectual y cultural de la moral engloban únicamente una concepción imperial de la realidad, de eso se trata el proyecto hegemónico estadounidense.

La situación se complica cuando a la suma de la incomprensión e intolerancia entre ambos mundos, los llamados por Huntington occidental e islámico, se le adhiere una serie de acontecimientos desfavorables a la apertura del diálogo entre las partes, tal y como lo representó el atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001 en contra de objetivos simbólicos de la sociedad estadounidense y de la economía neoliberal en su conjunto. La matanza minuciosamente preparada, el espantoso atentado suicida cometido por un pequeño grupo de militantes trastornados (hayan sido estos islamistas o neoconservadores provenientes del seno de la sociedad estadounidense) y llenos de motivaciones patológicas, se ha utilizado como prueba de la tesis de Huntington.

Es una característica de la política de Estados Unidos que las guerras en el extranjero no convencen a su pueblo en términos de necesidad estratégica, sino en términos morales. Este énfasis en los principios morales es uno de los aspectos más llamativos de la vida pública estadounidense cuando no se rebaja al mero dogmatismo sectario, pero sí facilita convencer a los estadounidenses sobre la conveniencia de las guerras¹¹⁰. Por otro lado, es de suponer que Estados Unidos mantendrá su asociación activa con Dios. Sin la creencia de que es un pueblo elegido, el pueblo y el edificio estadounidense podrían muy bien derrumbarse. Mentira o no, la eliminación de este concepto tiene implicaciones más profundas que la pérdida de la felicidad. La consecuencia podría ser la desintegración de los cimientos del país, querer cambiar o analizar la política exterior de Estados Unidos sin cambiar la metáfora que se encuentra en la base de sus cimientos es como hacer una dieta sin cambiar el estilo de vida¹¹¹. Sobre dicha base teológico-moral, es que se proyectó la estrategia ampliamente conocida de la guerra en contra del terrorismo¹¹².

¹⁰⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 201.

¹¹⁰ Gwynne Dyer; *Futuro: Tenso. El próximo orden mundial*. Poliedro, Barcelona, 2006, p. 197.

¹¹¹ Cfr. Johan Galtung; *op. cit.*, p. 65

¹¹² Terrorismo es la amenaza o uso sistemático de la violencia que 1) Involucra a un conjunto cada vez más amplio y variado de actos, medidas y prácticas, ya sea en grado de amenaza, tentativa o ejecución, de muy diversa índole, efectuados de manera directa y abierta o indirecta o encubierta; 2) Constituyen actos criminales graves e injustificables, independientemente de su motivación y dondequiera y por quienquiera que sean cometidos, en todas sus formas y manifestaciones; e 3) Implica a los autores, promotores e instigadores, organizadores, ejecutores, financieros, encubridores, alentadores, apoyadores y protectores, así como a sus colaboradores y cómplices; 4) Por lo común están vinculados a otras actividades ilícitas, como el tráfico ilegal de armas, el tráfico de personas, el narcotráfico y el lavado de dinero, entre otras, y por lo tanto, firmemente integrada al crimen organizado transnacional; 5) Son llevados al cabo tanto por personas, grupos o sectores disidentes organizados como por fuerzas gubernamentales, oficiales o no, por medio de atentados contra individuos, organismos, instituciones, instalaciones, estructuras, medios, recursos estratégicos y servicios públicos, etcétera, integrantes o representativos de gobiernos, organizaciones internacionales o de grupos relevantes específicos políticos, económicos, sociales, culturales, históricos, religiosos, deportivos,

Pero este gran almacén teológico moral, precisa también de la existencia de otro teórico-secular que le ayude a instrumentalizar las tácticas propias de su estrategia global. Para ello es necesario el establecimiento de una doctrina, entendida ésta como el conjunto de ideas, principios, preceptos, directrices y disposiciones que sustentan y guían una conducta general o específica, o un determinado plan de acción, enunciados expresamente por el Jefe de Estado o de gobierno o ministro de Relaciones Exteriores de un país¹¹³.

En septiembre de 2002, y como parte fundamental de la Estrategia Nacional de Seguridad de Estados Unidos, cobraría vida la hoy ya conocida como Doctrina Bush, dentro de la cual se hace una mención clara de los lineamientos que debe seguir la política exterior de la potencia en una época de anarquía donde el terror impone serios riesgos y graves amenazas a la paz y seguridad internacionales, según sus palabras. La nueva doctrina propone cuatro pilares fundamentales para otorgar solidez y eficiencia a las acciones estadounidenses en favor de sus intereses particulares: 1) el mantenimiento de la preponderancia militar de Estados Unidos en el mundo a través del aumento de la inversión en el rubro de defensa, 2) el respaldo a la “guerra preventiva” (acción anticipatoria) como complemento a la estrategia de disuasión tradicional, 3) la guerra al terrorismo y 4) la democratización del mundo. Los cuatro elementos clave que reforzarían dichos pilares son 1) la empresa de la guerra o acción anticipatoria, 2) la destrucción del nexo entre las armas de destrucción en masa con los terroristas, 3) el cambio de régimen en los estados canallas (*rogue states*) y 4) la promoción de la democracia¹¹⁴.

Para evitar caer en la confusión habitual derivada de un malintencionado uso de los términos en inglés que engendra referentes en español poco certeros y en ocasiones insuficientes para explicar lo que ciertas expresiones implican, es necesario establecer la diferencia entre una pretendida guerra preventiva con la acción anticipatoria; a la sazón de la similitud de los términos

recreativos y de entretenimiento, etcétera, nacionales o extranjeros; 6) Trastornan, paralizan o impiden y afectan severamente el desarrollo regular normal de las actividades cotidianas de la población, incluyendo las comunicaciones; y 7) Ponen en peligro la salud y la vida, la integridad física, la libertad, la seguridad y el bienestar de las personas, pues por lo común implican la muerte o lesiones graves corporales entre la población civil y la destrucción o grandes daños a sus bienes, que producen además un importante perjuicio económico y representan una amenaza para la paz y la seguridad nacionales e internacionales; 8) Tienen la intención, según el caso, de atemorizar e intimidar creando un estado de terror en la población en general, en un grupo de personas o en determinadas personas y lograr la más amplia publicidad posible para sensibilizar a la opinión pública doméstica y mundial acerca de una causa popular para cuya defensa o solución los medios pacíficos han sido inoperantes o se han manifestado infructuosos; o de reprimir y contener las manifestaciones y reclamaciones populares, así como el avance de la disidencia política activa; con el fin, ya sea de 9) Obligar al gobierno de tal Estado o a la organización internacional concernidos, o bien a los ciudadanos del primero, a realizar o abstenerse de realizar un determinado acto. *Cfr.* Edmundo Hernández-Vela Salgado; *op. cit.*, pp. 1169.

¹¹³ Edmundo Hernández-Vela Salgado; *Diccionario de Política Internacional. op. cit.*, pp. 416.

¹¹⁴ *Cfr.* Mary Buckley y Robert Singh; *The Bush Doctrine and the war on Terrorism*. Routledge, New York, 2006, pp. 4-12.

preventive y *preemptive* con el de preventivo en español, se ha llegado a sostener que la estrategia del presidente Bush se centra en el diseño de guerras preventivas con el sentido que dicha palabra guarda en el idioma español, es decir una serie de actos encaminados a contrarrestar un ataque u ofensiva inminentes; no obstante, dicho argumento es equivocado, puesto que a lo que en realidad se hace alusión dentro de la estrategia de la administración Bush es a una acción desplegada previo el establecimiento de amenaza alguna; ante lo que nos encontramos con la proclama de guerras anticipatorias, acciones militares emplazadas por consideraciones de corte subjetivo que podrían rayar en la paranoia si no supiéramos que son intencionadamente provocadas. La potencia se otorga unilateralmente la capacidad para definir las futuras amenazas a su seguridad, y actúa de manera anticipatoria previendo la consolidación de futuros riesgos, aun cuando estos no hayan siquiera empezado a desarrollarse. Esto pone en entredicho los principios sobre los cuales yace el orden internacional y amenaza de manera directa a todos quienes puedan encontrarse en la mira de la potencia juzgadora. El principio de legítima defensa no aplica en este caso, ya que no es necesaria la presencia de pruebas objetivas e irrefutables de un futuro ataque para echar a andar a la maquinaria militar estadounidense en detrimento de cualquier presumible oponente.

En pocas palabras, la doctrina de acción anticipatoria adjudica a Estados Unidos la decisión, al amparo de la guerra mundial contra el terrorismo, de actuar militarmente, anticipándose al peligro implícito, contra cualquier persona, grupo o país del que se tema, sospeche o suponga que pudiera estar planeando una acción o un ataque con armas de destrucción en masa en su contra, aunque no exista evidencia alguna de un ataque inminente¹¹⁵. Así, la doctrina Bush hipoteca la legitimidad de Estados Unidos a través de la manifestación de su unilateralismo, al mismo tiempo que presenta el riesgo de que el conflicto se extienda en tiempo y espacio, rompiendo con el edificio legal de la sociedad internacional, centrado en la inaceptabilidad de las guerras no autorizadas por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Pero esto no resulta ser una grave preocupación para los neoconservadores en Estados Unidos; quienes argumentan que la libertad de acción para su país implica relegar a un rol poco trivial al sistema de las Naciones Unidas, ya que puede constituirse en una barrera para impedir acciones decisivas en beneficio de su política exterior.

Por otro lado, el objetivo de llevar al cabo un sinnúmero de cambios de regímenes, cuando estos fueran vistos como opresores, canallas, tiránicos y ajenos al derecho internacional que regula a los actores de la sociedad internacional, utilizando medios ajenos al mismo, para la consecución de dicho propósito, pone en duda los límites de la soberanía estatal y el principio de no intervención

¹¹⁵ Cfr. Edmundo Hernández-Vela Salgado; *Enciclopedia de Relaciones Internacionales. Op. cit.*

en los asuntos internos de los Estados y amenaza con transformar el precedente en norma como resultado de su aplicación consecutiva y constante. Es curioso que dentro del llamado “Eje del Mal”¹¹⁶ que Washington definiera para distinguir aquellos Estados que se consideraban candidatos a ser víctimas del escrutinio estadounidense, la mayoría de ellos resulten ser países árabes o musulmanes. Dicha condición despierta las críticas en torno a una supuesta cruzada anti-islámica cuyo objetivo final es el de asegurar intereses geoestratégicos de Estados Unidos en la región de Medio Oriente, así como defender la seguridad de Israel. Para nadie es asombroso el hecho de que a pesar que Estados Unidos presume de ser la sociedad democrática modélica, suele actuar con desdén plutocrático hacia las exigencias de equidad internacional, condenando un vago eje del mal al tiempo que ignora un eje de desigualdad económica demasiado evidente¹¹⁷. El gobierno en Washington ha optado, como podemos apreciar, por plantear una estrategia de terror para combatir al terror, trata de amedrentar a aquél que pudiera tener aun el lejano pensamiento de causarle daño al gigante, advirtiéndole que lo buscará y eliminará si genera la mínima sospecha de hostilidad, más aún, atemoriza a la sociedad internacional entera sujeta al arbitrio de la subjetividad de la potencia. Tal como dijera Calígula, que me odien con tal de que me teman, o es mejor ser temido que amado en palabras de Maquiavelo; Estados Unidos olvida que el terror nunca derrotará al terror.

El deseo de reafirmar la hegemonía y declarar la independencia del mundo emana de una combinación de orgullo y miedo en las élites de la sociedad y gobierno estadounidenses, de excepcionalismo y destino manifiesto¹¹⁸ atesorados a lo largo de su historia. La estrategia de la guerra anticipatoria, por su lógica de la autodefensa anticipatoria, se basa en la predicción a largo plazo y en una presunta concatenación de acontecimientos mucho menos certeros que los que prevé la lógica inmediata de la autodefensa. Al disparar primero y plantear preguntas después, da vía libre al trágico error de cálculo¹¹⁹ y a consecuencias inesperadas.

Como es de esperarse, ningún otro Estado tiene el derecho a plantear esta estrategia “defensiva” como política de seguridad ante las posibles amenazas particulares provenientes del medio externo; cualquiera que pretendiera la apropiación de la doctrina para usos contrarios a los

¹¹⁶ Iraq, Siria, Líbano, Irán, Libia, Sudán, Somalia y Corea del Norte.

¹¹⁷ Cfr. Benjamin R. Barber; *op. cit.*, p. 17.

¹¹⁸ Como ejemplo reproduzco las palabras del presidente George W. Bush: *Porque América ama la paz. América siempre trabajará y se sacrificará por la expansión de la libertad. Para nosotros el avance de la libertad es algo más que un interés. Es una vocación. Por ser un pueblo entregado a los derechos civiles, estamos llamados a definir los derechos humanos de los demás. Somos la nación que liberó continentes y campos de concentración. Somos la nación del plan Marshall, el puente aéreo de Berlín y el Cuerpo de Paz. Somos el país que puso fin a la opresión de las mujeres afganas, y somos el país que acabó con las cámaras de tortura en Iraq; América no pretende ampliar las fronteras de nuestro país, sino el Reino de la libertad.* (George W. Bush; “Remarks by the President in Commencement Address to United States Coast Guard Academy”. New London, Connecticut, 21 de mayo de 2003).

¹¹⁹ Benjamin R. Barber; *op. cit.*, p. 77.

intereses estadounidenses sería víctima indudable de la Doctrina Bush; sólo aquéllos fieles a los deseos imperiales de Washington cuentan con la venia de la potencia en acciones generalmente inmersas dentro de la guerra contra el terror, como lo es el caso de Israel en contra de la resistencia palestina. Sin embargo, cualquier Estado podría apelar a la acción anticipatoria en contra de algo que sí podría representar una amenaza palpable a su seguridad, a saber, la doctrina de la guerra anticipatoria sustentada en la doctrina Bush, máxime aquéllos que han sido señalados como canallas, denostados y amenazados por el gobierno estadounidense.

El diseño de la guerra anticipatoria, proviene de la poca aplicación que guarda el concepto tradicional de disuasión en contra de enemigos no organizados dentro de una esfera estatal. La disuasión no funciona en contra de enemigos terroristas por la naturaleza misma de las características que le aportan tanta letalidad y eficacia a los mismos; la declaración de la guerra contra el terrorismo se pronunció irónicamente en contra de un enemigo móvil e incapaz de ser localizado dentro de fronteras definidas, atacarlo implicaría el desarrollo de acciones múltiples a lo largo y ancho de una enorme cantidad y variedad de Estados, incluyendo a Estados Unidos, lo cual además de consecuencias políticas desagradables, implicaría una inversión económica sin precedentes que, al mismo tiempo, no garantizaría la derrota de todas y cada una de las células terroristas que existen en el mundo, la guerra sería interminable y conforme se extendiera brindaría al oponente más y más razones, y ventajas, para proliferar en su lucha.

Sin embargo, la potencia no iba a permitir que el mundo entero presenciara un ataque a sus emblemas mundiales sin como consecuencia, despertar la ira de su pueblo en aras de venganza y castigo a los presuntos perpetradores de la tragedia. Ante la incapacidad de definir culpables directos por la característica singular de los grupos terroristas, el gobierno estadounidense se obliga a definir Estados inocentes como blancos seguros de las represalias. Los Estados sí son vulnerables puesto que cuentan con fronteras fijas y activos tangibles, sólo faltaba hallar la manera de vincularlos directamente con los acontecimientos fatídicos del once de septiembre de 2001, la cual se encontró a través del vínculo habido entre “Estados canallas” con presuntas organizaciones terroristas, así como inmersos en el posible desarrollo de armas de destrucción en masa; esta es la forma como nació la etiqueta de “Estados terroristas”, el blanco estaba identificado y su primera víctima sería Iraq, no sólo por contar con un supuesto programa de desarrollo de armas nucleares, situación que posteriormente se descartó, ni por ser considerado un Estado gobernado por un régimen autoritario y represor de su población, sino porque así convenía a los intereses

geoestratégicos estadounidenses¹²⁰. El gobierno de Bush subestimó la misión y sería víctima de un pésimo cálculo, la situación en Iraq seis años después de su invasión sigue representando un rompecabezas para la administración en Washington, que olvidó el consejo de un experimentado Winston Churchill quien afirmaba que *nunca, nunca, nunca se debe creer que una guerra será sencilla y cómoda, o que quien se embarca en ese extraño viaje puede medir las mareas y huracanes con que se va a encontrar. El estadista que se abandona a la fiebre bélica debe saber que una vez dada la señal, él ya no es el amo de la política, sino el esclavo de acontecimientos incontrolables e imprevisibles*. La lógica de la guerra anticipatoria pretende evitar la hostilidad de los adversarios, y, sin embargo, los incita a todo lo contrario.

Nadie necesita el tutelaje estadounidense para llegar a la democracia, ella no es un proceso del que los estadounidenses tengan el *copyright* y que pueda ser implantado en el resto del mundo por la fuerza; es la manera en que se manejan los asuntos de grandes sociedades y se encuentra al alcance de quien lo desee, independientemente de su cultura¹²¹. Lamentablemente, bajo el discurso del mercado mundial subyace una utopía negativa. Conforme los últimos rincones del planeta se están integrando también al mercado mundial, está surgiendo un solo mundo, pero no como reconocimiento de la multiplicidad y la apertura recíproca, es decir de una imagen pluralista y cosmopolita de uno mismo y del otro, sino, bien al contrario, como un solo mundo mercantil. En este mundo, las culturas y las identidades locales se desarraigan y sustituyen por símbolos mercantiles, procedentes del diseño publicitario y de los iconos de las empresas multinacionales. La esencia se convierte en diseño, y esto vale para todo el mundo¹²². El globalismo neoliberal no sólo provoca miedo y terror sino que también paraliza políticamente. Cuando no hay nada que hacer sólo queda una reacción, a saber, protegerse, aislarse, obstinarse. Contagiados por el virus del globalismo, aparecen en todos los partidos ideologías y argumentos de reacción proteccionista.¹²³

Mientras la importancia de las convicciones religiosas parece cada vez menos importante para la vida social en los países del Occidente cristiano llamado post-industrial, en el mundo islámico está adquiriendo mayor importancia política, imponiendo reglas en el ámbito del comportamiento individual, del derecho, de la educación. De ahí que los objetivos expansionistas

¹²⁰ Al respecto rescato una cita de Lenin sobre la cual valdría la pena reflexionar al hablar de la política exterior estadounidense y su constante actitud belicista: *Adquirir nuevas tierras para asentar allí al exceso de población y para abrir nuevos mercados para los bienes producidos en las fábricas y minas. El imperio, como siempre he dicho, es una necesidad. Si se desea evitar la guerra civil, hay que convertirse en imperialistas*. Vladimir I. Lenin; *El imperialismo; fase superior del capitalismo*. Editorial Roca, México, 1974, p. 104.

¹²¹ Gwynne Dyer; *Futuro: Tenso. El próximo orden mundial*. Poliedro, Barcelona, 2006, p. 332.

¹²² Cfr. Ulrich Beck. *op.cit.* p. 72.

¹²³ *Ibid. op. cit.* p 173.

imperialistas de occidente se representen mediante una guerra religiosa contra el llamado integrista y la intolerancia islámicos. No le falta arrogancia a esta acusación de parte de quien ha hecho del cristianismo el instrumento de dominio y de sumisión de territorios y pueblos enteros¹²⁴.

El fundamentalismo, tanto el que justifica las guerras como el que está detrás de los actos terroristas, provenga del Cristianismo, del Islam, del Judaísmo o del Hinduismo es una perversión, no una consecuencia, de la cultura religiosa que forma parte del tejido social de poblaciones y de una tradición que, a su vez, permite la convivencia con miembros de otras regiones. Cada vez que la sociedad deja sin medios de subsistencia al hombre pequeño, mata el funcionamiento normal y el autorrespeto normal del mismo y lo prepara para aquella última etapa en la que estará dispuesto a asumir cualquier función, incluido el trabajo de verdugo¹²⁵. *Una vez más es del odio hacia uno mismo de donde sale el odio hacia los demás. Exhibimos una deplorable incapacidad de aceptarnos como hombres puramente hombres. Queremos ser Dios. Nos asustamos por no serlo y odiamos a los que, aunque sea sin querer, nos obligan a desengañarnos*¹²⁶. Todo ello es una lección más de que la estabilidad no puede conseguirse al precio de la libertad y mucho menos por la vía del terror. El fundamentalismo occidental, mejor dicho, el de Bush, es más peligroso que aquellos que únicamente surgen como respuesta a la inequidad económica y social mundiales. André Glucksmann reconoce esta situación de manera insuperable cuando nos dice que ayer como hoy, *las carnicerías llevadas a cabo en nombre de Dios no son religiosas sino terroristas. Invocan al Altísimo con fines muy bajos. Entre nosotros son cosas que siempre he vivido de singular acuerdo: las opiniones supercelestes y las costumbres subterráneas. Ayer como hoy, los delirios teológico-políticos, nuestras locuras gramáticas, asalvajan los conflictos. No hay hostilidad tan excelente como la cristiana. Nuestro celo hace maravillas, cuando va siguiendo nuestra pendiente hacia el odio, la crueldad, la ambición, la avaricia, la destrucción*¹²⁷.

Cuando las democracias luchan contra el terrorismo están defendiendo la máxima de que su vida política debería estar libre de violencia. Pero derrotar el terror requiere violencia. Y también puede requerir coacción, engaño, secreto y violación de derechos. ¿Cómo pueden las democracias recurrir a estos medios sin destruir los valores que defienden? ¿Cómo pueden recurrir al mal menor si sucumbir al mayor?¹²⁸ Casi todas las democracias liberales han utilizado el 11 de septiembre para

¹²⁴ Luciano Vasapollo y Henrike Galarza; *Introducción a la historia y la lógica del imperialismo*. El Viejo Topo, Madrid, 2005, p. 91.

¹²⁵ Hannah Arendt; *La tradición oculta*. Paidós, Barcelona, 2004, p. 44.

¹²⁶ André Glucksmann; *El discurso del odio*. México, Taurus, 2005, p. 186.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 247.

¹²⁸ Michael Ignatieff; *El mal menor; ética política en una era de terror*. Taurus, México, 2005, p. 7.

extender sustancialmente los poderes coercitivos del derecho penal y de la policía¹²⁹, ¿es justificable la supuesta ética de la emergencia? Por otro lado, debemos considerar seriamente la afirmación de que exigir a los débiles respetar los derechos humanos significa entregarlos, indefensos, a la implacabilidad de los fuertes. Este razonamiento por parte de los débiles es la justificación ética fundamental de los actos de terror. Cuando un Estado o poder ocupante posee una contundente fuerza militar, la gente que lucha por la libertad reclama que ellos estarán abocados a la derrota si restringen su lucha a la protesta no violenta. Por otra parte, si toman el camino de la resistencia armada y desafían al poder militar del contrario, también serán aplastados. La única táctica que convierte su debilidad en fortaleza es el terrorismo, golpear al enemigo en el punto más vulnerable: su población civil. La reivindicación de justicia y una oportunidad de éxito son cruciales para encontrar nuevos candidatos a suicidas. Mejorar la seguridad interior, construir muros para dejar fuera a los terroristas, puede reducir sus posibilidades de éxito, pero a menos que se confronte la motivación básica del terrorismo, la percepción de injusticia, ninguna estrategia contra el terror puede tener éxito por medios puramente militares¹³⁰. La única salida se encuentra a través de la promoción de una cultura de la paz, entendida como un conjunto de valores, actitudes y comportamientos, modos de vida y de obrar que traducen, inspirándose en ellos, el respeto de la vida, de la persona humana, de su dignidad y de sus derechos, el rechazo de la violencia, incluyendo todas las formas de terrorismo, el apego a los principios de libertad, justicia, solidaridad, tolerancia y comprensión tanto entre pueblos como grupos e individuos¹³¹.

Si algo es innegable en nuestros días, es el poder que las ideas ejercen sobre la totalidad de un sistema. Es cierto que tanto las decisiones políticas como militares han dado en gran parte forma a la configuración actual de nuestro planeta, sin embargo, la estabilidad y el mantenimiento de un orden pasa inevitablemente por el consenso en torno a aquél, de quienes constituyen dicho orden, comprendiendo no sólo a los elementos ordenantes, sino también los ordenados. Tal y como lo manifestaba Nietzsche, son las ideas que se instalan como con pies de paloma las que conducen el mundo.

La guerra al terrorismo es sólo la pieza central de una política tendiente a la preponderancia y unilateralismo planeado antes del 11 de septiembre por Estados Unidos, el uso de la “acción anticipatoria” como doctrina de seguridad nacional no es otra cosa más que un intento de Washington por refrendar su hegemonía e independencia frente al mundo, y al igual que las

¹²⁹ *Ibid.*, p. 86.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 136.

¹³¹ Edmundo Hernández-Vela Salgado; *Diccionario de Política Internacional*; *op. cit.*, p. 185.

políticas antinarcóticos, sólo pretende entablar el enramado represivo como respuesta del capitalismo estadounidense a la amenaza de su rapacidad y voracidad. De esta manera, la cruzada humanitaria únicamente reviste en sus entrañas las aspiraciones de un imperialismo comercial que a partir de las diferencias ontológica y sustancial de la dialéctica amigo-enemigo, consigue dar cohesión y legitimidad en torno a la funcionalidad de la unidad política que representa.

La dialéctica civilización-barbarie reforzada a nivel mundial por la lucha en contra de los enemigos del progreso, demuestra nuevamente que estamos sometidos a la elaboración de la verdad desde el poder. La gran coartada moral en la lucha contra los vicios y amenazas del orden presumido como democrático, faculta al Estado con poderes policíacos ilimitados despojándolo de controles para castigar y vigilar, tanto a nivel interno como externo. La marcha de la civilización está centrada en la protección de sus intereses, pero para Estados Unidos por civilización debe entenderse al modo comercial occidental. Bajo esta lógica, la unificación del país es igual a la unificación del interés económico, éste último es el que debe sacralizarse y ser resguardado, y para ello se necesita de la unidad social y política que provienen en este caso del miedo y la amenaza común externa.

Todas las ideas son totalitarias, portan en sí mismas los gérmenes del absolutismo y la incompreensión. No obstante, sólo se puede hablar de que abrazan al totalitarismo en medida del papel que juegan dentro del mecanismo de dominación. En una sociedad regida por el miedo creado al identificar enemigos objetivo y no tanto auténticos y que lleva tras de sí intereses de todo tipo, podría cuestionarse la instrumentalidad política que juega la articulación ideológica en la lucha contra la amenaza común, e incluso tildar a la cruzada moral estadounidense como una visualización de la vida internacional contemporánea regida por el totalitarismo. Proteger a la libertad a partir de las restricciones a la misma suena ilógico pero no necesariamente se trata de una política totalitaria, sino de un mundo regido por el unilateralismo y el fundamentalismo de la razón instrumental capitalista.

El mundo entero parece reconocer la hegemonía inminente de estados Unidos dentro de la arena internacional, al mismo tiempo que algunos estadounidenses aseguran la obsolescencia de un nuevo siglo “americano”¹³². ¿Podemos hablar de un control o dominio del mundo por parte de

¹³² El Proyecto para el Nuevo Siglo Americano o en inglés PNAC (Project for the New American Century) es un grupo ideológico y político establecido en Washington D.C.. Fue fundado en la primavera de 1997 como una organización sin ánimo de lucro con el objetivo de promocionar "el liderazgo mundial de Estados Unidos", El presidente es William Kristol, editor del *Weekly Standard* y colaborador de la cadena FOX. Los miembros son en su mayoría importantes miembros del Partido Republicano y lo fueron durante la Administración del presidente George W. Bush, como Donald Rumsfeld, Paul Wolfowitz, Jeb Bush, Richard Perle, Richard Armitage, Dick Cheney, Lewis Libby, William J. Bennett,

cualquier actor que imaginemos, cuando todo parece indicar que presenciamos la crisis inevitable de todo un sistema histórico? Vivir únicamente administrando las contradicciones inherentes del sistema capitalista mundial, no es muestra de control ni autoridad, sino de miedo terrible ante el caos inminente. Sin lugar a dudas, la situación actual no representa bajo ninguna perspectiva el fin de la historia como presuntamente lo anticipara Francis Fukuyama, y sí probablemente, el comienzo de la histeria, con suerte, una que tarde o temprano de forma a un nuevo sistema de organización social planetaria.

1.5. La política del poder

En todos los lugares en donde encontré seres vivos encontré voluntad de poder; una de las máximas pronunciadas por un personaje creado para demostrar al hombre los anhelos inmanentes al género humano, así es como el Zaratustra de Nietzsche pretende confrontar al hombre con la fuerza que a su parecer guía el destino de su acción. Se dice que el poder, más que definirlo, se ejerce, se siente, se padece y, obviamente, se critica. El poder tiene muchas caras y, al mismo tiempo, muchas y variadas fundamentaciones doctrinarias. Depende de tiempos históricos distintos y parcelas de dominio que no pueden encerrarse en el mismo campo, pero es un fenómeno universal que, por lo constatable que ha sido en su historicidad, ha sido parte innegable de la condición humana¹³³. En términos generales entendemos por poder la posibilidad de que una persona, o varias, realicen su propia voluntad en una acción en común, aun contra la oposición de otros participantes en la acción dentro de una relación social¹³⁴.

Dentro de nuestro ámbito de estudio, las Relaciones Internacionales, el poder debe entenderse como la capacidad que tienen los sujetos de la sociedad internacional de lograr sus propósitos internos y externos, y la facultad de imponer su voluntad a los demás para que faciliten y contribuyan a su cumplimiento. Éste emana del genio y talento de su población o personal, de la cantidad, calidad y grado de aprovechamiento de recursos humanos y materiales, del nivel de organización, y de la participación y avance en ámbitos múltiples como el científico, el tecnológico y el militar; se sustenta en la naturaleza, orientación y consistencia de su sistema político, en los principios y objetivos de su política exterior, en la organización, preparación y magnitud de las

Zalmay Khalilzad, y Ellen Bork, la mujer de Robert Bork. Gran parte de sus ideas y sus miembros están asociados con el movimiento neoconservador.

¹³³ Cfr. Francisco Piñón Gaytán; *Filosofía y fenomenología del poder. Una reflexión histórico-filosófica sobre el moderno Leviatán*. Plaza y Valdés-UAM, México, 2003, p. 45.

¹³⁴ Cfr. Max Weber; *Estructuras de poder*. Ediciones Coyoacán, México, 2001, p. 45.

fuerzas armadas y en la efectividad de sus armamentos¹³⁵. Es indudable que todos los sujetos de la sociedad internacional se conducen en ella, y hasta en sus asuntos internos, en relación a su poder, de acuerdo, tanto a su propia percepción de la posición que suponen tener o aspiran a alcanzar en ella, como de la que les reconocen o pretenden concederles o asignarles los demás, ya sea en función de un asunto específico o de manera regular y permanente¹³⁶, a ello es a lo que llamamos política del poder, que dependiendo en cada caso irá desde la mera búsqueda de la supervivencia hasta el intento por establecer una hegemonía que permita la dominación total del entorno mundial; todos los actores de la sociedad internacional cuentan con un particular grado de poder, y es en relación a éste la manera en la cual se dirigirán dentro de la palestra global.

Debe quedar claro que el poder no es un simple acto de voluntad sino que depende de condiciones materiales que posibilitan la consecución de sus fines a través de la construcción de herramientas particulares, siendo éstas generalmente las armas, así como el tipo de técnicas que utilizadas en la construcción de las mismas. Todo depende a su vez de las condiciones económicas. En torno a esto, se debe asumir sin ambigüedades y reconocer toda la densidad teórica de la reflexión de Marx, según la cual en el capitalismo desarrollado, ya constituido sobre sus propias bases, la violencia puede llegar a cumplir un papel y una misión centrales como palanca económica y no sólo como elemento de la superestructura de la sociedad, en su ejercicio básico de control y supervisión de un orden establecido. Tal y como lo planteara Gramsci, la sociedad no puede dividirse de manera tajante entre estructura y superestructura, todo el entramado relacional de los actores se encuentra inmerso de manera orgánica en una realidad compleja y unitaria, de la cual deben extraerse cada uno de los elementos que la conforman sin olvidar la lógica de conexión existente entre cada uno de ellos, para así entender de manera integral la fenomenología de la realidad. Hago énfasis en esto porque resulta no sólo imposible, sino impropio, el favorecer una especie de pensamiento que desagregue de manera intencional las distintas esferas de la realidad integral, para con ello explicar de manera monocausal el elemento bajo interés particular sin contemplar a su vez el entorno general; y esto es precisamente lo que ha sucedido de manera habitual con el concepto de poder, al ser desposeído del sustento económico, social y cultural que le dan forma y consistencia, y tratar de plantearlo únicamente a través de los factores obvios del juego político. Así, la hegemonía de un sistema de dominación parte de la premisa en la necesidad de alinear a la mayoría posible del medio mundial, con todos los elementos constituyentes de la

¹³⁵ Edmundo Hernández-Vela Salgado; *op. cit.*, p. 927.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 935.

estructura social, y combatir a los enemigos potenciales que pongan en entredicho la preponderancia del orden implantado que se desea perpetuar.

El poder debe asumirse e interpretarse como una cualidad integral que define la capacidad de un determinado actor, dentro de su mundo relacional con el resto de los actores, teniendo por sabido que dicha capacidad no sólo se concentra en la fuerza bruta que detentan tras el cobijo de las armas, sino de su poderío sustentado en su potencial económico y más aún, el ideológico-cultural. Tal y como lo dijera Marx, *las ideas cuando se apoderan de las masas, tienen una fuerza material*. Él indudablemente exponía dicho razonamiento en términos del papel que las ideas aportarían a la consecución de la revolución socialista precedente al comunismo, pero lo que hoy vivimos es la confirmación de dicho enunciado a través de la interiorización en el individuo de las relaciones de dominación por la vía de la racionalización de lo irracional, que abandona al hombre a las fuerzas de los imperativos científico-técnicos de la razón instrumental capitalista, de un utilitarismo a ultranza que reduce al individuo a la figura del robot dócil augurada por Wright Mills; el poder de las ideas que respaldan la estructura de las relaciones de producción social mundiales, ha orillado al hombre a su integración cuasi-voluntaria dentro de un sistema de producción mundial totalizador y totalitario. Cuasi-voluntaria, porque él mismo no es capaz de distinguir la innumerable cantidad de acondicionamientos previos y constantes que lo arrojan a las vías de la pretendida “modernidad” sin cuestionarse no sólo el porqué, sino qué consecuencias se derivan de ello. Ese poder del que hablamos, que pretende homogeneizar la actividad humana a un mero *cliché* funcional tendiente a satisfacer los intereses del gran capital, es el poder y la política del poder que detenta y emplea Estados Unidos, impuesto ya no por la vía de las armas únicamente, sino con el gran despliegue tecnológico, mediático e informativo que favorece el proceso de la globalización, cuyo fin último sería la mundialización de la estadounidense neoliberal como patrón de conducta universal. Insistimos, el poder tiene que ser explicado dentro de una organización histórica de la producción y de sus respectivas relaciones sociales.

Lo común a todas las formaciones políticas es el empleo de la fuerza; lo que las diferencia es el modo y el grado en que usan o amenazan usar dicha fuerza contra las demás organizaciones políticas. Esas diferencias determinan, a su vez, la conformación y el destino específico de las comunidades políticas. El prestigio del poder se realiza como tal en el ejercicio del poder sobre otras comunidades; se realiza en la expansión del poder. Para toda formación política es más conveniente estar rodeada por comunidades débiles que por comunidades fuertes. Por otra parte, siendo toda gran comunidad política una virtual aspirante al prestigio y una amenaza para todas las

comunidades que la rodean, también ella está virtual y constantemente amenazada por el mero hecho de ser grande y vigorosa. Las grandes potencias son aquellas comunidades políticas que usurpan y se atribuyen para sí el interés por los procesos políticos y económicos que se desarrollan en un amplio ámbito¹³⁷. Esto es prácticamente lo que hemos apreciado a lo largo de este capítulo en relación a la política exterior de Estados Unidos en la región de Medio Oriente, el afán de dominación encaminado a su vez con el miedo ante la emergencia de algún poderío mundial que ponga en duda la prevalencia de su hegemonía. Una política del poder alimentada de un realismo y neorrealismo exacerbados.

Tucídides, Maquiavelo, Richelieu, Hamilton o Disraeli concebían la naturaleza de la política internacional en términos de una interminable lucha por la supervivencia y el poder, bajo dicho escenario, el fin justifica los medios. En términos de Morgenthau, principal figura de la corriente realista estadounidense, la elección no se encuentra entre la legalidad o la ilegalidad sino entre sabiduría política y estupidez política¹³⁸, para ello es imprescindible la renuncia a la ética moral en el hombre de Estado; de ahí que resulte en ocasiones irónica, la cooperación abierta ente Estados Unidos y otros actores que aparentemente representan cada uno de los valores antagónicos enarbolados en el discurso liberal y democrático estadounidense, los ejemplos en Medio Oriente abundan, el primero de ellos lo encontramos en el apoyo, logístico y económico, a las milicias talibán en Afganistán cuando ello servía a sus intereses dentro de la Guerra Fría en contra de Unión Soviética, ahora son marcados como enemigos sempiternos del gobierno en Washington; otro de los ejemplos lo hallamos en el caso Irán-Contras, dentro del cual la potencia realizó de manera escondida, y con ayuda de Israel, la transferencia ilícita de armas a la República Islámica para su guerra en contra de Iraq, cuando de manera oficial respaldaba al gobierno de Saddam Hussein; uno más es el apoyo incondicional a la élite gobernante de un Estado que oprime a más de la mitad de su población, trasgrede de manera sistemática los derechos humanos de sus habitantes y no reconoce ni una sola de las resoluciones en el seno de las Naciones Unidas, es el caso de Israel, quien se ha convertido en el emblema del abuso y perversión que, pretendidamente, Estados Unidos desea erradicar en la región; el último ejemplo que citaré aquí es el gran lazo de cooperación existente entre Estados Unidos y la casa gobernante en Arabia Saudita, tema que se analizará de manera detallada en el segundo y tercer capítulos de este trabajo.

Esa es la política del poder que ejerce Washington que, desde la lógica de la escuela del pensamiento estadounidense de las Relaciones Internacionales, rechaza la existencia de una

¹³⁷ Cfr. Max Weber; *op. cit.*, pp. 17-19.

¹³⁸ Hans J. Morgenthau; *Scientific Man vs. Power Politics*. The University of Chicago press, Chicago, 1946, p. 120.

armonía de intereses entre los Estados y considera que el conflicto es natural al sistema internacional, que las relaciones internacionales son básicamente conflictivas. La política internacional se transforma, así, en un perpetuo juego cuyo objeto es acrecentar el máximo de poder con el fin de lograr la consecución de los intereses particulares de cada Estado. La cooperación es posible, pero sólo cuando sirve a los intereses del Estado, como queda de manifiesto en los ejemplos enunciados. El poder es, pues, la clave de la concepción realista. Dado lo conflictivo y anárquico de la sociedad internacional, la tendencia natural del Estado y su objetivo central es adquirir el mayor poder posible, lo que el Estado puede hacer en la política internacional depende del poder que posee. La política internacional se define en última instancia como la lucha por el poder. El poder es, de esta forma, tanto un medio para un fin como un fin en sí mismo; se define el interés nacional en términos de poder, y de ahí que el deseo por el mismo sea concerniente no sólo con la supervivencia del ser, sino con la posición que ocupa entre sus vecinos una vez que su supervivencia ha sido garantizada; en consecuencia, no tiene límite alguno¹³⁹, mucho menos moral, como sí lo tendría el impulso de satisfacción de sus necesidades básicas. En términos de divulgación, en palabras de entendimiento, el realismo político estadounidense es una especulación teórica al servicio práctico de la renovación del concepto de gran potencia y de su contenido hegemónico. Una muestra de que la potencia necesita buscar su seguridad en base a su propio poder y considerando con alarma el poder de sus vecinos¹⁴⁰.

Los neorrealistas por su parte, lejos de concebir al poder como un fin en sí mismo, lo entienden como un medio potencialmente útil, en un entorno en el que los Estados corren riesgos, ya sea por tener muy poco poder, o por tenerlo en demasía. Una situación de debilidad podría propiciar un ataque por parte de un rival el que, de haberse contado con un mayor poderío, se habría inhibido¹⁴¹. Por otra parte, la fuerza excesiva puede incitar a otros Estados a incrementar sus arsenales y crear alianzas. El poder es un medio potencialmente útil, y los estadistas sensatos buscan obtenerlo en la proporción adecuada. Sin embargo, en situaciones cruciales, la preocupación fundamental de los Estados no es el poder, sino la seguridad. El poder, en la teoría neorrealista, es, sencillamente, la combinación de las capacidades del Estado. La distribución de poder entre los

¹³⁹ *Ibid.*, p. 193.

¹⁴⁰ Frederik Schuman en Celestino Del Arenal. *Introducción a las relaciones internacionales*. Tecnos, España, 1990, p. 129.

¹⁴¹ Punta angular de la doctrina Bush y su acción anticipatoria.

Estados, así como las variaciones en dicha distribución, ayudan a definir las estructuras y los cambios que estas sufren¹⁴², así como la organización del entorno mundial.

Para esta corriente de pensamiento, si el poder equivale a la capacidad de ejercer control, entonces quienes son libres son también fuertes; y tendríamos que tomar la libertad de los débiles como una señal de la fragilidad de aquellos que cuentan con gran fuerza material. De ahí que se desprendan esfuerzos en ocasiones inconmensurables para el establecimiento de una especie de policía global que más que controlar, rija sobre el destino de la sociedad mundial, nadie puede estar fuera del control de la potencia internacional, ya que ello otorga visos de fragilidad; el intento estadounidense a través de la aplicación de su doctrina Bush de seguridad nacional, pretende amedrentar al mundo para inhibir ataques a su estabilidad.

En los términos cínicos de Kenneth Waltz, una de las figuras más representativas del neorrealismo estadounidense, los Estados no se diferencian entre sí por las funciones que desempeñan, sino por las capacidades con las que cuentan. Hay dos razones por las cuales las desigualdades entre los Estados tienen un impacto político mayor que las desigualdades entre los distintos grupos de ingreso al interior de cada país. La primera es que las desigualdades entre Estados son mayores y han crecido con mayor rapidez; los países ricos se han enriquecido aún más, mientras que los pobres han permanecido en la miseria. La segunda es que, en un sistema que carece de gobernabilidad central, la influencia de sus unidades constitutivas con mayor capacidad es proporcionalmente mayor, dado que no existen leyes ni instituciones capaces de ejercer un control eficaz sobre ellas. Dichas unidades pueden manipular el sistema en función de sus intereses¹⁴³. “Dichas unidades” se resumen en un solo actor, Estados Unidos. En este orden, la hegemonía estadounidense no se cuestiona, al fin y al cabo, el poder militar, económico y político de Estados Unidos confiere al resto del mundo una apariencia liliputiense¹⁴⁴.

Vivimos el inextricable maridaje del neorrealismo cínico con el neoliberalismo apabullante del libre mercado, unión que refleja el máximo anhelo del sistema de producción impuesto e imperante, la protección a la dinámica acelerada de la acumulación de los grandes capitales. Es curioso que corrientes que en sus inicios aparentemente se presentaran como opuestas, el realismo y el liberalismo, ahora se hermanen de manera inexpugnable para reforzar la estructura de poder mundial dirigida de manera fehaciente por Estados Unidos. Relativamente fiel al liberalismo

¹⁴² Kenneth Waltz; “El pensamiento realista y la teoría neorrealista” en Kahhat, Farid (comp.); *El poder y las Relaciones Internacionales. Ensayos escogidos de Kenneth N. Waltz*. CIDE, México, 2005, p. 49.

¹⁴³ *Ibid.*, p. 147.

¹⁴⁴ Benjamin R. Barber; *op. cit.*, p. 19.

económico clásico, el liberalismo político estadounidense acabará, por lo tanto, cifrándose en última instancia, en el pragmatismo como su rasgo histórico instrumental e intelectual distintivo. El flujo liberal, que retuerce y transfigura a lo largo de la historia al radicalismo por un lado y al conservadurismo por el otro, no es atribuible sino a los acomodos políticos y económicos jamás obedientes a esa suerte de lógica mágica dictada por la razón liberal. El fundamento vital de la razón liberal no pertenece, como nunca perteneció, al “imperio de la razón”, sino a la esfera del compromiso plural, seccional, sectario y sectorial, permisible más por el expansionismo territorial, financiero y militar, y más funcional a él que a la buena voluntad, el diálogo y la tolerancia¹⁴⁵. Lo que presenciamos es más una avasallante corriente de liberalismo centrado en su racionalidad económica que deja de lado el humanismo liberal defendido por la Ilustración europea, defendiendo más un carácter estrictamente inglés que se refiere de manera exclusiva a la libertad en el flujo de la actividad económica, para lo cual en ocasiones es necesaria la aplicación desnuda de la fuerza como medio de emergencia de corrección ante alguna posible alteración del sistema, basada en un discurso neoconservador que fortalece el *marketing* neoliberal.

El sistema de derecho internacional no representa obstáculo alguno para la consolidación de dicho mecanismo de perpetuación y reproducción del sistema, puesto que es la conducta que se aprueba como verdadera para lograr un fin o dar respuesta a una demanda de la mayoría del orden social lo que para los juristas y legisladores se entenderá como acto de justicia o conducta justa; esta idea de tono pragmático se opondrá a la rígida e insuficiente expresión kelseniana de la justicia entendida como la estricta aplicación del Derecho. Aquí el imperativo pragmático implica “deslindarse de compromisos éticos y políticos que no son suyos”. De esta manera es como “el eje del interés permite deslastrar a la política práctica del juridicismo pragmático de la razón moral desinteresada, altruista, que desvía la acción hacia los terrenos declamatorios, improductivos, hostiles y estériles” de las abstracciones filosóficas del iusnaturalismo sistemático y formal europeo. Holmes, un clásico del estudio del sistema judicial estadounidense, declaraba que la tendencia del derecho siempre debe ser la de reducir el campo de la incertidumbre, propiciando así un espacio seguro para el proceso del capitalismo¹⁴⁶. El derecho es un sistema de responsabilidades, no de deberes morales, entendiendo esto, Estados Unidos se mantiene ajeno a la idea romántica que pretende concebir al derecho como generador y guardián efectivo del orden de la sociedad

¹⁴⁵ Cfr. José Luis Orozco; “Para pensar la república pragmática” en José Luis Orozco (coord.); *El pensamiento político y geopolítico norteamericano*. Distribuciones Fontamara, México, 2005, p.21.

¹⁴⁶ Jesús Gallegos Olvera; “La proyección del pragmatismo en el pensamiento jurídico estadounidense” en José Luis Orozco; *op. cit.*, p.160.

internacional. El derecho no genera el orden, sólo institucionaliza una serie de condiciones dadas dentro de las relaciones materiales habidas entre los distintos actores mundiales, la política es la que rige el destino de la colectividad planetaria.

En este sentido, la potencia minimizó las disposiciones de Naciones Unidas relativas a la invasión unilateral en contra del pueblo iraquí en marzo de 2003. El derecho internacional estorbaba la consecución plena de los intereses diseñados por el gobierno estadounidense en torno a la problemática particular de la región de Medio Oriente y decidió de manera independiente poner en marcha sus planes previamente diseñados; dicha situación se ha repetido de manera constante a lo largo de la historia, Estados Unidos sólo se ajustará a la normativa internacional cuando así convenga a sus intereses, y no dudará en subestimar y menospreciar a la pluralidad mundial cuando así le resulte conveniente, esa es la manera en que aplica su política del poder, y es la lógica bajo la cual debemos entender la relación particular que mantiene con Arabia Saudita.

2. La interdependencia entre Estados Unidos y Arabia Saudita

2.1. Análisis de la noción “petróleo a cambio de seguridad”; la política exterior de Arabia Saudita

Durante mucho tiempo la península arábiga estuvo apartada de los principales acontecimientos y corrientes políticas que dominaron en Medio Oriente, a la par que representó escaso interés para las potencias occidentales en su mayoría, con excepción de Reino Unido, que desde el siglo XIX estableció por la vía de tratados especiales una serie de relaciones con los diferentes jefes tribales de la región con el objetivo principal de proteger su ruta de comunicación hacia India, así como para favorecer intereses industriales de algunas compañías interesadas en la exploración y explotación de petróleo, cuyo objetivo central era el de aprovechar la apertura del Canal de Suez en 1869. Sin embargo, la península habría de sufrir una serie de transformaciones profundas derivadas de los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial que la convertirían en un importante espacio de interés a nivel internacional. A pesar de ello, el desarrollo contemporáneo de Medio Oriente posterior a 1918 no debe considerarse simple legado proveniente del exterior, para ser más precisos, como consecuencias del impacto colonial y sus repercusiones en la formación de las diversas estructuras política, económica, y mucho menos social y cultural. Dentro del contexto estratégico que supone la dominación externa y la confrontación imperialista a principios del siglo XX, la mayoría de los Estados en la región continuó jugando un papel autónomo en el diseño de su política nacional que influyó tanto en las relaciones intrarregionales como interregionales¹ de manera decisiva. De ahí la necesidad inobjetable de realizar un balance entre los factores interno y externo, condicionantes de la evolución de las distintas sociedades en la región, para evitar la caída en las tan recurrentes trampas metodológicas del complot orquestado por las “fuerzas oscuras” de la sociedad mundial en contra de un enemigo en particular, o por otro lado, del narcisismo regional que pretende aislar su lógica y dinámica locales de las del entorno global.

Los orígenes del Reino de Arabia Saudita datan de la alianza establecida entre la casa de los Saud y los Wahabitas en el siglo XVIII, un movimiento reformista y puritano centrado en la escuela ortodoxa de pensamiento *Hanbali* que tenía el objetivo principal de reafirmar la unicidad del Creador y se encontraba opuesto a las innovaciones y supersticiones dentro del Islam, así como a las tendencias secularizantes del imperio Otomano. Aunque dicho movimiento fue doblegado en dos ocasiones consecutivas, en ese mismo siglo y en el que le sucede, a manos del entonces

¹ Cfr. Fred Halliday; *The Middle East in international Relations. Power, Politics and Ideology*. Cambridge University Press, New York, 2005, p. 85.

gobernador otomano en Egipto, Muhammad Alí y por el clan de los Rashid respectivamente, éste habría de resurgir con mayor fuerza en 1902 cuando Ibn Abdualiziz Saud capturó la ciudad de Riad de manos de sus rivales históricos, logrando imponer su autoridad sobre la mayor parte de las tribus de la región del Nejd y extendiendo su dominio a zonas que habían escapado al control de los ingleses y otomanos, conquistando las regiones del norte de Arabia y la región del Mar Rojo, con excepción de Yemen, este último junto con Arabia Saudita, uno de los dos únicos Estados en la región que mantuvieron su independencia política durante la época del colonialismo e imperialismo europeos y reafirmaron su autonomía tras la derrota del imperio Otomano en la Primera Guerra Mundial. Con la anexión de las regiones del Nejd, el Jiyaz y Asir, surge en 1932 el Reino de Arabia Saudita, que habría de convertirse en pocos años, gracias a los hallazgos de petróleo en su territorio durante la década de los treinta, en uno de los países más importantes de la región².

Con la Primera Guerra Mundial en ciernes, las autoridades del imperio Otomano buscaron la manera de reconciliar sus relaciones con el guerrero Ibn Saud, así como obtener su promesa de cooperación militar en contra de la agresión inminente por parte de las naciones europeas rivales. En un convenio firmado en 1914 entre ambas partes, quedaba establecido bajo decreto imperial que las tierras en la región del Nejd permanecerían bajo la autoridad de Ibn Saud, de sus hijos y sus nietos; asimismo, el acuerdo prohibía a la casa Saud entrar en negociaciones con poderes extranjeros o garantizarles concesión alguna dentro de su territorio. Simultáneamente, los británicos comenzaron la búsqueda de aliados en la zona cuyo apoyo sería esencial para terminar con la autoridad del imperio Otomano en la región; el estado de guerra liberaba a la corona inglesa de su promesa previa de no intervención en los asuntos internos del imperio, y aprovechando el interés mostrado por Ibn Saud en 1913 por entrar en negociaciones con Reino Unido para recibir apoyo en su lucha personal en contra del clan de los Rashid en busca de la hegemonía regional, comenzó el acercamiento con su contraparte árabe que culminaría en el Tratado Anglo-Saudita de diciembre de 1915, a través del cual el gobierno británico reconocía la autoridad de Ibn Saud sobre los territorios de Nejd, Hasa, Qatif y Jubail, así como la promesa de apoyo incondicional en caso de agresión directa en contra de dichos territorios y la supervisión del tráfico de bienes y armas a lo largo de sus fronteras. Ibn Saud conseguía al mismo tiempo un subsidio mensual de cinco mil libras esterlinas y la provisión regular de armamento militar. A cambio, el líder árabe se comprometió a no firmar tratado alguno con poderes o naciones contrarias a los intereses británicos y a no agredir o interferir

² María de Lourdes Sierra Kobeh; *La influencia del factor externo en la conformación del Medio Oriente Moderno y sobre sus relaciones internacionales*. UNAM-FCPS, México, p. 56.

en los asuntos internos de los territorios de Kuwait, Bahrein, Qatar y Omán, todos ellos bajo la protección de Reino Unido³.

Las subsecuentes campañas militares de Ibn Saud en Arabia, garantizaron la expansión de su autoridad a lo largo y ancho de la península, la conquista de la región sería el fundamento sobre el cual se formaría el Estado contemporáneo de Arabia Saudita en el siglo XX; es importante señalar que la extensión de su influencia tomó lugar en el tiempo en que la intervención británica en la región alcanzó un nivel sin precedentes. Por otro lado, la derrota del imperio Otomano en la guerra fue un importante catalizador para dicha injerencia externa, permitiendo a la corona inglesa la negociación directa con los distintos emires locales en lugar de por la vía de la obsoleta estructura burocrática imperial. Es incuestionable que su apoyo constante a la causa de Ibn Saud, mediante el aprovisionamiento de armas y recursos financieros, fue determinante para la expansión saudita en la península, así como para modificar el balance de poder entre los Saud y sus rivales Rashid, respaldados por la autoridad otomana. Más aún, los británicos no pudieron intervenir abiertamente en la confrontación de Ibn Saud con el jerife Hussein de la Meca, abandonando a este último a su suerte y permitiendo la caída de su gobierno, hecho que consolidaría la preeminencia de la familia Saud en la región. Tras dicha situación, el mayor interés de Reino Unido recayó en conservar la integridad de los dos territorios que quedaban bajo su mandato, Iraq y Transjordania, monarquías hachemitas amenazadas por el poderío saudita y consideradas las mayores rivales regionales de éste.

El 23 de septiembre de 1932, Ibn Abdulaziz Saud declaró formalmente la constitución del Reino de Arabia Saudita. Estados Unidos lo reconocería en 1933, mismo año en el que la compañía estadounidense *Standard Oil de California* ganara la primera concesión para la exploración y futura explotación de petróleo en el Estado naciente. La recepción de intereses estadounidenses por parte del rey obscureció sus relaciones con Reino Unido, en ese entonces la fuerza dominante en la región. Los británicos proveían a la monarquía saudita con una importante cantidad de estipendios y su acercamiento a Estados Unidos para el desarrollo de su sector energético despertó recelo hacia sus antiguos aliados. Lo que sin duda atrajo el interés de Ibn Saud hacia las inversiones estadounidenses, era que Estados Unidos, a diferencia de los británicos, no era un poder colonial ni ocupante por vía del régimen de mandatos en la región y en consecuencia, no se encontraba interesado en la política interna del Reino, siendo su interés principal estrictamente comercial y representado por compañías privadas, no gobiernos. La falta de atención por parte de Estados

³ Cfr. Madawi Al-Rasheed; *A History of Saudi Arabia*. Cambridge University Press, New York, 2002, pp. 46-49.

Unidos respecto a la política interna y las instituciones locales en Arabia Saudita, así como su doctrina de no intervención en asuntos fuera de su dominio, fue el beneficio evidente que inclinó la balanza del gobierno saudita hacia la potencia americana como aliada en su desarrollo nacional, en sustitución del histórico intervencionismo europeo en Medio Oriente.

Por otro lado, la presencia de Estados Unidos en el Reino de Arabia Saudita significó un contrapeso natural a la hegemonía de Reino Unido en la región de manera general y una barrera de protección ante el acecho de la influencia británica sobre el nuevo Estado de manera particular. La corona inglesa tenía obligaciones con cada uno de los Estados en el Golfo, mantenía un bastión colonial en Adén con protectorados en toda la zona, respaldaba de manera incondicional a sus aliados hachemitas, enemigos históricos de la casa Saud, en los tronos de Iraq y Jordania, y sostenía un mandato en Palestina. El miedo ante un acorralamiento inminente guió a los arquitectos de la política exterior del Reino al distanciamiento de los británicos en beneficio de los estadounidenses.

Los términos del acuerdo mediante el cual se otorgaba la primera concesión petrolera a la que posteriormente se convertiría en la Compañía Petrolera Árabe Estadounidense (ARAMCO⁴), terminaron con las presiones financieras sobre el Reino derivadas de la reducción de ingresos provenientes del peregrinaje hacia la Meca durante el período de la recesión económica mundial, así como del creciente endeudamiento que tenía por objeto paliar la escasez de recursos para mantener la estabilidad del régimen y combatir grupos de interés opuestos a la monarquía⁵. No obstante, tomó largo tiempo antes de que los beneficios de la inversión inicial por parte de la compañía estadounidense se manifestaran claramente; a pesar de que en 1935, y después de varias decepciones, se encontrara un yacimiento de oro negro explotable, no fue sino hasta 1938 cuando las válvulas fueron abiertas para explotar el recurso mineral en cantidades comerciales. Sin embargo, el estallido de la Segunda Guerra Mundial llegó en mal momento tanto para Arabia Saudita como para la petrolera estadounidense; aun cuando la producción de petróleo no se detuvo completamente, fue difícil alcanzar un nivel de extracción alto debido principalmente a las restricciones para exploraciones consecutivas, la baja en la cantidad de recursos humanos y las dificultades materiales para la explotación y traslado del crudo de manera segura. En 1938 se

⁴ *Arabian American Oil Company.*

⁵ Aquí cabe destacar el caso de la rebelión de los *Ikhwan*, grupo ortodoxo de inspiración wahabita que utilizado por Ibn Saud para expandir su dominio militar e imponer el control sobre el territorio de Arabia Saudita, en el período de consolidación estatal; representó un amenaza ante las autoridades gobernantes al llevar su celo más allá de los deseos del monarca y amenazar con atacar al resto de los vecinos regionales, Iraq y Jordania de manera particular, para imponer su visión del Islam a lo largo y ancho del mundo musulmán. Ibn Saud sólo pudo detenerlos y reafirmar su autoridad, con el apoyo económico, militar y logístico británico, este último preocupado a su vez por la integridad de sus aliados regionales. La fuerza del *Ikhwan*, derrotada en 1930, demostró ser una fuerza eficiente para la expansión territorial de Ibn Saud, pero terminó siendo un problema para la consolidación de su autoridad. *Cfr. Ibid.*, p. 69.

extrajo tan sólo medio millón de barriles de petróleo, cifra que alcanzaría los veintiún millones en el año 1945.

Los altos mandos de la nueva Compañía Petrolera Árabe Estadounidense permanecerían a lo largo de los años como la fuerza conductora detrás de las relaciones entre Arabia Saudita y Estados Unidos, consiguiendo encuentros sucintos entre los príncipes gobernantes y las autoridades en el gobierno de Washington y destacando la importancia en torno a la cantidad de reservas probadas dentro del Reino, que para 1943 ascendía a veinte mil millones de barriles de petróleo, cifra equivalente al número de depósitos explorados en Estados Unidos en ese entonces.

Los esfuerzos constantes por parte de la compañía petrolera por atraer la atención en Washington hacia la monarquía saudita, culminaron con el encuentro histórico entre Roosevelt e Ibn Saud en 1945 a orillas del Canal de Suez a bordo del crucero estadounidense *Quincy*. El resultado de la junta fue el establecimiento de relaciones estrechas entre ambas partes a expensas de Gran Bretaña. El rey accedió otorgar acceso a toda nave estadounidense para el uso de sus puertos, así como la autorización de la construcción de una base militar en el Reino para facilitar las operaciones de su fuerza aérea, destinando un área especial bajo arrendamiento por un período de cinco años, que sería devuelta después de ese lapso bajo la autoridad de Arabia Saudita con todas las estructuras que ahí se hubieran erigido. Asimismo, se restableció la validez de la concesión petrolera con la CPAE/ARAMCO y se garantizó el consentimiento para la construcción de un oleoducto que desembocaría en el Mediterráneo (en Sidón, Líbano). La búsqueda estadounidense por depósitos petroleros y bases aéreas bajo el contexto de la Segunda Guerra Mundial, encajó de manera precisa con las necesidades del monarca saudita para garantizar la independencia de su Estado. Después de la concesión de 1933, Arabia Saudita se convirtió en el primer Estado árabe independiente en desarrollar una relación importante con el que vendría a ser uno de los dos grandes polos de postguerra, al mismo tiempo, se convertía en la primera región del mundo en la que la influencia política, económica y militar estadounidense remplazaba a la del ya envejecido poderío colonial británico. Sin embargo, dicha relación llegaría a su completa madurez después de la Segunda Guerra Mundial, ya que durante la misma, Reino Unido mantuvo al Reino de Arabia Saudita dentro de su esfera de influencia, posición que Estados Unidos no desafió abiertamente hasta finales del conflicto bélico a pesar del incremento de su apoyo, con equipo militar y recursos económicos, a la casa gobernante Saud, base fundamental del desarrollo de su relación estratégica a partir de los años de postguerra.

Existía un enorme número de razones por las cuales Roosevelt quería conocer personalmente al monarca árabe y viceversa. Por el lado del presidente estadounidense era innegable su curiosidad por mantener un lazo personal con la figura prominente en la península arábiga del país cuyo petróleo se volvía una pieza fundamental para proseguir con los esfuerzos de guerra, así como por el papel que podría representar en la construcción de una futura base de apoyo en tierra para la guerra en el océano Pacífico en contra de Japón. A pesar de permanecer en condición oficial de neutralidad ante el conflicto bélico hasta marzo de 1945, Ibn Saud se mostró todo el tiempo inclinado hacia los Aliados. En abril de 1941 había rechazado una oferta por parte de un grupo de saboteadores iraquíes, de inspiración nazi, para realizar un golpe de Estado en aquel país, al tiempo que ignoraba el llamado de Adolfo Hitler para levantarse en contra de la influencia británica en la región. A partir de 1942, el monarca saudita proveyó a las fuerzas aliadas el acceso a un sinnúmero de rutas aéreas sobre su territorio, que constituyó un elemento vital para la batalla en el norte de África, así como para la entrega oportuna de suministros a los contingentes militares estacionados en el Pacífico; todo ello sin duda constituyó una de las razones por la cual, dos años antes de su encuentro con Ibn Saud, Roosevelt declarara a Arabia Saudita como candidato para recibir recursos del programa de préstamos, arriendo y asistencia estadounidense.

Durante la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas estadounidenses situadas en Europa utilizaron una cantidad de gasolina cien veces superior a la que se había destinado en la Primera Guerra Mundial. Para Estados Unidos, las fuentes de petróleo provenientes del extranjero representaban una prioridad fundamental para continuar con el suministro de los contingentes militares sin, para ello, sacrificar la satisfacción de la creciente demanda de hidrocarburos impuesta por el acelerado desarrollo industrial en su territorio. En 1943, la administración Roosevelt reconoció que su prioridad después de ganar la guerra, sería la de asegurar los intereses estadounidenses dentro del mercado petrolero mundial, donde Medio Oriente representaba sin duda alguna el punto clave de la cadena. Estados Unidos requería posicionarse de manera efectiva en la región para limitar en cierto sentido la preponderancia de los intereses británicos en dicha industria, que administraba la mayor parte de los recursos petrolíferos de los Estados del Golfo, para lo cual precisaba del control y la protección de los grandes yacimientos localizados en el Reino de Arabia Saudita.

Ibn Saud compartía de la misma manera, un gran interés en las cuestiones relativas al petróleo. Al ser su principal fuente de ingresos después de la reducción de impuestos provenientes de las peregrinaciones a los lugares sagrados del Islam, esto último como consecuencia primero de

la recesión económica mundial y posteriormente de la guerra, los ingresos provenientes de la extracción y comercialización del oro negro representaban su máxima herramienta de administración y control políticos. Mantener la cohesión de un Reino integrado por un alto número de líderes tribales requería mayor capacidad financiera de la que hasta entonces el rey poseía. Oficiales de la CPAE/ARAMCO estimaban que el rey necesitaba alrededor de diez millones de dólares anuales para gobernar su país de manera eficiente y sin que se vieran amenazados los intereses de la petrolera a razón de la inestabilidad interna. Al cuestionar la capacidad de los Saud para mantener el orden a nivel interno, y al encontrarse amenazados por el aumento del apoyo al gobierno saudita por parte de las compañías y el gobierno británico, los estadounidenses en el Reino exhortaron a Washington a tomar cartas en el asunto, y tomar un rol de acción directa sobre la península, para evitar su inminente remplazo a favor de las petroleras inglesas y quedar fuera de los acuerdos de postguerra en torno al mercado internacional de hidrocarburos. El 18 de febrero de 1943, por razones de petróleo, localización estratégica y la innegable influencia de Ibn Saud en Medio Oriente, Roosevelt declaraba al Reino de Arabia Saudita como candidato para recibir recursos provenientes del programa de asistencia en préstamos y arriendo del gobierno estadounidense⁶. Entre 1940 y 1947, Estados Unidos inyectó alrededor de 99 millones de dólares en ayuda para el país árabe, de los cuales únicamente se esperaba el pago a futuro del 25% de dicha cantidad⁷.

A lo largo de su encuentro en el *Quincy*, el presidente estadounidense esperaba asegurar la ayuda de su contraparte para la mejora de su entendimiento alrededor del conflicto entre árabes y judíos por el territorio de Palestina. A cada pregunta de Roosevelt, el rey respondía de manera contundente que la única vía para evitar el recrudecimiento del conflicto era detener el constante flujo de migrantes judíos hacia Palestina; Ibn Saud incluso reiteró su opinión personal de que el conflicto era inevitable a menos que se reconsiderara restablecer a la población judía en Europa, el continente que les había causado en primera instancia cada uno de sus problemas. El presidente trató de introducir en su diálogo otro tipo de materias, como el desarrollo económico de Arabia Saudita, pero el rey replicó que le era imposible acordar de manera entusiasta asuntos de

⁶ (*Lend-Lease Assistance Program*) Es el nombre del programa en virtud del cual Estados Unidos suministró a Reino Unido, Unión Soviética, China, Francia y otras naciones aliadas, grandes cantidades de material de guerra y recursos financieros entre 1941 y 1945. Se inició en marzo de 1941, más de 18 meses después del estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939. Un total de 50 mil millones de dólares fue el valor de los suministros que se enviaron: 31.4 mil millones de dólares a Gran Bretaña, 11.3 mil millones de dólares a la Unión Soviética, 3.2 mil millones de dólares a Francia y 1.6 mil millones de dólares a China.

⁷ Cfr. Bronson, Rachel; *Thicker than Oil. America's uneasy partnership with Saudi Arabia*. Oxford University Press, 2006, p. 40.

cooperación relativos al desarrollo material de su Estado, en cuanto dicho progreso se encontrara hipotecado bajo la amenaza derivada del apoyo internacional al movimiento sionista. El monarca saudita tenía una enorme preocupación que externó durante el encuentro con Roosevelt, quería asegurarse de la integridad de la independencia política de su país a través de la garantía estadounidense de que nunca se convertirían en potencia ocupante como lo fuesen a lo largo del siglo XIX y primera mitad del XX, los británicos.

Después de su encuentro, Roosevelt declaró públicamente que había aprendido más acerca del conflicto Árabe-Israelí, a través de su breve junta con el monarca de Arabia Saudita, que lo que había escuchado en los mensajes de su propio Departamento de Estado. Antes de abandonar a Ibn Saud, prometió a este último dos cosas: primero, el gobierno estadounidense no haría cambio alguno a su política básica respecto a Palestina, sin la previa consulta con ambas partes y, segundo, el gobierno en Washington prometía jamás realizar acción alguna que resultara hostil hacia los árabes⁸. El mayor fallo de Roosevelt, según sus propias palabras, había sido el de no comprometer a Ibn Saud a una posición relativa al conflicto en Palestina. Tres años después del tan recordado encuentro, Estados Unidos reconoció en febrero de 1948 al auto proclamado Estado de Israel, situación que visualizó el monarca de Arabia Saudita como una traición directa por parte de los estadounidenses al juramento hecho por el presidente Roosevelt. El conflicto israelí-palestino pasó a ser uno de los mayores retos significativos, aun en nuestros días, dentro del desarrollo de las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudita, como lo reconociera Ibn Saud en 1947, ambos lados difieren de manera irreconciliable en torno a la situación en Palestina; por otro lado, a partir de 1948, el rey y sus sucesores han tenido que manejar de manera delicada el hecho de compartir con Israel al mismo garante de su seguridad, el gobierno estadounidense. Situación aprovechada por los detractores de la casa gobernante tanto al interior como al exterior del Estado para deslegitimar a la monarquía por su excesivo alineamiento con los intereses de la política exterior de Estados Unidos en Medio Oriente y su displicencia para actuar de manera congruente en contra del enemigo común de los pueblos árabes, el Estado israelí.

La junta entre Ibn Saud y Roosevelt ha permanecido a través de los años, como símbolo de gran importancia para los lazos y relaciones establecidas entre ambos países, marcó sin lugar a dudas el inicio de relaciones políticas entre los dos Estados, ensombreciendo un poco el significado que tuvo históricamente la concesión petrolera de 1933 y estableció de manera contundente las relaciones personales de alto nivel entre las respectivas autoridades de cada una de las partes.

⁸ Franklin D. Roosevelt; "Letter From President Roosevelt to King Ibn Saud, April 5, 1945". *Department of State Bulletin*. Consultado en <http://www.mideastweb.org/roosevelt.htm> el 18 de abril de 2009 a las 15:32 hrs.

Asimismo, es destacable la enorme química que se dio entre ambos líderes, los cuales se consideraron amigos mutuamente. Un acontecimiento más anecdótico que importante, fue el obsequio que el presidente entregó al monarca de manera simbólica y que se convertiría en una de las posesiones más apreciadas por Ibn Saud, una de sus sillas de ruedas personales.

El 12 de abril de 1945, un mes antes del rendimiento incondicional de Alemania y cuatro del de Japón, Roosevelt falleció en Georgia quedando como presidente estadounidense Harry Truman, con la misión de terminar la guerra y construir la paz. Con el fin del conflicto bélico, y la notoria reducción de la necesidad por petróleo y rutas de tránsito aéreo, Arabia Saudita se convirtió en asunto de menor prioridad para Washington. Sin embargo, a pesar de que Arabia Saudita no ocupaba una porción significativa de la atención de la administración Truman, él veía al Reino como un jugador importante dentro del complicado escenario regional de Guerra Fría. Más allá de que su política exterior no coincidiera con la del presidente estadounidense, sobre todo en el apoyo de este último hacia los regímenes establecidos en Iraq, Egipto y Turquía, vecinos incómodos de la monarquía, y más aún respecto a la posición de Washington en el conflicto árabe-israelí, Truman no menoscababa las ventajas estratégicas que le otorgaría una relación estrecha con la monarquía Saud, derivada de su posición geográfica, sus reservas de petróleo y la antipatía general del liderazgo saudita, y su población, hacia la ideología comunista. Por esa serie de razones estratégicas, económicas e ideológicas, el presidente de Estados Unidos manifestó en repetidas ocasiones al rey de Arabia Saudita, que el gobierno de su país estaba interesado en la preservación de la independencia y la integridad territorial de su Estado, y que no podría producirse ninguna amenaza hacia el Reino que no fuera objeto de inmediato concernimiento para Estados Unidos⁹. Dicha sentencia ha sido considerada para ambos gobiernos como una promesa tácita de seguridad; petróleo, geopolítica e ideología a cambio de protección militar.

Como se había anticipado por vía del acuerdo en torno a la base aérea en Dhahran, ambos gobiernos comenzaron a renegociar los términos del mismo en 1948. Estados Unidos ofreció un arrendamiento por doce años sobre la base militar aérea, propuesta que rechazó el monarca saudita, ya que a pesar de disfrutar de las garantías de seguridad a su régimen derivadas del asentamiento de unidades militares estadounidenses en su territorio, el arrendamiento de larga duración le parecía muy cercano en concepto a una base colonial. Sin embargo, la situación precaria de inseguridad del Reino crecía, y la dirigencia temía un posible cerco de fuerzas hostiles a su gobierno. Ibn Saud veía con ojos de desconfianza el fortalecimiento de Yemen en el sur, así como el de los tronos

⁹ *Cfr.* Bronson, Rachel; p. 46.

Hachemitas en Iraq y Jordania en el norte, estos últimos generaban una enorme desconfianza debido a que su familia había sido expulsada de la Meca en 1924 durante la expansión del dominio de Ibn Saud en la región del Jijaz; hasta su muerte en 1953, Ibn Saud temió que algún día intentaran reclamar sus tierras ancestrales, miedo que persiste en el subconsciente de la dirigencia del Estado hasta nuestros días. Para empeorar la situación, Gran Bretaña tenía lazos estratégicos con todos sus vecinos en la región del Golfo. Dichos lazos provocaron la expulsión por parte del rey de la misión británica de entrenamiento militar en su territorio, remplazándolos por sus aliados estadounidenses.

Ante dicho contexto, los negociadores de ambas partes idearon una solución que facilitaría la presencia estadounidense en territorio saudita sin crear una base de corte imperial. Se acordó que la propiedad de la base pasaría de Estados Unidos a Arabia Saudita, para asegurar el control por parte del gobierno local, el rey aprobó acuerdos de un año para el arriendo de la base que se renovarían periódicamente; a cambio del acceso a la estación aérea, Estados Unidos se comprometía al despliegue de un contingente militar especial que se encargaría de proporcionar todos los requerimientos indispensables para la seguridad del Estado, así como el entrenamiento de las fuerzas armadas del Reino. En 1951 Ambos gobiernos rebasaron la barrera de la renovación anual del arrendamiento de Dhahran, estableciendo un intervalo de cinco años entre cada una de las futuras concesiones. El Tratado de Asistencia y Defensa Mutua¹⁰, que contenía los puntos de dicho acuerdo, trajo al interior del Reino a una centena del personal de las fuerzas armada, naval y aérea estadounidenses, con el objetivo de brindar entrenamiento adecuado a las incipientes fuerzas militares sauditas. Este apoyo continuo condujo al establecimiento de la Misión Militar y de Entrenamiento de Estados Unidos en Arabia Saudita¹¹ el 27 de junio de 1953, un programa dedicado a la asesoría y la asistencia de las fuerzas armadas del Reino sobre planeación, organización y métodos de entrenamiento castrense, pieza angular de las relaciones militares entre ambos Estados hasta nuestra actualidad.

Una vez que Estados Unidos ayudó a Ibn Saud a deshacerse de los lazos con el gobierno británico, ambos encontraron en su nuevo aliado, al compañero ideal para contrarrestar el avance de la influencia soviética en la región. Washington jamás tuvo que convencer a su contraparte árabe de que el socialismo ateo representaba una seria amenaza en contra de su seguridad, como sí tuvo que hacerlo con el resto de los vecinos árabes. Es cierto que la dirigencia saudita identificaba otro tipo

¹⁰ *Mutual Defense Assistance Agreement*. Cfr. U.S. Department of State; “Background Note: Saudi Arabia; U.S.–Saudi Arabian Relations”. Consultado en <http://www.state.gov/r/pa/ei/bgn/3584.htm> el 14 de mayo de 2009 a las 16:40 hrs. El sitio oficial de la USMTM es <http://www.usmtm.sppn.af.mil/>

¹¹ *United States Military and Training Mission in Saudi Arabia*. *Idem*.

de amenazas directas provenientes de las fuerzas y dinámicas internas de cada uno de sus vecinos regionales, como el caso de Egipto, Yemen e Israel, los primeros dos, receptores de apoyo soviético directo; no obstante, su dirigencia tomó seriamente las supuestas maquinaciones de Unión Soviética y mantuvo una fachada anticomunista más similar a la de sus socios estadounidenses que la de cualquier otro aliado del bloque capitalista en el mundo subdesarrollado. Adicionalmente a la ideología, primero anticolonialista y después anticomunista, que benefició a Arabia Saudita con su acercamiento al hegemon capitalista, Estados Unidos proveyó al Reino garantías incondicionales de seguridad e integridad estatal, así como el acceso irrestricto al mercado estadounidense para iniciar su proceso de industrialización. El rey Ibn Abdulaziz Saud se preocupó a lo largo de su vida por contrarrestar la influencia británica en su dominio; sus sucesores lo harían ante las serias amenazas provenientes de sus vecinos regionales Egipto, Iraq, Yemen, Irán, así como de la expansión de la ideología socialista en Medio Oriente. Desde el inicio, Estados Unidos representó una óptima alternativa militar para resguardar la estabilidad del Reino, manteniéndose hasta la década de los ochentas como su mayor proveedor de armas y pieza clave en la evolución de su aparato militar.

Ibn Saud tomó desde los inicios de su reinado, medidas concretas para demostrar al resto del mundo que la ideología del Islam, específicamente en su expresión Wahabita, no se encontraba peleada de manera inevitable con la sociedad occidental, más aún, que éstas podían coexistir e incluso convivir en busca de objetivos particulares. Dicha posición le permitió abrir al exterior la exploración y futura explotación de yacimientos petrolíferos, favorecer la expansión de su producción dentro del comercio internacional, contribuir a la colaboración de manera directa con técnicos extranjeros y misiones de entrenamiento militar y respaldar el ingreso de miles de trabajadores foráneos y expatriados en su planta laboral, todo en aras del desarrollo nacional del Estado. Durante la Segunda Guerra Mundial, permitió la construcción de la base militar aérea estadounidense en Dhahran, que redujo de manera sobresaliente la distancia de los vuelos militares entre Europa y el Pacífico, e incluso facilitó el estacionamiento de contingentes armados sobre su territorio para favorecer la victoria Aliada. Asimismo, demostró a sus súbditos que todo este intercambio de conocimientos técnico-científicos a favor del desarrollo de su nación, podía realizarse al mismo tiempo que se respetaba y protegía el estricto carácter wahabita del país, los hábitos y costumbres del pueblo. A nivel de su política exterior, Ibn Saud definió una serie de principios rectores en las relaciones de Arabia Saudita con el mundo, que permanecen como núcleo central de su política exterior hasta nuestros días: 1) La nación árabe y su pueblo son una unidad, pero las fronteras internacionales que la separan en distintas entidades administrativas deben ser

respetadas; 2) Proteger los derechos del pueblo palestino y su derecho innegable a un Estado en el territorio de Palestina, es una responsabilidad inalienable, moral y política, de los pueblos árabe e islámico; 3) Arabia Saudita y Estados Unidos comparten valores e intereses nacionales que requieren del reforzamiento de una relación especial de mutua protección; 4) La pluralidad y diversidad ideológica no constituye barrera alguna para la negociación de garantías que satisfagan las necesidades intrínsecas del Estado y; 5) Exportar a lo largo de la región la interpretación Wahabita del Islam es una misión fundamental de la dirigencia saudita¹².

2.2. Los proyectos de modernización en el Reino de Arabia Saudita

Cuando en foros de discusión políticos o académicos se plantea el rol que desempeña la entrañada relación entre Estados Unidos y Arabia Saudita para la comprensión de diversos ámbitos dentro de la política internacional contemporánea, todo suele reducirse a la sencilla, y no por ello errónea, ecuación de la seguridad del Reino a cambio de la exportación de su crudo o el manejo en las cuotas de producción del oro negro para la estabilidad de los precios en el entramado del sistema económico mundial. Sin embargo, los lazos que unen de manera prácticamente inseparable a los dos Estados, desbordan la mera cuestión energética; tal y como lo veremos en este breve apartado, Arabia Saudita aprovechó de manera impresionante el valor estratégico que tenía para su contraparte estadounidense a partir de la segunda postguerra, para la obtención del apoyo y la asesoría indispensables en la transformación, en un período no muy largo, no sólo de la imagen del Reino, sino de su estructura administrativa, política y económica.

La participación de la Compañía Petrolera Árabe Estadounidense en la construcción de la infraestructura necesaria para facilitar la extracción del crudo y su transportación hacia los distintos mercados internacionales, se extendió más allá de la construcción de caminos, oleoductos, puertos y aeropuertos, a cada una de las regiones importantes para el desarrollo de la industria petrolera, y en diversas zonas a lo largo y ancho del país a través de la inauguración de escuelas, hospitales y oficinas de servicio público. En pocas palabras, la petrolera estadounidense llenó, de manera inicial, el hueco de servicios de educación y salud públicos en donde éstos eran inexistentes o se encontraban en situación precaria. En ausencia de un aparato estatal sólido y en proceso de formación, con la relativa falta de experiencia gubernamental, la CPAE se ubicó como la principal prestadora de servicios al Estado, proveyendo a éste, ya su población, el acceso de servicios

¹² Cfr. John s. Habib; “Wahhabi Origins of the Contemporary Saudi State” en Mohammed Ayoob y Hasan Kosebalaban; *Religion and Politics in Saudi Arabia. Wahhabism and the State*. Lynne Rienner Publishers, Colorado, 2009, p. 70.

básicos, como al agua e instalaciones sanitarias, así como de fuentes de electricidad y medios de comunicación encaminados al desarrollo de los diversos complejos de gobierno y de un sinnúmero de proyectos de desarrollo urbano.

La compañía petrolera asumió un número impresionante de funciones gubernamentales y responsabilidades de bienestar social que el gobierno de Arabia Saudita no era capaz de desarrollar de manera autónoma. Algunas de estas funciones, como el entrenamiento y educación de trabajadores, así como la construcción de caminos que facilitarían el desarrollo de la industria energética, fueron evidentemente relacionadas, directa o indirectamente, con los imperativos de la explotación y distribución del preciado recurso mineral; otras como se mencionó en el párrafo anterior, no tenían nada que ver con este último rubro y fueron desempeñadas por la CPAE debido al valor e importancia que tendrían para ganarse el favor del monarca, quien percibiría a la empresa estadounidense como indispensable para desarrollar a su pueblo y consolidar su autoridad. Perder la concesión y el favor de la casa gobernante para proseguir con la exploración y extracción de petróleo, motivó la aparentemente excesiva colaboración de la empresa con las autoridades sauditas.

Por otro lado, la CPAE facilitó al gobierno mapas geográficos que lo ayudaron en las continuas disputas con sus vecinos para dar solución a la engorrosa delimitación de fronteras, y en ocasiones, cuando los Saud enviaban tropas armadas para la negociación en dichas disputas, la compañía proveía los vehículos necesarios para su traslado. De la misma manera, la CPAE estableció marcadores de concreto en dieciocho pequeñas islas adyacentes a la costa del Golfo como auxilio en la demarcación de los reclamos territoriales de la monarquía. Este movimiento no se inscribía en una mera abstracción territorial; si un pedazo de tierra o agua pertenecía a la soberanía de Arabia Saudita, la compañía estadounidense adquiriría los derechos exclusivos de su explotación en caso que ahí se hallaran yacimientos minerales, de lo contrario, la CPAE quedaba excluida de la operación.

La compañía petrolera representó un gobierno virtual dentro del Reino, sus geólogos, arqueólogos y arquitectos, se encontraban al servicio de la casa gobernante, importaba carnes frías y toda variedad de alimentos para el aprovisionamiento de la familia real, así como todo material necesario para llevar a cabo un gran número de eventos sociales; sus lingüistas y diseñadores gráficos se encargaron de introducir al país, por vía de traducción o transcripciones, documentos, libros, letreros o avisos que ayudarían a la estructuración y capacitación del gobierno. Cuando el príncipe Saud y su comitiva visitaron Estados Unidos en 1947, la CPAE pagó alrededor de 682,000

dólares por el viaje. En cuanto las nuevas escuelas en el Reino fueron inauguradas, la petrolera proporcionó los libros de texto básicos, así como una serie importante de materiales referentes a la historia y cultura árabes. Dentro de sus principales aportaciones, se encuentra la asistencia oportuna y continua de sus equipos de salud para la prevención y posterior erradicación de la malaria en la península. Además de proporcionar de manera gratuita más de 4,000 toneladas de asfalto para pavimentar las calles, realizar el primer censo demográfico en el Reino y proveer de atención médica sin costo a la población, la empresa estadounidense se encargaría de allanar el camino a un gran número de compañías provenientes de Estados Unidos ansiosas de aceptar el reto de modernizar el Reino de Arabia Saudita ante la promesa de obtener altas ganancias derivadas del desarrollo de infraestructura básica y de prestación de servicios.

A lo largo de la década de los cuarentas e inicios de los años cincuenta, los ingresos provenientes de la comercialización del petróleo crecieron rápidamente, sin embargo, la demanda de dinero (moneda) necesario para cada una de las transacciones en la incipiente economía de Arabia Saudita, sobrepasaba el flujo del mismo; el rey y sus consejeros buscaron la forma de obtener mayores garantías monetarias provenientes de las actividades de la CPAE, situación que encontró una vía de salida después de que la Compañía Petrolera del Pacífico Occidental, propiedad del magnate californiano Paul Getty, adquiriera los derechos de explotación del crudo en la zona neutral entre Arabia Saudita y Kuwait bajo términos más generosos de los que la CPAE estaba pagando como regalías a las autoridades en el Reino; dicho desarrollo convenció al rey de que su socia estadounidense podía pagar más por concepto de la concesión que disfrutaba en su territorio. A finales de 1950, los sauditas presionaron a la empresa petrolera para aceptar una revisión de los términos bajo los cuales se había generado la concesión de 1933, acordando finalmente, la obtención directa de la mitad de las ganancias de la compañía para beneficio del Estado. Esta medida, conocida como el “Acuerdo 50-50”, se basaba en la fórmula adoptada años antes por el gobierno de Venezuela como uno de los primeros intentos por parte de los países productores de petróleo en contra de la rapacidad y voracidad de las grandes gigantes internacionales del ramo. De esta manera, los ingresos de la monarquía provenientes del cobro de impuestos a la CPAE aumentaron de 39,2 millones de dólares en 1949 a 117 en 1950¹³.

El aumento exponencial de los ingresos de la monarquía puso en evidencia la incapacidad administrativa para el manejo financiero adecuado, situación que preocupaba de manera importante a los grupos de interés estadounidenses establecidos en el Reino, que auguraban la amenaza de la

¹³ Cfr. Thomas Lippman; *Inside the Mirage. America's Fragile Partnership with Saudi Arabia*. Westview Press, Colorado, 2004, p. 101.

estabilidad del régimen saudita a consecuencia de un pésimo manejo de los recursos. La expansión de la capacidad financiera de Arabia Saudita, proveniente del incremento estratosférico de su producción, desencadenó una conducta de despilfarro caracterizada por la prodigalidad de la monarquía hacia un distinto número de actividades que ganaban la admiración de su pueblo, y más aún hacia la enorme familia real, dentro de la cual se repartían millones de dólares entre cada uno de sus miembros sin la existencia de un adecuado procedimiento de contabilidad y con la consecuente expansión de prácticas de corrupción.

Mientras más dinero se encontrara disponible, mayor era el gasto, la mayoría de las veces injustificado, que hacía la monarquía. En un documento secreto del Departamento de Estado estadounidense a finales de 1950, las autoridades en Estados Unidos opinaban que el Reino de Arabia Saudita únicamente podría hacer un manejo propio y óptimo de sus recursos bajo la dirección de consejeros extranjeros competentes en la materia, por lo cual el gobierno saudita debía ser inducido a reclutar dicha asistencia técnica. Era necesario, al mismo tiempo, exhortar y asistir al Estado árabe para implantar reformas fiscales que favorecieran el uso del dinero para beneficio del pueblo saudita y no únicamente a la escasa frugalidad de la casa real¹⁴. En enero de 1951 Estados Unidos y Arabia Saudita firmaron un acuerdo inserto en la lógica del Programa de Asistencia Técnica para los Países en Desarrollo, conocido como Programa del Punto Cuatro, por medio del cual Washington se comprometió a enviar un experto en materias financiera y fiscal para ayudar en la creación de un sistema de manejo monetario y un banco central sauditas. Parte del problema se encontraba en la inexistencia de información estadística que registrara los movimientos financieros del Reino. No existía un presupuesto que determinara la cantidad de egresos e ingresos, al no tener importancia aparente en un ambiente de gasto banal, donde el rey podía disponer de los recursos a su libre arbitrio y la fluctuación de los precios de plata y oro exigía un continuo reajuste en el valor de la moneda. El comercio interior y exterior se encontraba desregulado e incluso, el 85% del flujo monetario estatal se realizaba por vía de divisas extranjeras, privilegiando el uso del dólar por encima de la moneda nacional, el Rial Saudita. El sistema de aranceles y tarifas aduaneras era ilógico, favoreciendo la importación de bienes suntuarios por encima de los esenciales, nadie tenía conocimiento alguno en torno a las nociones de la balanza comercial de pagos nacional.

La tarea de crear un banco central presentó dificultades particulares. La familia Saud mostró serias preocupaciones en torno a la manera en que dicho sistema funcionaría, demandando la completa garantía de que el banco no pagaría o recolectaría intereses sobre el capital, de acuerdo

¹⁴ U.S. Department of State; "Comprehensive Statement of U.S. Policy toward the Kingdom of Saudi Arabia". FRUS 1951, Vol. V, 1027 ff. *Ibid.*, p. 103.

con la observancia estricta de la ley islámica. Arthur Young¹⁵, asistente financiero estadounidense en cargo, aseguró que la institución bancaria cubriría sus costos a través de las comisiones derivadas del cobro de los distintos servicios bancarios, así como de la administración adecuada del flujo monetario proveniente del comercio con el exterior. La sola palabra “banco” causó la exaltación completa de la población local, que la asociaba directamente con la recolección de intereses. Por esa razón, cuando el rey Ibn Saud aceptaba la carta de formación de la institución y creaba el sistema del banco central por decreto en 1952, fue nombrada como Agencia Monetaria de Arabia Saudita (AMAS), nombre que aún ostenta.

La carta de la recién creada AMAS le otorgaba todas las funciones usuales de un banco central: establecimiento y regulación el tipo de cambio, administración en los procedimientos de creación y supervisión de bancos comerciales y privados, recolección y distribución planificada de los fondos gubernamentales y manejo autónomo de las reservas internacionales, determinación de la paridad cambiaria con las divisas extranjeras y del valor del oro. La agencia no se encontraría facultada para el préstamo monetario a individuos o grupos comerciales, usuarios directos de la banca comercial privada, ni tendría bajo su labor la emisión de papel moneda.

La emisión de papel moneda de manera regulada resultaba aparentemente la mejor respuesta ante los constantes giros de los mercados de la plata y el oro y la consecuente fluctuación de su valor como tipos de cambio, pero era un concepto totalmente ajeno y extraño dentro del Reino de Arabia Saudita. La aversión del gobierno saudita hacia el papel moneda derivaba de un principio religioso según el cual no está permitido cambiar algo por otro bien que no sea igual al primero; evidentemente cambiar un trozo de papel por una taza de café o un costal de harina o semillas, o cualquier otra cosa, rompe con dicha lógica. La resistencia local ante la emisión de papel moneda se centraba en la amenaza que dicha forma monetaria representaría para el desarrollo de posibles prácticas bancarias anti-islámicas. Arthur Young no propuso que la recién formada Agencia Monetaria de Arabia Saudita emitiera moneda porque temía que un gobierno caprichoso e indisciplinado, con poca experiencia en el ámbito financiero, imprimiera dinero según la demanda del mismo dentro de la sociedad, iniciando un camino ruinoso hacia la inflación. Los cambios e intercambios comerciales dentro del Reino se realizarían a través de la moneda metálica con su respectivo valor según la distinta apreciación de los metales preciosos oro y plata, situación que

¹⁵ Antes de cumplir su misión en Arabia Saudita, Young había participado en el Departamento de Estado como asesor económico presidencial, fue consejero en materia fiscal de los gobiernos de México y Argentina, y asesor financiero del gobierno de China nacionalista, siendo incluso representante de su delegación en la Conferencia de Bretton Woods en 1944.

cambiaría hasta el año 1964, después de que la carta de la AMAS se modificó para permitirle la emisión de papel moneda.

Durante la primera década de operación de la Agencia Monetaria de Arabia Saudita no existió una verdadera estabilidad fiscal ni una administración competente de la misma, debido principalmente a la lucha interna de poder entre el monarca Saud, hijo del rey Ibn Saud y su primer sucesor, y su hermano Faisal, quienes en ocasiones tomaban directrices opuestas en la dirección de los asuntos de mayor importancia para el Estado. Sin embargo, una vez que Faisal consolidó su poder, halló en la institución diseñada por sus socios estadounidenses, un elemento firme para el fundamento de reformas económicas y fiscales que le dieran mayor estabilidad financiera al gobierno, incluyendo la apertura a la inversión de bancos comerciales provenientes del extranjero que encontraron un ambiente regulatorio favorable a sus intereses en el país. Dentro del gran listado de firmas privadas internacionales que anclaron sus intereses en Arabia Saudita, se encontraba el gigante Citibank de Nueva York. En la actualidad, dicha firma bancaria no opera con el mismo nombre debido a que todos los bancos, por reglamento oficial, son detentados en su mayoría por capitales sauditas, pero sigue teniendo una enorme capacidad de influencia y poder como administrador y accionista del Banco Estadounidense-Saudita¹⁶, el de mayor influencia dentro del Reino.

A través del tiempo, la AMAS ha demostrado ser una institución efectiva en la regulación y administración del entorno bancario-monetario nacional y ha sido considerada como una de las instituciones financieras de mayor importancia en la región. La AMAS ha mantenido el tipo de cambio estable y ha demostrado su capacidad para regular alrededor de once firmas bancarias privadas que operan en el Reino; sus líderes han obtenido el respeto y admiración no sólo al interior de su Estado, sino también de la comunidad financiera internacional. Gracias a su labor, la era del pseudo-dinero o de los sacos con monedas de plata y oro han quedado en el pasado, los jóvenes sauditas disfrutan hoy cada uno de los beneficios de las altas tecnologías emplazadas en el sector financiero y no tienen siquiera memoria histórica del caos fiscal que azotó a su Estado en sus primeros años de formación. Arabia Saudita ha mantenido por más de cincuenta años un tipo de cambio estable y una baja tasa de inflación; la AMAS es la única, en su tipo, dentro de Medio Oriente que participa de manera activa, como invitado especial, dentro de las reuniones internacionales para el establecimiento de la conducta bancaria en Basilea, Suiza. Asimismo, conoce a la perfección cada uno de los bancos al interior de Arabia Saudita y sus procedimientos de

¹⁶ Thomas Lippman; *op. cit.*, p. 110.

regulación financiera han permitido la permanencia de un sistema bancario bien capitalizado, transparente y resguardado de cualquier tipo de presión política o escándalo público.

El trabajo de los asesores que ayudaron a la formación de la AMAS, se unió a los múltiples esfuerzos de sus predecesoras en el Reino, la CPAE, la corporación Bechtel y la Fuerza Aérea Estadounidense; el interés estadounidense por enmarcar su relación estratégica con el geopolíticamente valioso aliado en Medio Oriente, así como el estímulo de grandes promesas de capitales en un Estado lleno de recursos y carente de infraestructura para las corporaciones privadas, sentó una de las bases de la construcción del Estado de Arabia Saudita moderno. Estados Unidos y su contraparte árabe tejieron una urdimbre de relaciones de cooperación que desbordan la temática de la ecuación de petróleo a cambio de seguridad; la interdependencia que ligó a ambos gobiernos en un sinfín de empresas conjuntas, que sirvieron a la satisfacción de intereses particulares a cada uno de ellos, revela el porqué de la existencia duradera de una relación en apariencia contradictoria debido a la naturaleza de sus partes, pero tan sólida y, durante muchos años, aparentemente inquebrantable.

Una vez consolidada su posición como monarca de Arabia Saudita en 1964, el rey Faisal, quién había obligado a su hermano Saud a abdicar a la corona del Reino, comenzó con una serie de proyectos que permitió expandir la bonanza económica al desarrollo social y cultural de su pueblo. Atento al gran potencial que se derivaba de la educación de las masas como forma de cohesión nacional y legitimidad del liderazgo político, invirtió gran parte de su presupuesto en la expansión y extensión de un sistema educativo que abarcara incluso a la población femenina, hecho que le granjeó el calificativo de modernizador. Dentro de dicha lógica, Faisal se sintió atraído por el potencial de influencia que la televisión tendría sobre su Estado como medio de educación en masa, así como una herramienta política que contrarrestaría la propaganda nacionalista nasserista que en ocasiones se tornaba antisaudita. La administración Kennedy, que dentro de la relación entre ambos Estados es considerada como la única que presionó al gobierno saudita en relación a su modernización y liberalización social, había prometido años antes, el despliegue de la asistencia técnica necesaria para la realización de dicho cometido, y una vez que la casa gobernante Saud pedía su apoyo para la concreción de los planes, el gobierno estadounidense no dudó en poner manos a la obra¹⁷.

¹⁷ A pesar de no contar con estaciones de televisión o programas propios, el pueblo de Arabia Saudita no desconocía totalmente el mundo de la televisión. La CPAE tenía su propia cadena que transmitió a partir de 1957. Fue la primera estación en lengua árabe del país, y la segunda en la región después de la establecida en Bagdad. Una tercera parte de sus contenidos era educacional e incluían lecciones de aritmética, inglés, lengua árabe, ciencia, agricultura y vida marina. Las lecciones resultaron atractivas para la población, especialmente para el público femenino, sin acceso alguno

El gobierno de Estados Unidos asumió la responsabilidad para la contratación de las instalaciones de la futura cadena televisiva y la compra del equipo necesario para el desarrollo de las transmisiones, así como de la preparación del personal de ejercicio de las mismas y la operación inicial de las distintas estaciones; el cuerpo de ingenieros de las fuerzas armadas estadounidenses se encargaría de esta tarea y de la consecutiva preparación de los técnicos sauditas que los relevarían en sus funciones. El gobierno de Arabia Saudita se comprometió a no cobrar impuesto alguno por la importación de los bienes indispensables para la materialización de los distintos complejos televisivos y estaciones de transmisión, así como a proporcionar los terrenos adecuados para la funcionalidad de los últimos, y por supuesto, a pagar completamente los costos del proyecto; esta última razón caracterizó los contratos del desarrollo de infraestructura por vía de los cuales se conseguía que una gran porción proveniente de la exportación de petróleo del tesoro saudita, se reinvirtiera y reciclara para beneficio de grandes empresas estadounidenses. La dimensión política del proyecto se hallaba en el potencial que brindaría la construcción de una cadena televisiva saudita con respaldo estadounidense para generar el favor por parte de la población, por vía de un manejo astuto de los contenidos, hacia la legitimación de la monarquía y la percepción de la influencia de la potencia dentro del Reino de manera particular, así como ventilar las relaciones entre ambos Estados, tildándolas como lazos de cooperación bilateral en los diversos ámbitos del desarrollo estatal, y no como simple reflejo del neocolonialismo comercial abanderado por Estados Unidos.

Una vez firmado el acuerdo entre el gobierno de Estados Unidos y el Cuerpo de Ingenieros de la Fuerza Aérea estadounidense, se contrató a grandes firmas de la construcción y la transmisión de la industria televisiva; la empresa Radio Corporation of America (RCA) se encargaría de proporcionar los equipos adecuados para el emplazamiento técnico de las distintas estaciones, y la National Broadcasting Company (NBC) se haría responsable de la operación y mantenimiento de los distintos complejos. Estos arreglos vinieron acompañados de una enorme ola de inmigrantes estadounidenses, no envueltos en el negocio del petróleo o la construcción, a suelo saudita, vanguardia de una permanente y substancial presencia estadounidense en el país árabe. La NBC tomó la labor de ofrecer entrenamiento a los miembros del cuerpo técnico de la televisora e incluso becó a un gran número de ellos para obtener grados de licenciatura en comunicaciones realizando sus estudios en Estados Unidos. Los estadounidenses no se involucraron en el contenido

al sistema educativo estatal en los primeros años de vida moderna del Reino. Todos los materiales se encontraban expuestos bajo la censura de la casa real, garante de que ninguna escena o diálogo hiriera sensibilidades locales.

programático de la televisora, sólo influyeron en ideas conceptuales para mejorar la forma de transmitirlos, así como mejorar el formato de noticias.

El 17 de julio de 1965, la nueva Televisora de Arabia Saudita, inició las transmisiones al aire, el contenido era en gran parte religioso, con lecciones del Corán y lecturas clásicas, además de noticias, pero también incluía algunos dibujos animados de la casa Disney. Pronto se añadió a la programación una serie de programas estadounidenses cuya transmisión ya había recorrido otros países del mundo árabe y contaban con su respectiva traducción a la lengua nacional. En el contexto interno el rey Faisal era considerado un modernizador como su padre Ibn Saud, quien comprendió que una combinación de conservadurismo con apertura hacia la importación de tecnología y el auxilio de técnicos extranjeros permitiría la modernización del Estado sin la necesidad de abandonar los principios fundamentales del Islam. Faisal entendió a la perfección que la introducción de la televisión al Reino desencadenaría la oposición de las fuerzas religiosas conservadoras dentro de la sociedad, tal y como había sucedido con la del telégrafo, la radio e incluso el teléfono, a través del cual se temía que hombres y mujeres solteros pudieran entrar en comunicación sin ser detectados. Los críticos argumentaban que el uso de la televisión expondría a la población a ideas extranjeras y poco éticas, además de que la representación de humanos y animales se acercaba a la idolatría. El verdadero temor de los líderes religiosos era el de perder su monopolio sobre la fe, al ser substituidos por el nuevo medio. Para contener este tipo de reacciones, Faisal tomó una serie de medidas de precaución por medio de las cuales aseguraba que el mensaje e integridad del Islam serían respetados estrictamente, y que las transmisiones serían únicamente una vía complementaria a la difusión del mensaje divino, sin sustituir el papel de las autoridades religiosas.

En la actualidad, la televisión es una realidad dentro de la sociedad en Arabia Saudita, la red de transmisión del gobierno ha sido operada y se le ha dado mantenimiento por parte de ciudadanos sauditas, sin ninguna asistencia de los estadounidenses a partir de 1970. Su programación permanece con el tono conservador dentro de cada uno de sus contenidos y las noticias evitan cualquier brote de controversia que pudiera afectar la estabilidad social. Sin embargo, el pueblo saudita no depende únicamente de la red gubernamental; la televisión por satélite ha abierto al pueblo una enorme diversidad de contenidos de todos los rincones del mundo. Este fenómeno puede ser considerado como un desarrollo positivo o negativo; el acceso irrestricto a la programación internacional rompe el monopolio informacional del gobierno, nuevos contenidos e ideas entran al Reino por vía de las “cajas de luz” localizadas en cada uno de los hogares sauditas, éstas pueden ser

peligrosas como lo demostró el caso de las transmisiones de *Al-Jazira* difundiendo el mensaje de Osama bin Laden, ganando miles de adeptos a su causa dentro del país, generando inestabilidad y alimentando a grupos de oposición, políticos y terroristas, dentro del Reino. Al mismo tiempo, favorece a la actualización de la información respecto a los diversos temas de importancia política y económica que atañen a los mundos árabe y musulmán en su conjunto, como lo representa la transmisión constante de noticias relativas al conflicto israelí-palestino. En ambos sentidos, el gobierno enfrenta un serio cuestionamiento relativo a su accionar como regulador local y participante activo dentro de la compleja sociedad internacional. Es importante señalar que quienes creían que la apertura mediática por vía de la caja de luz rompería con la integridad religiosa del pueblo saudita, han demostrado estar, en la mayoría de los casos, equivocados; el pueblo ha aprendido a discriminar entre los contenidos que se ajustan a su ideología, desechando aquéllos que intentan la imposición de un vasallaje cultural, si bien es cierto que la apertura informativa puede radicalizar a grupos específicos dentro de la sociedad, también ha ayudado a la comprensión de temas que largo tiempo se encontraron ocultos y restringidos al saber de unos cuantos.

Otro de los rubros importantes en donde se registró la cooperación entre los dos Estados, para la modernización del Reino, fue el de la aeronáutica comercial. La gran extensión territorial de Arabia Saudita, aunada a su escasez inicial de caminos, hicieron obvia la necesidad por desarrollar una aerolínea que permitiera los traslados tanto al interior de su territorio como hacia el de otros Estados. El rey Ibn Saud quería asegurarse de facilitar los viajes de la comunidad islámica hacia la Meca; la peregrinación anual a los recintos sagrados del Islam, seguía siendo una de las mayores fuentes de ingreso de la monarquía por concepto de cobro de impuestos, de ahí el interés por parte del monarca en expandir su red de comunicación con la sociedad internacional. Sin embargo, la inexistencia de instalaciones aéreas, a excepción de la localizada en la base militar en Dhahran, así como la falta de pilotos y mecánicos especializados en la aviación comercial, demostraron que el Reino no podía crear una nueva aerolínea sin ayuda proveniente del exterior.

La ayuda vendría en esta ocasión por parte de la Compañía Aérea Transcontinental y Occidental¹⁸, empresa estadounidense interesada en establecer una ruta comercial Cairo-Bombay vía Dhahran. El 17 de junio de 1946 quedaba establecida dicha ruta y unas semanas después se le autorizaba la transportación de pasajeros, carga y correo, provenientes de Estados Unidos directamente a la base aérea. El 5 de julio de 1946 el vuelo inaugural proveniente de Washington aterrizaba en Dhahran después de 41 horas de vuelo con paradas en Gander (Canadá), Shannon

¹⁸ *Transcontinental and Western Air Company*, después *Trans World Airlines (TWA)*.

(Irlanda), París (Francia), Roma (Italia) y el Cairo (Egipto). Este servicio entró en competencia con la CPAE, que utilizaba su propia flota para el traslado de sus trabajadores estadounidenses desde Nueva York, situación que concluiría en 1961 cuando la petrolera renunció al traslado internacional de pasajeros como uno de sus servicios¹⁹.

Como siempre, los Saud querían algo a cambio de garantizar el acceso de la compañía aérea a su Estado, en este caso se trataba de la ayuda y asesoría necesarias para la construcción de una línea aérea estatal. El 28 de septiembre de 1946 se firmó un acuerdo entre la compañía aérea estadounidense y el gobierno de Arabia Saudita, estableciendo la creación de una aerolínea comercial de propiedad estatal que sería operada por cinco años bajo la administración de la Compañía Aérea Transcontinental para proveer los servicios de transporte aéreo dentro del Reino y entre éste y los países vecinos. El acuerdo inicial de cinco años duraría tres décadas dando vida a las Aerolíneas de Arabia Saudita²⁰.

Actualmente, la aerolínea estatal es una gran empresa de transportación con una red extensa de rutas internas e internacionales con un traslado anual de 14 millones de pasajeros. Más allá de la oración previa al despegue desde la cabina y la ausencia de bebidas alcohólicas durante el recorrido, su servicio es muy parecido al de cualquier otra aerolínea internacional; sus números en el rubro de seguridad son buenos, los equipos de servicios en tierra y aire son competentes y adecuados. La aerolínea tiene su propio servicio de comida y ofrece menús especiales para vegetarianos, pacientes diabéticos y ciegos. Su flota consta de 137 aeronaves y es operada completamente por la población local tanto en puestos ejecutivos altos como los técnicos y de servicio, con excepción de las azafatas, quienes debido a razones políticas, culturales y religiosas del Estado son reclutadas en el extranjero. Su centro de mantenimiento es el único en Medio Oriente certificado por las distintas federaciones de aviación internacionales para la venta de equipo de ingeniería, aeronáutica, electrónica y mantenimiento para cualquier variedad de aeronave. La extensa red de rutas internacionales cuenta con vuelos a Nueva York, Washington, Johannesburgo (Sudáfrica), Singapur (Singapur), Yakarta (Indonesia) y Dakar (Senegal), así como a una docena de ciudades europeas, la mayoría de las capitales del mundo musulmán y las principales ciudades al interior del Reino, lo que ha permitido un nivel de comunicación óptimo con el mundo e ideal para su desarrollo económico²¹.

¹⁹ Thomas Lippman; *op. cit.*, p. 126.

²⁰ *Saudi Arabian Airlines*.

²¹ Saudi Arabian Airlines; "Historical Highlights". Consultado en http://www.saudiairlines.com/portal/site/saudiairlines/menuitem.21929f88b8f71465173ff63dc8_f034a0/?vgnextoid=df42c_ac168774110V_gnVCM100000

Tras el rápido crecimiento del sector estatal como producto de los diversos proyectos de modernización en el Reino, se hizo imperante la capacitación de un sector burocrático nacional capaz de manejar el amplio complejo gubernamental de la nación. La histórica concentración del poder bajo manos de la familia real, y el inexistente entramado institucional que permitiera la articulación plena de cada uno de los ramos económicos, políticos, culturales y sociales sauditas, favorecieron la entrada de otro grupo estadounidense que se encargaría de llevar a cabo las medidas necesarias para concretar la tarea de formar los nuevos cuadros administrativos en el Reino. La Fundación Ford, organización “caritativa” creada por empresarios estadounidenses con el fin de promover el desarrollo y la modernización de los países subdesarrollados, tomaría esa función en el año de 1963 bajo propuesta directa de la Compañía Petrolera Árabe Estadounidense. Arabia Saudita tenía serios problemas de organización pública, lo cual impedía un grado de gobernabilidad mínimo que asegurara la estabilidad del Estado y de su gobierno. Los ingresos provenientes de la venta de petróleo no habían sido debidamente aprovechados, en lugar de invertirlos en el desarrollo de infraestructura y servicios públicos, fueron gastados sin control alguno en el apoyo a las fuerzas realistas durante la guerra civil en Yemen, para la extravagancia de la realeza o en proyectos que no reportaban beneficio público. El deseo de Faisal por dejar la mala administración de su hermano Saud en el pasado, alcanzando un balance presupuestario sano e imponiendo un régimen de disciplina fiscal, lo llevó a pedir a la Fundación Ford asistencia en los rubros de planeación económica, métodos de organización estatal, diseño presupuestal, contabilidad y auditoría, administración de personal y entrenamiento, y obras públicas; a diferencia del resto de socios de la fundación estadounidense, el gobierno saudita pagaría cada uno de los costos derivados de la puesta en marcha de los planes necesarios. La riqueza saudita cubriría cada uno de los costos de su modernización, condición que le permitiría a posteriori reclamar el derecho sobre cada uno de los resultados de los múltiples proyectos, así como autonomía en la forma de administrarlos una vez que se había adquirido la experiencia adecuada.

La condición para que la Fundación Ford participase en la conformación de la maquinaria burocrática del gobierno saudita, era su promesa en abstenerse del diseño en la planeación de objetivo alguno, sólo asistiría para la organización y administración óptimas de los planes y proyectos, limitando su influencia en el proceso de toma de decisiones a la de gestor de los deseos locales. Los consejos estadounidenses en materia de administración pública favorecieron la descentralización de las labores de gobierno, reflejada en la creación de diversos ministerios como

el de Comunicación, Educación y Agricultura; sin embargo, uno de los mayores servicios que esta relación reportó a la monarquía fue el auxilio de los asesores de la fundación en el diseño de los Programas y Planes Económicos, que bajo la Organización de Planeación Central establecería acciones progresivas y encadenadas que determinarían los ciclos de desarrollo económico del Estado en períodos de cinco años con metas específicas en cada sector productivo. Con ayuda de la cooperación estadounidense en el campo de labor gubernamental y administrativa, el número de servidores públicos en el Reino aumentó estrepitosamente, siendo de unos cuantos cientos de trabajadores en la década de los cincuentas a 245,000 en la de los setentas²². La misión de la Fundación Ford en el Reino, terminaría en enero de 1977, tras cargos de acusación en su contra por defender intereses sionistas. Para el tiempo de su salida el gobierno de Arabia Saudita había adquirido experiencia en la operación de las distintas esferas de administración gubernamental, con conocimientos técnico-científicos comparables a los de cualquier otro gobierno desarrollado, además de haber firmado un acuerdo con el Departamento del Tesoro Estadounidense para la cooperación en la operación de sus distintos ministerios y agencias públicas.

La Guerra de Octubre de 1973, el embargo petrolero por parte de los países árabes a los gobiernos que respaldaban a sus rivales israelíes y el incremento a los precios del crudo impuesto de manera certera por los países productores, elevaron el nivel de la importancia estratégica que Arabia Saudita tenía para la administración en Washington. El gobierno estadounidense requería de estabilidad en los precios del recurso, al mismo tiempo que ambicionaba la inversión de la creciente riqueza del Reino saudita en proyectos de infraestructura bajo la operación de sus empresas como manera de reciclar las ganancias producidas por el uso del arma del petróleo como herramienta del juego político, que había incrementado los niveles de ingreso de las naciones productoras en un grado sin precedentes. De la misma forma, el contexto político-económico favoreció el inicio del movimiento de nacionalización de la CPAE. El gobierno de Arabia Saudita adquiría el 25% de la compañía en 1973, aumentado a un 60% en el año siguiente y concretando su traspaso total a manos nacionales en la década de los ochentas para convertirse en una empresa estatal al 100%²³.

Washington reconocía que el gobierno de Arabia Saudita aún carecía de la competencia necesaria para el manejo apropiado de sus recursos financieros a pesar de la loable labor por parte de la Fundación Ford en el campo de la asesoría administrativa durante toda la década anterior. Tan pronto como el embargo petrolero terminó, el gobierno estadounidense comenzó negociaciones

²² Cfr. Roger Owen; *State, Power and Politics in the Making of the Modern Middle East*. Routledge, New York, 2006, tercera edición, p. 39.

²³ Cfr. Madawi Al-Rasheed; *op. cit.*, p. 112.

ambiciosas de asistencia técnica, pública y privada, de amplio espectro para el desarrollo de la economía saudita, así como de entrenamiento militar y venta de nuevo equipo bélico con la tecnología más moderna. Lo que en realidad pretendía era, como se mencionó antes, asegurar que las grandes inversiones del Estado musulmán fueran directamente a las manos de sus grandes empresas transnacionales, incluido el gobierno de Estados Unidos, para recuperarse del golpe económico al sistema de mercado mundial derivado del embargo árabe a sus exportaciones del oro negro. Los petrodólares reactivarían la producción de la economía estadounidense una vez que la monarquía saudita destinara sus inversiones a empresas de capital estadounidense; el dinero fue gastado para la provisión de servicios que el propio Estado árabe pudo haber desarrollado con el aumento exorbitante del ingreso nacional por concepto de su renta petrolera, en cambio se privilegió la contratación de las empresas a las que previamente se había castigado con las restricciones de la exportación comercial del mineral.

La institucionalización de dicha cooperación se llevó a cabo mediante la creación de la Comisión de Cooperación Económica entre Estados Unidos y Arabia Saudita²⁴, una aventura sin precedentes que instalaría a los oficiales del gobierno estadounidense con los distintos ministerios, universidades y agencias económicas del Reino, en sus respectivas funciones, día a día. Este grado de injerencia sin precedentes ayudó al gobierno estadounidense a fortalecer el concepto de interdependencia mutua, con todas las implicaciones que conlleva, objetivo verdadero de la potencia para acercar, o acercarse a modo de control, de manera incondicional a su aliado estratégico. El valor de Arabia Saudita dentro del tablero bipolar a nivel internacional era tal, que el propio Nixon viajó a Riad para formalizar la relación y disipar los rencores que ponían en duda la supervivencia del lazo especial entre ambos Estados, fracturado por los acontecimientos de 1973.

El aumento de los precios de petróleo brindó al gobierno saudita una bonanza económica difícil de imaginar. El precio de venta del petróleo por barril aumentó de 1.39 dólares en enero de 1970, a 8.32 en enero de 1974; para enero de 1982 era de 32 dólares. Debido a que sin importar la elevación de su valor comercial, los consumidores se veían obligados a seguir pagando el costo por el mismo, cualquiera que este fuera, los ingresos estatales provenientes del ramo petrolero de Arabia Saudita, aumentaron de 4,340 millones de dólares en 1973 a 22,500 el año siguiente. El aumento de la cifra continuó a lo largo de la década, alcanzando los 102,000 millones de dólares en 1981. El gobierno saudita se embarcó en un amplio programa de construcción que incluía el levantamiento de carreteras, escuelas, hospitales, aeropuertos, plantas de energía, instalaciones

²⁴ UN Treaty Series; “United States-Saudi Arabian Joint Commission on Economic Cooperation”. 27 de febrero 1975. Consultado en http://untreaty.un.org/unts/1_60000/28/18/00054884.pdf el 29 de septiembre de 2009 a las 19:45 hrs.

militares, puertos, redes telefónicas y nuevos núcleos urbanos. Los habitantes del país comenzaron a recibir educación y asistencia médica gratuitas, así como subsidios para la construcción de hogares y el desarrollo de granjas para la agricultura. Aún así, el gobierno no pudo gastar completamente la cantidad de ingresos que recibía en sus arcas; grandes reservas monetarias llenaron las cajas de los bancos estadounidenses y europeos, dinero que se utilizaría para financiar la deuda del resto de los países subdesarrollados en la década de los ochentas²⁵ y que terminaría perpetuando su inestabilidad estructural.

La Comisión de Cooperación Económica operó durante más de 25 años, gastando miles de millones de dólares, sin ninguna supervisión, siquiera virtual, del Congreso estadounidense, debido a que los fondos no provenían del erario público en Washington, como habría sucedido con cualquier programa de asistencia internacional a países subdesarrollados; éste último ni siquiera fue consultado respecto a la creación de la comisión porque fue creada por medio de un acuerdo ejecutivo y no un tratado formal. El administrador principal de la misma, era el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, que manejaba los flujos de inversión provenientes de Arabia Saudita, asegurando que la riqueza del Estado árabe se reciclara dentro de la economía estadounidense, objetivo principal en el diseño de la comisión. Al mismo tiempo, brindaba autonomía a los miembros de la última para el fortalecimiento de los proyectos que ellos y las autoridades sauditas consideraran convenientes sin tener que dar justificación alguna a sus congresistas.

Los propósitos generales de esta innovadora vía de cooperación se centraron en la inversión para el desarrollo de la industrialización, el comercio, la fuerza laboral, la agricultura, la ciencia y la tecnología dentro del Reino de Arabia Saudita. A manera de ejemplo, se enuncia una serie de los proyectos más significativos desarrollados en el marco de la Comisión de Cooperación Económica entre ambos Estados: servicios de auditoría, investigación de técnicas de desalinización del agua para la agricultura, administración de caminos y carreteras, planeación en los servicios de transporte, recolección y análisis de datos para el Ministerio de Finanzas, creación de un Banco Agrario, investigación para la asistencia técnica agrícola²⁶, desarrollo de energía solar, medidas de

²⁵ Cfr. Thomas Lippman; *op. cit.*, p. 161.

²⁶ Arabia Saudita es el país más grande en el mundo sin ríos, donde el nivel de lluvia es mínimo. Sólo en las regiones montañosas del suroeste y alrededor de los escasos oasis extensos es posible el cultivo de algunos frutos, sin necesidad de un sistema de riego masivo; aún así, las altas temperaturas, la intensa radiación solar y una alta concentración salina en el suelo y el sistema de aguas subterráneas, aunado a la presencia de insectos predadores de cultivos, inhiben la actividad agrícola. A todo esto se añade la necesidad de utilizar los pocos recursos acuíferos que posee para la satisfacción de las necesidades humanas en las urbes. Parte de la labor de los técnicos agrarios estadounidenses fue la de superar dichas dificultades. El gobierno saudita promovió la inversión en el ámbito de la agricultura para tener una autosuficiencia alimentaria, protegerse de posibles embargos alimentarios, diversificar la economía y detener el incremento de los migrantes rurales hacia las grandes ciudades. Actualmente, la agricultura es el sector más amplio de

inspección y calidad para la comercialización de alimentos, establecimiento de un sistema de pesos y medidas oficiales para el comercio de bienes, entrenamiento de personal aduanero, desarrollo de programas e intercambio académico, creación del Centro Nacional de Ciencia y Tecnología, sistemas estadísticos de procesamiento de información, desarrollo y entrenamiento de fuerza laboral, construcción de parques nacionales, asesoría a funcionarios fiscales y computarización del sistema de impuestos y establecimiento de sistemas de evaluación universitaria, entre otros, a los que debemos añadir la inversión en la industria petroquímica y la extracción del gas natural, así como la inversión en tecnología militar, suministros del arsenal saudita y entrenamiento de sus fuerzas armadas²⁷.

La Comisión conjunta vio su fin en el año 2000 por razones que no han sido del todo claras. La administración Clinton y el Ministerio de Finanzas de Arabia Saudita dejaron expirar la vigencia del acuerdo cuando no renovaron una nueva extensión del mismo por un período de cinco años como se venía haciendo recurrentemente; no se hizo ningún anuncio oficial por parte de las respectivas administraciones. Al parecer a Clinton no le agradaba la idea de trabajar activamente con un gobierno acusado internacionalmente por la sistemática violación de algunos de los Derechos Humanos, menos cuando una de las piedras angulares de su discurso político se centraba en la promoción mundial del respeto de los mismos. Por su parte, Arabia Saudita alcanzó el punto bajo el cual la presencia de consejeros extranjeros era innecesaria, en adelante sólo ellos decidirían como gastar su dinero.

Las innovaciones tecnológicas y administrativas derivadas de las reformas económicas que permitieron la modernización de Arabia Saudita, fueron costosas dentro de una sociedad reticente al cambio y la innovación, bajo la influencia de la ideología ortodoxa Wahabita. Sin embargo, la incorporación de los *ulema* al aparato estatal y su inserción al proyecto de reestructuración

la economía saudita, sólo después del ramo petrolero, y mantiene empleada al 16% de la fuerza laboral nacional. Tiene un grado de 100% de autosuficiencia en productos lácteos, 70% en gallinas para comer, 90% en vegetales, 66% en frutas y 50% en carnes rojas; el sector ha crecido con una tasa promedio anual de 8.7% desde la década de los setentas y representa alrededor del 10% del producto interno bruto de la economía en conjunto. *Ibid.*, p. 196.

²⁷ Dentro del paquete de acuerdos firmados por los gobiernos de Riad y Washington después del fin del embargo petrolero, se estableció una nueva vía de cooperación en el rubro militar mediante la creación y entrenamiento de la Guardia Nacional. Esta última es una organización separada totalmente del ejército regular, las fuerzas aéreas y la armada marina, fuerzas convencionales bajo la dirección del Ministerio de Defensa y Aviación, que protegen la integridad del Estado ante posibles amenazas provenientes del exterior. La Guardia Nacional es una fuerza paramilitar de seguridad interna que tiene el objetivo de conservar la estabilidad interna, suprimir levantamientos de inconformidad, proteger los lugares sagrados del Islam en el Reino y las instalaciones estratégicas, como las instalaciones de la industria petrolera. Con alrededor de 70,000 miembros regulares y 25,000 reservistas, así como la gran cantidad de inversión tecnológica para el desarrollo de su arsenal bélico, tiene todas las características de un ejército convencional, sólo que a diferencia del resto de los contingentes militares nacionales convencionales, su lealtad es exclusiva con la familia real y no con el Estado en su conjunto. Desde 1962 ha sido comandada por el entonces príncipe Abdulá ibn Abdul Aziz, hijo del fundador del Reino y actual monarca de Arabia Saudita. *Cfr. Ibid.*, p. 286.

económica favoreció la legitimidad de la monarquía en la población saudita. Atrapados entre las aspiraciones neocoloniales estadounidenses, guiadas más por la lógica de Guerra Fría que analizaremos a continuación, y la oposición y disidencia internas, a razón de la relación estratégica de las autoridades con la potencia imperial, que avivó las rivalidades étnicas y la confrontación con las autoridades religiosas, la casa Saud logró imponer las bases mínimas para el desarrollo del Estado a partir de una reforma económica profunda que diseñó por completo un aparato estatal antes inexistente. A pesar de las enormes contradicciones que hoy en día se ponen de mayor manifiesto, como consecuencias inherentes a la expansión del modo de producción capitalista en su fase globalista neoliberal, tales como el aumento de la pobreza, el desempleo y la creciente brecha entre pobres y ricos, la dirigencia logró introducir al país los cambios necesarios, desde infraestructura hasta el desarrollo de un sistema de servicio público profesional, para asegurar la supervivencia del Estado de manera general y de la familia Saud de manera particular, así como para desarrollar la economía del país y evitar su dependencia bajo la directiva de cualquier otro poder mundial; la población se vio favorecida en su conjunto al mejorar sus condiciones de vida y beneficiarse de la renta petrolera del Reino. Actualmente, Arabia Saudita cuenta con una población de 29 millones de habitantes con un ingreso *per capita* anual de 20,700 dólares y un producto interno bruto de 582 billones dólares, lo que lo coloca en el lugar vigésimo tercero a nivel mundial en este último rubro²⁸. Es importante señalar que el desarrollo económico del país árabe no es simple producto de relaciones de subordinación en torno a la cooperación que mantuvo para tal fin con Estados Unidos; la enorme capacidad financiera saudita pagó totalmente los costos de su camino hacia la industrialización, urbanización y burocratización, otorgándole grados de independencia y autonomía que no tuvieron otros jugadores del tablero mundial dentro del mundo subdesarrollado. La relación Arabia Saudita-Estados Unidos no puede caracterizarse totalmente dentro de la categoría del neocolonialismo; ambos Estados obtuvieron de su contraparte, los intereses específicos de sus programas políticos particulares, a manera tal que es inclusive complicado determinar quién obtuvo el mayor beneficio y quién proveyó la ayuda más valiosa.

²⁸ CIA; “The World Factbook. Saudi Arabia”; consultado en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/SA.html> el 19 de julio de 2009 a las 7.58 hrs.

2.3. La contención del comunismo y la Guerra Fría

Pocas relaciones son tan vitales, sometidas a tanta presión, y pobremente comprendidas como la que existe entre Estados Unidos y el Reino de Arabia Saudita. Tradicionalmente dicho lazo ha sido representado como una ecuación básica de “petróleo a cambio de seguridad”. Por su parte, a partir de mediados de la década de los setentas, Arabia Saudita ha asegurado el libre flujo del oro negro a precios razonables; la gran habilidad del Reino para introducir al mercado mundial grandes cantidades del crudo durante momentos críticos, es el beneficio más obvio que una relación llevada en buenos términos aporta a Estados Unidos. Inmediatamente después de los acontecimientos del once de septiembre del 2001, por ejemplo, Arabia Saudita incrementó la cuota de buques petroleros enviados hacia la potencia mundial y el mercado internacional con el objetivo de mantener los precios estables. Asimismo, aumentó su producción petrolera justo antes de que la operación militar en contra de Iraq en 2003 comenzara, justo cuando el clima político en Venezuela y Nigeria amenazaba con una dramática escalada de los precios del crudo. A cambio de lo previamente mencionado, Estados Unidos brinda a la dirigencia del país árabe una sombrilla de seguridad que incluye un compromiso respecto a la protección de su integridad territorial. Desde 1950 Estados Unidos ha declarado explícitamente que ayuda a la defensa del Reino para hacer frente a las diversas amenazas externas, que durante el transcurso de los años han incluido a Unión Soviética, Yemen, Egipto, Irán e Iraq. Tras la caída del *Sha* de Irán en 1979, este arreglo evolucionó implícitamente hacia el apoyo del régimen saudita en contra de retos y amenazas internos, incluyendo hoy en día el que supone la red terrorista de *Al-Qaeda*²⁹.

No obstante que la noción de “petróleo por seguridad” es un elemento importante para describir la relación entre ambos Estados, ésta ignora intereses estratégicos que van más allá del petróleo y de la integridad territorial, respectivamente, y que han conducido de manera conjunta a distintas administraciones estadounidenses y monarcas sauditas durante más de cincuenta años en una relación bastante particular. Un aspecto elemental, a veces ignorado, de la relación Estados Unidos-Arabia Saudita, ha sido el interés compartido por combatir a Unión Soviética. Después de todo, ¿qué mejor compañero para el poder hegemónico del bloque capitalista en su lucha por enfrentar la amenaza del “comunismo ateo”, que un Estado motivado y fundado religiosamente como lo es Arabia Saudita, cuya dirigencia manifestaba inquietud acerca de la amenaza ideológica que representaba el ateísmo de Unión Soviética y sus aliados secularistas en la región? Dicha preocupación se basaba en el hecho de que la legitimidad de la familia gobernante dependía de

²⁹ Rachel Bronson; *Thicker than oil. America's uneasy partnership with Saudi Arabia*. Oxford University Press, New York, 2006, p. 3.

manera directa de la negociación con clérigos religiosos de la escuela *Wahabí*, representantes de la ortodoxia musulmana predicada por la escuela de pensamiento *Hanbali*. El miedo compartido de Arabia Saudita y Estados Unidos hacia la expansión mundial de la influencia de Unión Soviética, sustentado en realidades estratégicas y religiosas, proveyó a ambos de una cubierta política que aseguró la protección de intereses diversos y específicos que miran más allá de las seguridades territorial y energética, y que al mismo tiempo dejaría detrás de sí un legado de situaciones que hoy azotan al Medio Oriente y amenazan a la relación misma.

Los dos Estados han compartido intereses geoestratégicos importantes que han permitido a líderes de ambos países mantener una relación amistosa a pesar de importantes diferencias reales en cuanto ideología y práctica política-económica se refiere. Durante la década de los sesentas, Estados Unidos ayudó a su contraparte a defender sus fronteras en contra de Egipto, país que con el respaldo de Unión Soviética, bombardeó repetidamente el territorio saudita a través de una guerra de confrontación con Yemen. Asimismo, trabajaron juntos para contener la creciente influencia iraní durante la guerra de Irán contra Iraq entre 1980 y 1988. De mayor importancia aún, a lo largo de la Guerra Fría y de la subsecuente etapa del relajamiento de tensiones, es el hecho de que Arabia Saudita fue uno de los pocos países en los cuales Estados Unidos podía confiar tranquila e incondicionalmente en cuestiones de acceso militar, asistencia financiera y apoyo político. Más aún, la monarquía saudita jamás jugó el rol de acercarse a Unión Soviética para contrarrestar la influencia de su aliado estadounidense en el diseño de su política autónoma, como sí lo hicieron Egipto, Irán e Iraq. Por más de tres décadas, la casa gobernante de los Saud, apoyó activamente, echando mano de su gran capacidad financiera, a grupos insurgentes y gobiernos anticomunistas a lo largo de todo el planeta, influyendo políticamente de manera notable desde Asia Central a Centroamérica. No obstante, el apoyo que brindó Arabia Saudita a favor de la contención³⁰ del comunismo se vio acompañado también por un incansable proselitismo religioso, que terminaría por convertirse en una de las espinas más dolorosas del matrimonio que por conveniencia se había firmado definitivamente en el año de 1945³¹.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Estados Unidos mostró gran simpatía hacia todo tipo de movimientos anticoloniales. Los estadounidenses habían tenido su propia guerra de independencia, por lo cual observaban en los múltiples movimientos nacionalistas

³⁰ *Política desarrollada por Estados Unidos en la segunda postguerra, inspirada en el marco de la Guerra Fría para confinar al comunismo en las zonas ocupadas durante las hostilidades e impedir su avance en todo el mundo; y que se complementó con la política de disuasión. Cfr. Edmundo Hernández-Vela Salgado; Diccionario de Política Internacional. Ed. Porrúa, México, sexta edición, 2002, 2 Vols., p. 166.*

³¹ Rachel Bronson; *op. cit.* p. 4.

una fuerza progresiva que triunfaría en contra de las monarquías de tipo feudal o los gobiernos títeres característicos de la administración colonial, particularmente en Asia y África. La administración Truman estaba enterada del hecho de que Unión Soviética reclamaba, de igual manera, ser la campeona que lideraba las distintas fuerzas progresivas en la palestra internacional; las ideologías comunista y socialista abrazaban la causa de las masas en contra de las agresiones del sistema de producción capitalista, epitomizado por Estados Unidos. En la lucha por expandir su respectiva esfera de influencia, y encontrar una vía para contrarrestar la capacidad del socialismo para atraer a cualquier otro Estado dentro del bloque soviético, el hegemon capitalista buscó la manera de proteger y favorecer a líderes nacionalistas que comprendieran al mismo tiempo, la superioridad del sistema defendido por el gobierno estadounidense sobre aquél que proponía el polo soviético.

Sin embargo, la habilidad estadounidense para alinearse dentro de la lógica de los movimientos nacionalistas en el siglo XX, se vio debilitada por su alianza estratégica con las fuerzas antiprogresistas que se intentaba eliminar. Con argumentos que serían repetidos a lo largo de varias décadas, tanto franceses como británicos, aconsejaron a las distintas administraciones en Washington abandonar el idealismo y la inocencia de un sentimentalismo liberal y tornar hacia la lógica del realismo político; al parecer de los envejecidos poderíos coloniales, las fuerzas nacionalistas no eran por naturaleza demócratas, al mismo tiempo que eran fácilmente manipuladas por los embates comunistas; en este sentido, era mejor respaldar a los regímenes locales autócratas, aún cuando su poder se basara en fundamentos débiles y no consolidaran imponer su autoridad de manera eficiente.

Los estadounidenses se preocuparon porque este tipo de política, que consistía en retener y reforzar estructuras de dominación colonial, dañara la imagen los valores que trataba de enarbolar como banderas de la emancipación global. Asimismo, la carencia de uniformidad con sus aliados europeos en cuanto a intereses estratégicos y las continuas pugnas por el acceso a las reservas de petróleo en Medio Oriente, entre sus compañías y las británicas o francesas, lo hicieron dudar respecto a su postura dentro de la región. Finalmente, los tres países fueron aliados en el teatro europeo, la línea frontal de batalla durante la Guerra Fría; sin embargo, la importancia del suministro de reservas petroleras provenientes de Medio Oriente dio a la región un significado estratégico dentro de la confrontación bipolar, situación que de inmediato la transformaría en un nuevo frente de conflicto entre las dos grandes potencias y el resto de los actores mundiales. Los británicos fueron los primeros en resistir la expansión de la mancha soviética al interior de la

región, realzando la importancia de protegerla de la influencia socialista y destacando el valor que proporcionaría al bloque capitalista para derrotar a su contrario. Los británicos conocían mejor que nadie la enorme complejidad de las estructuras político-administrativas de los distintos regímenes locales, así como la preponderancia de sus valores resguardados bajo una ideología particular y una religión totalizante. Ante el panorama planteado por sus compañeros Aliados y la necesidad imperante de actuar con presteza, Estados Unidos respaldó la protección del *statu quo* a nivel regional³².

La presión soviética sobre Irán y Turquía desbordó la capacidad del recientemente creado sistema de las Naciones Unidas para contener las aspiraciones regionales de la potencia rival. Las tropas soviéticas ubicadas en Irán no habían terminado su retiro de la zona de ocupación a su mando en agosto de 1946, cuando comenzaron a presionar al gobierno turco con la demanda de la autoridad conjunta sobre el estrecho de los Dardanelos, pieza clave en la estrategia geopolítica de Unión Soviética para garantizar su acceso al Mediterráneo. Al mismo tiempo, un grupo rebelde de inspiración comunista, amenazaba con derribar al gobierno ultraconservador y con tendencias dictatoriales, pero pro-estadounidense, en Grecia. A pesar de que la defensa del frente greco-turco caía en la responsabilidad directa de Reino Unido, la debilidad de su economía a causa de los enormes gastos de guerra, demostró su incapacidad para el financiamiento de lo que para ellos representaba una penosa carga. El papel de protector de la región en aras de la victoria del bloque capitalista recayó de manera directa en las manos de Estados Unidos.

Grecia y Turquía representaban el único obstáculo para el dominio soviético en el Mediterráneo oriental, los Departamentos de Estado y de Guerra estadounidenses reconocieron que la caída de ambos países bajo el control de su rival, desencadenaría la conquista entera de Medio Oriente por el comunismo y la pérdida del control por parte del bloque capitalista de los grandes yacimientos de petróleo en la región. Si los Estados mencionados arriba, caían bajo influencia soviética, los comunistas aumentarían drásticamente su poder, amenazando la supervivencia de lo que ellos llamaban arrogantemente “mundo libre”. Para los estadounidenses la amenaza no era sólo militar, el mundo libraba un conflicto irreconciliable entre dos formas de vida antagónicas, entre dictadura y libertad, entre la servidumbre de la mayoría para una minoría y la libertad para buscar el progreso³³; el lenguaje maniqueo de la Guerra Fría permearía por completo el entorno mundial y

³² Cfr. Lawrence Freedman; *A Choice of Enemies. America Confronts the Middle East*. Public Affairs, New York, 2008, p. 19.

³³ Oren, Michael B.; *Power, Faith and Fantasy. America in the Middle East; 1776 to the Present*. W. W. Norton and Company, New York, 2007, p. 481.

repercutiría, aunque con matices distintos según la región que se tratase, en los acontecimientos y forma de las relaciones internacionales. El 12 de marzo de 1947 el presidente estadounidense Harry Truman solicitó a su congreso la urgente asignación de 400 millones de dólares para ayudar a Grecia y Turquía en su lucha contra “presiones del exterior” e impedir que fueran “subyugados por minorías armadas”, ya que de no hacerlo así, Estados Unidos “pondría en peligro la paz del mundo” y el “bienestar de su propia nación”³⁴; el temor ante un posible “efecto dominó” que permitiera a Unión Soviética la expansión de su influencia sobre la región de Medio Oriente, otorgándole ventajas en su lucha en contra de la potencia capitalista, puso en marcha todo un diseño de políticas, económicas y militares, encaminadas a la contención del poderío soviético.

Todas las administraciones estadounidenses subsecuentes, buscarían la manera de ajustar su política exterior en torno a Medio Oriente para evitar la expansión de su rival en dicha región, para lo cual fue necesario conciliar las aspiraciones anticolonialistas y los reclamos antisionistas con su marcado apoyo hacia la causa judía y sus relaciones con las antiguas metrópolis coloniales, tarea que resultaría poco sencilla. Durante las décadas turbulentas de los cincuentas y sesentas, la rivalidad entre Estados Unidos y Unión Soviética se vería inmersa en un contexto de lucha anticolonial y la emergencia de movimientos nacionalistas; la erosión del control colonial europeo se hizo evidente en África y Asia, entre 1945 y 1965, el número de miembros de la Organización de las Naciones Unidas aumentó de 51 a 117 Estados. El presidente Eisenhower temía que el recuerdo de las políticas imperiales, británica y francesa, en Medio Oriente, arrojara a los países recientemente independizados a los brazos soviéticos, por lo cual se diseñó una estrategia que permitiría mantener a su enemigo al margen de la región estratégica. Arabia Saudita se convertiría en un jugador clave dentro de este esfuerzo.

Además de la cuestión del anticolonialismo, el gobierno estadounidense analizó cómo problemas de carácter local en la región podían afectar la seguridad de sus objetivos globales. El Consejo de Seguridad Nacional en Washington reconocía que las amenazas a la seguridad de la región no provendrían de acciones soviéticas directas, mucho menos de corte militar, sino de la extrema inestabilidad económica y política regional, la debilidad militar de los Estados, la expansión de levantamientos populares por malestar social, las tensiones entre los pueblos árabe e israelí, la animadversión y conflictos entre Reino Unido y los Estados de Egipto, Irán y Arabia Saudita, así como las complicaciones francesas en el norte de África. A lo largo de sus dos períodos presidenciales, Eisenhower trató de reconciliar las realidades regionales con las necesidades de

³⁴ Edmundo Hernández-Vela S.; *op. cit.*, p. 1218.

Guerra Fría, en diferentes puntos, Washington recurriría a Arabia Saudita tanto económica como ideológicamente para la concreción de los distintos esquemas que los estadounidenses pretendían desarrollar.

El primer frente de acción conjunta en contra de la influencia comunista en la región, se libraría frente a la amenaza de expansión de la influencia del movimiento nacionalista en Egipto, bajo el liderazgo de Gamal Abdel Nasser, quien en 1952 después del golpe de Estado por el cual un grupo de jóvenes líderes militares depuso del trono al rey Farouq, remplazándolo por un gobierno anticolonialista, secular y promotor del nacionalismo árabe, se convirtiera en la figura emblemática de la región. Su carisma y retórica se canalizaron hacia el ataque en contra de las monarquías conservadoras y los regímenes inclinados hacia el mundo exterior, acusándolos de perpetuar el subdesarrollo del pueblo árabe por sus relaciones cercanas con poderes imperialistas. A través de las estaciones de radio, Nasser exhortaba a la gran nación árabe a deshacerse de los gobiernos reaccionarios en la región, siendo sus blancos principales los Estados de Iraq, Jordania y Arabia Saudita³⁵.

La recurrencia en las críticas de Nasser despertó la animadversión por parte de la monarquía saudita hacia el gobierno en El Cairo, no sólo por la agresión directa en contra de los fundamentos de su gobierno, sino por la poca aceptación al interior del Reino por un gobierno que renunciaba a sus credenciales islámicas, imponiendo una lógica de corte secular que sobreponía de manera inmediata el carácter étnico al religioso. Arabia Saudita reconocía la existencia de fronteras políticas entre los distintos marcos estatales de las sociedades musulmanas, pero veía en el nacionalismo secular una perversión en contra de los valores de la ortodoxia wahabita sobre la cual se sentaban los fundamentos de su Estado, así como una ideología cercana al ateísmo comunista. Dicha oposición desató lo que muchos investigadores han denominado como la “Guerra Fría Árabe”³⁶, una batalla en la que Arabia Saudita y Egipto se verían enfrascados en una lucha por imponerse como los jugadores estratégicos en la región. Ambos trataron de movilizar su fortaleza ideológica para obtener una ventaja sobre la de su contraparte; Egipto promovió el nacionalismo árabe y movimientos de orientación antiimperialistas, mientras que Arabia Saudita basó su estrategia sobre líneas de carácter religioso, dando apoyo a organizaciones islamistas y difundiendo a lo largo del mundo musulmán su interpretación particular de la fe islámica.

³⁵ Laura M. James; “Whose Voice? Nasser, the Arabs, and 'Sawt al-Arab' Radio”. Consultado en [http:// www.tbsjournal.com/ James.html](http://www.tbsjournal.com/James.html) el 30 de septiembre de 2009 a las 15:35 hrs.

³⁶ Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 70.

En octubre de 1956, la región se vería sacudida por un acontecimiento que alteraría de manera momentánea la lógica de la confrontación previamente descrita. Medio Oriente vivió una nueva crisis cuando Israel, acompañado por sus comparsas británicos y franceses, atacó militarmente a Egipto como producto de las consecuencias negativas que a sus intereses particulares les reportaba la nacionalización del Canal de Suez ese mismo año. Estados Unidos se vio atrapado entre el apoyo que podía brindar a sus aliados europeos y su discurso anticolonialista; la administración Eisenhower veía con malos ojos el progresivo acercamiento de Nasser con el gobierno soviético, que además de apoyarlo con los fondos económicos necesarios para el desarrollo de sus proyectos de desarrollo autónomo, como el de la presa Asuán, otorgó al gobierno egipcio ayuda por 200 millones de dólares en equipo militar a través de un acuerdo con Checoslovaquia³⁷. Las relaciones estratégicas entre Egipto y Unión Soviética fueron consideradas como evidencia de la penetración comunista en la región y una amenaza directa para los aliados estadounidenses en la zona. Sin embargo, la presión internacional, de manera especial la de los países que habían obtenido su independencia recientemente, así como el posible alineamiento con Unión Soviética de un gran número de Estados si la potencia capitalista respaldaba la agresión imperialista, inclinó a Washington y a su socio estratégico, Arabia Saudita, a respaldar el gobierno de Nasser y condenar la agresión tripartita.

Arabia Saudita estaba obligada a apoyar a su hermano árabe en contra de la agresión externa, no haberlo hecho hubiera tornado a la totalidad de la comunidad árabe y musulmana en su contra, incluyendo las críticas al interior de su propio Estado. El 7 de noviembre, como muestra de apoyo a Egipto, declaró un embargo de todas sus exportaciones petroleras destinadas a Reino Unido y Francia, era la primera de las tres ocasiones en que Arabia Saudita utilizaba el “arma del petróleo”, lo volvería a hacer en los años 1967 y 1973. Europa en su conjunto dependía del suministro de este recurso proveniente de ambos Estados debido a la carencia de instalaciones adecuadas para recibir grandes cantidades del crudo, la presión sobre los antiguos poderes coloniales fue inmensa, Estados Unidos no hizo movimiento alguno para respaldarlos, forzando su retirada del territorio ocupado.

Washington y Riad habían abandonado su rivalidad con el régimen de Nasser para limitar la influencia soviética en la región; no obstante, después de la crisis las relaciones entre Egipto y Unión Soviética se fortalecieron, más aún, el aumento de popularidad del líder egipcio le brindó capital político suficiente para llevar al cabo el proyecto de la República Árabe Unida en conjunto

³⁷ Cfr. Fred Halliday; *op. cit.*, p. 95.

con Siria en 1958, fomentar un golpe de Estado en Iraq en el mismo año y sostener una lucha en contra de Arabia Saudita de manera indirecta dentro de la guerra civil en Yemen durante los siguientes años. Con la intención de contrarrestar el poderío soviético en la región y contrapesar la creciente influencia del régimen egipcio, el 5 de enero de 1957 se proclamaría la hoy conocida como doctrina Eisenhower, basada en tres consideraciones: 1) La utilización de las fuerzas armadas estadounidenses para asegurar y proteger la independencia de las naciones que pidan su ayuda para hacer frente a la agresión armada por parte de una nación controlada por el Comunismo Internacional³⁸; 2) Ayuda al desarrollo económico de esas naciones; y 3) Asistencia militar a todos los países que la deseen³⁹. La Doctrina Eisenhower manifestaba la aún incipiente pretensión de Estados Unidos, de llenar el vacío que Francia y Reino Unido dejaban en la región⁴⁰. El presidente estadounidense ofrecía al mismo tiempo una cantidad de 200 millones de dólares anuales en ayuda para los países amenazados al interior por insurgentes comunistas. El Congreso rechazó el apoyo financiero para el proyecto de su mandatario, por lo que la administración en Washington comenzó a buscar el desarrollo de una alternativa ideológica, con ayuda de Arabia Saudita, que contrarrestara el panarabismo promovido por Nasser. La solución encontrada fue reforzar el papel del monarca Saud como una figura de trascendencia regional basada en su defensa de los lugares sagrados del Islam, así como su interpretación ortodoxa de la fe. Se pretendía que los musulmanes en el mundo apreciaran el discurso conservador y panislamista del monarca por encima del nacionalismo secular defendido por el líder egipcio; en palabras de los estadounidenses, el objetivo era el de construir la figura de un “Papa Islámico”⁴¹.

Las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudita se enfriaron con la llegada de Kennedy a la presidencia del primer país. El cambio de prioridades en torno a la modernización de los Estados, acompañada de la reforma económica y política, cambiaría la percepción de la confrontación de Guerra Fría en Medio Oriente. Con las incorporaciones de John K. Galbraith y Walt W. Rostow al equipo de la administración en Washington, se adoptó una postura tendiente a favorecer el desarrollo de movimientos nacionalistas en la región, considerados como elementos de cambio y confrontación directa al comunismo. Kennedy creía con firmeza que la promoción de la reforma económica y política en Medio Oriente era la mejor vía para contrarrestar los embates de Unión Soviética, consolidando la independencia de las nuevas entidades autónomas; esta

³⁸ Este término fue interpretado como referencia implícita a Egipto.

³⁹ El único país que acogió la oferta fue Líbano, a causa de la guerra civil en que se debatía.

⁴⁰ Edmundo Hernández-Vela S.; *op. cit.*, p. 418.

⁴¹ Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 74.

apreciación acercó al gobierno estadounidense con Egipto, que recibió durante los dos años y medio de la administración Kennedy más de 500 millones de dólares, situación que no pasó desapercibida en Riad, que durante el año 1962 sólo recibió 1.8 millones como castigo a su escaso avance en la serie de reformas propuestas por la administración del presidente estadounidense⁴².

El rey Saud advirtió a su contraparte en Washington que su postura únicamente favorecía a un Estado que se había caracterizado por su cercanía al bloque comunista, además de financiar a líderes con tendencia izquierdista en la región y simpatizantes más del campo soviético que del dirigido por Estados Unidos. Las críticas a la postura del gobierno estadounidense llegaron incluso del interior de su propia sociedad, el Congreso cuestionaba el porqué de la ayuda a uno de los mayores aliados soviéticos en la región, los ejecutivos de la industria petrolera resaltaban la amenaza para los intereses del Estado y sus transnacionales, si no se aumentaba el apoyo al Reino de Arabia Saudita. La preferencia de Kennedy por Egipto y los distintos movimientos nacionalistas, por encima del apoyo a las monarquías conservadoras en la península, sólo cambiaría ante la crisis desatada en Yemen.

El 18 de septiembre de 1962, el Imam Ahmed, líder de Yemen, falleció, dejando en el poder a su hijo Muhammad al-Badr, este último fue depuesto nueve días después por un golpe de Estado a manos del general Abdulá al-Sallal, respaldado logística y económicamente por el gobierno de Nasser. Al proclamar una república, convertía a Yemen en el primer Estado que no era gobernado por una monarquía a lo largo de la Península Arábiga y, al mismo tiempo, en una amenaza para el resto de los poderes conservadores en la región. Al-Badr escapó y desde la frontera con Arabia Saudita reunió a un grupo de fuerzas tribales realistas para luchar por el restablecimiento de su gobierno. La guerra civil entre realistas y republicanos evolucionaría en una guerra de confrontación entre Egipto y Arabia Saudita en defensa de su tipo de régimen preferido, situación que atrajo la atención de los dos polos de poder mundial.

Pronto se hizo evidente que Nasser se encontraba detrás de las operaciones de las fuerzas republicanas, Egipto financió a sus aliados en Yemen con alrededor de 35,000 libras esterlinas para la impresión de propaganda subversiva; asimismo, tropas egipcias intervinieron activamente en apoyo a los golpistas⁴³. El príncipe Faisal, quien había adquirido plenos poderes después de su lucha interna con su hermano Saud, viajó a Washington para advertir a Kennedy los riesgos que

⁴² Yuval Levin; "American Aid to the Middle East: A Tragedy of Good Intentions". Consultado en <http://www.iasps.org/strat11/strategic11.pdf> el 26 de abril de 2009 a las 17:25 hrs.

⁴³ Craig Thorn; "Egypt's Vietnam; A case of study of Egypt's war in Yemen 1962-1967". Consultado en http://www.lyrisense.com/TRUTH/Egypt_Vietnam:_A_Case_Stud_of_the_Yemen_War.html el 27 de abril de 2009 a las 14:45 hrs.

entrañaba su escaso apoyo a la monarquía saudita, más aún cuando Estados Unidos había otorgado su reconocimiento al nuevo gobierno yemenita. Faisal recordó a la administración estadounidense que el único propósito de Nasser era derrocar al gobierno establecido en el Reino. En lugar de conseguir apoyo militar o el respaldo estadounidense, Faisal fue presionado para poner en marcha los planes de reforma interna, según el grupo de Kennedy, el mejor antídoto en contra de los intentos de desestabilización por parte del líder egipcio, era la aplicación de los proyectos de modernización en el país saudita, así como la apertura política al interior de su sociedad.

La posición de la administración estadounidense sólo cambió cuando se reportaron bombardeos egipcios en la frontera sur de Arabia Saudita como respuesta a su apoyo a las fuerzas realistas, así como el suministro continuo de armas ligeras a las fuerzas republicanas para combatir a las fuerzas depuestas en la frontera del Reino. Kennedy tuvo que renunciar a su ideal de proteger al gobierno saudita por vía de la reforma interna de sus estructuras político-económicas y puso en marcha la “Operación Superficie Dura”⁴⁴, por la cual se desplegaban ocho unidades de apoyo táctico F-100D y el apoyo de un comando de transporte aéreos, demostrando a los gobiernos en pugna, que Estados Unidos mantenía su apoyo a Arabia Saudita y condenaba el despliegue de operaciones egipcias en el espacio aéreo bajo su soberanía. El respaldo militar estadounidense a la monarquía saudita marcó el final de la agenda reformista de la administración Kennedy, una vez que la cooperación militar retomó su curso, los planes de reforma al interior del Reino de Faisal desaceleraron su curso. El presidente Kennedy se desencantó del líder egipcio y eligió nuevamente al Reino de Arabia Saudita como el mejor aliado regional en la lucha anticomunista, situación que se reafirmaría con la administración del presidente Johnson, envuelta en la crisis de Vietnam y con la necesidad de delegar la batalla en contra del bloque socialista en sus aliados regionales clásicos, Israel, Irán y Arabia Saudita.

La administración Johnson terminó con el programa de apoyo económico al gobierno de Nasser, al mismo tiempo que abandonó el idealismo en búsqueda de la reforma interna de los regímenes árabes en Medio Oriente y duplicó la asistencia militar para los Estados de Irán y Arabia Saudita⁴⁵. Para contrarrestar la influencia de Nasser en la región, uno de los mayores esfuerzos del

⁴⁴ *Operation Hard Surface*.

⁴⁵ Bajo pretexto de la amenaza que representaban los continuos ataques aéreos en su frontera por parte de fuerzas egipcias, Arabia Saudita gastaría en la primavera de 1965, 15 millones de dólares en cuatro aviones de transporte C-130, comprados a Estados Unidos. Sin embargo, el mayor contrato en venta de armamento se llevó a cabo en diciembre del mismo año, cuando la monarquía compró por 300 millones de dólares aviones de combate supersónicos a Reino Unido, así como cohetes toma Hawk estadounidenses por 125 millones y subsecuentemente, la compra por 100 millones, en camiones de transporte militar y armamento convencional. La suma total cuadruplicó las ventas de Estados Unidos a las fuerzas militares sauditas realizadas durante los quince años previos. Estos acuerdos se dieron como

rey Faisal sería el de ganarse el apoyo y reconocimiento de los pueblos en la región, haciendo uso de sus credenciales religiosas y promoviendo la noción del islamismo; usar la religión para organizar políticamente a los Estados, por encima del secularismo nacionalista impulsado por el líder egipcio, se convirtió en uno de los pilares fundamentales de la política exterior del Reino. A pesar de que dicha idea fuera planteada a inicios de la década de los cincuenta durante el reinado de su hermano Saud, fue Faisal quien realmente convirtió al Islam en parte constituyente de la política exterior del Reino. En diciembre de 1965, un año después de convertirse en rey, Faisal visitó nueve Estados islámicos para promover la creación de un bloque común basado en la comunidad de fe de sus pueblos, este grupo jamás intentó constituirse como un pacto militar o alianza de cooperación bélica, sino que pretendía la creación de un contrapeso al panarabismo de Nasser; la idea de Faisal culminaría con la fundación de la Organización de la Conferencia Islámica en 1969, a la cual se sumaban los Estados de Jordania, Túnez, Sudán, Turquía, Pakistán, Marruecos, Irán y las monarquías de los Estados del Golfo, en la actualidad cuenta con 57 miembros incluyendo a Egipto. El respaldo a la solidaridad islámica predicado por Faisal ayudó a contrarrestar la influencia soviética en Medio Oriente y la del nacionalismo secular egipcio de manera particular.

El 21 de mayo de 1967, Nasser movilizó sus fuerzas armadas para bloquear el acceso al Mar Rojo de buques israelíes, vía los estrechos de Tirán, lo cual fue denunciado como un acto inminente de guerra por parte de las autoridades del Estado de Israel desatando otro conflicto bélico en la región. Estados Unidos y Arabia Saudita se encontraban nuevamente ante un dilema, ambos perderían sin importar quién resultara ganador en la contienda, si Israel derrotaba nuevamente a las fuerzas árabes, como había sucedido en 1948, Estados Unidos y Arabia Saudita podían ser castigados políticamente por la opinión regional debido a su escasa intervención a favor de las fuerzas egipcias, trayendo como consecuencia inevitable la aparición de malestar social al interior del Estado árabe y con ello inestabilidad política; si por el contrario, el líder egipcio resultaba victorioso, éste adquiriría una posición de mayor prestigio a nivel internacional, siendo más difícil la labor de contener la expansión de su influencia respaldada por el bloque socialista.

El 5 de junio del mismo año, Israel atacó sorpresivamente las fuerzas aéreas estacionadas de Egipto y Jordania, borrándolas del mapa en cuestión de horas; en sólo seis días Israel extendería su control militar en las regiones de Cisjordania arrebatadas al control que de ella tenía el Estado de Jordania como resultado de la guerra árabe-israelí de 1948, los Altos del Golán (Siria) y la Franja de Gaza (Egipto). Nasser acusó a los gobiernos de Estados Unidos y Reino Unido de brindar

respuesta inicial al hecho de que cuatro meses antes Nasser pidiera apoyo soviético para respaldar su aventura en Yemen, convirtiendo un problema regional en asunto de las superpotencias. Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 94.

cobertura aérea a las incursiones israelíes por tierra, consiguiendo que Argelia, Sudán, Siria, Yemen e Iraq, rompieran relaciones con ambos Estados. Iraq, Kuwait y Argelia suspendieron las exportaciones de petróleo destinadas a Reino Unido y Estados Unidos. A diferencia de la prensa internacional, los medios de comunicación en Arabia Saudita no difundieron los cargos arrojados por el líder egipcio en contra de la injerencia occidental en el conflicto; no obstante, Faisal declaró que su gobierno interrumpiría el flujo de petróleo proveniente de su país a cualquier otro Estado que apoyara a Israel. El rey no mencionó a su aliado de manera explícita esperando que corrigiera su postura y desechara las acusaciones de intervención dentro del conflicto armado, situación que no sucedió. La presión internacional obligó a la monarquía a sumarse al embargo y utilizar por segunda ocasión, después de once años, el arma del petróleo como elemento de presión política, era la primera ocasión que lo hacía en contra de Estados Unidos.

La administración Johnson no pudo reclamar la actitud de sus aliados en la casa Saud, después de todo, entendían la presión interna y regional sobre el gobierno saudita para tomar acción en la lucha en contra del enemigo común a las naciones árabe y musulmana. Estados Unidos podía sobrevivir al embargo en cuanto a su situación económica interna se refiere, no sólo no dependían de las importaciones provenientes de la región, sino que la inversión en infraestructura energética al interior de su país, garantizaba la estabilidad de su economía nacional, así como el respaldo popular. A pesar de ello, el embargo afectaba de manera directa su capacidad en el ámbito militar, Vietnam sería causa perdida, como finalmente lo fue, sin los suministros provenientes de Medio Oriente que nutrían el esfuerzo de sus tropas armadas para resistir la expansión territorial del comunismo en Asia sudoriental. Las tropas estadounidenses consumían de 200,000 a 300,000 barriles de petróleo al día, el 60% del combustible necesario para movilizar a su ejército por tierra y 80% de su fuerza aérea provenían de la región del Golfo. La batalla que los unía en contra de la amenaza comunista orilló al rey Faisal a permitir el abastecimiento de aviones suministradores de combustible, así como de buques repletos de barriles de petróleo para sostener el esfuerzo estadounidense en Vietnam, todo ello oculto a la sociedad y a los medios de información internacionales⁴⁶.

A pesar de que los esfuerzos de Arabia Saudita en el aprovisionamiento de petróleo a las tropas estacionadas en el sudeste asiático fueron invaluable, las relaciones políticas y diplomáticas entre ambos Estados fueron enrarecidas por el contexto regional. La dirigencia saudita estaba

⁴⁶ Cfr. John D. Ciorciari; "Saudi-U.S. alignment after the Six Day War". *The Middle East Review for International Affairs*, junio de 2005. Consultado en <http://meria.idc.ac.il/journal/2005/issue2/jv9no2a1.html> el 31 agosto de 2009 a las 14:20 hrs.

furiosa de que su aliado permitiera a Israel retener el control sobre territorios ocupados de otros Estados, la administración en Washington ni siquiera condenó a Tel-Aviv por haber iniciado la guerra e incluso se manifestó de acuerdo con la manera en que la dirigencia israelí interpretó la resolución 242 de las Naciones Unidas en el sentido que más convenía a sus intereses sionistas. Contratos económicos y contactos políticos, diplomáticos y sociales fueron suspendidos entre ambos gobiernos durante varios meses.

Como consecuencia de la guerra de 1967, Arabia Saudita fortaleció su posición a nivel regional. Nasser fue desacreditado por la población árabe después de las terribles consecuencias de la lucha en contra de Israel, donde sólo este último expandiera considerablemente sus fronteras a costa de los Estados vecinos, la humillante derrota militar únicamente consiguió hundir en la bancarrota a la economía egipcia. El líder nacionalista dejó de ser la voz árabe omnipresente y omnipotente que inspiraba e influía de manera destacada en el ánimo de los actores regionales. La Liga Árabe levantó las medidas de presión del embargo petrolero a las naciones que respaldaban al Estado judío y anunció automáticamente la cooperación conjunta de sus miembros para sanear la economía de Egipto, Arabia Saudita pondría más de la mitad de los fondos, que ascendían a 329 millones de dólares anuales⁴⁷; Egipto se inclinaba finalmente a la corriente conservadora en Medio Oriente, siendo una de sus primeras decisiones el retiro de 20,000 tropas de su ejército estacionadas en Yemen. El balance de poder regional comenzaba a moverse de Egipto, a través del Mar Rojo, hacia Arabia Saudita; al mismo tiempo, la población de los distintos Estados en Medio Oriente desacreditó la ideología nacionalista y la reemplazó por la fe religiosa tendiente a la conformación de un Islam político. Arabia Saudita había conseguido extirpar las semillas comunistas en la región y veía concretada su visión de unidad de los Estados árabes a través de la religión.

La administración Nixon voltearía los ojos hacia Arabia Saudita con gran interés; la guerra en Vietnam estaba agotando los recursos estadounidenses y necesitaba encontrar aliados regionales estables en Medio Oriente para el mantenimiento de la lucha en contra de la influencia soviética. Washington comenzó a confiar de manera creciente en el papel que Irán y Arabia Saudita reportaban a su causa; declarando la política de los “Pilares Gemelos”⁴⁸ reconoció el valor de ambos Estados como baluartes estratégicos dentro de la Guerra Fría. Cuando Irán fue sacudido por la Revolución Islámica en 1979, Arabia Saudita adquirió una importancia mayor en los cálculos estadounidenses. Sin embargo, otra crisis entre ambos Estados se presentaría bajo el contexto de la

⁴⁷ Cfr. Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 104.

⁴⁸ *Twin Pillars*

Guerra de Octubre de 1973, una vez que tropas sirias y egipcias atacaran por sorpresa a Israel con el objetivo de recuperar los territorios ocupados en la guerra de 1967 y que aún retenía bajo su control.

Las fuerzas árabes se vieron apoyadas inmediatamente por sus hermanos de fe; Iraq, Libia, Argelia, Sudán, Marruecos y Arabia Saudita contribuyeron económica y militarmente al esfuerzo en contra del enemigo común orquestado por Anuar el Sadat, sustituto de Nasser en el gobierno de Egipto tras la muerte del segundo. El apoyo soviético no tardó en llegar; Estados Unidos respaldó a Israel con el suministro de bienes y equipo militar mediante la construcción de un puente aéreo que resurtía a su aliado con miles de toneladas en ayuda al día, con vuelos cada hora. La respuesta de los países árabes fue la puesta en marcha, por tercera ocasión, del embargo petrolero en contra de las naciones que respaldaban a Israel, siendo los principales blancos Estados Unidos y los Países Bajos. En esta ocasión, el verdadero impacto en los mercados internacionales fue consecuencia de la reducción en las cuotas de producción de los Estados árabes⁴⁹, que elevó de manera estratosférica el precio del recurso a nivel internacional, desatando una crisis energética mundial.

Faisal ordenó la suspensión total de venta del crudo a las tropas estadounidenses, en especial a la sexta flota ubicada en el Mediterráneo y a través de la cual se realizaban las maniobras de apoyo a Israel. A pesar de la firmeza del monarca saudita, el gobierno en Riad no pudo relegar el esfuerzo que en conjunto con la administración en Washington sobrellevaban en contra del comunismo mundial; tal y como lo había hecho en 1967, la dirigencia saudita encontró una manera de continuar con el suministro de petróleo al ejército estadounidense de manera secreta⁵⁰ y evitar el desplome de las operaciones en el sudeste asiático por falta de suministros energéticos. Faisal otorgó preponderancia a sus intereses geoestratégicos globales por encima de la constante confrontación regional entre árabes e israelíes.

Una vez terminado el conflicto, sin alteraciones del mapa geopolítico, y terminado el embargo petrolero, Arabia Saudita tuvo que enfrentar dentro de la OPEP a su contraparte iraní, aferrada en mantener los precios del recurso mineral por arriba del promedio previo a la confrontación bélica. Irán no había participado en el embargo a las naciones occidentales, pero sí se había beneficiado del alza de los precios internacionales, obteniendo casi el doble de ingresos del promedio provenientes de ese ramo. A pesar de ser un aliado incondicional de Estados Unidos, el

⁴⁹ Sheik Yamani, ministro de asuntos energéticos de Arabia Saudita, encontró en el sistema de reducción de cuotas de producción una herramienta para evitar que las potencias embargadas solucionaran la barrera de importación comercial mediante la triangulación del mineral por vía de un tercer Estado. Al reducir la cantidad de crudo a nivel mundial, aseguraba al mismo tiempo que la comunidad internacional padeciera la escasez del oro negro y presionara a las Naciones Unidas y Estados Unidos con una solución pronta y favorable a la causa árabe.

⁵⁰ Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 120.

Sha requería de una cantidad de recursos enorme para poner en marcha el programa de modernización económica y la inversión en los programas de defensa militar, que evitaran su caída ante el creciente descontento por parte de la población local. La política del sostenimiento en el alza de los precios promovida por Teherán, afectó al sistema capitalista mundial en su conjunto, sumiendo en el endeudamiento a las naciones dependientes de las importaciones de petróleo y recreando las condiciones de inestabilidad en la balanza comercial de la mismas, que trataría de paliarse por vía del financiamiento internacional.

Faisal, consternado ante la evidente ruina de la economía mundial producida por el embargo petrolero, más aún por la política de alza en los precios del mineral del gobierno en Teherán, reconoció la necesidad de evitar un descalabro internacional que pusiera de manifiesto la incapacidad estadounidense por mantener la estabilidad de la economía global. La crisis energética fue utilizada por Unión Soviética para exaltar las contradicciones y debilidades del sistema de producción capitalista, tratando con ello de convencer a la opinión pública mundial de la superioridad de su sistema económico. El anuncio de la crisis del capitalismo agorado por el mundo socialista llevó a Faisal a acordar en el seno de la OPEP un aumento en las cuotas de producción que estabilizara los precios del oro negro. El caos del bloque capitalista y el agrandamiento del prestigio soviético, no servían para nada al interés de Arabia Saudita, podían vivir administrando las irregularidades de su relación con Estados Unidos en torno al conflicto árabe-israelí, pero permitir el auge de un discurso contrario a los principios de su fundación, más aún, la victoria del comunismo a nivel planetario, era algo que debía evitar a cualquier costo. El embargo se levantó oficialmente en marzo de 1974, con la promesa de Washington de buscar una solución progresiva en torno a las relaciones entre Egipto y Siria con Israel, aunque de manera bilateral y no como bloque de naciones árabes. El 18 del mismo mes al tiempo que todos los ministros árabes levantaron incondicionalmente las restricciones del embargo energético, Arabia Saudita anunciaba el aumento diario de un millón de barriles de petróleo por día de su producción nacional para abaratar los precios del mineral en el mercado mundial⁵¹.

Uno de los aspectos generalmente menospreciados, es la forma en que Arabia Saudita invirtió internacionalmente su nueva riqueza derivada de la bonanza en los precios del crudo como consecuencia de los acontecimientos políticos descritos previamente. Además de dirigir el uso de los recursos a los proyectos de modernización ya analizados, la dirigencia saudita colaboró económicamente a favor de Estados Unidos en la contención del comunismo, durante la Guerra Fría

⁵¹ Cfr. U.S. Department of State; "Second Arab Oil Embargo, 1973-1974". Consultado en <http://www.state.gov/r/pa/ho/time/dr/96057.htm> el 24 de octubre de 2009 a las 18:26 hrs.

y el posterior relajamiento de tensiones, no sólo como apoyo incondicional a su aliado estratégico, sino en respuesta a sus propios intereses. Con ingresos que alcanzaron los 100 billones de dólares en la década de los setentas, había dinero suficiente para financiar operaciones anticomunistas a lo largo y ancho del planeta. Arabia Saudita repartió sus fondos en tres rubros distintos: organizaciones islámicas, grupos pro-palestinos y operaciones antisoviéticas en el mundo subdesarrollado. En el año de 1977 se repartieron más de seis mil millones de dólares en asistencia financiera y apoyo militar a una larga lista de países, incluyendo a Egipto con 2,500, Jordania con 500, Siria con 1,000, Pakistán con 500, Yemen del Norte con 150, Somalia con 220, Sudán con 250 y más de 1,500 a otros destinatarios⁵². Todos los fondos fueron canalizados a causas estadounidenses cuando la administración en Washington, sometida a los escándalos de Vietnam y el *Watergate* carecía del “músculo” económico para el despliegue oportuno de las acciones comprendidas en su política exterior⁵³.

El Congreso restringió todo tipo de inversiones destinadas al financiamiento de operaciones encubiertas para la administración Ford, los excesos de Nixon circunscribirían la autoridad del presidente en su lucha contra Unión Soviética a las restricciones económicas impuestas por los representantes del pueblo estadounidense. Esta medida limitó la capacidad de injerencia de manera directa o encubierta por parte de la potencia a lo largo de Medio Oriente, en especial en África, siendo el caso más significativo la negación de apoyo a las fuerzas reaccionarias que luchaban en contra del movimiento Popular para la Liberación de Angola, respaldada económica y militarmente por el bloque socialista. En el momento en que la política exterior estadounidense se encontraba incapacitada para imponerse de manera eficiente en la región, cuando la amenaza soviética lucía más firme que nunca, Arabia Saudita encontró la manera de contrarrestar la influencia comunista en la región, en ocasiones otorgando donaciones en especie tras la petición abierta de apoyo financiero de su aliado estadounidense y en otras por iniciativa propia.

Las fuerzas conservadoras en Libia, Angola, Chad, Sudán, Eritrea y Somalia se beneficiaron del respaldo monetario saudita; tan sólo en 1975, el gobierno en Riad destinó 5,700 millones de dólares en ayuda a países acechados por la “amenaza soviética”, Estados Unidos por su parte erogó bajo el mismo concepto 4,900 millones. De 1972 a 1975 el porcentaje del producto interno bruto del Estado árabe canalizado como ayuda al exterior aumentó de 2.7% a 13.8%⁵⁴, Arabia Saudita

⁵² Cfr. Rachel Bronson; *op.cit.*, p. 129.

⁵³ Cfr. Robert G. Kaise and David B. Ottaway; “U.S.-Saudi Arabia relationship fueled by 1970s oil embargo”. *The Washington Post*, 18 de febrero de 2002. Consultado en <http://community.seattletimes.nwsourc.com/archive/?date=20020218&slug=saudi18> el 1 de octubre de 2009 a las 17:25 hrs.

⁵⁴ Cfr. Rachel Bronson; *op.cit.*, *idem*.

financió las operaciones anticomunistas que Estados Unidos por problemas de índole interna no podía pagar. Ante tal ayuda, Washington tuvo que hacer a un lado su queja frente a los millones de dólares sauditas dirigidos a causas contrarias a sus intereses, como el apoyo a organizaciones islámicas etiquetadas por la opinión internacional como terroristas y a grupos pro-palestinos o antisionistas.

Como respuesta a la falta de fuerza estadounidense para imponer una política anticomunista en el continente africano, situación que empeoraba ante el constante acercamiento entre figuras de la dirigencia soviética y movimientos nacionalistas en busca de respaldo material para la consecución de su lucha, la agencia de contraespionaje francés⁵⁵ equivalente a la CIA⁵⁶ puso en marcha la creación de un grupo de presión anticomunista en la región comandado por Arabia Saudita, denominado Club Safari⁵⁷. Marruecos, Egipto, Irán y Arabia Saudita se reunirían por primera ocasión en 1976 acordando revertir bajo todas las vías necesarias el avance soviético en la región. Cada uno de los miembros del Club Safari aportó capacidades únicas; Francia proveyó equipo técnico de comunicaciones y seguridad, así como información estratégica, Marruecos y Egipto aportaron el instrumental militar y la “mano de obra”, mientras que Arabia Saudita financiaba los costos de todas las operaciones. El grupo ejecutó su primera misión en Zaire, contrarrestando el movimiento revolucionario respaldado por el gobierno popular de Angola, proveyendo contingentes militares para reforzar el régimen de Mobutu; después de esta acción, el grupo giró su atención sobre el Cuerno de África, donde Etiopía, Somalia y Djiboutí, fueron convencidos mediante inyecciones de capital y cooperación militar de evitar su acercamiento con el campo socialista; en otra de sus tareas, la de contrarrestar la influencia de Libia, socio estratégico de Unión Soviética en la región, los miembros del Club Safari repelieron incursiones libias en la frontera norte de Chad y minaron la fuerza de los grupos comunistas financiados por Gadafi en Sudán.

Por su parte, a través de los años setenta y ochenta, el gobierno de Arabia Saudita repartió dinero a un amplio número de grupos y países afines a su ideario político, siendo Siria, Jordania, la OLP, Yemen del Norte, Angola, Sudán, Somalia, Djiboutí, Uganda, Mali, Nigeria, Zaire y Guinea los que recibieron la mayor parte del mismo. En el resto del continente asiático, sacos llenos de dinero fueron enviados a Pakistán, Bangladesh, Corea del Sur, Malasia, Taiwán y Filipinas. Arabia

⁵⁵ *French Service de Documentation Extérieure et de Contre-Espionnage.*

⁵⁶ *Central Intelligence Agency.*

⁵⁷ *Cfr. Chagatai Khan; “The Safari Club – An Alternate Super Intelligence Agency”. Consultado en <http://translate.google.com/translate?hl=es&sl=en&tl=es&u=http%3A%2F%2Ffpakalert.wordpress.com%2F2009%2F09%2F29%2Fthe-safari-club-an-alternate-super-intelligence-agency%2F&anno=2> el 15 de octubre de 2009 a las 13:22 hrs.*

Saudita mantuvo lazos cercanos con Estados europeos y financió esfuerzos en contra del eurocomunismo, algunos Estados incluso ajustaban sus políticas o discursos públicos para ser vistos de manera favorable ante los ojos de la dirigencia saudita. Las operaciones encubiertas llevadas a cabo por el Estado árabe, en especial las inmersas en el Club Safari⁵⁸, así como el gran número de países y movimientos destinatarios de fondos del gobierno en Riad, son muestra clara de que el Reino no se encontraba realizando únicamente el trabajo sucio de Estados Unidos, sino que sus esfuerzos respondían a la convicción férrea de que el ideario comunista representaba un anatema al bienestar de la humanidad. Arabia Saudita actuó incentivado por la búsqueda propia de su protección y seguridad a nivel internacional, así como bajo la inspiración de su convicción religiosa.

Carter, Reagan y Bush, mantendrían la cercanía con Arabia Saudita como gran aliado en la lucha mundial en contra del comunismo soviético. No obstante que la Guerra Fría terminara en el año de 1975 con la Declaración de Helsinki, dentro de la cual los dos bloques antagónicos acordaban los principios básicos de las relaciones entre sus miembros como conclusión del proceso de relajamiento de tensiones entre los dos polos, iniciado en Octubre de 1962 bajo el contexto de la crisis de los cohetes en Cuba y plasmado en los principios básicos de las relaciones entre Estados Unidos y Unión Soviética de 1972, la pugna ideológica entre capitalismo y socialismo no dejaría de ser una realidad hasta la plena desintegración, por implosión, de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, de ahí la necesidad de conservar un aliado estratégico en la labor de la contención del comunismo⁵⁹. Para mantener constreñidas a las fuerzas soviéticas y contrarrestar su avance a lo largo de los países subdesarrollados, era necesario el suministro pronto y constante de recursos

⁵⁸ Saudi-U.S. Relations Information Service; “Perspectives on Conflicts, Cooperation and Crises: A Conversation with Saudi Arabia’s New Ambassador to the United States, Prince Turki al-Faisal”. *SUSRIS*, 2 de marzo de 2006. Consultado en <http://www.saudi-us-relations.org/articles/2006/interviews/060314-turki-interview-2.html> el 15 de octubre de 2009 a las 14:10 hrs.

⁵⁹ Por Guerra Fría debe entenderse a la situación, atmósfera o ambiente que prevaleció en la sociedad internacional en la segunda postguerra, desde 1946, con el reconocimiento de la caída de la Cortina de acero hasta, la Declaración de Helsinki en 1975; caracterizada por la pugna ideológico-político-económica, supuestamente irreconciliable de las dos grandes potencias secundadas por sus respectivos bloques; su desenvolvimiento en condiciones de casi absoluta incomunicación directa y falta de información oportuna, creíble y confiable entre las dos partes, alimentada por todo tipo de conjeturas y especulaciones alarmistas y pesimistas rayanas en la paranoia con su obligada secuela progresiva de tensión, malestar, recelo, temor, desconfianza e inseguridad recíprocos; el riesgo creciente de aniquilación mutua y aún de toda la humanidad ante la ominosa y desbocada acumulación, en escalada, de armas nucleares y de destrucción e masa; la concepción de un conjunto de políticas y acciones, desplegadas a nivel mundial, incluyendo todo tipo de asedios y asechanzas, entre las que sobresalen la contención del comunismo, la disuasión, la carrera armamentista, el espionaje y el contraespionaje, las acciones encubiertas y los enfrentamientos indirectos entre los polos por vía de terceros Estados; su desmantelamiento progresivo. Sin la suma conjunta de cada una de las cinco características descritas, no puede hablarse de Guerra Fría, por lo que la costumbre popular de declarar el término de la misma en la década de los noventa ignora todo el proceso de relajamiento de tensiones que desarticuló por vía de la instalación de medios de comunicación directos entre las potencias y tratados de desarme nuclear, las condiciones prístinas del fenómeno. *Cfr.* Edmundo Hernández-Vela S.; *op. cit.*, p. 540.

financieros que Estados Unidos no podía realizar de manera solitaria, por lo que encontró nuevamente en Arabia Saudita, la muralla potencial en contra de posibles intentos de Unión Soviética por expandir su influencia en Medio Oriente de manera particular y en el planeta entero. En lugar de enfrentarse a una férrea resistencia por parte de su Congreso para el financiamiento de toda una serie de operaciones encubiertas en el mundo subdesarrollado, las distintas administraciones en Washington, y la de Ronald Reagan en particular, optarían por aprovechar los beneficios que les reportaba el mantenimiento de relaciones cercanas con la familia gobernante en Arabia Saudita⁶⁰.

El Estado árabe jugaría un papel preponderante a favor de la política exterior estadounidense en la región durante la Guerra de Iraq en contra de Irán en la década de los ochentas, así como en la confrontación con Unión Soviética en Afganistán, situaciones que analizaremos en el siguiente apartado. Como hemos podido analizar, la cobija financiera de Arabia Saudita se extendió más allá de su vecindario inmediato, en áreas geográficas distantes como Afganistán o Zaire; sin embargo, su influencia abarcó incluso el continente americano, cooperando con Estados Unidos en la contención del comunismo dentro de la región que el primero considerara su esfera de influencia vital desde la proclamación de la doctrina Monroe en 1823. La monarquía saudita ayudó a Washington en su esfuerzo por desestabilizar al gobierno nacionalista de Nicaragua en 1979, contribuyendo con alrededor de 32 millones de dólares para financiar a la guerrillas paramilitares de “los Contras” ante el rechazo del Congreso estadounidense de aportar fondos para dicha operación⁶¹. Una vez más, la casa gobernante Saud demostraba que podía contribuir de manera voluntaria a la lucha en contra del comunismo mundial con dos objetivos principales, ganarse el favor de la potencia capitalista y alimentar su lucha en contra de la ideología atea que amenazaba su seguridad nacional. Esta posición se fortalecería con los acontecimientos de 1979, que reconfigurarían el mapa geopolítico en Medio Oriente.

⁶⁰ National Security Council; “Memorandum from Oliver L. North to Robert C. McFarlane, “Fallback Plan for the Nicaraguan Resistance,” TOP SECRET”. NSC, 16 de marzo de 1985. Consultado en <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB210/index.htm> el 18 de octubre de 2009 a las 18:42 hrs.

⁶¹ National Security Council; “Independent Counsel, Court Record, “U.S. Government Stipulation on Quid Pro Quos with Other Governments as Part of Contra Operation”. NSC, 6 de abril de 1989. Consultado en <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB210/index.htm> el 18 de octubre de 2009 a las 19:30 hrs.

2.4. El año 1979 y la emergencia de un nuevo “Guardián del Golfo”

El final de la década de los setentas y el principio de la de los ochentas se verían enmarcados bajo una serie de acontecimientos regionales que modificarían por completo el juego geopolítico en Medio Oriente. Los acuerdos bilaterales de paz entre Egipto e Israel (1978), a costa de la causa árabe común, así como la Revolución Islámica en Irán (1979), la guerra de ocho años entre esta última y su vecino Iraq (1980-1988) y la invasión de Afganistán por tropas soviéticas (1979), alteraron el equilibrio de fuerzas que prevaleciera durante los años de postguerra y Guerra Fría, trastornando en la misma medida, la relaciones entre Estados Unidos y cada uno de sus aliados regionales. Un punto importante a señalar antes de comenzar a describir los cambios que afectaron de manera particular la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudita, es la fuerza que retoma el discurso religioso dentro de la arena regional como herramienta de la política nacional de cada uno de los actores en la región, para la consolidación de su soberanía y la asecuridad de intereses específicos. La causa de que grupos de diferentes inclinaciones religiosas adquirieran mayor grado de participación en el entorno político regional después de la guerra de 1967, sin duda alguna, tuvo que ver con el impacto traumático de la guerra misma, fuera como un aviso de la necesidad de incrementar la autoconfianza musulmana, traducida en un mayor activismo religioso, o como una reivindicación aparente del derecho del pueblo judío para vivir en Palestina y gobernarla, respectivamente. De manera más general, esta condición puede ser atribuida a la percepción del fallo de las ideologías desarrollistas seculares utilizadas en los nuevos regímenes independientes⁶², una respuesta ante la pregunta ¿qué ha fallado?, que tornó la mirada hacia el cobijo de la fe como vía para el resurgimiento económico, político y militar de los pueblos musulmanes, tal y como sucediera por primera vez a finales del siglo XIX ante la penetración del capital imperialista en Medio Oriente⁶³.

Al malestar económico y la inestabilidad social que constreñían el entorno nacional de Arabia Saudita, se sumó su continuo involucramiento en los temas de política internacional que repercutían de manera directa a su seguridad nacional. Al igual que el resto de los países árabes, la dirigencia saudita se unió a los esfuerzos por aislar políticamente a Egipto después de que éste firmara en 1978, un acuerdo de paz con Israel producto de las negociaciones que en Campo David sostuvieran ambos gobiernos a través de la intermediación del presidente estadounidense James Carter. Las negociaciones bilaterales puestas en práctica por el líder egipcio Anuar al Sadat con el

⁶² Cfr. Roger Owen; *op. cit.* p. 156.

⁶³ Bernard Lewis; *¿Qué ha fallado?. El impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*. Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2002, 227 pp.

Estado de Israel, rompían con el principio de unidad del mundo árabe que prefería negociar en conjunto como método de presión en negociaciones y foros internacionales, para satisfacer las demandas de cada uno de los Estados involucrados en disputas territoriales con Israel a consecuencia de las distintas guerras sostenidas con el enemigo común, así como el reconocimiento de garantías para el pueblo palestino y el apego a las disposiciones de las Naciones Unidas para la resolución del conflicto árabe-israelí. Arabia Saudita respaldó, junto con el resto de los países miembros de la Liga Árabe, la expulsión de Egipto del seno de dicho organismo, imponiéndole al mismo tiempo restricciones severas en los ámbitos político y económico. Sin embargo, la monarquía saudita no pudo ir más allá del rechazo diplomático a la administración en El Cairo; la dependencia económica-militar entre ambos gobiernos, así como la cooperación en temas vitales, como el de los trabajadores migrantes egipcios en la industria saudita o el tráfico aéreo que facilitaba el transporte de millones de musulmanes a tierras sagradas por vía de las conexiones internacionales que permitían la comunicación entre ambos países, impedían la ruptura total con el país de los faraones; además, Egipto resultaba ser el beneficiario principal en transferencia de recursos económicos de la monarquía a terceros países con el objetivo de contrarrestar la influencia soviética en la región. Sadat había demostrado ser más pro-estadounidense que pro-soviético como lo había sido su antecesor Nasser después de la negativa estadounidense de financiar el proyecto de la presa en Asuán; Arabia Saudita no podía estrangularle económicamente y arrojarlo a los brazos de la amenaza comunista que con tanto fervor había combatido.

Dos años después de la firma de los acuerdos de paz en Campo David, el conflicto árabe-israelí quedaría ensombrecido por el desarrollo sucesivo de acontecimientos más urgentes en la región y que impactaban de manera más sensible al Estado saudita. La situación que se anticipaba en la región del Golfo amenazaba de manera más directa la seguridad de Arabia Saudita, su dirigencia optó por voltear la mirada y desplazar sus preocupaciones del Mar Rojo al Golfo Árabe-Pérsico. Tres sucesos fueron percibidos como amenazas directas a la seguridad del Estado saudita: la revolución en Irán de 1979, el inicio de la guerra entre Irán e Iraq en 1980 y la ocupación soviética de Afganistán en 1979, que a pesar de encontrarse relativamente lejos de sus fronteras, representó uno de los elementos sobre los cuales la monarquía diseñaría una nueva forma de desarrollar su política exterior.

La salida temporal de Egipto de las organizaciones árabes, su deslegitimación como garante de los intereses de la familia musulmana, así como el marginamiento de su capacidad de influencia dentro de la arena política regional, todo como producto de las negociaciones de paz con Israel que

disgustaron al resto de los países circundantes, abrieron una enorme ventana de oportunidades para el desarrollo de las aspiraciones de la monarquía saudita por incidir de manera directa en el resto de los acontecimientos del vecindario. Su poco desdeñable capacidad financiera, así como los visos de legitimidad ante la comunidad musulmana internacional por su labor como protectora de los lugares sagrados del Islam y la promoción de actividades relacionadas con la fe sin escatimar en costos, colocaron a Arabia Saudita como pieza fundamental a nivel internacional para destrabar y comprender los acontecimientos que sacudían a Medio Oriente. Esta posición se reafirmaría con la caída del *Sha* en Irán en 1979, largamente considerado por Estados Unidos como el líder más adecuado para fungir como policía de los intereses de Washington en el Golfo, mantener al margen a Unión Soviética de la región y contrarrestar ideologías y regímenes revolucionarios en la zona. Arabia Saudita fue sacudida al presenciar la fácil deposición del líder iraní, con quien había desarrollado relaciones tensas pero amistosas, a manos de un movimiento revolucionario y a pesar del apoyo estadounidense otorgado durante tantos años al primero; sin embargo, lo que más aterró a la dirigencia saudita fue el remplazo del gobierno nacionalista del *Sha* por el establecimiento de otro de corte islámico.

El *Sha* había gobernado Irán desde 1941, y con el objetivo de contener la influencia soviética en Medio Oriente, una vez que los británicos abandonaron la región del Golfo después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos armó a su gobierno a falta de otro actor clave en la región que le permitiera contrarrestar la expansión de la ideología comunista; Arabia Saudita y su marcada aversión por la ideología propuesta por Unión Soviética recibieron con gusto la posición del Estado persa como barrera en contra de las fuerzas comunistas, y como el gobierno del *Sha* era de corte secular y no religioso, no amenazaba de manera directa al discurso sunita wahabita de la monarquía con el uso competitivo de la rama chiita del Islam. Pero el derrocamiento del *Sha* y su remplazo por los grupos ortodoxos del chiismo despertaron serias preocupaciones en Riad. La casa Saud había criticado repetidamente al ayatola Jomeini cuando este organizaba la resistencia en contra del *Sha* desde Francia, así como señalado el discurso revolucionario de la oposición iraní y sus seguidores como anti-islámicos. El gobierno en Riad no comprendió cómo Estados Unidos había permitido la caída de uno de sus mayores aliados regionales de manera tan sencilla, más aún, se despertó en ellos la duda respecto al apoyo incondicional de la potencia en torno a la estabilidad política de su propio gobierno.

Siete meses antes de que los eventos se desataran, en julio de 1978, el presidente Carter había asignado por vía de una Directiva Presidencial una fuerza de choque terrestre de 100,000

elementos militares para responder de manera rápida ante conflictos regionales que pudieran hipotecar la seguridad de Arabia Saudita, especialmente la de su petróleo. Al mismo tiempo, el Pentágono había asignado dos divisiones armadas especiales, una ligera y otra pesada, una fuerza de respuesta anfibia y alrededor de 200 aeronaves, de transporte, ataque y bombarderos, para fortalecer los deseos presidenciales⁶⁴. En ese momento, la dirigencia árabe se sentía totalmente protegida bajo la sombrilla militar de su aliado estratégico. A pesar de las múltiples diferencias entre ambos gobiernos concernientes al conflicto árabe-israelí, así como las molestias derivadas al interior del Reino por la persistente política exterior de Carter centrada en el respeto a los derechos humanos, Arabia Saudita se encontraba satisfecha con la promesa explícita del líder estadounidense en torno a la protección militar de su Estado. Sin embargo, con el colapso del *Sha*, tomando por sorpresa a la CIA y el Pentágono, los Saud temían que la inestabilidad en Irán se expandiera a través de las fronteras e infectara con su ideología revolucionaria a los grupos de población dentro de su territorio que no se habían beneficiado de la bonanza económica derivada de las exportaciones del crudo. La República Islámica de Irán se distinguió del régimen predecesor por la adopción de una marcada retórica en contra de “occidente” y un discurso ideológico caracterizado por el ataque a los países musulmanes aliados a las fuerzas imperialistas, particularmente aquéllos que mantenían lazos estratégicos con Estados Unidos; Arabia Saudita representaba uno de los mayores blancos de la dirigencia iraní encabezada por el ayatola Jomeini. Irán se empeñó en exportar su modelo de gobierno islámico y su experiencia revolucionaria hacia el resto de los países en la región, especialmente a los Estados con un porcentaje considerable de población chiita minoritaria, situación que comprometía mediante la difusión de propaganda subversiva, a los gobiernos de los países de Kuwait, Bahréin y Arabia Saudita principalmente.

La retórica en contra de la monarquía en Arabia Saudita a manos del régimen islámico en Teherán, que inspiró toda una serie de revueltas y levantamientos populares en las provincias de este país, convenció a la monarquía de que el liderazgo islámico iraní representaba una amenaza indiscutible a su seguridad interna. La temporada del peregrinaje anual a la Meca fue utilizada por miles de peregrinos provenientes de Irán para organizar manifestaciones bañadas de eslóganes antiestadounidenses en contra de la casa gobernante, por sus lazos estrechos con lo que ellos consideraban el “Gran Satán”⁶⁵. Los choques entre la policía nacional y los manifestantes

⁶⁴ Gerard Posner; *Secrets of the Kingdom. The Inside Story of the Saudi-U.S. Connection*. Random house, New York, 2005, p. 93.

⁶⁵ Jomeini y sus seguidores condenaban tanto a Estados Unidos como a Unión Soviética por ser, en su apreciación, fuerzas malévolas de la política internacional. Debido a la cercana relación de Washington con el desaparecido régimen del Sha, lo consideraban como la superpotencia mundial que amenazaba de manera directa sus intereses; por lo cual se

provenientes de la república islámica de Irán, así como sus seguidores al interior del Reino, fueron una constante durante los años ochenta.

La tensión se incrementó en el verano de 1979, sólo meses después de que Jomeini ascendiera al poder de la república islámica y comenzara con una campaña para difundir su ideología revolucionaria en la provincia saudita de Hasa, al este de la península arábiga y separada de Irán por las aguas del Golfo, donde la minoría chiita se asentaba con mayor notoriedad. La población de Hasa alcanzaba únicamente 200,000 habitantes, pero en conjunto representaba el 40% de la fuerza laboral de la Compañía Petrolera Árabe Estadounidense, ubicada justo ahí debido al valor de la zona por su alta concentración de los mayores yacimientos minerales en el Reino, especialmente en la ciudad de Qatif, de mayoría chiita; su población se encontraba dentro de los sectores menos privilegiados de la sociedad saudita, por lo que los líderes locales mostraban cierta antipatía ante el gobierno de los Saud, incluso antes del ascenso de Jomeini en Irán. La población saudita fue bombardeada con propaganda radiofónica proveniente del otro lado del Golfo, dentro de la cual se denunciaba abiertamente al rey Khaled, a la casa Saud, y a la CPAE, e incitaba a la población de la minoría chiita a la acción en contra de cada una de ellas; las emisiones acusaban a la monarquía de reproducir las mismas conductas maliciosas que derivaran en la deposición del *Sha* en Irán: “el gobierno en Arabia Saudita se viste con ropaje islámico, pero al interior representa el cuerpo, la mente y el terrorismo de Estados Unidos [...] los fondos estatales son utilizados de manera obscena para el despilfarro en la frívola, lujosa y penosa forma de vida de la familia real y su corte”⁶⁶.

El 20 de noviembre de 1979, año nuevo en el calendario musulmán, justo en el contexto de la peregrinación anual a la Meca, sucedería uno de los acontecimientos de mayor impacto para la política futura del Reino tanto al interior como al exterior de sus fronteras. Un grupo de fanáticos religiosos tomó por sorpresa las instalaciones de la mezquita principal después de intentar asesinar al imam Muhammad bin Subayal; el clero⁶⁷ religioso en el Estado árabe era acusado de participar en contubernio con la casa gobernante en sus relaciones con gobiernos occidentales y tildado no

referían a ella como el “Gran Satán”. Unión Soviética, al no haber apoyado de manera directa al gobierno derrocado, tendría el apelativo de “Satán Menor”. Todo ello bajo la lógica de una política de no alineación ni al Este ni al Oeste, ni capitalismo ni socialismo, en dónde sólo el Islam privaba como vía correcta de los quehaceres público y privado.

⁶⁶ Peter A. Iseman; “Iran’s War of Words Against Saudi Arabia”. *The Nation*, 19 abril de 1980, citado en Posner, Gerard; *op. cit.* p. 94.

⁶⁷ A pesar de no existir dentro del Islam una especie de organización religiosa tan rígida y estructurada, como lo es la de la Iglesia dentro del dogma cristiano, así como la escasa paridad del término clero para describir a dos realidades totalmente distintas, utilizaremos el concepto para señalar a los grupos responsables del mantenimiento de la fe en las sociedades musulmanas, sin por ello atribuirles todas las características de un término que nació a la par del desarrollo de la religión cristiana.

sólo como errático, sino hereje. Un individuo tomó el micrófono que minutos antes usara el líder religioso y después de declararse *Mahdi*⁶⁸, incitó a un grupo armado, incluyendo mujeres y niños, a la ocupación del lugar sagrado y el bloqueo de su entrada.

Hasta este punto, los sauditas se habían visto así mismos como los comandantes del mundo musulmán, papel reflejado en su rol como fundadores y anfitriones de la Conferencia Islámica; la expansión de su ideología wahabita como herramienta para contrarrestar la del comunismo, así como su papel de protector de los lugares sagrados del Islam y la inyección de capitales a lo largo y ancho del planeta para constreñir el flujo soviético y al mismo tiempo, alimentar el celo musulmán de acuerdo a los preceptos de su interpretación doctrinaria de la fe de Mahoma, los colocó como líderes regionales en un puesto aparentemente indisputable. Pero la emergencia de un Irán revolucionario con un gobierno de corte islámico, reclamaba esa posición y descubría que su orientación política basada en la convicción religiosa de la corriente chiita, sumaba a un número considerable de personalidades musulmanas y sus respectivas poblaciones a lo largo de los países en los cuales existía presencia de núcleos chiitas. En esta ocasión, Arabia Saudita era amenazada desde el interior por una extraña secta que castigaba la impiedad religiosa de los regímenes conservadores en Medio Oriente. La sorpresa para la familia real fue que habiendo temido durante todos los años ataques de la izquierda, en el clima actual eran vulnerados por grupos de derecha, de orientación conservadora, que se presentaban así mismos como los garantes de una fe pura y revitalizada, alejada de los vicios y flaquezas que se detectaban en la clase gobernante, donde uno de los puntos más criticados era el de su relación estrecha con las fuerzas imperialistas⁶⁹.

Para el rey Khaled, responsable del mantenimiento y la protección de los recintos sagrados del Islam, el intento de asesinato del principal líder religioso, así como la ocupación de la mezquita principal, despertaron el temor de que dichos sucesos sólo fueran el inicio de toda una insurrección en el Reino por los agentes fieles al ayatola. Después de dos semanas de enfrentamientos entre los doscientos rebeldes y las fuerzas armadas sauditas, el orden se restauró sólo para descubrir que los responsables no eran iraníes, como se había pensado, sino mucho peor, el núcleo central lo formaban habitantes del propio Reino que apoyados por algunos egipcios, kuwaitíes, yemeníes y pakistaníes creían en la lucha armada como única forma de derrocar a la monarquía y restaurar una teocracia islámica purista en el Reino; esta visión celosa del wahabismo es similar a aquella

⁶⁸ El retorno del *Mahdi*, la presencia de un mensajero divino que funcione como guía para restaurar los principios de la doctrina islámica sobre la Tierra y traer a la última una época de esplendor dorado antes del fin del mundo, es un punto esencial dentro de la interpretación chiita del Islam. Dicha interpretación es considerada como herética dentro del mundo musulmán sunita, rama de la cual Arabia Saudita es el mayor representante con su ideología wahabita.

⁶⁹ Cfr. Lawrence Freedman; *op. cit.* p. 87.

predicada por Osama bin Laden, líder de *Al-Qaeda*, que enarbola la meta de utilizar la violencia para aniquilar a la familia Saud y retornar a la época dorada del Islam, por lo cual han sido denominados en el argot internacional como fundamentalistas.

Mientras que el interés mundial se centraba en el levantamiento de la Gran Mezquita, la dirigencia saudita ponía la misma atención a otra serie de eventos ubicados a miles de kilómetros de la Meca en Hasa, donde un grupo de rebeldes chiitas salió a las calles para conmemorar la muerte de Hussein, nieto del profeta Mahoma y figura emblemática del chiismo musulmán; el ayatolá Jomeini exhortó mediante transmisiones radiofónicas a la población dentro del Reino de Arabia Saudita, para unirse al levantamiento general en contra de la corrupta y avariciosa familia real. Miles de seguidores del líder iraní se unieron a las protestas tomando las calles principales de la provincia, incendiando autobuses, asaltando negocios y bloqueando las actividades de la CPAE en la zona. Con la bendición del rey, el príncipe Naif, secretario de asuntos del interior, envió a un contingente especial de fuerzas armadas, que después de aplastar a la oposición en seis semanas, decapitó públicamente a todos sus líderes como clara advertencia a los disidentes políticos de que la monarquía no permitiría el desarrollo de rebelión alguna en el futuro. A pesar de no haber representado una amenaza seria a la estabilidad de la familia real, los levantamientos en la Meca y Hasa, incrementaron su sentimiento de vulnerabilidad proveniente del exterior, especialmente a manos del chiismo revolucionario predicado en Irán.

Como resultado, la dirigencia saudita adoptaría medidas en dos frentes distintos para controlar y tranquilizar a los grupos conservadores, en ocasiones fundamentalistas, al interior de su territorio; por un lado, la monarquía se hizo más conservadora en materia de wahabismo, implementando algunas de las peticiones de los insurrectos en la Meca que había derrotado; en principio, la música así como la aparición de mujeres en la televisión fue prohibida dentro de los medios sauditas, todas las tiendas y negocios tenían que ser cerrados completamente durante las cinco oraciones diarias, el Estado retomaría el monopolio en la interpretación y defensa de la tradición wahabita. Por otro lado, la dirigencia saudita se concentraría en cumplir con su responsabilidad sagrada de exportar el wahabismo, declarando abiertamente su intención por no poner límite alguno, ni escatimar costos en la labor de propagar el Islam; una parte importante de los recursos provenientes de la explotación del petróleo se canalizaría en la construcción de miles de centros islámicos, mezquitas y escuelas, alrededor del planeta. El apoyo a causas comprometidas con el celo islámico definiría su nueva forma de política exterior.

La guerra de una década de duración entre Iraq e Irán representó otra grave amenaza para la seguridad de Arabia Saudita; tanto el régimen nacionalista iraquí al mando del partido Baaz, encabezado por Saddam Hussein, como la República Islámica iraní, disminuían su percepción de tranquilidad, poniendo en entredicho la estabilidad de su gobierno. Al mismo tiempo, los dos Estados contaban con capacidades militares superiores a las del Reino y más aún, se consideraban así mismos como jugadores importantes en la región con el objetivo de obtener una posición de liderazgo y supremacía entre sus vecinos en Medio Oriente. Tanto Irán como Iraq compartían reclamos territoriales, cercanos a las fronteras sauditas, que ponían en entredicho la estabilidad de las fronteras regionales; Iraq mantenía durante mucho tiempo el reclamo de soberanía sobre el territorio de Kuwait, a su parecer provincia número 19 de Iraq y extraída de su jurisdicción política por el malabarismo del imperialismo británico, mientras que Irán volteaba la mirada sobre el territorio de Bahrein, específicamente sobre las islas Tumb; sin olvidar mencionar la disputa histórica entre los dos países beligerantes por la definición de fronteras en el área de Shatt al-Arab, motivo por el cual se justificaría inicialmente la agresión iraquí al incipiente régimen de Irán, aún cuando el objetivo del gobierno laico y nacionalista de Hussein era el de eliminar la amenaza de un gobierno islámico al mando del ayatola Jomeini que incitaba a la minoría chiita en su territorio a la rebelión, así como ubicarse en la cima del liderazgo regional contrarrestando el peso político de su mayor rival.

Arabia Saudita percibía a los dos países como poderes regionales que disputaban su posición como representante de los pueblos musulmanes en el mundo y como amenazas potenciales para su seguridad interna; la retórica panárabe de Hussein no resultaba atractiva para la dirigencia saudita debido a que debilitaba la legitimidad de la élite gobernante al ser contrastada por el laicismo del líder iraquí. De la misma forma, el discurso promovido por la República Islámica de Irán, denunciaba al régimen en Riad por su alianza con Estados Unidos e invitaba a la población saudita a denunciar dicha relación. En pocas palabras, el nacionalismo secular iraquí y el republicanismo islámico chiita, se oponían al discurso wahabita, basado en la ortodoxia sunita sobre la cual descansaban los cimientos del estado moderno saudita.

A pesar de lo mencionado, Riad optó por respaldar abiertamente al régimen de Iraq al considerar a Irán como una amenaza mayor a su seguridad, dada la abierta crítica del gobierno del ayatola hacia lo que él consideraba regímenes musulmanes conservadores, así como por su cometido explícito de exportar su experiencia revolucionaria hacia el resto de los países musulmanes. Los constantes disturbios generados por la oposición chiita al interior del Reino

durante la década de los ochentas, representaron un recordatorio de la amenaza que enfrentaba no sólo Arabia Saudita sino otro número de Estados en el Golfo con minorías chiitas, como Kuwait y Bahreín, ante el continuo ataque mediático por parte de las autoridades de la República Islámica; Iraq funcionaría como barrera de contención ante las aspiraciones de expansión del celo de la República Islámica.

Arabia Saudita no se involucró directamente en las operaciones militares de la guerra entre Iraq e Irán, pero proveyó, en conjunto con el resto de las monarquías conservadoras en el Golfo, una cantidad enorme de recursos financieros al gobierno de Hussein para dar solidez a sus esfuerzos. Según estimaciones del rey Fahd, la ayuda económica de Arabia Saudita para Iraq ascendió a 25,700 millones de dólares⁷⁰, repartidos en depósitos en efectivo, concesiones de préstamos, equipo de transporte militar, productos industriales, ayuda en petróleo y programas de reconstrucción y desarrollo. El incremento desmedido del endeudamiento internacional iraquí, producto del financiamiento de su aventura militar en contra de su vecino, provocaría el resentimiento de la dirigencia estatal en contra de aquéllos que habían subvencionado los costos de la guerra y ocho años después exigían el pago de dichos servicios, situación que precipitaría un nuevo conflicto militar a inicios de la década de los noventas, cuando Iraq invadiera Kuwait, imponiendo nuevos retos al *statu quo* regional.

En un intento de movilizar al resto de sus vecinos en el Golfo para considerar la pertinencia de una política común en temas de interés compartido, como lo era la educación, la cooperación económica, pero sobre todo la seguridad militar, Arabia Saudita emprendió la fundación del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) en mayo de 1981, éste incluiría a los Estados de Kuwait, Bahreín, Qatar, Emiratos Árabes Unidos y Omán. Mientras que la cooperación en asuntos de desarrollo económico, social y educativo, entre otros objetivos, eran una motivación extra de la formación del CCG, la dimensiones de seguridad, integridad e independencia eran los objetivos primordiales de sus Estados miembros. Éstas se volvieron vitales especialmente después del éxito de la revolución islámica en Irán y el comienzo del conflicto bélico entre Iraq e Irán; durante los años ochenta, las prioridades de los Estados del CCG se centraron en la cooperación regional, una política de no alineamiento, solidaridad islámica y la promesa de mantener la región exenta de presencia militar extranjera. En declaraciones conjuntas, los miembros del CCG enfatizaron que sus metas se guiaban por la armonía, la cooperación y la colaboración mutuas en materias comunes, removiendo las nociones de unidad económica o integración estructural entre los distintos países

⁷⁰ Madawi al-Rasheed; *op. cit.*, p. 157.

que le daban vida. Para evitar provocar críticas del resto de sus vecinos árabes, los seis gobiernos evitaron toda retórica que implicara la consolidación del CCG como una alianza de seguridad estrictamente militar; los miembros del consejo reiteraron su adhesión a la Liga Árabe y manifestaron que su nueva forma de cooperación no menoscaba en ningún sentido los labores de la misma, sino que solamente era el reflejo de la culminación de toda una década de acuerdos bilaterales y multilaterales entre cada uno de sus miembros para formalizar un orden político de mutuo entendimiento⁷¹.

Dentro del ámbito de la cooperación militar, Arabia Saudita propuso el establecimiento de un sistema de defensa aérea estratégico conjunto que al suponer la estandarización en el armamento de cada uno de los Estados, fue rechazado. Sin embargo, los países del CCG optaron por la creación de una fuerza conjunta de despliegue rápido llamada “Escudo de la Península”, con un contingente armado de 10,000 unidades de los seis miembros y estacionada en la ciudad militar “Rey Khaled”, ubicada en el noreste de Arabia Saudita y bajo el mando de su ejército. Las capacidades militares de Arabia Saudita excedían ampliamente las del resto de los países integrantes del CCG, por lo cual era visto como un intento institucional de expandir la hegemonía saudita en la península al resto de la región. Era obvio desde el principio que el CCG, creado para evitar la expansión de turbulencia social producto de la revolución en Irán y la guerra de este último con Iraq, no tendría viabilidad política o militar sin la presencia de Arabia Saudita, único miembro con capacidades militares modernas suficientes para integrar un sistema de defensa conjunto en la península, a lo que se añadía la influencia económica y política, derivada de su papel como guardia de los lugares sagrados del Islam y sus vastos recursos energéticos.

A mediados de la década, la seguridad de Arabia Saudita se vio amenazada más que nunca a causa del conflicto bélico en la región. Aunque geográficamente el país se encontraba alejado del núcleo del campo de batalla entre Iraq e Irán, las operaciones militares en las aguas del Golfo ponían en peligro la seguridad de sus instalaciones petroleras y sus buques de transporte. Con el objetivo de inmiscuir a las potencias mundiales en la resolución del conflicto, Iraq e Irán llevaron el teatro de batalla a las aguas del Golfo. En 1984 cohetes iraníes golpearon buques petroleros y naves mercantes de Kuwait y Arabia Saudita, aliados de su rival, fuera de la zona de guerra cuando estos trataban de alcanzar puertos en sus respectivos Estados. En lugar de responder a la agresión con un contraataque, Arabia Saudita aumentaría su apoyo económico a los esfuerzos de guerra de Hussein, hecho que no impediría a éste último derribar aeronaves sauditas para presionar un aumento en el

⁷¹ Cfr. María de Lourdes Sierra Kobeh; *Organización y cooperación regional en el Medio Oriente*. UNAM-FCPS, México, 2000, p. 42.

compromiso de la dirigencia a su favor. Al finalizar la guerra en agosto de 1988, sin una victoria clara para alguna de las partes, la monarquía saudita celebró el debilitamiento económico y político de los dos regímenes que habían hipotecado su papel en el liderazgo regional, así como amenazado la estabilidad política y social de su Estado. No obstante, la preocupación ante un Hussein descontento por el alto costo de la guerra y el estratosférico endeudamiento de Iraq, levantó cierta alarma entre el círculo gobernante del país.

Adicionalmente a la inestabilidad regional originada por la guerra entre Irán e Iraq, la denunciada ocupación soviética de Afganistán en 1979, por parte de Estados Unidos, y la consolidación de un gobierno comunista en dicho Estado, produjeron señales de alarma para Arabia Saudita, que siempre consideró al comunismo y Unión Soviética, como enemigos del Islam y amenazas latentes en contra de su seguridad. La ocupación de un país musulmán por parte de tropas soviéticas, confirmó los miedos de la dirigencia saudita. Riad respondió proveyendo todo el apoyo financiero necesario a la resistencia afgana encabezada por los *Mujahidin*, y permitió a sus ciudadanos unirse a la resistencia armada enviándolos a los campos de entrenamiento en Pakistán que nutrirían a los cuerpos de guerreros islámicos, pagando los costos de su traslado y formación bélica. Arabia Saudita jugó un papel fundamental para el fracaso de las fuerzas comunistas en Afganistán, además de aumentar los costos de la campaña para Moscú, al proveer a la resistencia de las tribus sunitas y pastunes afganas, de un número considerable de armamento moderno, igualó las contribuciones económicas estadounidenses inyectando un dólar por cada uno que Washington otorgara a las milicias afganas. Afganistán se convirtió en el mayor ejemplo de la relación estrecha que compartieron Riad y Washington en el mundo subdesarrollado para contener el comunismo; el monto financiero del apoyo conjunto alcanzó en promedio los 1,200 millones de dólares anuales⁷², invertidos en armas, logística y el financiamiento a instituciones religiosas, tanto al interior del Reino como en el exterior, que apoyaran mediática, política e ideológicamente el esfuerzo islámico en contra del comunismo ateo.

El respaldo de la monarquía a la resistencia afgana se convertiría en un problema serio para la dirigencia estatal cuando los ciudadanos sauditas voluntarios regresaran a casa después de la retirada soviética de Afganistán en 1989. Un gran número de ellos centraría su atención sobre su propio gobierno, denunciándolo por el relajamiento en la promoción y protección de los principios ortodoxos del Islam, así como por su alianza inquebrantable con poderes imperialistas e infieles; su entrenamiento militar y preceptos doctrinarios los predispondrían al acercamiento del Islam político

⁷² Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 173.

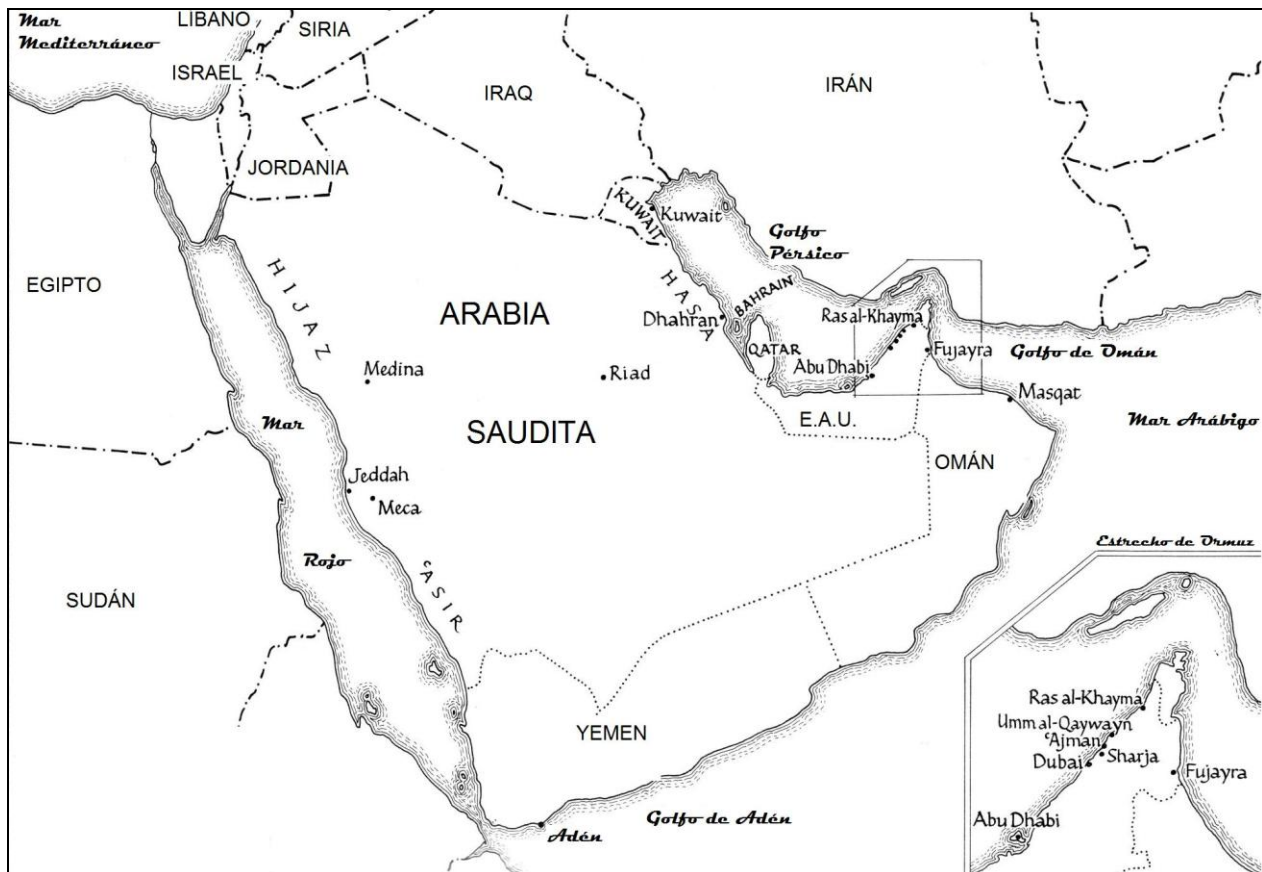
como forma de mejorar el entorno social y la virtud particular de los habitantes del país aun a costa de la violencia, convirtiéndolos en un nuevo dolor de cabeza para la familia real y el mundo entero.

Bajo dicho contexto regional, la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudita a lo largo de la década se vio marcada por una atmósfera de desconfianza por parte de la dirigencia en Riad hacia Washington, debida en gran parte a la escasa habilidad estadounidense por asegurar la estabilidad de su otrora aliado estratégico en Irán; la poca credibilidad en la voluntad estadounidense por respaldar incondicionalmente a sus aliados regionales, levantó sospechas dentro de la familia real en torno a cuál sería la respuesta de la potencia si su seguridad se viera amenazada; esta credibilidad también se vio dañada por el respaldo estadounidense al proceso de negociación de paz entre Egipto e Israel, que minaba los esfuerzos de la comunidad musulmana en conjunto para dar solución al conflicto regional, así como por su insuficiente respuesta ante la invasión de Afganistán por tropas soviéticas o su política de doble rasero durante la guerra entre Irán e Iraq, donde se comprobaba que a pesar de manifestarse del lado del bloque que respaldaba a Iraq, mantenía negociaciones secretas con el gobierno de los ayatolas, involucrando incluso a Israel en el conflicto al usarlo como intermediario para la venta de armas a la República Islámica y reutilizando los fondos para la obtención de beneficios políticos, como la liberación de rehenes en la embajada estadounidense de Teherán o financiar la aventura de “los contras” en Centroamérica. Otro sinsabor lo ocasionarían las restricciones de venta de armamento de alta tecnología para enriquecer el arsenal militar saudita por parte de su aliado estratégico, los bloqueos en el Congreso estadounidense, así como la presión del grupo cabildero pro-judío en Washington, dificultaron el libre flujo de material bélico hacia el Reino, lo que en ocasiones obligó a su dirigencia a optar por el establecimiento de relaciones de cooperación con el gobierno comunista de China, hecho reprochado por la administración estadounidense y que obligaría al presidente Reagan a destrabar toda restricción de exportación de armamento hacia Arabia Saudita.

A pesar de los obstáculos que mellaron en cierta medida la confianza entre ambas partes, Estados Unidos no abandonó su compromiso de protección a la seguridad del Reino de Arabia Saudita durante toda la década, siendo este el aliado regional más confiable del que ahora podía disponer; además de crear la fuerza de despliegue rápido en las aguas del Océano Índico, proveer de armamento de alto nivel al gobierno saudita, reforzar los proyectos de cooperación económica binacionales, consolidar su alianza en la lucha en contra del comunismo mundial y respetar las diferencias políticas, culturales y religiosas del Estado árabe en comparación con los valores enarbolados por la potencia capitalista para legitimar sus aventuras a lo largo y ancho del planeta, el

gobierno de Riad fue respaldado política, económica y militarmente por los principios de la doctrina Carter, que identificaba cualquier amenaza a la seguridad del Golfo, así como del libre flujo de petróleo en la región o a los campos petroleros de Arabia Saudita, como situaciones que ponían en peligro directo a Estados Unidos y por lo cual no dudaría en intervenir, bajo cualquier medio, si fuera necesario. Washington incluso respetó los deseos de la dirigencia saudita por evitar el despliegue de contingentes militares estadounidenses sobre su territorio y mantener en el mayor secreto posible cada uno de los resquicios en donde se desarrollaban relaciones de cooperación entre ambos países para evitar el cuestionamiento a nivel interno de las relaciones que el gobierno en Riad sostenía con la potencia imperial; esta situación no podría perdurar durante la siguiente década, cuando tropas estadounidenses se vieron forzadas a desplegarse sobre suelo saudita para la defensa de su territorio ante una posible agresión de Iraq después de su invasión a Kuwait en agosto de 1990. Un nuevo capítulo de la relación estratégica entre Estados Unidos y Arabia Saudita tomaría forma.

Mapa 3. Arabia Saudita



Fuente: Ira M. Lapidus; *A History of Islamic Societies*. Cambridge University Press, New York, 1988, p. 676.

3. Interdependencia y ruptura: Los cambios, debilidades y retos de la relación Estados Unidos-Arabia Saudita

3.1. La Guerra del Golfo en 1991 y sus consecuencias dentro de la relación

Los estrategas de guerra estadounidenses se habían preparado durante largo tiempo para la defensa masiva del Reino de Arabia Saudita en caso de que su seguridad se viera amenazada desde que el presidente Carter señalara en un discurso su importancia como interés vital de Estados Unidos en 1980¹. La administración Reagan adoptó las intenciones de su predecesor y colaboró enardecidamente para fortalecer con arsenal bélico a su aliado estratégico en Medio Oriente. Aunque inicialmente los planes en ambos gobiernos se habían enfocado en una respuesta hacia la posible agresión por parte de Unión Soviética, a partir de 1989 las administraciones en Washington y Riad comenzaron a considerar la posibilidad de que actores regionales, como el caso de Iraq bajo el mando de Saddam Hussein, amenazaran la seguridad de Arabia Saudita, en especial la de sus campos petrolíferos y desestabilizaran la región en su conjunto. Para el verano de 1990, los planes tramados a lo largo de toda una década serían puestos a prueba tras la invasión del ejército iraquí sobre el territorio de Kuwait.

Un año y medio antes de que se desataran los acontecimientos que reconfigurarían la geopolítica regional por nueva ocasión, la administración de George H. Bush colocó los temas de Medio Oriente como prioridad de tercer orden en la configuración de su política exterior. La implosión de Unión Soviética, la disolución del Pacto de Varsovia y la reunificación alemana concentraron toda la atención de Washington, dejando poco espacio para delimitar objetivos importantes en el resto del globo. Por otro lado, en el mundo subdesarrollado, los acontecimientos desarrollados en Centroamérica y la masacre en la plaza de Tiananmen (China) capturaron el interés de la nueva presidencia, dejando tan sólo un pequeño espacio de atención en cuanto a Medio Oriente se refiere, ocupando el centro de atención el compromiso con los acuerdos de paz en el conflicto árabe-israelí y la protesta constante por la construcción de asentamientos coloniales judíos en los territorios ocupados por Israel desde la guerra de 1967. Nadie habría pronosticado que sería nuevamente la región, la que arrebataría toda la atención de Estados Unidos ante el desarrollo de un

¹ Discurso conocido posteriormente como doctrina Carter, enunciado el 23 de enero de 1980 en Washington con el cual la administración pretendía influir decisivamente en los acontecimientos de la región del golfo, así como la liberación de rehenes estadounidenses retenidos en Irán. Parte importante de esta doctrina recayó en la creación de la Fuerzas militares de despliegue rápido mencionada en este trabajo con anterioridad.

suceso que pondría a prueba a su dirigencia por primera vez sin la presencia de su contraparte histórica en la arena internacional.

Los sucesos de agosto de 1990 no sorprendieron completamente a Estados Unidos como sí sucedió con el resto de los países en Medio Oriente. La agresión iraquí en contra de Kuwait parecía ser no más que un reclamo para forzar a la dirigencia de este último a ajustarse a las cuotas de producción establecidas por la OPEP. En lugar de reducir su cuota de producción, tal y como se había acordado en el seno de la organización internacional después del colapso de los precios en 1986, la dirigencia kuwaití producía más de lo indicado por el consenso internacional de productores del crudo, bajando el precio del mineralpreciado al inundar el mercado con mayores cantidades del recurso. La economía de Iraq fue vulnerada en este sentido al retrasar su salida del estancamiento económico derivado de su aventura militar en contra de su vecino iraní; la dirigencia en Bagdad veía en sus ingresos petroleros una fuente rápida para destrabar su economía, reconstruir su sociedad y asumir sus responsabilidades de pago de créditos internacionales, en donde Kuwait representaba uno de los mayores acreedores. La poca cooperación de su vecino en el sur por disminuir sus niveles de producción para aumentar los precios internacionales del oro negro, así como por perdonar el costo de la deuda por vía de la cual se había respaldado su campaña militar durante toda la década previa, fueron considerados actos de agresión en su contra. A todo ello se sumó el reclamo histórico en torno a la soberanía sobre lo que Iraq consideraba parte de su territorio arrebatado por el imperialismo comercial británico, del cual Estados Unidos resultaba ser comparsa. Con la invasión sobre territorio kuwaití, Iraq controlaría el 19% de todo el petróleo habido en el mundo, un cálculo del departamento del tesoro estadounidense estimaba que con ello, Saddam Hussein se beneficiaría con 20 millones de dólares extras al día.

Pocos anticiparon la violencia que desató la crisis de la economía iraquí. Los líderes regionales minimizaron la amenaza de Saddam Hussein, creyendo que únicamente trataba de disuadir al régimen de Kuwait para que modificara de manera favorable a sus intereses su política de cuotas de producción petrolera; tanto los reyes Fahd de Arabia Saudita y Hussein de Jordania, como el presidente egipcio Mubarak, estimaban que el líder iraquí sólo utilizaba el discurso de agresión para forzar a su vecino a comportarse en favor de la paliación de los problemas que aquejaban su economía; los servicios de inteligencia estadounidense, ruso e israelí coincidían en que Iraq no cumpliría su amenaza de invadir el territorio de su vecino, todos resultaron estar equivocados.

En el momento en que Saddam Hussein invadió Kuwait, el 2 de agosto de 1990, violó la regla no escrita de que ningún país árabe invadiría a otro. Con la caída del gobierno kuwaití en cuestión de horas, la dirigencia saudita temió por primera ocasión que el ejército iraquí de alrededor de un millón de hombres, avanzara hacia el sur con el objetivo de tomar los campos petroleros del Reino, estableciendo un enorme imperio que posicionaría a Iraq como el poder hegemónico en la región. Sin embargo, cinco días previos a la invasión de Kuwait por las tropas iraquíes y a pesar de la aparente calma en torno a las ambiciones expansionistas de Hussein, el secretario de defensa estadounidense Dick Cheney viajó a la península arábiga para encontrarse con el rey Fahd y los príncipes sauditas con mayor peso político dentro de la familia real. La comitiva estadounidense que también incluía a Paul Wolfowitz, Norman Schwarzkopf, Sandy Charles y Richard Clarke², reiteró a la monarquía que el gobierno de George H. Bush estaba dispuesto y preparado para desplegar todos los contingentes necesarios que aseguraran la protección del Reino y de su gobierno; la administración del presidente Bush prometió que las tropas estadounidenses abandonarían el Estado árabe cuando la amenaza iraquí se desvaneciera o el rey lo solicitara³.

Este encuentro desencadenó un debate enardecido entre los miembros de la familia real. Por un lado, una facción de la familia encabezada por el príncipe Bandar, embajador de Arabia Saudita ante el gobierno de los Estados Unidos, y que contaba con el apoyo del monarca, insistía en aceptar la oferta de la elite con la que había forjado buenas relaciones por más de una década, especialmente con la familia del presidente Bush y los miembros del partido republicano. Por el otro, se encontraba la oposición del grupo conservador encabezada por el príncipe heredero de la corona Abdulá, a su vez comandante de la Guardia Nacional, y el príncipe Naif, ministro del interior, quienes insistían en que una vez desplegados sobre el territorio saudita, las fuerzas estadounidenses jamás lo abandonarían, razón que impelía al régimen a rechazar todo acuerdo que incluyera el despliegue de contingentes militares extranjeros sobre su territorio.

Desconocido totalmente para Cheney y su pequeña comitiva, era el hecho de que días antes de su llegada al Reino, Osama bin Laden había tenido un encuentro oficial con príncipes de la casa gobernante para ofrecer los servicios de su ejército *Mujahidin*, fresco aún de su aventura victoriosa en Afganistán, para ubicarse a lo largo de la frontera norte del Reino y proteger las instalaciones estratégicas de la industria petrolera. El argumento principal del líder de *Al-Qaeda* era que ningún

² Todos estos funcionarios volverían a ocupar cargos importantes dentro de la administración de George W. Bush 10 años después, siendo piezas clave de la invasión y ocupación de Iraq en marzo de 2003.

³ La presencia militar estadounidense sobre el territorio del Reino de Arabia Saudita terminó hasta el año 2003, cuando el régimen de Saddam Hussein fue derrotado.

contingente militar musulmán se atrevería a pelear en contra de los guerreros sagrados de Afganistán; pero el hecho de que Iraq ya hubiera violado la confianza de sus vecinos al transgredir la soberanía de Kuwait, dio poca seguridad a la dirigencia del Estado en cuanto a la certeza en la fe de Bin Laden. Ese fue el momento en que la monarquía permitió la visita de los funcionarios estadounidenses para escuchar las ofertas de protección por parte del gobierno en Washington. El rey Fahd daría la espalda a sus hermanos y aceptaría la oferta del presidente Bush, abriendo las puertas de su Estado a tropas consideradas como infieles por la mayoría de la población dentro del territorio árabe. La presencia de tropas occidentales en suelo santo del Islam recordó la época de las cruzadas y el imperialismo en la región, levantando una férrea oposición que menoscabaría la legitimidad de la dirigencia tanto al interior de su país como a lo largo del mundo musulmán⁴. Asimismo, se cuestionaba la incapacidad del gobierno para defender de manera autónoma su territorio de la amenaza representada por su vecino incómodo después de que a lo largo de décadas había gastado billones de dólares en entrenamiento para sus fuerzas armadas y miles más en la compra de armamento de alta tecnología. Todo lo anterior no bastaba aparentemente para dejar de depender militarmente de una potencia extranjera considerada enemiga de los pueblos árabe y musulmán.

La realidad era que el ejército iraquí superaba en número de manera avasalladora al número de hombres en edad de prestar servicio militar dentro de Arabia Saudita; más aún, no obstante que durante las décadas de los setentas y los ochentas, el Estado saudita gastó de 14 a 24 millones de dólares anuales en el ámbito de defensa militar, inversión que representó el 36% de su presupuesto en 1988 y el 20%⁵ de su Producto Interno Bruto a lo largo de esos veinte años, importando alrededor de 52,000 millones de dólares⁶ en mercancía proveniente de la industria bélica entre 1985 y 1992, su poderío no era suficiente para igualar al ejército de Iraq en el campo de batalla. Si bien es cierto que a Estados Unidos no le preocupaba aparentemente quién extrajera del subsuelo los minerales que yacían bajo el territorio kuwaití, situación por la cual se ha llegado a mencionar incluso la posibilidad de que Hussein actuara en la manera que lo hizo tras la aprobación implícita en una charla personal con la embajadora estadounidense en ese país, April Glaspie, quién declarara al presidente iraquí que su gobierno no se entrometería en disputas territoriales entre Estados árabes, lo que incluía su reclamo de soberanía sobre Kuwait, Washington no podía quedarse de

⁴ Cfr. Gerald Posner; *Secrets of the Kingdom. The inside story of the Saudi-U.S. Connection*. Random House, New York, 2005, p. 136.

⁵ Anthony Cordesman; *Saudi Arabia*. Westview Press, New York, 1997, p. 105.

⁶ *Ibid.*, p. 107.

brazos cruzados ante la inseguridad que manifestaba la dirigencia de su aliado regional saudita. Por otro lado, lo que en realidad inquietaba al gobierno estadounidense era la seguridad de la estabilidad de suministros del crudo a nivel mundial proveniente de la región del Golfo.

La nueva crisis que se avecinaba dio al presidente Bush una oportunidad para dejar en claro cómo funcionaría el nuevo orden mundial una vez desaparecido el contrapeso de Unión Soviética y la calidad de bipolaridad en la sociedad internacional se remodelara. Estados Unidos no podía permitir la anexión de un Estado soberano bajo la esfera de poder de otro ya que esto sentaría un precedente desfavorable bajo el esquema de organización mundial que planeaba implantar, el de un orden unipolar estructurado, organizado y protegido por la potencia. Era el momento de demostrarle a la población de todo el planeta hasta dónde llevarían su hegemonía, autonombrándose policía del mundo, sin límite alguno que restringiera acción alguna. Aunado a esto, el gobierno estadounidense consideró la alarma saudita que presagiaba el dominio entero de la región por parte de Hussein si se le permitía apoderarse de los campos petrolíferos de Kuwait y erigirse como baluarte del mundo árabe. No era necesario invadir al Reino para que Iraq desestabilizara el equilibrio de poder en Medio Oriente. Todo condujo a poner en marcha la operación “Tormenta del Desierto” el 17 de enero de 1991.

Seis semanas después del inicio de las operaciones del contingente internacional respaldado por la Organización de las Naciones Unidas, y que contaba con tropas estadounidenses, británicas, canadienses, egipcias, marroquíes, además de los ejércitos regulares de los Estados miembros del CCG, el ejército iraquí fue expulsado de Kuwait, dejando al régimen de Saddam Hussein sometido a la presión de bloqueos y sanciones políticas, económicas y diplomáticas hasta su derrocamiento en 2003. El rol desempeñado por las tropas aliadas dirigidas por el ejército estadounidense fue facilitado de manera inconmensurable por la infraestructura militar saudita preexistente al conflicto armado, el acceso incondicional sobre su espacio aéreo y la relación estratégica de tantos años entre los dos países. Las operaciones “Escudo y Tormenta del Desierto” marcan uno de los puntos de cooperación más elevado dentro de la larga historia de la relación estratégica entre Estados Unidos y Arabia Saudita, los dos Estados se presentaron pública y abiertamente como aliados sólidos con una gran parte de la sociedad internacional respaldándolos, la opinión pública estadounidense favoreció en un 77% la decisión de su gobierno en participar junto a los países árabes para contener el expansionismo de Hussein; en Arabia Saudita la situación sería diferente⁷.

⁷ Se calcula que de los 60,000 millones de dólares que costó la operación “Tormenta del Desierto”, Arabia Saudita aportó 40,000 de los mismos, sufragando gastos de transporte, suministro energético y apoyo logístico para las operaciones en general, y equipamiento apropiado para los contingentes armados de los países subdesarrollados que

El éxito de “Tormenta del Desierto” brindó una oportunidad a los gobiernos Washington y Riad para forjar una mejor relación, los contratos de compras militares se multiplicaron al tiempo que Estados Unidos contaba con un aliado incondicional en la región; la opinión pública estadounidense veía con ojos favorables al país musulmán y el congreso no pudo bloquear ningún lazo de cooperación de Washington con Riad, logrando que la relación tantas veces denunciada en los foros internacionales se legitimara públicamente. Sin embargo, las semillas de problemas futuros se habían sembrado tan pronto como las maniobras militares tuvieron éxito. La supervivencia de Hussein al mando del país agresor y sus continuos intentos por desestabilizar el clima político regional, de manera particular la alianza entre Arabia Saudita y Estados Unidos, durante la década entrante, terminarían por causar malestar en los lazos entre ambos países.

La Guerra del Gofa en contra de Iraq dirigida por Estados Unidos radicalizó a la oposición conservadora dentro del Reino, cuya denuncia en torno a la presencia de fuerzas militares estadounidenses en tierra santa les reportó miles de adeptos. En adición a su crítica por la presencia de tropas extranjeras sobre el territorio saudita para asegurar su protección, figuras como al-Awdah y al-Hawali⁸, líderes del movimiento reformista islámico⁹, recibieron apoyo popular al advertir sobre el poder corrosivo del liberalismo occidental que se dejaba ver por todo el país con la presencia de soldados no musulmanes y sus prácticas ajenas a la tradición local.

La decisión del gobierno de permitir la entrada al país de miles de soldados estadounidenses y de otras nacionalidades para contrarrestar la amenaza que suponía a su estabilidad la ocupación de Kuwait por parte de Saddam Hussein, despertó fuertes críticas por parte de los grupos de la renovación islámica. El gobierno recurrió nuevamente a la *ulema*, tal y como lo había hecho en la década de los veinte para debilitar la rebelión del *Ikwhan* o en 1979 ante la toma de la mezquita principal en la Meca por grupos extremistas, para sancionar su decisión en política exterior ante los acontecimientos regionales como válida, así como autorizar la represión de las críticas en contra del

formaron parte de la coalición internacional. Asimismo, la dirigencia saudita gastó una gran cantidad de recursos financieros para convencer a la opinión pública internacional de respaldar el esfuerzo conjunto en contra de Iraq; Riad abrió una línea de crédito por 4,000 millones de dólares al gobierno ruso, constreñido económicamente por las reformas en su aparato de gobierno y amenazado por el invierno ante el bloqueo del petróleo iraquí en el mercado mundial. Al mismo tiempo, inyectó 1,800 millones a Turquía para la creación de un fondo especial de defensa y dirigió 800 millones hacia Europa oriental para ayudar a los países afectados por la dramática alza en los costos energéticos producto del embargo a la producción petrolera iraquí. El gobierno se endeudó de manera histórica con el objetivo de asegurar su seguridad ante la amenaza de un Iraq fortalecido en el tablero geopolítico regional. *Cfr.* Bronson, Rachel; *Thicker than Oil. America's uneasy partnership with Saudi Arabia*. Oxford University Press, 2006, p. 198.

⁸ *Cfr.* Toby Craig Jones; “Religious Revivalism and its Challenge to the Saudi Regime” en Mohammed Ayoob y Hasan Kosebalaban; *Religion and Politics in Saudi Arabia. Wahhabism and the State*. Lynne Rienner Publishers, Colorado, 2009, p. 112.

⁹ *Salafiya* o renovación islámica; movimiento conservador que busca retomar los principios del Islam de manera ortodoxa para lograr el desarrollo de los pueblos y conservar la pureza de la fe dentro de todas las formas de gobierno.

gobierno por su dependencia hacia la protección de una nación extranjera. Una vez más, el establecimiento religioso oficial respaldó las decisiones del grupo gobernante, lubricando la alianza que diera vida al Estado moderno de Arabia Saudita. Dada la severidad de la amenaza representada por Iraq a manos de Hussein, los miembros de la *ulema* sancionaron públicamente como correcta la decisión en tiempos de guerra de la monarquía por aliarse con Estados Unidos y llamó a la población saudita a mostrar respeto y confianza en la casa gobernante, el liderazgo religioso cedía nuevamente por una cuestión de interés nacional y no tanto del Islam wahabita¹⁰. Después de todo eso, el establecimiento religioso regresaría a su viejo patrón de evitar pronunciarse respecto a la política exterior del liderazgo saudita, pero no paró de denunciar a aquéllos que se oponían a las decisiones del régimen, haciendo un llamado general a la lealtad con las autoridades gobernantes. A pesar de la incansable oposición de grupos conservadores por la alianza de facto que sostenía Arabia Saudita con Estados Unidos, la relación entre ambos Estados se fortaleció e hizo más cercana después de la guerra del Golfo, con la presencia constante de la fuerza aérea estadounidense durante toda la década de los noventa y el apoyo diplomático en las iniciativas de Washington en torno a Iraq o el conflicto árabe-israelí, la monarquía reafirmaba su seguridad basada en el paraguas militar de la potencia mundial. Este aparente reforzamiento geopolítico mostraría sus debilidades al convertirse en causa de inestabilidad social dentro del Reino e hipotecar la supervivencia en el poder de la familia Saud.

Por encima de todas las consecuencias que la guerra trajo consigo, la más trascendente fue el cuestionamiento sobre el derecho del gobierno para ejercer autoridad sobre la sociedad después de haber descuidado el manejo de la economía nacional y caracterizarse por el despilfarro en un sistema de defensa militar que a todas luces resultó ser ineficiente; la incapacidad del ejército saudita para proteger al Estado de la amenaza representada por la invasión de Iraq sobre Kuwait y la consecuente entrada de tropas extranjeras para realizar las acciones de protección del Reino, así como el gasto desorbitado para mantener el esfuerzo del contingente multinacional armado que desató una enorme sangría sobre las finanzas públicas, levantaron las críticas de diversos sectores de la población. El debate giró en torno a los temas relativos de la guerra del Golfo, pero otros que ponían en entredicho las bases del sistema político sobre el cual se fundaba el Estado de Arabia Saudita capturaron la atención pública, denunciando la traición de los principios islámicos por parte de las autoridades estatales, el relajamiento de la fe y la entrada de ideologías ajenas al seno de la

¹⁰ Cfr. F. Gregory Gause III; "Official Wahhabism and the Sanctioning of Saudi-UU Relations" en Mohammed Ayoob y Hasan Kosebalaban; *Religion and Politics in Saudi Arabia. Wahhabism and the State*. Lynne Rienner Publishers, Colorado, 2009, p. 139.

sociedad musulmana, la administración ineficiente de la economía, la incapacidad de las fuerzas armadas para cumplir con sus objetivos y sobre todo, la alianza con el poder imperial estadounidense, que permitía el mal gobierno de la familia Saud. Uno de los puntos más discutidos fue el de la presencia de soldados estadounidenses en suelo saudita y la dependencia del país con Estados Unidos para salvaguardar su seguridad; mientras que la población en general conocía los lazos estrechos que unían a su gobierno con el respectivo en Washington, pocos habían anticipado el despliegue de un contingente militar masivo sobre su territorio, considerándolo humillante y corrosivo para los valores de su sociedad, una violación a los principios islámicos atribuida a la pésima administración de la monarquía.

Las críticas más duras hacia el gobierno de la familia real provenían de los grupos estudiosos de religiosos jóvenes, opositores a la alianza del Reino con Estados Unidos, con la misión de denunciar a las autoridades del país por su ineficacia y poca observancia en el mantenimiento de diversas cuestiones relacionadas con la fe. Las figuras principales de estos movimientos eran el Dr. Safar al-Hawali, decano del Colegio Islámico en la Universidad de la Meca, y el académico Salman al-Awdah, miembro destacado de la Universidad Ibn Saud en Riad. Ambos expresaban su temor ante la amenaza no de vecinos regionales, sino de la influencia y ambición de los países occidentales; las dos figuras eran destacados críticos en el debate dentro de Arabia Saudita acerca de la relación entre Islam, modernidad y Occidente. La Guerra del Golfo había provisto a sus ideas la oportunidad de extenderse dentro del país, así como al mundo entero con el apoyo de los más de 1,500 corresponsales de noticias instalados en el país durante el conflicto armado. En pocas palabras, la guerra sólo había intensificado lo que durante tiempo atrás venía fermentándose dentro de la sociedad saudita, el incremento de la polarización de la opinión pública sobre temas relativos a la modernización rápida del Estado y su relación con Occidente, y su incompatibilidad con la doctrina islámica.

Además del aumento en el tono discursivo de la oposición islámica, la atención del gobierno durante la guerra sobre la campaña militar, creó un clima de apertura política que motivó a miles de habitantes sauditas, ajenos a los grupos conservadores, a levantar la voz en búsqueda de aspiraciones tendientes a reformas que les concedieran mayor libertad en distintos ámbitos de su vida cotidiana. Las peticiones de liberalización política dentro de la sociedad se vieron representadas por una manifestación de mujeres conduciendo sus automóviles a través de las calles de Riad, en protesta de la prohibición que recaía sobre ellas para realizar lo que se considera una acción privativa del género masculino, movimiento que resaltaba la coyuntura como propicia para

presionar al gobierno a realizar reformas estructurales¹¹. El incidente confirmó los temores de la oposición conservadora, que utilizó el acontecimiento para destacar la amenaza a la tradición y moralidad musulmanas asentada en el débil control del gobierno y su escasa preocupación en torno a la defensa de los valores del Islam, radicalizando sus protestas. Uno de los principales elementos de la crítica islamista en contra del sistema, era la denuncia a las autoridades religiosas, principalmente al Jeque Abd al-Aziz ibn Baz, la figura religiosa más eminente en el país por la emisión de la *fatwa*¹² que revestía de legalidad la decisión de la casa gobernante de permitir la entrada al territorio de fuerzas militares extranjeras para su defensa. Ni la victoria rápida del ejército multinacional sobre las fuerzas de Hussein, ni la derrota humillante de las intenciones iraquíes trajeron fin a la crisis política interna desatada por el conflicto.

Durante los primeros meses de 1991, el gobierno se vería envuelto a una época de peticiones de distinta naturaleza. El rey recibiría cientos de cartas pidiendo reformas en los distintos ámbitos de la vida nacional. Una de las primeras cartas, que llamaremos “petición secular” para distinguirla de otra futura, fue firmada por 43 figuras públicas incluyendo antiguos ministros de gobierno, empresarios prominentes, escritores y profesores de universidades; los suscritos al documento proponían entre los puntos más importantes, la creación de un consejo consultivo que congregara a personalidades destacadas de distintos sectores con la finalidad de orientar las decisiones políticas nacionales de manera integral e incluyente, la reaparición de consejos municipales, la modernización del sistema judicial, la promesa de promover la igualdad y la equidad entre todos los ciudadanos sauditas, la apertura política dentro de los medios de comunicación masivos, la reforma del Comité para la Propagación de la Virtud y la Prohibición del Vicio, acusado de un exacerbado fanatismo religioso, y la apertura de la participación de las mujeres en la vida pública dentro del espectro del derecho islámico. Este grupo afirmó su adhesión y lealtad al gobierno de la familia real y a pesar de que sus demandas se concentraban en círculos ajenos a la oposición islamista, no pueden ser considerados secularistas, ya que en ningún momento ponen en duda el fundamento wahabita sobre el cual descansa el Estado saudita, mucho menos cuestionan el ordenamiento religioso que regula a la sociedad, sólo critican aspectos en los cuales el gobierno ha perdido los criterios de igualdad o caído en los excesos de la corrupción y el absolutismo.

¹¹ Las 45 mujeres que el 6 de noviembre de 1990 desfilaron conduciendo sus automóviles por las calles de la capital, fueron arrestadas por la policía civil y las autoridades de la *mutawa* (policía religiosa). Después de ser interrogadas y liberadas bajo la garantía de que serían vigiladas por sus guardianes masculinos, fueron suspendidas de sus trabajos. A pesar de haber perdido su batalla por el derecho a conducir, representan los primeros esfuerzos por parte de la población femenina en el Reino de desafiar abiertamente a las autoridades y pedir la igualdad entre géneros.

¹² Pronunciamiento legal dentro del Islam, emitido por un especialista en ley religiosa sobre una cuestión específica.

En mayo del mismo año, otra carta con un espíritu muy diferente, la cual llamaremos “petición religiosa” fue recibida por el rey Fahd. Firmada por 52 miembros de la oposición islamista, demandaba un número alto de reformas al aparato de gobierno dentro de un marco islámico. Las cuestiones sugeridas abarcaban el rol de la *ulema* y de los clérigos, el sistema de leyes y regulaciones, el aparato judicial y las cortes de justicia, la administración pública, la economía y las finanzas, las instituciones sociales, el ejército y sobre todo, la política exterior; las reformas propuestas en cada uno de estos rubros se referían a la mejor aplicación de la *sharia*¹³ dentro del funcionamiento propio de cada institución, demandando la islamización de la política en Arabia Saudita. Mientras que la primera vertiente de reformistas, aquí catalogados como los miembros de la “petición secular” demandaban la regulación del rol que jugaba la policía religiosa dentro de la vida pública nacional, la carta de los islamistas pedía al gobierno levantar las restricciones sobre los clérigos, escolares y jeques religiosos para intervenir de manera activa en toda esfera de la vida estatal. Por su parte, los islamistas demandaban que la *ulema* jugara un papel de mayor importancia dentro del proceso de gobierno, introduciendo miembros de esta clase en los ministerios públicos, embajadas y agencias nacionales. La oposición conservadora endilgaba al gobierno de la familia real la responsabilidad de permitir el debilitamiento de la *sharia* como pieza fundamental en la administración del país, madre de todos los problemas que enfrentaba el Reino tanto al interior de sus fronteras como allende las mismas. Sus miembros proponían cambios estructurales que menoscabaran el poder de la familia Saud y los intereses económicos vinculados con el imperialismo estadounidense, así como el aumento de la influencia de los líderes religiosos en el gobierno estatal.

Enfrentado a las distintas manifestaciones públicas de descontento, como las dos peticiones previamente descritas hechas directamente al rey, más aún, sermones públicos en las mezquitas criticando al gobierno y cassettes circulando a lo largo del Reino con mensajes adversos a la imagen de estabilidad y eficacia que la monarquía trataba de promover, el Estado se vio impelido a

¹³ El Derecho Islámico (*la sharia*) se deriva de cuatro fuentes principales: 1) el Corán, 2) la Sunna (comportamiento del profeta), 3) el Qiyás (razonamiento analógico) y 4) el consenso o Iymá. De acuerdo a la teoría clásica del Islam, la ley es ante todo de origen divino y como tal ha sido dada de una vez y para siempre. Siendo Dios su autor, no puede cambiarse, revocarse o anularse por nadie, sólo por Dios mismo. Por lo tanto, tiene una validez permanente e inmutable. El califa, o quien en su lugar detenta el poder no tiene más autoridad que la de dar a conocer esa ley y vigilar su cumplimiento. Asimismo, la obligación de los doctores de la ley (la *ulema*) no es legislar o modificar la ley divina, sino sólo descubrirla e interpretarla. Sin embargo, en la práctica la realidad no siempre se ha ajustado al ideal, ya que las primeras generaciones de musulmanes se vieron obligadas a definir normas administrativas, políticas o religiosas para resolver un sinnúmero de casos no explicados por el Corán o no contemplados en él. Todo este representa el marco legal islámico que frecuentemente escuchamos referido como *sharia*. Cfr. María de Lourdes Sierra Kobeh; *Introducción al estudio del Medio Oriente. Del surgimiento del Islam a la repartición imperialista de la zona*. UNAM-FCPS, México, 2002, p. 70.

movilizar su maquinaria gubernamental para sortear el nuevo reto; el primer paso que Fahd tomó para pacificar y contener las voces de la oposición fue el anuncio de tres reformas importantes en marzo de 1992: la Ley Básica de Gobierno, la Ley del Consejo Consultivo y la Ley de Provincias. La primera de ellas invoca el papel de la familia Saud como núcleo central de la sociedad saudita, al mismo tiempo que reafirma al Reino como un Estado soberano árabe e islámico y reitera el derecho de la familia real a gobernar dinásticamente para proteger los lugares sagrados del Islam, establece que los recursos económicos del país son sacrosantos y propiedad del Estado, que debe administrarlos de manera adecuada sin permitir actos de corrupción, el gobierno se hace responsable al mismo tiempo de la protección de la propiedad privada, garantizando la prohibición de confiscaciones públicas arbitrarias. Por otro lado, la creación de un Consejo Consultivo fue una respuesta directa a las demandas de la elite profesional para participar en las decisiones gubernamentales sin precisar de una orientación religiosa conservadora, los tecnócratas y universitarios formados en el extranjero auspiciados por los recursos provenientes de la bonanza petrolera de la década de los setentas, exigían la participación activa de sus miembros en el diseño de las políticas estatales, corrigiendo lo que ellos consideraban una sobrerrepresentación de los intereses religiosos en la administración pública. Adicionalmente a estas dos leyes, la Ley de Provincias tenía por objetivo distribuir las labores de gobierno en distintos niveles a través de gobernadores provinciales para supervisar de manera regional los distintos sectores administrativos dentro de la sociedad. Esta ley intentaba frenar las prácticas de corrupción rampantes en el nivel regional, así como establecer controles férreos sobre los recursos financieros.

Las reformas del gobierno fueron acompañadas con el aumento del control estatal a través del uso de la violencia en contra de los grupos sospechosos de disidencia. El ministerio del interior y los servicios de inteligencia fueron movilizados para contener cualquier actividad considerada una amenaza para la seguridad del Estado, lo que incluía la supervisión de cualquier discusión pública y de sermones o predicaciones en las mezquitas, así como la prohibición de la circulación de la literatura y cintas de audio de los grupos opuestos al gobierno con contenido hostil hacia este último o críticas a la elite gobernante.

La Guerra del Golfo revitalizó a los grupos opositores en el exilio, quienes criticaban a la familia gobernante por su manera ilegítima de gobernar. Con una fuerte retórica islamista, el Comité para la Defensa de los Derechos Legítimos en Arabia Saudita (CDDL) y posteriormente el Movimiento para la Reforma Islámica en Arabia Saudita (MRIA), utilizaron los medios de comunicación disponibles en el resto de los países occidentales para lanzar alrededor del mundo

una campaña regida por un lenguaje crítico en contra del gobierno dentro del Reino. Con ayuda de la internet y de distintas cuentas de correo electrónico, consiguieron adentrarse en la opinión pública saudita sin necesidad de arriesgarse a ser detenidos y otorgando a su lucha la libertad, en ocasiones el libertinaje, que ofrece la escasa regulación de las redes globales. A través de su campaña, estos movimientos adoptaron un discurso reformista y no revolucionario, llamando al establecimiento de un régimen islámico que no descuidara la defensa del país tal y como lo había hecho el grupo gobernante. Sus demandas no diferían en ningún sentido de aquellas hechas previamente por la oposición conservadora islamista dentro de las fronteras del Estado árabe, pero su gran capacidad de organización a través del planeta, los distinguió como los voceros de la corriente reformista de Arabia Saudita en el mundo entero. Ambos movimientos cuentan con portales en internet que denuncian abiertamente a la familia Saud, destacando en su absolutismo, arrogancia y estilo personal de hacer política, condiciones contraproducentes para el desarrollo de la sociedad saudita. Más aún, califican al gobierno real de tener un sentimiento de inferioridad en sus relaciones con el mundo occidental, así como la inclinación a confiar en el dinero como la mejor solución a todo problema. En sus palabras, “el dólar se ha convertido en la repuesta ante cualquier situación”, la familia Saud se ha encargado de manejar a través del soborno y el cohecho tanto a la opinión pública interna, como la de sus comparsas en la arena mundial, así como para silenciar todo tipo de crítica a su autoridad y construir alianzas con poderes extranjeros¹⁴.

En adición a los esfuerzos del CDDL y el MRJA, Arabia Saudita hallaría el reto de una oposición islamista más radical, asociada con el grupo de Osama bin Laden y conocida con el nombre de Comité de Consejo y Reforma (CCR). Bin Laden era miembro de una familia saudita millonaria que hizo su fortuna en el negocio de la construcción durante la etapa de modernización del Reino, convirtiéndose en grandes prestadores de servicios al Estado en diversos proyectos de desarrollo de infraestructura. Su carrera política inició en Afganistán, donde apoyó económicamente a la resistencia afgana en su lucha contra el ejército soviético en la década de los ochentas; Bin Laden utilizó su riqueza personal para financiar a los voluntarios sauditas y árabes en general, ansiosos de tomar parte en la resistencia islámica, para unirse a las fuerzas afganas, así como el financiamiento de campos de entrenamiento y casas de estancia para los “combatientes sagrados”, siendo *Al-Qaeda* (“La Base”) el más conocido de ellos. Sus actividades fueron aceptadas inicialmente dentro de Arabia Saudita, quien era al mismo tiempo el mayor proveedor de recursos financieros para la resistencia armada en apoyo conjunto con el gobierno estadounidense, pero

¹⁴ Madawi al- Rasheed; *op. cit.*, p. 182.

después de los acontecimientos regionales de 1991, su influencia al interior del Reino constituía una seria amenaza para la estabilidad de la elite gobernante.

Al igual que el resto de los islamistas al interior del país, Bin Laden protestó ante el despliegue de tropas estadounidenses sobre territorio del Reino, desafiando públicamente la decisión de la casa gobernante e invitando a la población a denunciar la incapacidad de la familia Saud para defender la integridad del Estado. Las críticas recurrentes al gobierno por su forma de hacer política exterior, centrando sus denuncias en torno a la alianza con el país imperialista, obligaron a las autoridades a retirarle su ciudadanía en 1994, mandándolo al exilio, desde donde intensificaría sus esfuerzos por fortalecer un movimiento de oposición internacional en contra de la familia gobernante y de manera central, su alianza estrecha con Estados Unidos.

Ni las reformas hechas al aparato de gobierno estatal, ni la creación del Consejo Consultivo a principios de la década de los noventas, fueron suficientes para silenciar las voces de la oposición islamista. El país ha experimentado varios ataques terroristas en contra de objetivos gubernamentales y de manera particular, de aquellos relacionados con la influencia estadounidense dentro del Reino. En 1996, un conjunto de explosivos fue detonado cerca del complejo habitacional donde residía una misión militar estadounidense en Riad. El atentado en las torres al-Khobar, arrebató la vida de varios soldados estadounidenses, sumándose a otro tipo de incidentes en los cuales se reporta la agresión local en contra de extranjeros confundidos con ciudadanos de Estados Unidos, relacionados directamente con las actividades de la red de *Al-Qaeda*. El reto ante una emergente oposición islamista más radical que la acostumbrada al inicio de la década, impactaría de manera sólida, los lazos de unión que habían atado a los gobiernos de Estados Unidos y Arabia Saudita en tantas campañas comunes. La injerencia estadounidense al interior del Reino con el despliegue de enormes contingentes militares, era algo nuevo para la opinión pública saudita a pesar de la larga vida con que ya contaba la alianza estratégica entre ambos gobiernos.

La animadversión antiestadounidense dentro del sentir general del pueblo saudita, alimentada por las denuncias de corrupción, mal gobierno y poco celo en el resguardo de los principios de la fe islámica, atribuidas por los movimientos opositores en contra de la familia gobernante, complicaron la forma en que ambos Estados desarrollarían sus relaciones. Por un lado, Washington reiteró su compromiso de proteger militar, económica y políticamente tanto al Estado de Arabia Saudita como a su elite gobernante de manera particular; el país árabe representaba su más fiel, y en ocasiones único, guardián en Medio Oriente. Los servicios que la familia Saud había reportado para la concreción de intereses estadounidenses específicos y su continuidad, eran

invaluables para los encargados de la política exterior en Estados Unidos, lo cual les impedía abandonar a su propia suerte el destino de la casa gobernante. Además, cualquier cambio en los patrones de poder al interior de Arabia Saudita, fuera por la vía de una rebelión o una oposición encumbrada democráticamente, ponía en entredicho la continuidad en la conducción conjunta de diversos temas y la consecuente satisfacción de intereses futuros que pudiera requerir la potencia hegemónica mundial.

Una cosa era segura, cualquier gobierno sustituto de la casa Saud, sería contrario a los intereses de Estados Unidos en la región, más conservador en las cuestiones relativas a la religión, y menos inclinado a las alianzas con poderes extranjeros. Estados Unidos estaba obligado a cuidar la estabilidad de la elite gobernante en Arabia Saudita si pretendía evitar disturbios que alteraran el equilibrio de poder en Medio Oriente y el *statu quo* regional. Por ello se comprometió a resguardar no sólo la integridad territorial del Estado ante amenazas provenientes de una tercera parte, sino a trabajar de manera conjunta con las autoridades en el Reino para contrarrestar los efectos e influencia de las distintas acciones organizadas por la oposición islamista que minaban su perdurabilidad al mando de la sociedad saudita.

Irónicamente, dicha decisión representó el mayor dolor de cabeza al interior de sus fronteras para la familia Saud, cuestionada incansablemente por su alianza con un poder hereje e imperialista, interesado en explotar la debilidad de los Estados en la región para imponer su hegemonía a lo largo del planeta. Washington y Riad emprenderían la empresa conjunta de resistir los embates de la oposición conservadora para resguardar los intereses particulares de cada una de las elites al mando de los gobiernos de ambos Estados. Arabia Saudita aceptaría la cercanía de Estados Unidos para mantener su posición de poder al interior de su país, mientras que Washington velaría por la estabilidad de un pacto que le había reportado beneficios incuestionables desde la segunda postguerra mundial. Sin embargo, el tiempo demostraría que dicha situación era insostenible; si ambos deseaban cumplir con sus respectivos cometidos, tendrían que hacerlo por separado, ya que su unión era la semilla de todos los males que aquejaban la inestabilidad de Arabia Saudita. Más aún, esta relación desencadenaría una serie de acontecimientos que impactarían de manera global la estabilidad del orden internacional.

3.2. Descontento social: La amenaza a la legitimidad de la familia Saud ante la crisis interna

La crisis interna que presenta la monarquía está lejos de reducirse únicamente a la crítica en torno a su alianza con la potencia imperialista. En la actualidad se aprecia un debate al interior de los diversos grupos sociales que conforman el Estado en Arabia Saudita, estancados en la discusión entre los conceptos de tradición, modernización e islamismo; este núcleo central despliega un número amplio de problemáticas particulares que ponen en entredicho la estabilidad del grupo gobernante, así como la del país en su conjunto. El dilema que se plantea al interior del Reino es el de compaginar las demandas de los diferentes grupos sin perder el apoyo de los *ulema* oficiales y sin radicalizar las posturas de los grupos reformistas, principalmente las de los islamistas radicales, dentro de un entorno que amenaza con reestructurar el balance de poder al interior de la sociedad¹⁵.

Los excesos de la corrupción, plasmados en una inequitativa distribución de la riqueza, ensanchan la brecha económica entre los distintos grupos de individuos al interior del país; la mala administración de los fondos financieros provenientes de la explosión económica que se produjo en las décadas de los setentas y ochentas a consecuencia del aumento en el precio de los hidrocarburos, ha fragmentado a la población del país de manera evidente. Las divisiones de este tipo se reproducen en dos esferas distintas, la étnica y la confesional. El desarrollo desigual de las regiones que forman parte del Estado responde de manera directa a la imposición de un discurso oficial y hegemónico, de corte wahabita, que descuida de manera intencional a grupos ajenos a su lógica por expresar su espiritualidad de manera diferente. Este es el caso de la población chiita asentada en la provincia oriental de Hasa, irónicamente, la región de la cual se extrae el mayor número de recursos minerales del subsuelo en todo el país.

Algunos pueblos y ciudades en esta área, como Qatif, Sihat, Tarout y Safwa, son habitados al 100% por población chiita. Históricamente, sus habitantes han permanecido silenciosos ante el gobierno de la familia Saud y el sistema religioso wahabita, al cual se le permitió libremente propagar un sentimiento anti-chiita lleno de odio como base fundacional del Estado. Países vecinos cuentan de igual manera con poblaciones chiitas mayoritarias, incluyendo a Bahreín, que cuenta con un 65% de ésta, gobernada por sunitas, e Iraq, con un 60% de población que predica dicha confesión e igualmente gobernada por sunitas hasta el derrocamiento de Saddam Hussein en el 2003. De acuerdo a censos del gobierno de Arabia Saudita, la población chiita en su provincia oriental representa un 55% del total de habitantes de la misma. Las enormes cantidades de reservas de petróleo en la región que pudieran haber sido aprovechadas en beneficio de su población, han

¹⁵ Alejandra Galindo Marines; “Los dilemas en el Reino de Arabia Saudita” en Manuel Ruíz Figueroa (coord.); *El islam y Occidente desde América Latina*. El Colegio de México, México, 2007, p. 285.

sido más bien, la mayor contribución a la persecución sistemática de sus miembros. La represión económica y política de estas comunidades se convirtió en un imperativo para la familia real y las autoridades religiosas con el objetivo de evitar que la concentración de poder en sus manos, pudiera representar algún tipo de rivalidad para la hegemonía del régimen oficial en la industria petroquímica. Mientras que la enorme riqueza derivada de la explotación del oro negro condujo a un desarrollo económico sin precedentes a lo largo del país, las áreas habitadas por población chiita permanecieron ignoradas y alejadas de la prosperidad; pobreza, hambre y mendicidad caracterizaban al que se considera el grupo social más desatendido al interior del Reino¹⁶.

El contraste en niveles de desarrollo deriva, de igual manera, de una política de desarrollo económico centrada en la importancia de las urbes o ciudades portuarias por encima de los asentamientos poblacionales localizados al interior de la península. Ciudades como Riad, la capital, Medina y la Meca impresionarían a cualquier habitante del planeta por contar con infraestructura de alto nivel, así como un paisaje envidiable debido a la planeación arquitectónica que ha seguido el desarrollo de dichas ciudades. El mismo caso se puede encontrar en la ciudad portuaria de Jeddah, importante desde épocas otomanas para la comunicación del país con el exterior; sin embargo, este panorama generoso no se halla a lo largo y ancho de toda Arabia Saudita. Si bien es cierto que dicha condición no es exclusiva del Reino árabe, sino más bien propia del sistema capitalista imperante a nivel mundial, que repites esta situación dentro de cada uno de los Estados de la sociedad internacional y más aún, entre cada uno de los mismos, el ciudadano saudita comienza a cuestionar dicha disparidad centrada en la desigualdad entre cada una de las partes componentes de la sociedad, entrañando peligro a las autoridades gobernantes, y enfrentándolas con un reto que no tuvieron que encarar durante los primeros años de vida del país.

Por otro lado, la última generación de jóvenes dentro del Reino ha crecido con una dieta informativa rica en contenido proveniente de la televisión satelital e internet. Inevitablemente, sus miembros comparan y contrastan el desenvolvimiento lento de la vida local con la escasa frugalidad y exotismo del mundo externo que se presenta a sus ojos a través de las pantallas llenas de propaganda occidental. La expansión galopante de la mundialización del modelo neoliberal a nivel global idealiza un estilo de vida materialista y hedonista que pretende conquistar el imaginario social de las colectividades como vía de cosificación y alienación que favorezcan un ordenamiento planetario garante de la seguridad del capital “sacrosanto”. El imperialismo cultural imponente e impuesto trastorna todo valor ajeno a la lógica imperante, reduciendo los conceptos de tradición a

¹⁶ Cfr. John R. Bradley; *Saudi Arabia exposed. Inside a kingdom in crisis*. Palgrave Macmillan, New York, 2005, p. 78.

meros clichés carentes de sentido práctico. Es innegable que la población saudita imbuida por el ataque de los medios masivos de información, rompe su lazo con los fundamentos conservadores sobre los cuales se asienta la legitimidad del Estado; no obstante, una porción mayor de dicho público responde al estímulo de la propaganda neoliberal con actitudes radicales que denuncian la herejía y el chantaje de los contenidos foráneos. Cualquiera de las dos reacciones constituye un reto a la dirigencia estatal, atrapada entre la liberalización, el conservadurismo y el fanatismo de su población, sin poder dar un paso en favor de alguna de las partes sin dañar directamente a la otra. Por más de siete décadas, generación tras generación, los sauditas han crecido con la enseñanza de la escuela wahabita que denuncia a occidente como la fuente de todo mal. Al mismo tiempo, han sido obligados a aceptar que la supervivencia del Estado, su élite gobernante y el desarrollo de la infraestructura necesaria para la modernización del Reino, son totalmente dependientes de su cooperación íntima con los países occidentales, particularmente Estados Unidos. Cómo reconciliar el orgullo, en ocasiones arrogancia, del espíritu islámico con la aceptación implícita de su debilidad y dependencia ante las potencias capitalistas.

Todo se complica cuando la lealtad de las distintas tribus incorporadas a la esfera de dominio político del Reino parece debilitarse y en algunos casos resquebrajarse. Dentro del proceso de formación y consolidación estatal, los diferentes grupos familiares tribales sometidos a la hegemonía de la casa Saud, balancearon la desventaja de erosionar gradualmente sus costumbres, tradiciones locales e independencia política a favor de la ideología wahabita y la autoridad saudita, con las ventajas que traería el supeditarse a la soberanía del Estado que posee más de una cuarta parte de las reservas mundiales de petróleo, lo que se tradujo en la construcción de escuelas, hospitales, caminos y la introducción de energía eléctrica. La conveniencia de ser parte beneficiaria del proceso modernizador dentro de la península, convenció a los clanes familiares a jurar lealtad a la casa gobernante. Sin embargo, existe una enorme diferencia entre comprar lealtad y ganarla, la escasez de recursos para inyectar nuevos alicientes que prorroguen el lazo de conveniencia que mantiene la cohesión del ente estatal, obliga a la monarquía a encontrar medidas de conservar relaciones llevadas en buenos términos con las distintas partes integrantes de lo que se considera la nación saudita. Evitar la rebelión es mejor que derribarla, no porque el Estado sea incapaz de hacerlo, sino por el mensaje que se enviaría a la ciudadanía en general. Sin dinero suficiente para comprar lealtades o invertir en proyectos que atemperen las animosidades, los Saud enfrentan el fantasma de la desintegración nacional¹⁷.

¹⁷ Cfr. *Ibid.*, p. 57.

Los estereotipos orientales de quienes nos encontramos en otro continente, ajenos a la realidad política y social de las comunidades en Asia y África, distorsionan la complejidad del enredado sistema tribal existente en Arabia Saudita. Las relaciones de lealtad en torno al jefe tribal asentadas en la herencia islámica de los grupos que habitaban la península arábiga, comenzó a desaparecer durante el auge petrolero del Reino durante la década de los setentas. Durante ese período, una nueva identidad nacional comenzó a surgir auspiciada por los beneficios del desarrollo de la economía saudita. Sin embargo, el sentimiento de identidad con el país fue débil, y en ocasiones incluso sabotado y contrarrestado por la misma casa real al centrar su estrategia de consolidación hegemónica en la incondicionalidad política de las tribus. Al colocar la lealtad de los jefes tribales por encima del desarrollo de la identidad nacional, los primeros obtuvieron beneficios directos de las agencias gubernamentales, consolidando así su posición de privilegio por encima del resto del grupo que representaba y atando la lealtad de los últimos a su figura y no a la del monarca saudita. Al mismo tiempo, las alianzas políticas entre los jefes tribales y las autoridades oficiales se reforzaron a través del maridaje de miembros de la familia real con distintos personajes de trascendencia regional, asegurando el acceso de estos a cargos públicos dentro de la dirigencia nacional¹⁸.

Los excesos de la corrupción y la creciente disparidad en la distribución de la riqueza representan dos de los obstáculos mayores para el desarrollo integral y armónico del Reino, ambas cuestiones hipotecan de manera directa la legitimidad de la casa real ante su aparente incapacidad por resolver las contradicciones de sus fundamentos políticos, amenazando la continuidad de su mando sobre la sociedad saudita y dando oportunidad a la fragmentación del Estado. Otro de los retos importantes descansa en la escasez de empleos a lo largo del Reino. Existe un número alto de personas sin las capacidades y preparación necesarias para la ocupación apropiada de plazas laborales, así como miles de sauditas que exceden dichos requerimientos pero no logran conseguir un empleo acorde a sus habilidades. Con tantos jóvenes entrando sin rumbo cierto en la adultez, con pocas oportunidades de conseguir un empleo decente, gobernados por una élite alineada a Estados Unidos, a quien se les enseña a odiar y responsabilizar por las penurias que sufren los pueblos musulmanes alrededor del orbe, el palestino en particular, el llamado de los grupos islamistas radicales no cae en oídos sordos. El subconsciente de la juventud saudita, adoctrinado por la línea conservadora wahabita, yace en la mente de sus miembros como combustible acumulado en recipientes no adecuados esperando sólo una pequeña chispa para iniciar su combustión. El colapso

¹⁸ *Ibid.*, p. 66.

del Estado paternalista al cual la sociedad saudita se acostumbró en la década de los setentas puede convertirse en el motivo de la ignición. El Islam político ofrece a la población un sentimiento profundo de seguridad y unidad, un conjunto de creencias estables a partir de las cuales juzgar el entorno interno cambiante y retar al mundo externo hostil; la propuesta del integrismo islámico, resguardada en la promesa de un retorno a los tiempos de bonanza económica, científica y política, pero sobre todo espiritual, es la única salida posible para miles de personas hundidas en la miseria y resentidas con el gobierno.

La explosión demográfica en la década de los ochentas ha transformado la pirámide poblacional del Reino. Actualmente el 60% de la población se encuentra en el rango de 15-64 años de edad con una esperanza de vida al nacer de 76 años en promedio, su tasa de natalidad es una de las más altas en la región, ocupando el lugar 69 a nivel mundial¹⁹. La media poblacional se localiza en los 22 años de edad, siendo el grupo más significativo en cada ámbito de la vida del país árabe y el que más problemas puede traer a la estabilidad política del país. La gran pregunta yace sobre la decisión de este grupo en torno a cuál de las distintas opciones políticas cederá su apoyo, si a la casa de la familia real en su intento de reformar lentamente las bases de gobierno nacional, a los grupos radicales con el objetivo de derrocar a la clase gobernante ó al número limitado de liberales que exige reformas rápidas para crear las condiciones políticas y sociales que los jóvenes necesitan para expresar sus ideas y satisfacer sus necesidades. Para muchos jóvenes la respuesta aún no es del todo clara. Pero lo que en realidad preocupa es que la mayoría está inclinada a escoger el lado de los radicales.

Por su parte, la familia Saud está imposibilitada para continuar con su papel histórico de proveer a su población “desde la cuna hasta la tumba”, de los servicios necesarios para el desarrollo armónico de su pueblo. Los sauditas han dejado de disfrutar cada uno de los beneficios que gozaron gracias a las altas ventas del petróleo durante los años setenta (atención médica de alta calidad, educación gratuita, empleo garantizado y desarrollo de infraestructura urbana). La existencia de una política de educación fallida, la falta de motivación y el exceso del flujo de mano de obra migrante proveniente de diversos países asiáticos, dispuesta a soportar los abusos y condiciones de trabajo draconianas imperantes en el Reino, significan que las perspectivas de los ciudadanos sauditas de conseguir empleos ajenos a los de limpieza y servicios públicos, son limitadas. Las pretensiones del

¹⁹ México ocupa el 120 y Estados Unidos el 129; en el número 1 encontramos a los Emiratos Árabes Unidos. Los primeros 100 lugares de un total de 234 son ocupados por países subdesarrollados. CIA; “The World Factbook-Saudi Arabia”. Consultado en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/sa.html> el 7 de septiembre de 2009 a las 07.49 hrs.

ciudadano promedio, acostumbrado a observar cierto tipo de trabajos como degradantes y sólo aptos para los migrantes extranjeros, son otro obstáculo para la ubicación de estos dentro del ámbito del ejercicio profesional; por otro lado, dichas pretensiones no son acordes al poco nivel de preparación con que cuenta la mayoría de la población en edad de ser empleada²⁰. Hay muy pocos sauditas cualificados para desempeñarse en posiciones técnicas o administrativas, lo que deriva en la continua dependencia en expertos extranjeros que viven en complejos habitacionales aislados de la vida cultural endógena y puestos bajo la mira del fanatismo religioso.

Los resultados de las transformaciones sociales relativos a la explosión demográfica, la urbanización masiva de la sociedad y la crisis de desempleo, guardan un potencial desestabilizador de los fundamentos sobre los cuales se asienta el control social impuesto por el Estado, representando un cambio en las vías tradicionales de reproducir las conductas y patrones de comportamiento convenientes al gobierno y al desarrollo del país. El debilitamiento de las autoridades tribales, consecuencia de la urbanización de la vida diaria, ha impactado de igual forma la autoridad paterna dentro de los hogares sauditas, hipotecando la capacidad de la sociedad en su conjunto de garantizar la perdurabilidad de valores invaluable en su estilo de vida y la reproducción de los mismos.

La apertura mediática juega un papel fundamental en este problema, abriendo nuevas formas de expresión dentro de los televidentes no necesariamente coherentes con la religión que predicán. Así, actualmente el Reino presencia una ola de crimen urbano caracterizado por la violencia, el robo y las prácticas inmorales del alcoholismo y la prostitución. Una parte de la juventud saudita ha renunciado a la sumisión con el Estado cuando éste parece incompetente en la satisfacción de sus intereses, e inmerso en un sistema que más que recompensar el éxito y trabajo personales, se orienta por las conexiones familiares y los favores prestados a la élite en el poder. Sin embargo, como se ha venido apuntando, la mayoría de la población ha adoptado un posición contestataria y de desprecio ante la degeneración evidente de los principios fundamentales del Islam. Este grupo inspirado en el dogma wahabita, incluso enarbola una oposición radical que llama a la “guerra santa” en contra del vicio y la ineficiencia del gobierno nacional. En el pasado esta tendencia fue aplaudida por las autoridades políticas y religiosas del Reino que exaltaban las virtudes y el valor de los jóvenes enlistados en las guerrillas islámicas de Afganistán y Chechenia, pero ahora han volteado su atención al frente doméstico. La combinación del dogma islámico conservador, odio a la impiedad mostrada por los poderes occidentales, pobreza y la percepción de una élite gubernamental corrupta

²⁰ A pesar de que las estadísticas oficiales en torno al número de desempleados en Arabia Saudita no están disponibles, el número se estima en alrededor del 35% de la población. *Cfr.* John R. Bradley; *op. cit.*, p. 143.

al servicio de Estados Unidos, han creado un monstruo incontenible en las entrañas del Reino de Arabia Saudita.

La familia Saud ha tratado de contrarrestar cada uno de los elementos sobre los cuales yace su posible muerte. No obstante la necesidad impostergable de generar cambios que permitan apaciguar las tendencias radicales que abogan por un cambio de régimen, el gobierno real debe ser cauto al introducir las reformas políticas y económicas dentro de su sociedad. No se debe olvidar que una vez que el “genio” de la democracia es puesto en libertad, las implicaciones pueden disparar en contra de aquellos que pretendían beneficiarse de su liberación. Permitir el florecimiento de la democracia implica favorecer la apertura del debate público, el cuestionamiento de las formas de gobierno y la competencia de ideologías ajenas a la lógica de la élite gubernamental, sean estas liberales o fundamentalistas. Retractarse una vez propuestos dichos cambios implicaría la denuncia de la hipocresía y sólo enardecería más los ánimos, radicalizando las distintas posiciones de la oposición. Por más que la maquinaria estatal saudita trate de convencer a la opinión pública mundial de la unidad de su pueblo y gobierno, y por más que se califiquen como un poder benevolente, paternalista, gobernando a favor del desarrollo y la protección de su pueblo, la realidad es distinta.

Es innegable que la monarquía ha encontrado desde sus inicios la fórmula para compatibilizar el hecho de ser una fuerza centralista y controladora de la modernización del Reino sin menoscabar en ningún sentido las tradiciones de su pueblo, y representar de manera constante un aliado estratégico fundamental para la seguridad de Estados Unidos. Al mismo tiempo, ha sostenido un estilo de vida poco adusto y corrupto, pero que mantiene constreñidos los esfuerzos imperialistas de su aliado por influir de manera excesiva en la política interna de su Estado, a la par que cuenta con la confianza y el apoyo de las autoridades que conforman el establecimiento religioso wahabita del país, sin importar que este último invite a la comunidad musulmana a la destrucción de la impiedad entrañada en el gobierno estadounidense; incluso ha obtenido durante muchos años el respaldo de sus ciudadanos al manejar una política paternalista que hace lucir su gobierno como responsable y justo más que corrupto y oportunista. Cualquiera puede considerarse defensor y propulsor de la democracia, y aún así impresionarse por la manera delicada en que la casa Saud ha obtenido un balance justo que facilite su perpetuación en el poder del Estado que ellos crearon, así como su capacidad para convertirse en jugadores importantes del tablero mundial e indispensables para la potencia imperial. La sagacidad, si no necesariamente la sabiduría, de la casa gobernante debe ser reconocida.

Nada de lo previamente mencionado implica la negación de todos los problemas a los cuales se enfrenta actualmente el Estado árabe, mucho menos de la amenaza que se cierne sobre la supervivencia del *statu quo* que actualmente lo conforma. Dicha condición no sólo entraña preocupación para las autoridades y la familia gobernante, sino de manera especial a Washington. Es cierto que el país de las barras y las estrellas preferiría mantener relaciones con un gobierno más liberal y afín al dogmatismo de la democracia estadounidense, no obstante, los beneficios a los cuales ha sido acreedor por el funcionamiento interdependiente de su relación con la casa Saud, se verían comprometidos con un cambio de gobierno, sea cual sea la corriente política que adquiriera la preponderancia en la dirección de la política estatal saudita, como ya se ha señalado durante esta investigación. En una región acostumbrada a un sinfín de teorías conspirativas, existe la creencia de que algunas facciones liberales al interior del Reino son auspiciadas por grupos de interés estadounidenses para desestabilizar la autoridad de la familia real, estos grupos reciben además del apoyo mediático a nivel planetario, centrado en la denuncia de las prácticas autoritarias del gobierno saudita, recursos económicos para solventar su campaña de oposición al interior de la península.

Hay quienes incluso creen probable un intento estadounidense de apoyar movimientos autónomos al interior de Arabia Saudita para ejercer un control imperial directo sobre los grandes yacimientos petroleros del Reino, destacando de manera principal su posible conexión con los grupos de la minoría chiita en la provincia oriental de Hasa. La denuncia de grupos islamistas radicales preparándose para la toma del poder mediante la fuerza es otro de los discursos frecuentemente escuchados en torno a la estabilidad política de Arabia Saudita, intentos dentro de los cuales jugaría un papel fundamental la oposición radical encabezada por Bin Laden o algún clérigo conservador. Se presume incluso la fragmentación de los príncipes de la familia real saudita en torno a disputas de posiciones encontradas, teorías exacerbadas por el reto que supone la crisis que se avecina por el problema de la sucesión y el remplazo generacional de los príncipes gobernantes. Todos estos bosquejos podrían ser realidad, no obstante, lo único cierto es que mientras el Reino se mantenga con la crisis de legitimidad derivada de las deficiencias estructurales que aquejan a sus sociedad, lo único que puede esperarse es la profundización de cada uno de sus males. Encerrado en una esquina y bajo ataque constante es difícilmente el momento en el cual los pueblos de cualquier religión o cultura tienen posibilidades de una apertura democrática, y Arabia Saudita parece entrar en un período de fundamentalismo renovado.

3.3. El impacto del 11 de septiembre de 2001 sobre las relaciones Estados Unidos-Arabia Saudita

El resto del decenio de la década de los noventa coincidió con las administraciones sucesivas de William Clinton, durante las cuales la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudita disminuyó su actividad e incluso perdió interés bajo la presidencia del demócrata. Centrado en los temas de la democracia, el medio ambiente y los derechos humanos, así como en el reacomodo de los países de Europa oriental dentro del juego geopolítico mundial, una vez desintegrada Unión Soviética, no otorgó mayor importancia al creciente número de atentados terroristas vinculados directamente con su gobierno y de manera especial aquellos relacionados con la política estadounidense en Medio Oriente. El percance en el Centro Mundial de Comercio en 1993, la explosión del complejo habitacional estadounidense en las torres Al-Kobhar dentro del corazón del Reino de Arabia Saudita (1996) y la detonación de artefactos explosivos en sus embajadas en Kenia y Tanzania (1998), fueron avisos menospreciados que vaticinaban una tragedia mayor.

La debacle humana que arrebató la vida a más de 3,000 personas el 11 de septiembre de 2001, hiriendo al imperio en el centro de su corazón económico, político y militar, modificó de manera completa la orientación de la política exterior de la administración previa. George W. Bush se embarcaría en una empresa que hasta la fecha, después de ocho años de sucedidos los acontecimientos funestos, no encuentra salida. Tal y como el Estado israelí se convirtiera en rentista del holocausto judío, Estados Unidos sembraría sus acciones militares y discurso político en la arena internacional, bajo la sombra de los atentados terroristas que durante dos horas capturaron la atención del mundo entero a través de las pantallas de televisión. El bombardeo de imágenes repetitivas que acompañó a la programación mediática durante los años posteriores, consiguió grabar de manera imperecedera en el subconsciente de la población mundial, y la estadounidense de manera particular, el sufrimiento humano desatado por pasiones políticas egoístas, así como la malicia de los supuestos perpetradores, sobre la cual se enarboló la lucha en contra del terrorismo a nivel mundial encabezada por Washington.

El hecho de calificar los sucesos del 11 de septiembre de 2001 como acciones terroristas, no implica endilgar de manera directa la culpa a sujetos específicos de la sociedad internacional por más que éste sea el intento de los gobiernos pretendidamente democráticos a nivel mundial. En un mundo repleto e infinito de teorías de la conspiración, es arriesgado aceptar cualquiera de los supuestos planteados a lo largo de más de ocho años para señalar al responsable detrás de la masacre. La teoría del autogolpe parece ser una de las más aceptadas dentro de las opiniones

pública y académica mundiales; el hecho de que la presidencia de Bush se encontrara inmersa en una crisis de legitimidad debido a la vía fraudulenta por la cual obtuviera la victoria en los comicios electorales del año 2000, aunada a la carencia del respaldo general de la población estadounidense en cuanto a la conducción de las políticas interna y exterior de su país, sugieren el uso de la catástrofe, quizá su diseño, por parte del gobierno en Washington como método de cohesión social ante la supuesta amenaza de fuerzas hostiles provenientes del exterior, así como fundamento de una política agresiva a lo largo del planeta que reivindicara su poderío e independencia ante el resto de la comunidad internacional. Al parecer, todo lo que Estados Unidos necesitaba era un pretexto para mostrar su robusto músculo militar, abandonar toda pretensión de consultas multilaterales con aliados vacilantes y débiles, y pasar a intimidar por igual a amigos titubeantes y enemigos hostiles, para volver a ocupar el asiento del conductor²¹ de la política mundial. Sin embargo, Washington parece ignorar una lección histórica fundamental: tratar de recuperar el pasado de gloria no hace más que acelerar la velocidad de la caída²².

Otra versión posible de los acontecimientos es la representada por el grupo extremista islámico comandado por Osama bin Laden. Aparejada con la versión oficial que se dio en relación a los sucesos del 11 de septiembre, la red *Al-Qaeda* reclama la autoría de los ataques en contra de la población estadounidense como reacción ante la rapacidad del imperialismo de su gobierno, que tiñe de sangre y pobreza a los pueblos en Medio Oriente. El grupo de Bin Laden denuncia la injerencia de la potencia mundial dentro de la vida de los pueblos musulmanes, más aún, su relación estratégica con los gobiernos de Pakistán y Arabia Saudita, caracterizados en sus palabras, por una conducta sumisa ante los designios de Washington y poco celosa en cuanto a sus responsabilidades de proteger de manera cabal los principios de la fe islámica. La estrategia de Bin Laden es derribar a estos dos regímenes para terminar con la inclinación de ambos Estados hacia los deseos de la potencia imperialista. Por ello, para lograr el fin último, la red de Bin Laden cree que se debe hacer la guerra contra Estados Unidos para expulsarlo de la región. Inicialmente esta guerra se dirigía contra las posiciones militares estadounidenses en Arabia Saudita. Esta fue la génesis del bombardeo de noviembre de 1995 contra los cuarteles de la Guardia Nacional en Riad, y también el motivo del ataque de junio de 1996 en las torres Al-Khobar, en Dahrán, que mató a 19 miembros del personal militar estadounidense²³. Con los atentados del 11 de septiembre queda claro que esta

²¹ Cfr. Immanuel Wallerstein; *Estados Unidos confronta al Mundo*. Siglo XXI Editores, México, 2005, p. 9.

²² *Idem*.

²³ Cfr. Michael Klare; “Preguntándose por qué” en *La Jornada*; ¿”Por qué nos odian”? Cuadernos de La Jornada, no. 4, septiembre –diciembre 2001, p. 19.

batalla se ha trasladado a cualquier lugar del mundo en el que se encuentren representados intereses estadounidenses. El objetivo de *Al-Qaeda* era tornar la ira de la potencia herida en contra de los gobiernos conservadores de la región, para desestabilizarlos internamente, augurando su caída, así como para enardecer el ánimo de los pueblos árabe y musulmán ante la inminente agresión bélica que desataría Washington en contra de objetivos particulares.

La última teoría que aquí expondré es la que endosa la responsabilidad de los atentados en contra de los símbolos del poderío estadounidense, a una conspiración de grupos de interés pro-judíos. Sin afán de empantanarnos en un judeocentrismo trasnochado, que descarte de manera directa esta posibilidad, debemos afirmar que existe un gran número de personas en el mundo, de manera particular en Medio Oriente, que cree firmemente en la participación del pueblo judío dentro de la planeación de los atentados del 11 de septiembre. En este escenario, Israel y sus patrocinadores en el mundo, promoverían acciones encaminadas a distorsionar la opinión pública internacional hacia la población árabe y la religión musulmana, así como condicionar la política de su aliado imperial en torno a su postura dentro del conflicto árabe-israelí y los diversos problemas regionales. El enfado estadounidense con los enemigos tradicionales de Israel, sirve a este último no sólo para minar la posibilidad de agresión directa a sus intereses por parte de alguno de sus vecinos regionales, sino para justificar y consolidar su estrategia de exterminio político de la población palestina, a la cual despojó, y sigue despojando, de su territorio.

Llevamos más de ocho años discutiendo cuál de los escenarios es el más certero, añadiendo pistas y datos, o defendiendo esquemas fundados en lo más profundo de nuestra subjetividad, aun rayando en ocasiones en la propia veleidat; pero el compromiso del internacionalista es analizar consecuencias, no atribuir culpas ni responsabilidades. Independientemente de que la verdad permanezca inocua supeditada ante la evidente complicidad y connivencia que imperan dentro de la política en la arena internacional, el análisis y la deconstrucción de las secuelas derivadas de dichos acontecimientos, no ignotos para nadie, son posibles y suficientes para explicar el entorno político, económico y social, desprendido de ellos.

En un sistema internacional que chorrea sangre de la cabeza a los pies lo novedoso es que ahora el terror también alcanza el centro del imperio. Estados Unidos lleva más de medio siglo sembrando a su paso destrucción y muerte: imponiendo salvajes tiranías como las de Hussein en Iraq y los Talibán en Afganistán, o la de Suharto en Indonesia, previa masacre de 500 mil personas, cuando ello convenía a sus intereses imperiales; o derribando democracias, como la de Salvador Allende en Chile exactamente 28 años antes que el atentado en las torres gemelas, cuando los

entorpecían. Los energúmenos que hoy gritan “¡guerra!” fingen ignorar todo esto. En su impudicia pretenden hacernos creer que hay dos violencias: una maligna, cuando la sufre Estados Unidos, y otra virtuosa, cuando es éste quien la descarga sobre otros pueblos. Si las víctimas son estadounidenses hay terrorismo; en los demás casos se trata de intervenciones humanitarias²⁴.

Más de 3,000 personas inocentes murieron el 11 de septiembre, a la fecha han muerto más de 300,000, no menos inocentes, como consecuencia de las acciones bélicas insertas en la estrategia mundial de guerra al terrorismo. Al parecer, el valor de las vidas humanas se asigna en relación al Estado al cual se adscriben por concepto de nacionalidad, donde evidentemente una vida estadounidense tendría una proporción equivalente a 100 vidas de cualquier otra nacionalidad. Por otro lado, las víctimas de la violencia estructural parecieran no consternar a nadie, cada tres segundos muere un niño en el mundo a causa del hambre, un total de 28,800 al día y 10,5 millones al año²⁵, ¿no es esto más aterrador? Es complicado llegar a las raíces del terrorismo. Soltar bombas es muy fácil. Es una vieja respuesta ante lo que todo mundo considera una situación muy nueva. En el corazón de los innumerales e injustificables actos de terrorismo, se hallan agravios justificados que sufren millones de personas que no se involucrarán directamente en el terrorismo, pero de cuyas filas surgen los terroristas. Tales agravios son de dos tipos: la existencia de una profunda miseria en buena parte del mundo, que contrasta con la abundancia y lujo de occidente, especialmente de Estados Unidos, y la presencia de un poder militar estadounidense, por todo el orbe, que interviene repetidamente por la fuerza en aras de preservar la hegemonía mundial²⁶.

De cualquier forma, apostar por alguna de las tres teorías descritas previamente reportaría al que sustentara su adhesión a cada una de ellas, los argumentos necesarios contrastados con los hechos históricos adecuados para defenderla. La administración de George W. Bush se fortaleció con la paranoia desatada en la población estadounidense que en un acto de patriotismo fundado en la parafernalia mediática, respaldó las invasiones y ocupaciones de Iraq y Afganistán; la estrategia de guerra en contra del terrorismo de Washington, llena ella misma de un terror obsesivo, resaltó el unilateralismo de la potencia hipotecando la capacidad de la ONU como seno de negociación democrática en la resolución de los problemas que atañen a la humanidad. La doctrina Bush sumió al sistema internacional en el desconcierto absoluto aniquilando las nociones básicas para la existencia de la paz mundial, como lo son las garantías de integridad territorial, soberanía e

²⁴ Atilio Borón; “La guerra es terrorismo... institucionalizado” en *La Jornada*; ¿”Por qué nos odian”? Cuadernos de La Jornada, no. 4, septiembre –diciembre 2001, p. 33.

²⁵ Datos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), de la ONU.

²⁶ *Cfr.* Howard Zinn; “Causa justa, no guerra justa” en *La Jornada*; ¿”Por qué nos odian”? Cuadernos de La Jornada, no. 4, septiembre –diciembre 2001, p. 143.

independencia política de los Estados. La presidencia estadounidense, motivada por el deseo de control imperial, se autoproclama como la única capaz de distinguir entre el bien y el mal, rayando en un maniqueísmo obtuso que lo único que persigue es la sumisión total de la sociedad internacional a los designios del poder que detenta.

Estados Unidos aprovechó de manera perfecta los acontecimientos que el mismo podría haber generado, pero no sería el único beneficiado de dicha situación, Osama bin Laden también cobró beneficios de la empresa que hundió a Manhattan en pánico absoluto; a partir de los sucesos del 11 de septiembre la opinión pública estadounidense juzgó de manera férrea la cercanía de su administración pública con la casa gobernante del Estado del cual procedían la mayoría de los responsables directos de los atentados en contra de su territorio. Washington exhortó a Pakistán y Arabia Saudita a romper con la ambigüedad que caracterizaba sus relaciones con la potencia y al mismo tiempo con grupos acusados de respaldar una versión extremista del Islam. Incitados a entrar en la estrategia global de la guerra en contra del terrorismo, se vieron inmersos en una vorágine ascendente de cuestionamiento público al interior de sus países. Pronto, el terrorismo llegó a las entrañas del propio Reino saudita como consecuencia de su vínculo estrecho con la potencia imperialista que masacraba a pueblos árabes y musulmanes enteros en aras de obtener una pretendida justicia de manos del que ella misma había señalado como culpable directo, el mundo musulmán. Si el propósito de *Al-Qaeda* era fragmentar la alianza entre Estados Unidos y la monarquía conservadora saudita, más aún, desatar una crisis interna que pusiera en peligro la permanencia de la familia Saud en el poder, lo había conseguido.

Israel también cobró beneficios de la tragedia, la ofensiva militar estadounidense que siguió a los ataques en contra de sus símbolos mundiales en contra del mundo musulmán en general y de de Iraq y Afganistán de manera particular, no sólo aumentó el sentimiento de seguridad israelí ante la derrota de oponentes regionales que lo utilizaban como blanco central de sus críticas dentro de sus estrategias políticas particulares, sin Hussein y sin el Talibán al mando del Estado afgano, Tel-Aviv tenía dos preocupaciones menos. Sin embargo, lo más importante fue que obtuvieron el respaldo y respeto incondicional de Estados Unidos en su propia lucha contra los denominados terroristas palestinos. Israel, ahora, está explotando cínicamente la catástrofe estadounidense intensificando su ocupación militar y opresión sobre los palestinos. Desde el 11 de septiembre, las fuerzas militares israelíes han invadido Jenin y Jericó, y bombardeado repetidamente Gaza, Ramallah, Beit Sahour y Beit Jala, causando enormes daños materiales y muertes de civiles. Todo esto, por supuesto, se hace descaradamente con armamento estadounidense y con la usual cantaleta

misteriosa del combate al terrorismo. Los simpatizantes de Israel en Estados Unidos han recurrido a gritos histéricos como “¡ahora todos somos israelíes!”, relacionando así los ataques contra el Centro de Comercio Mundial y el Pentágono con los ataques palestinos en contra Israel, conjuntando todo dentro del “terrorismo mundial”, en el que Bin Laden y Arafat parecieran ser entidades intercambiables²⁷.

Sin lugar a dudas cada una de las consecuencias señaladas podría dar el material necesario para realizar un análisis exhaustivo de cada una de las respuestas que distintos miembros de la sociedad internacional dieron ante el nuevo panorama mundial producto de la ira y paranoia de la potencia que desataron una serie de acontecimientos específicos. Sin embargo, a nosotros nos compete estrictamente evaluar las consecuencias directas que ellos tuvieron sobre la relación particular que hemos venido analizando. El hecho innegable de que quince de los diecinueve terroristas que secuestraron las aeronaves comerciales que impactaron contra distintos blancos estadounidenses el 11 de septiembre de 2001 fueran sauditas, dirigidos por otro de ellos, Osama bin Laden, encolerizó los ánimos estadounidenses, rompiendo la barrera protectora hacia el Reino de Arabia Saudita que durante años y con esfuerzos incontables, empresarios y diplomáticos de Estados Unidos habían construido para el beneficio de la relación entre ambos países durante décadas. Todos los aspectos más comprometedores de la sociedad saudita inundaron el discurso público y los contenidos mediáticos e informativos dentro de la potencia hegemónica. El apoyo del gobierno en Riad a fundaciones internacionales que guardan dentro de sus objetivos la expansión de la ideología wahabita, las prácticas de corrupción interiorizadas en la administración real saudita, el predominio de una educación religiosa sobre otra considerada por los estadounidenses de tipo “intelectual”, así como la existencia del sistema político represivo que constriñe cada una de las libertades posibles en el Reino, a las que se encuentran acostumbradas las “democracias” occidentales y que en ocasiones resguardan como mero fetichismo discursivo, eran exhibidas de manera grosera y ofensiva dentro de cada una de las transmisiones de radio locales y programas televisivos. La prensa pro-estadounidense y más aún la pro-judía, vertieron todo el veneno en contra de los pueblos en Medio Oriente allanando el camino para las futuras acciones bélicas en contra de poblaciones inocentes. Todo individuo con acceso a internet estaba sorpresivamente al tanto de que los libros de texto en Arabia Saudita se encontraban repletos de lecciones de odio, de que los sermones en las mezquitas llamaban a la guerra santa en contra de los infieles, y que el gobierno de

²⁷ Cfr. Edward Said; “Pasión colectiva” en *La Jornada*; ¿”Por qué nos odian”? Cuadernos de La Jornada, no. 4, septiembre –diciembre 2001, p. 15.

los Saud, en pleno conocimiento de ello, no había hecho nada para contrarrestar la retórica inflamatoria.

El sentimiento de animadversión en contra de todo lo relacionado con Arabia Saudita se exacerbó cuando se hizo de conocimiento público que miembros de las familias Bin Laden y Saud fueron autorizados para abandonar Estados Unidos sin ser interrogados por las autoridades de la Oficina Federal de Investigación (OFI/FBI) justo cuando todos los vuelos de aviones privados dentro del espacio aéreo estadounidense se encontraban suspendidos. Adicionalmente, 142 ciudadanos sauditas abandonaron el territorio en vuelos privados sólo unas semanas después de los acontecimientos y 150 miembros de la familia real lo hicieron en vuelos comerciales sin ser puestos bajo supervisión de dicha dependencia²⁸. Por otro lado, la comisión especial que investigó los atentados del 11 de septiembre determinó que a pesar de que 15 de los 19 suicidas tenían la nacionalidad saudita, no existía el menor indicio de que el gobierno de Riad participara en dicha empresa.

Pero el dinero saudita no precisaba destinar de manera directa los fondos de la cadena de financiamiento a los grupos terroristas, los recursos financieros pasan a través de la inversión en causas dirigidas a promover el celo wahabita sobre el cual yacen los cimientos del Estado como forma de consolidar su política exterior a nivel regional. Los fondos monetarios sauditas que fluyen a organizaciones musulmanas se otorgan con el acuerdo y entendimiento implícitos de que la institución receptora debe promover este dogma islámico conservador. Aun dentro de países que no cuentan con mayorías musulmanas en su población, como Estados Unidos o países europeos, los sauditas tienen el objetivo de exportar su versión única de la fe islámica. La casa real ha intervenido millones de dólares en la construcción de 210 centros islámicos, 1,500 mezquitas, 202 colegios y 2,000 escuelas primarias en países no musulmanes²⁹.

Era claro que Washington protegía a las distinguidas personalidades sauditas que abandonaron el país, a la luz de las repercusiones que enfrentarían derivadas de la ira de su población. La administración Bush pretendía alimentar el miedo de su pueblo perturbándole con imágenes e información distorsionadas que manipularan el subconsciente herido estadounidense, invadiéndolo con las figuras de enemigos perniciosos sin escrúpulos, para aprovecharse del mismo conforme el diseño de sus planes de política exterior. Sin embargo, su presidencia tenía en la mira a

²⁸ U.S. Department of Homeland Security; "US Government Documents Show 160 Saudis Flew from the US Between September 11 and September 15, 2001". *Department of Justice*, 24 de febrero de 2004. Consultado en <http://www.judicialwatch.org/archive/2004/homelandsecurity.pdf> el 24 de octubre de 2009 a las 13:15 hrs.

²⁹ Gerald Posner; *op. cit.*, p. 172.

otros objetivos no directamente relacionados con los ataques de septiembre; los lazos profundos entre el Reino de Arabia Saudita y Estados Unidos a nivel gubernamental, pero incluso los personales, impelieron a Bush a proteger a miembros destacados de ambas familias representantes de firmas estadounidenses y socios emblemáticos de las propias compañías de la familia Bush³⁰. A todo ello hay que sumar la importancia estratégica que juega Arabia Saudita como pilar principal de las distintas empresas geopolíticas imperiales en el Golfo; Estados Unidos apoya a Israel por razones de política interna principalmente, pero ¿podrá sobrevivir la agitación política del mundo musulmán sin el apoyo de los sauditas?³¹

Pero el sentimiento de miedo y desconfianza no sólo germinó en el imaginario estadounidense. Existe un número impresionante de ciudadanos sauditas que intelectual y políticamente hablando vive enclaustrado en la lógica xenofóbica impregnada de las mismas teorías de la conspiración que envuelven al mundo en su totalidad. Temerosos de que los fundamentos de su cultura y pureza religiosa sean erosionados por el materialismo de las ideas occidentales, reaccionan de manera enérgica ante la intromisión de los intereses estadounidenses en la región y su propio país. Este grupo de sauditas confirmó sus sospechas y fortaleció la mayoría de sus sentimientos negativos hacia la potencia con la respuesta agresiva de Washington ante los acontecimientos del 11 de septiembre. En el momento en que Estados Unidos impuso restricciones en la obtención de visas para los ciudadanos sauditas, superiores a las de ya por sí estrictas que rigen para la generalidad de visitantes a su territorio, congeló los activos de varias fundaciones caritativas islámicas y encarceló a cientos de hombres musulmanes indiscriminadamente, todo mientras apoyaba de manera incondicional la aventura de represión israelí contra la oposición palestina con ataques sangrientos que los habitantes del Reino presenciaban cada noche en la televisión, las voces antiestadounidenses se levantaron denunciando las acciones del imperio militar

³⁰ Una de las figuras principales en el entorno empresarial estadounidense la ocupa el príncipe saudita Al-Waleed, llamado el “Warren Buffet Árabe” por la revista *Time* y el candidato a convertirse en el “empresario más poderoso e influyente sobre la tierra” según *Business Week*. Al-Waleed es accionista de grandes empresas europeas y estadounidenses, dentro de las cuales se encuentran Euro Disney, Citygroup, el imperio televisivo de Silvio Berlusconi en Italia, el Hotel Plaza en Nueva York, American On Line, Trans World Airlines, Compaq, Xerox, eBay, Amazon, Priceline.com, AT&T, WorldCom, Microsystems, Kodak, Netscape, Pepsi, Procter and Gamble, Ford Motors, NewsCorp, New York Post, Fox News Channel, Time Warner, Motorola, Planet Hollywood, Daewoo, y Hyundai. Sin embargo, su vínculo más importante con las altas esferas de poder estadounidenses es su participación dentro del Grupo Carlyle. Esta firma de manejo de fondos de inversión de capital instalada en Washington gestiona 57 fondos que operan a través de operaciones de compra, capital de riesgo y crecimiento, inversiones en bienes inmuebles y financiamiento en África, Asia, Australia, Europa, Norteamérica y Sudamérica. Una de las razones por las cuales este grupo es uno de los más exitosos a nivel mundial es que dentro de sus filas administrativas se encuentran las familias Carter, Reagan y Bush. Asimismo, se encuentra respaldada por grandes capitales pertenecientes a compañías sauditas, donde destacan los recursos multimillonarios de la Corporación Bin Laden. *Ibid.*, p. 150.

³¹ Immanuel Wallerstein; *op. cit.*, p. 89.

estadounidense, exhibiendo a aquéllos que habían creído en su modelo político, económico y cultural, como compatible con los principios islámicos. Todo parecía indicar que Washington señalaba al Islam en el momento que algo salía mal, sin importar que éste fuera o no el culpable directo de las distintas crisis que lo aquejaban. Las palabras del prominente líder de la oposición Sheik Safar al-Hawali son ilustrativas al respecto:

“Desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos no ha sido una república democrática; se ha convertido más bien en un imperio militar a partir del modelo romano. Es aún más aberrante porque su gobierno está dirigido por los grupos de presión más peligrosos para la raza humana, las compañías que crean destrucción y venden armas. En consecuencia, el modelo de vida estadounidense puede ser definido y distinguido en una sola palabra: guerra. Estados Unidos entra indudablemente en conflictos armados en cualquier lugar del mundo, a menos que estime que el beneficio de tal acción no satisfará su apetito insaciable. Después aboga por un tipo de paz que permita a sus grandes consorcios firmar contratos rentables, con el objetivo de usurpar recursos bajo el eslogan de la cooperación para el desarrollo. Por ello es que notamos que Washington se encuentra buscando siempre un enemigo, y si no lo logra lo crea, sobredimensionando su magnitud con el uso terrible de los medios de comunicación para persuadir a su pueblo que la guerra declarada es necesaria y por una causa justa”³².

Los sauditas no comprenden la ferocidad que Estados Unidos muestra hacia ellos en consecuencia de los ataques en contra del Centro de Comercio Mundial y el Pentágono; reconocen lo deplorable del terrorismo pero no dudan en expresar su inconformidad al ser calificados por las acciones de quince individuos manipulados por la retórica extremista de Bin Laden que vivían en Alemania. Este grupo no es bajo ninguna circunstancia representativo de la sociedad saudita de manera general. Incluso argumentan que Washington comparte la responsabilidad de haber financiado y equipado el movimiento de la resistencia islámica en Afganistán, justo de donde se formó el equipo base de Bin Laden.

La rispidez desatada en las relaciones oficiales entre ambos Estados no fue menor. El presidente Bush asumió la dirigencia de la administración en Washington seis meses antes del inicio de un nuevo recrudecimiento del conflicto entre israelíes y palestinos; la segunda *Intifada*³³

³² Thomas W. Lippman; *op. cit.*, p. 328.

³³ Agitación o levantamiento. “Guerra de las piedras” diseñada como campaña de resistencia del pueblo palestino en contra de la violenta ocupación bajo la cual se encuentra sometido por el Estado de Israel; la primera de ellas se desató

(*Al-Aqsa*) ponía de manifiesto el fracaso de su predecesor en el cargo en las negociaciones de Campo David en julio del año 2000. Las hostilidades entre las partes aumentaron de manera progresiva, sumiendo a Medio Oriente dentro de una nueva crisis regional, o más bien un nuevo capítulo de ella. Para el nuevo equipo presidencial, los eventos en Tierra Santa permanecieron un poco al margen de los intereses principales de su gobierno. Adicionalmente, el equipo de Bush definió la situación como una lucha de carácter regional que debía ser resuelta localmente, manteniendo enfocada su atención sobre poderes mundiales más relevantes en su perspectiva, como Rusia y China.

Para el mundo árabe y los sauditas en particular, el problema representaba un asunto prioritario en la agenda de paz regional y consideraban necesaria la atención del gobierno estadounidense para tranquilizar la ofensiva cruenta de su aliado incondicional en contra de un pueblo armado únicamente con piedras y palos. Tal y como sucedió durante la primera Intifada en 1987, imágenes de jóvenes arrojando cualesquiera objetos hacia tanques militares israelíes, acapararon la atención total del pueblo saudita. La repetición mediática de la lucha entre David y Goliat, en esta ocasión invertida³⁴, enervó la movilización de grupos opositores a la política convenenciera de Estados Unidos, amenazando nuevamente la estabilidad interna del Reino ante las denuncias inobjetable de su alianza con el poder imperial. Los canales de televisión regionales repitieron incesantemente las notas en las cuales se manifestaba la agresión de Israel en contra de sus hermanos de fe, así como el poco interés de Washington por frenar la ofensiva de Tel Aviv. La familia real no pudo restringir dichas transmisiones tal y como lo lograra en 1987, para sus ciudadanos, los Saud parecían incapaces de resolver los grandes problemas que aquejaban a su país tanto al interior de su sociedad como al exterior.

El desentendimiento de Bush en torno al conflicto árabe-israelí, irritó de manera profunda al príncipe Abdulá, heredero a la corona que había concentrado facultades de gobierno tras el mal

en 1987 y concluyó con los acuerdos de paz de Oslo en 1993. La segunda inició en septiembre del año 2000 cuando el dirigente de la oposición israelí, Ariel Sharon, visitó la zona exterior del recinto de la Cúpula de la Roca y la mezquita de *Al-Aqsa*, en septiembre de 2000, en pleno debate sobre el futuro de Jerusalén, lo que provocó algunos incidentes y choques con palestinos, pues fue visto como una gravísima provocación.

³⁴ La historia bíblica que narra la lucha entre David, futuro rey de Israel, en contra del gigante Goliat, guerrero filisteo habitante de la región de Palestina, cuyo pueblo se incorporó al imperio judío del rey Salomón después de ser derrotados en el campo de batalla, enaltece las virtudes del guerrero israelí, así como su fe incondicional en Dios sobre la fuerza física y brutal que detentaba su oponente. Israel utiliza este pasaje bíblico para ilustrar su lucha actual en contra del terrorismo y fiereza palestinos; sin embargo, cabría cuestionarse si en realidad la ventaja inicial la guardaba el gigante filisteo o el israelí que con la ayuda de su arma no tenía que acercarse a su rival para derrotarlo. El factor tecnológico de la onda hoy es sustituido por cohetes balísticos, aviones y todo el equipo militar de alta tecnología que posee Israel y utiliza en contra de un supuesto canalla gigante que sólo podía utilizar la fuerza de sus brazos para defenderse.

estado de salud del rey Fahd. Abdulá esperaba mejores relaciones con Washington una vez que los republicanos habían retomado las riendas de su nación. Su incapacidad por atraer la atención del gobierno estadounidense sobre un tema de importancia vital para su régimen, lo hizo declinar una invitación personal del presidente Bush a la Casa Blanca en mayo de 2001. La reticencia estadounidense a colaborar con los sauditas para una resolución favorable a los intereses de ambas elites, obligó al príncipe heredero a enviar en agosto una carta agresiva en la cual advertía el rompimiento de la alianza estratégica que los había unido durante más de medio siglo³⁵. La administración Bush desestimó la advertencia e insistió en una mayor intervención de los poderes regionales antes de su intromisión en el conflicto.

Las relaciones entre Washington y Riad se encontraban en uno de los puntos más álgidos de su historia justo cuando sucedieron los acontecimientos del 11 de septiembre. El período que siguió a la crisis internacional derivada de la expansión de la agenda de seguridad estadounidense a través del mundo entero, cimbró como nunca antes las bases y fundamentos de la relación entre ambos Estados. Los niveles de confianza tanto del gobierno como de la ciudadanía estadounidense hacia el Reino de Arabia Saudita, disminuyeron de manera drástica una vez que se confirmara la participación de quince ciudadanos del último en los ataques en contra de vidas estadounidenses. Incluso la oferta del multimillonario príncipe Al-Waleed, que entregó un cheque por 10 millones de dólares al alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, destinado a los familiares de las víctimas, fue rechazada cuando el empresario saudita recordó que el pueblo palestino seguía bajo el acecho israelí debido a la connivencia estadounidense con Tel- Aviv.

Al interior del Reino, el príncipe Naif, ministro del interior, y el propio Abdulá, acusaron a los judíos de perpetrar la tragedia en Washington para desatar así su campaña de exterminio en contra del pueblo palestino. “Podemos estar seguros de que el sionismo está detrás de todo... no digo que al 100%, pero sí a un 95%”³⁶, concluyó el futuro monarca saudita. La pugna se agravó cuando informes de la Corporación RAND, un tanque de pensamiento al servicio del gobierno estadounidense, sacó a la luz informes que aconsejaban la ruptura de Washington con Riad, después de la toma de control sobre sus instalaciones energéticas y recursos financieros³⁷. Gran parte de estos fue puesta bajo el escrutinio del gobierno estadounidense, arrojando como resultado la innegable participación del dinero público saudita en la expansión de escuelas y mezquitas de corte

³⁵ Cfr. Elsa Wash; “The Prince”. *The New Yorker*, 24 de marzo de 2003. Consultado en <http://www.saudi-us-relations.org/international-relations/prince-bandar.html> el 25 de octubre de 2009 a las 15:17 hrs.

³⁶ Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 236.

³⁷ Laurent Murawiec; “Taking Saudi Out of Arabia”. *RAND Defense Policy Board*, 10 de Julio de 2002. Consultado en http://www.unitedstatesaction.com/taking_saudi_out_of_arabia.htm el 30 de octubre de 2009 a las 14:20 hrs.

wahabita, así como el destino de millones de dólares a agencias de beneficencia musulmanas caracterizadas por promover conductas extremistas y estar vinculadas a supuestos grupos terroristas.

Los ataques del 11 de septiembre expusieron públicamente el lado oscuro de la relación estratégica entre Estados Unidos y Arabia Saudita. La cooperación tácita estadounidense alrededor de la religión como elemento de la política exterior del Reino en Medio Oriente, sirviendo incluso a intereses de la potencia como en Irán, Iraq, Afganistán y Chechenia, quedó al descubierto, reportando críticas al gobierno de Washington al haber promovido de manera férrea el cáncer que ahora lo consumía. Por otro lado, las connivencias entre ambas elites gubernamentales para la consecución de ciertos beneficios geoestratégicos que beneficiaron de manera distinta los intereses nacionales de los dos países, originaron un debate en torno a cuál de los dos Estados había sido utilizado por el otro convirtiéndose en un mero títere de las ambiciones políticas y económicas de sus gobiernos. Arabia Saudita ayudó al éxito de la estrategia de contención estadounidense para confinar la presencia del comunismo en Medio Oriente, lo apoyó en diversas campañas, política, económica y militarmente, en contra de Unión Soviética, respaldó su posición de guardián en la región tras la salida de Reino Unido de la zona y mantuvo una disciplina en torno a la explotación de sus recursos petrolíferos en beneficio de la estabilidad del bloque capitalista en su conjunto. Por su parte, Estados Unidos ayudó a Riad a consolidar su papel como líder regional, a conservar su integridad territorial y autonomía política bajo pretexto de cualquier amenaza en contra de la familia gobernante y colaboró en el desarrollo de su base económica, administrativa e industrial.

El encono entre ambas poblaciones, producto de la tormenta mediática a nivel global, orilló a sus gobiernos a instrumentar políticas que convencieran a sus ciudadanos de la determinación de sus administraciones a favor del discurso que ambas manejaban. Arabia Saudita inició un boicot sobre productos y compañías estadounidenses, ofreciendo alternativas comerciales a dichos bienes y generando pérdidas considerables a intereses económicos de las marcas afectadas. Washington impuso una nueva serie de restricciones para el visado de ciudadanos sauditas que desearan entrar a su territorio, rechazando de manera masiva las solicitudes de estudiantes sauditas que necesitaban ingresar a Estados Unidos para continuar con su formación académica, y de empresarios con una larga historia de trabajo en ese país³⁸. Irónicamente, la política de restricciones excesivas en la concesión de visas, afectó a la clase media saudita, considerada la más proclive a Estados Unidos.

³⁸ Con la instauración de estas medidas, las solicitudes de visa por parte de ciudadanos sauditas disminuyeron en promedio alrededor del 80%. Rachel Bronson; *op. cit.* p. 238.

Ante la evidente falta de interés de Washington en la solución del conflicto árabe-israelí, en febrero de 2002, Abdulá trató de encauzar la discusión entre las partes en una dirección más productiva ofreciendo una retirada total de las fuerzas israelíes de los territorios ocupados, en acuerdo a las resoluciones de las Naciones Unidas, incluyendo Jerusalén, a cambio de la normalización total de las relaciones de los Estados árabes con Israel. Lamentablemente, este hecho no tuvo el eco necesario para generar resultados debido a la absorción total de la sociedad internacional en la guerra en contra del terrorismo, Washington no pretendía desviar la atención mundial de la tragedia que había desolado a su país, por lo cual se perdió una gran oportunidad para la paz regional. Incluso después de la reunión que sostuvieron Bush y Abdulá en abril de 2002 en el rancho presidencial de Crawford, Texas, la relación no pudo solucionar las fisuras derivadas de un mal entendimiento entre las partes. El presidente estadounidense centró la visita del príncipe saudita en su estrategia de lucha en contra del terrorismo, mientras que Abdulá retomó la importancia de hallar una solución pronta y justa al conflicto regional para detener la escalada de violencia entre israelíes y palestinos. Aun cuando existía un largo camino por delante para restaurar las relaciones cordiales entre ambas dirigencias, la junta entre las figuras del presidente y el posible futuro monarca del Reino marcó una mejoría sustancial en las relaciones oficiales entre los dos países.

Aunada a la estrategia de lucha contraterrorista, la magnitud de los ataques en contra de su población obligó a la administración estadounidense a considerar las causas políticas, económicas y sociales, que entrañaban las raíces del terrorismo internacional, de manera particular el que amenazaba la seguridad de Estados Unidos y de sus intereses planetarios. La transformación política de Medio Oriente se convirtió en tema prioritario de la agenda de seguridad estadounidense. La introducción de valores democráticos entendidos a la usanza occidental, fue considerada una llave para reducir el atractivo de las organizaciones terroristas. Sin embargo, Arabia Saudita encontraría en este acercamiento a los problemas regionales, un elemento de irritabilidad y agresión política a su sistema de gobierno. La agenda de reforma democrática de Washington a lo largo del mundo, se caracterizó por abogar en favor de la democracia a expensas de las elites gobernantes. En una reducción simplista de la realidad, un cambio de cuerpo gubernamental desencadenaría el mundo de la prosperidad³⁹, olvidando de manera intencionada que el origen de los diversos

³⁹ Esta idea está respaldada por la tesis infantil de la “paz democrática” de Michael Doyle y Bruce Russett, que argumenta que los Estados de carácter democrático no hacen la guerra a otros Estados cuyo principio rector y fundamento político es el de la democracia. El modelo político estadounidense se enarbola como una fuente de paz duradera entre las naciones que comparten valores comunes, cuyo centro principal es el de la democracia política. Sin embargo, este modelo que predica la interdependencia entre los países y la solución pacífica de sus controversias, no refleja de manera integral la realidad de la política internacional, donde lo que prevalece es el poder y no los valores,

problemas que denigran la existencia humana y reducen el valor del individuo a mero componente del engranaje del sistema de producción capitalista, mismos que lo inclinan a los grupos extremistas que le brindan la oportunidad de entregarse en suicidio altruista, en el sentido de Durkheim, es estructural y parte de la preponderancia de un mundo hecho a la imagen y semejanza del neoliberalismo estadounidense.

No obstante, a diferencia del resto de los países sometidos a la cruzada moral del presidente Bush, Washington deseaba un cambio político en Arabia Saudita sin desestabilizar los fundamentos que habían permitido una relación de larga durabilidad que aún podría reportarle beneficios invaluable. Sería complicado presionar para la evolución de cambios significativos al interior del Reino cuando el gobierno estadounidense aún deseaba asegurar el libre flujo de petróleo a precios razonables dentro del mercado energético mundial, así como la asistencia técnica en sus aventuras en contra de Iraq y Afganistán y el respaldo diplomático en la resolución del conflicto israelí-palestino. Estados Unidos comenzaba a lamentar las consecuencias de haber respaldado durante décadas la consolidación de gobiernos conservadores en el poder con el objetivo de asegurar la estabilidad política regional y evitar una tragedia que reestructurara las relaciones de poder en Medio Oriente en detrimento de sus intereses imperiales, el costo de esta búsqueda únicamente había conducido a la injusticia, la inestabilidad y la tragedia en propia casa, cuestionando la estrategia de injerencia política estadounidense en la región. Sin embargo, el discurso de reforma democrática y su eco mundial a través de acciones contraterroristas y cambios de régimen forzados, podía generar una ruptura mayor e irrevocable con su aliado estratégico saudita, lo cual implicaba moderar las críticas directas a la dirigencia del Reino y oscurecer las contradicciones inherentes de su alianza vital con Riad ante la opinión pública mundial.

La familia real saudita respondió a la cruzada democrática estadounidense con cinismo, cuestionándose tanto los verdaderos motivos de Washington para imponer un modelo “democrático” totalitario, así como la determinación de sus autoridades para imponerlo. No obstante, los esfuerzos de Bush por promover una agenda de reforma política en Medio Oriente reavivaron el debate al interior del Reino entre las facciones conservadoras y liberales tanto en la población de manera general como al interior de la monarquía saudita. El grado de intervención de las autoridades religiosas dentro de las decisiones de gobierno que competían de manera exclusiva a

cuando estos no son impuestos por la vía de la fuerza. En el último de los casos, esta tesis es rechazada de manera directa al contrastar en la realidad mundial que el propio Estado que se autoproclama como adalid de la democracia es el mismo que más aventuras militares ha emprendido en contra no sólo de aquellos que califica arbitrariamente de enemigos de la misma, sino en contra de experiencias democráticas como las de Guatemala en 1954 y Chile en 1973 cuando así conviene a sus intereses.

la familia Saud, fue uno de los puntos sobre los cuales se abrió el debate. Durante la Guerra Fría los fines políticos y religiosos en Arabia Saudita se hermanaron al servir de manera directa a los esfuerzos estadounidenses de contener el avance del comunismo de Unión Soviética en Medio Oriente. El engranaje de la maquinaria wahabita al servicio del Estado fortaleció la posición de las autoridades religiosas al interior de la sociedad, consiguiéndoles libertades de acción que favorecerían la radicalización de algunos elementos conservadores con prácticas extremistas. Si bien, por más de medio siglo los fines políticos y religiosos sauditas se reforzaron mutuamente, después de las consecuencias derivadas del 11 de septiembre divergían de manera contrastante; el binomio estratégico del que se benefició a Riad para reafirmar su autoridad al interior de su país y posicionar al Reino como jugador principal en el ámbito político regional, ya no coincidía con las aspiraciones de su aliado incómodo, más aún, parecían menoscabar sus garantías de seguridad en la arena internacional, exponiéndolo a un ataque a manos de la potencia con la cual había compartido tantas aventuras.

El gobierno saudita realizó una serie de esfuerzos encaminados a subordinar el rol del ámbito religioso en el Reino a su autoridad política. Estas acciones se reflejaron de manera palpable en junio de 2003 cuando el entonces príncipe heredero Abdulá convocó a un “Diálogo Nacional”, como una serie de discusiones públicas diseñadas para la apertura democrática al interior de su sociedad con el objetivo de examinar las actitudes de intolerancia, chovinismo y extremismo religioso a lo largo del país, que cimbraban la estabilidad política de su Estado. A pesar de la inexistencia de resultados concretos provenientes de este diálogo abierto en favor de la monarquía, la oposición reformista enriqueció su postura y aumentó su respaldo popular al introducir en su retórica de demandas políticas el lenguaje utilizado dentro del foro. Sin embargo, los ataques terroristas que sorprendieron al Reino en mayo de 2003, cuando tres complejos habitacionales fueron blancos de suicidas portando artefactos explosivos, así como la ola de atentados terroristas durante los próximos dos años, tornaron la situación política de manera favorable para la casa gobernante y más aún, para los elementos “pragmáticos” al interior de la familia real. A partir de ese punto, el liderazgo saudita implementó medidas drásticas de seguridad ayudadas de restricciones políticas y económicas en contra de las acciones terroristas locales para minar su base de apoyo local.

La determinación de las autoridades sauditas en su lucha contra el terrorismo dentro de sus fronteras, caracterizada por la persecución y arresto de miles de sospechosos de conductas extremistas, la cooperación directa con las agencias de inteligencia y espionaje estadounidenses en

dicha campaña, las restricciones de flujos monetarios al exterior del Reino, el trabajo conjunto con la OCDE para combatir el lavado de dinero y el financiamiento terrorista, así como el cierre de la agencia oficial de caridad *Al-Haramain*⁴⁰, responsable de repartir más de 50 millones de dólares al año para causas islámicas en ocasiones poco definidas, favorecieron un reacercamiento con el gobierno de Washington, que finalmente parecía atraer a su aliado vital dentro de la parafernalia de su cruzada mundial.

La mejor muestra de una nueva era de buenas relaciones fue coronada con la visita del príncipe Abdulá al rancho de Crawford, Texas, en abril de 2005, donde sostuvo un encuentro en términos amistosos con el presidente Bush, olvidando el malestar que definiera sus relaciones durante los cinco años previos⁴¹. La coronación de Abdulá en agosto de ese mismo año fue evaluada como un acontecimiento positivo para el desarrollo de la relación entre Riad y Washington; aunque bajo ninguno de los sentidos pueda calificarse al nuevo rey como reformador liberal al estilo “occidental”, sí reconoce la necesidad de desarrollar cambios significativos en las esferas política y social para reducir la amenaza del terrorismo internacional y preservar el poder estatal. Ambos puntos responden de manera directa a la durabilidad del lazo estratégico que ha unido a ambos Estados a través del tiempo, validando su cercanía por la aplicación de medidas comunes emparejadas en la lucha contra el terrorismo mundial ante sucesos que los dañan de manera local, y asegurando la permanencia en el poder del Estado árabe de la familia que ha permitido que dicho vínculo no se resquebraje con las tormentas en tiempos modernos.

Resulta irónico que la guerra en contra del terrorismo, que dividió profundamente a los pueblos saudita y estadounidense, sea la misma que provea a ambas dirigencias estatales una oportunidad para reafirmar sus lazos de interés comunes y trabajar de manera más cercana. Desde los ataques a blancos civiles en el Reino a partir de 2003 y el replanteamiento de la vía de acercamiento por parte de Estados Unidos a Riad, ambos han trabajado de manera coordinada para alcanzar su objetivo común de erradicar la amenaza del terrorismo sobre sus intereses, nacionales y compartidos.

⁴⁰ Arab News; “Al-Haramain Shuts 3 Offices Abroad; 4 More to Close”. *Arab News*, 16 mayo de 2003. Consultado en <http://www.arabnews.com/?page=1§ion=0&article=26227&d=16&m=5&y=2003> el 31 de octubre de 2009 a las 10:40 hrs.

⁴¹ Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 244.

3.4. La guerra contra el terrorismo

La lucha en contra del terrorismo mundial tuvo su primera instancia en el año de 1981 cuando el entonces presidente estadounidense Ronald Reagan declarara que el principal foco de atención de su administración sería el de la guerra en contra de dicha “plaga de la era moderna” para salvaguardar a la comunidad planetaria de “un regreso a la barbarie” ante el “azote inminente de la violencia terrorista”⁴². Cualquier persona con un mínimo de razón histórica pudo haber vaticinado lo que se desprendería de dicho anuncio: el inicio de una guerra terrorista, es decir, la aplicación de medidas cargadas de violencia por parte del Estado, en contra de blancos específicos estorbosos a sus intereses; y eso fue lo que ocurrió, Washington financió y orquestó una campaña de violencia sistemática contra distintos objetivos repartidos a través del planeta, caracterizada por allanar su camino en aras de la preponderancia mundial, la mayoría de las veces dando la espalda al discurso repetitivo con el cual justifican el escarnio que llevan a otros pueblos: la democracia.

Veinte años después, cuando George W. Bush exhortó a la sociedad internacional para adherirse a su país en una lucha sin tregua ante las calamidades desatadas por enemigos creados, quizá imaginarios, nadie podía dudar lo que esto significaba. El mensaje entre líneas de la potencia, infundido por la paranoia imperial, desató una masacre humana que modificó por completo la agenda política, económica y social del mundo en su conjunto. No existe un solo poder mundial que no se haya beneficiado de manera directa de esta parafernalia mediática, ahondando la miseria de grupos sociales que antes de salir del olvido para ser combatidos enérgicamente, reprimiendo sus demandas por mejores condiciones de vida, se encontraban, gran parte de ellos sigue estándolo, inmersos en condiciones de pobreza extrema, víctimas del maltrato sistémico a sus vidas y la violación a cada uno de sus derechos humanos. Dentro de la larga lista de Estados que aprovecharon la oportunidad coyuntural de la guerra en contra del terrorismo para aumentar sus niveles de represión y violencia en agravio de grupos específicos, hayamos los casos de China en su provincia occidental, Rusia en Chechenia, Israel en Gaza y Cisjordania, Reino Unido en Irlanda del Norte, España en las provincias vascas e Indonesia en Aceh. Por otro lado, los gobiernos implantaron medidas de protección nacional que les permitieran además de salvaguardar su seguridad de posibles amenazas provenientes del exterior, controlar y supervisar de manera férrea a sus respectivas poblaciones, restringiendo en ocasiones las garantías individuales de sus ciudadanos.

⁴² Cfr. Noam Chomsky y Gilbert Achcar; *op. cit.*, p. 1.

El terrorismo de Estado pareciera no conmover las susceptibilidades sentimentalistas de los líderes de la cruzada mundial en contra del terror. La definición operativa del terrorismo, a falta de un consenso internacional para definir el contenido y las formas que caracterizarían a éste dentro del ámbito jurídico internacional, responde de manera directa a los intereses de quien diseña el supuesto combate mundial al terrorismo. Así, debe quedar claro que el adjetivo terrorista no es privativo de grupos políticos subnacionales, sino que también puede ser endosado a un Estado, pero no a cualquiera; la violencia sistematizada con fines políticos en contra de poblaciones civiles sólo es terrorista cuando se inflige en detrimento del poder imperial, y cuando ésta es utilizada a manos de éste, aun en contra de blancos inocentes, adquiere la denominación benigna de intervención humanitaria.

Una de las fuentes de mayor influencia en el comportamiento del presidente Bush, y por ende de las acciones emprendidas bajo su administración, más allá de la referencia explícita del apoyo divino, era el neoconservadurismo. Esta corriente de pensamiento ideológico combina una serie de causas asociadas de manera natural a lo que se denomina izquierda política, como la lucha en contra de la opresión y la tiranía, el aplacamiento de cualquier tipo de desastre humanitaria y la promoción a ultranza de la democracia; pero en la búsqueda de cada una de ellas recurre a métodos y prácticas emparejadas con el espectro de la derecha, a través del uso de la fuerza militar y el escaso, en ocasiones inexistente, respeto a las instituciones o tratados que debieran regir en las relaciones internacionales⁴³. Menoscabar la suma de esfuerzos históricos encaminados a evitar una hecatombe planetaria, resulta inevitable para una potencia arrogante que se considera la poseedora y protectora de la verdad. La conclusión de Washington ante la supuesta eminente acción de grupos terroristas en contra de intereses planetarios del poder hegemónico mundial que hipotecaran su seguridad, definida en los términos que más se ajusten a la coyuntura temporal, fue la de entablar una batalla directa ante aquellos que pudieran ser los autores materiales o intelectuales de dichas acciones aun cuando no existiera evidencia palpable del pretendido intento de agredirla. Esta premisa se convirtió en la panacea de la política exterior estadounidense, sobre la cual se fundamentó la invasión y ocupación de Afganistán e Iraq.

El 11 de septiembre ha servido para reforzar el tradicional activismo estadounidense en diversas partes del mundo; mostrar una notable vocación unilateralista en detrimento de la opinión pública mundial, del consenso de los organismos internacionales e incluso de las relaciones con algunos de sus aliados más importantes; optar por variantes militares en medio de una declarada

⁴³ Cfr. Lawrence Freedman; *op. cit.*, p. 375.

guerra contra el terrorismo a la que se incorporan agendas argumentales forzadas bajo una muy cuestionada reinterpretación doctrinal del golpe preventivo; y para ampliar, reorientar y fortalecer su esquema militar especialmente en áreas de elevado interés económico y geoestratégico⁴⁴. Si es imposible negar la responsabilidad específica que tienen los diversos regímenes de la región respecto a los problemas políticos, económicos y sociales que presentan sus países, tampoco es posible no tener en cuenta el impacto de décadas de dominación colonial, y muy especialmente la constante reactivación de las mecánicas de dominación neocolonial para el control de sus recursos⁴⁵.

La respuesta estadounidense ante el visible incremento de acciones terroristas que fijan como blanco objetivos relacionados con su país, es contraproducente. Anunciar al mundo entero que atacarás a cualquiera que definas como actor peligroso dentro del tablero internacional antes de que se erija como una amenaza seria consolidada, despierta el interés de aquellos aludidos, a incrementar su arsenal bélico para disuadir al hegemon de emprender acciones en contra de su integridad. Este hecho, además de favorecer la carrera armamentista que Washington pretende evitar, realimenta el malestar entre grupos dispuestos a sancionar a la potencia por la impunidad de los crímenes que ha cometido contra pueblos inocentes a lo largo de su historia, adicionando así, la vorágine de ataques terroristas que supuestamente tiene la intención de erradicar. Estados Unidos debe recordar que se encuentra atrapado en una guerra asimétrica entrañada por un Estado poderoso y rico, y sus aliados, en contra de organizaciones terroristas no gubernamentales con medios limitados, pero que pueden generar una daño enorme cuando son apuntados en contra de civiles. No importa cuán fuerte y preparado esté para contrarrestar a su rival aparentemente liliputiense, es imposible proteger a un Estado al cien por ciento de las acciones terroristas; Israel es el mejor ejemplo de ello, no existe en el mundo otro país con las medidas de seguridad en prevención del terrorismo que Tel-Aviv ha diseñado, y los acontecimientos demuestran que siempre serán insuficientes. Al nivel de Estados Unidos esta vulnerabilidad se potencializa, haciendo toda medida de protección infalible, imposible. A diferencia de lo que intenta su aliado estratégico, Washington no puede rodear todo su territorio con un muro. El verdadero antídoto para el terrorismo no es emprender una guerra sin tregua en contra de quienes lo enarbolan, haciendo uso de la misma lógica terrorista, sino la expansión de la justicia; justicia política, económica y social.

⁴⁴ Luis Mesa Delmonte; “Estrategias complementarias: entre el fortalecimiento del esquema militar y la ‘conquista de las mentes’ ” en Manuel Ruíz Figueroa (coord.); *op. cit.*, p. 132.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 151.

La invasión de Afganistán a manos del ejército estadounidense y sus aliados subordinados rompió con toda lógica de conflicto internacional; a pesar de traer una serie de sufrimientos innecesarios frecuentemente a quienes menos responsables de los actos gubernamentales son, la guerra se encuentra regulada jurídicamente a nivel internacional para evitar acontecimientos y sufrimiento innecesarios y, cuando esto no es posible, proteger a los círculos de población más vulnerables. Lo que evidenciamos todos en Afganistán fue un bombardeo agresivo que tenía como propósito descarriar la ira del gigante en contra de un pueblo incapacitado para su defensa a los niveles que las capacidades de la alianza en busca de “justicia infinita” impuso. Inicialmente, el pretexto de Washington era el de sancionar al gobierno Talibán por haber brindado refugio al archienemigo de la nueva era, Osama bin Laden, así como intentar la captura de este último. Tres semanas después de iniciada la agresión en contra del pueblo afgano, Estados Unidos anunció que su meta iba más allá de la persecución de la cabeza de *Al-Qaeda*; esta vez el objetivo era derrocar al gobierno conservador del Talibán. Comenzaba a tejerse la urdimbre de argumentos cargados de un discurso democrático vacío, utilizado posteriormente para legitimar la serie de acciones imperiales tendientes a someter al resto de los pueblos en Medio Oriente. El verdadero propósito estadounidense es claro para todos a la luz del tiempo, Bush agredió a Afganistán para enseñarle al resto de la comunidad mundial su determinación y fuerza para imponer su voluntad, para recordarnos quién era el jefe⁴⁶.

A diferencia de lo que sucedería en Iraq, Estados Unidos mostró poco interés en la ocupación y control férreo de Afganistán. Esta diferencia puede apreciarse mejor en el número de los contingentes militares desplegados en ambos países; Iraq recibió un número diez veces mayor de tropas estadounidenses que las estacionadas en suelo afgano, contrastando con la superficie de ambos territorios, donde el segundo Estado supera notablemente al primero y a pesar de la complejidad geográfica del mismo. Por otro lado, Washington delegó a sus aliados de la OTAN el control de la capital afgana porque no tenía un interés tan alto por el dominio político de dicho país. El objetivo del presidente Bush y su equipo de neoconservadores fue estrictamente el de establecer bases de apoyo militar sobre el territorio afgano debido a la posición geoestratégica del país, no porque desee mantener el control directo sobre todo el Estado. El marco ideológico de la guerra en contra de Afganistán proveyó a la dirigencia imperial la oportunidad de ubicarse de manera directa y militarmente en la región de Asia Central. Una de las consecuencias de la guerra en contra del terrorismo fue la instalación de bases aéreas estadounidenses en los territorios de Kirguistán y

⁴⁶ Cfr. Noam Chomsky y Gilbert Achcar; *op. cit.*, p. 73.

Uzbekistán, justo en la periferia de la extinta Unión Soviética y la región adyacente al Mar Caspio, considerada como vital por la concentración de hidrocarburos a lo largo de sus suelos. Más importante aún para la potencia imperial, es asegurar la cercanía de su fuerza militar a rivales potenciales como Irán, Rusia y China, amenazas constantes tanto a intereses específicos como a la perdurabilidad de su hegemonía.

Las razones de la ocupación a Iraq son distintas. A diferencia de su padre quien combatiera al ejército iraquí en 1991 para expulsar a las fuerzas de Hussein del territorio de Kuwait, deteniendo la marcha ofensiva de sus tropas aliadas en la frontera entre ambos países, una vez restituidas las fronteras políticas del Estado invadido, el presidente Bush puso en marcha todos los planes previamente diseñados por el Departamento de Estado estadounidense y sus figuras neoconservadoras para integrar el territorio completo de Iraq bajo la órbita de dominio de Estados Unidos. Washington deseó siempre cimentar en Iraq un control político similar al que ejercía sobre su aliado estratégico en la región, Arabia Saudita. La suma de las reservas de hidrocarburos de ambos Estados árabes representaría el domino sobre dos quintas partes del total de reservas mundiales de petróleo; Arabia Saudita por sí sola tiene el 25% de dichas reservas, si adicionamos el 12% que representan las de Iraq, añadiendo al mismo tiempo el 8% de Kuwait y los respectivos porcentajes del resto de las monarquías asentadas en la región del Golfo, dejando a Irán a un lado, Estados Unidos obtendría el control de más del 50% del petróleo del planeta, un premio bastante alto. No es que su padre desconociera el poder geopolítico que la toma de Iraq reportaría a su causa, sino que el hecho de haber encaminado la guerra del Golfo en 1991 por vía de las Naciones Unidas limitó su capacidad de acción; evitando exceder unilateralmente el mandato de la organización internacional y presionado por su congreso para regresar lo más pronto posible a los soldados estadounidenses a casa, la administración republicana optó por conservar en el poder a un debilitado Saddam Hussein constreñido a través del embargo económico al cual fue sometido su régimen, hasta que la oportunidad de conquistar por completo el país, se presentara.

La guerra en contra del terrorismo de George W. Bush abrió la oportunidad ampliamente buscada. El unilateralismo estadounidense tras desdeñar el papel de la ONU como organismo encargado de solucionar los problemas de la paz y seguridad mundiales, e ignorando la opinión pública de la sociedad internacional, facilitó la consecución de los planes imperialistas al romper todo límite posible a las medidas que decidiera emprender así como la forma de éstas. Iraq representaba un país dentro del cual se entrañaba una ambiciosa lucha de intereses económicos entre potencias mundiales; la invasión del territorio iraquí, era el inicio de una batalla por parte de

Estados Unidos en contra de intereses comerciales de Reino Unido, Rusia y Francia. Tanto Francia como Unión Soviética se habían convertido en los principales socios comerciales del régimen de Hussein durante la Guerra Fría y la etapa de relajamiento de tensiones; siendo sus principales proveedores de armas, lo apoyaron incondicionalmente en su aventura militar de ocho años en contra de la República Islámica de Irán. Incluso, a pesar de haber intervenido dentro de la coalición internacional en contra de su régimen en el año de 1991, a favor de la causa estadounidense, ambos Estados permanecieron como socios estratégicos del gobierno iraquí como manera de contrapeso a Estados Unidos y Reino Unido dentro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Importantes compañías francesas y rusas fueron beneficiadas por concesiones petroleras del gobierno iraquí a cambio de levantar el embargo económico que minaba su capacidad de desarrollo integral, razón por la cual Paris y Moscú presionaron dentro del seno de la organización internacional para reducir el peso de las sanciones económicas sobre Iraq⁴⁷. Una de las primeras medidas anunciadas por el presidente Bush durante la planeación de su aventura militar en contra de Iraq en marzo de 2003, era la confirmación de que después de la ocupación militar del territorio iraquí, se declararían nulas todas las concesiones garantizadas previamente por el gobierno de Hussein. Esa fue la razón principal por la cual tanto Francia como Rusia se opusieron a la invasión unilateral del país de principio a fin. La arrogancia de Washington no cedió ni un trozo del botín, después de concretar su victoria militar y establecer un gobierno provisional pro-estadounidense, todos los contratos para la reconstrucción del país y cada una de las concesiones de la industria petrolera fueron asignados a consorcios anglófonos. La lucha en contra de los intereses comerciales europeos había reportado un éxito rotundo.

Ambas intervenciones en países independientes pueden dar mucho de que hablar, sin embargo, nuestro interés primordial es el de analizar de qué manera afectaron las relaciones entre los dos Estados que hasta este momento hemos venido analizando. Como ya mencionamos con anterioridad, Arabia Saudita y Estados Unidos entraron en una etapa de enfriamiento de sus relaciones como consecuencia directa de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, más aún, detectamos que el alejamiento entre ambas dirigencias antecede esa fecha, siendo el año 2000 el punto de ruptura aparente entre ambos gobiernos. A pesar de ello, es importante destacar que un día después de los ataques a Estados Unidos, el príncipe Abdulá llamó a su ministro de energía, Ali al-Naimi, para discutir la manera de enfrentar el temor de los mercados internacionales ante un presumible aumento en el costo de los energéticos derivado de la tragedia que había sacudido al

⁴⁷ *Ibid.*, p. 92.

mundo. Gracias al aumento de su cuota de producción, y contraviniendo su acuerdo previo dentro del marco de la OPEP de disminuir su producción para beneficiarse de la elevación de los precios del oro negro, Riad aseguró el flujo y suministro de petróleo necesarios para evitar una crisis energética internacional, levantando la confianza de los países consumidores⁴⁸.

El gesto de la dirigencia saudita sería apreciado de manera atenta por Washington, necesitado de aliados regionales que facilitaran la puesta en marcha de su campaña mundial en contra del terror. Sin embargo, muy pronto, ambos gobiernos se enfrascarían en una nueva discusión en torno al uso de las instalaciones de la Base Aérea Príncipe Sultán en la región de Dhahran⁴⁹. La base aérea representaba un centro de operaciones aéreas combinadas de la fuerza aérea del Comando Central estadounidense, desde la cual se podía cubrir cualquier zona de la región del Golfo en cuestión de minutos. Washington deseaba ocupar dichas instalaciones para orquestar su guerra aérea y terrestre en contra del Talibán en Afganistán. El Pentágono decidió no pedir permiso al gobierno saudita para utilizar lo que consideraba propiedad del gobierno de Estados Unidos, y en una declaración del 22 de septiembre informaba que Washington usaría el territorio de Arabia Saudita como base central de las operaciones en contra de Afganistán⁵⁰. Las noticias impactaron de manera desfavorable a la monarquía que reprochó no haber sido consultada por las autoridades estadounidenses en sus planes de guerra. Ningún gobierno toma con buenos ojos conocer por vía de la prensa que su territorio será utilizado por un poder extranjero para desatar una ofensiva militar en contra de un tercer Estado, menos cuando éste último es inocente.

La dirigencia saudita se encontró inmersa en una tormenta seria; atrapada en un cruce de caminos desfavorable en donde por un lado se encontraba la campaña virulenta en su contra dentro de la opinión pública mundial por su escasa participación en la campaña estadounidense antiterrorista y sus vínculos con algunos grupos terroristas, y por el otro, la amenaza latente de los fervores nacionalista y religioso al interior del Reino, desatados a un nivel sin precedentes como

⁴⁸ Deutsch Presse Agentur; “La caída del precio del crudo preocupa a la OPEP. El valor de la cesta perforó hacia abajo la barrera de los veinte dólares”. *DPA Viena*, 27 de septiembre de 2001. Consultado en <http://www.rionegro.com.ar/arch200109/e27g27.html> el 14 de septiembre de 2009 a las 21:15 hrs.

⁴⁹ Debemos recordar que dichas instalaciones fueron producto del establecimiento de relaciones cercanas entre ambos Estados a inicios de los años cincuentas, pensada como una base estratégica para la contención del comunismo soviético; la base aérea fue construida y utilizada por Estados Unidos hasta el año de 1962 en el que una disputa entre Kennedy y Faisal, en torno a los proyectos de modernización, terminara con el retiro de los contingentes armados estadounidenses del Reino y su remplazo por nacionales sauditas. Sin embargo, esta zona estratégica fue ocupada nuevamente por fuerzas estadounidenses tras la guerra en contra de Iraq en 1991, convirtiéndose en el principal centro de operaciones de la fuerza aérea estadounidense, así como de las operaciones de vigilancia y embargo económico de Iraq después de finalizada la contienda.

⁵⁰ *Cfr.* Vernon Loeb y Dana Priest; “Saudis Balk at U.S. Use of Command Post; Powell Seeks Reversal of Policy; Refusal Could Delay Airstrikes at Terrorists”. *The Washington Post*, 23 de septiembre de 2001. Consultado en <http://www.encyclopedia.com/doc/1P2-460021.html> el 14 de septiembre de 2009 a las 22:25 hrs.

consecuencia de la campaña mundial en contra de los pueblos árabe y musulmán, encabezada por Estados Unidos. Riad vacilaría en torno a qué medidas seguir, sin tornar la balanza a favor de un lado de manera que hipotecara su seguridad en cualquier sentido que el desajuste se produjera.

Una encuesta realizada por el gobierno del Reino descubrió que más de 6,000 líderes religiosos en una muestra de 11,200 mezquitas bajo escrutinio, se pronunciaban a favor del régimen Talibán, así como en contra de la intención de Washington por derrocarlo. Al mismo tiempo, el príncipe Saud al-Faisal, ministro de asuntos del exterior, aseguraba a sus contrapartes estadounidenses que su gobierno cooperaría completamente no sólo para rastrear el origen de los perpetradores de las atrocidades del 11 de septiembre, sino para dismantelar de manera amplia la infraestructura e ideología que nutría a las organizaciones terroristas. De manera coherente, el gobierno saudita retiró su reconocimiento diplomático al gobierno Talibán además de condenar la protección de este último, hacia la red terrorista comandada por Bin Laden. Sin embargo, el príncipe Sultán, ministro de defensa, reiteraba a su población el compromiso de que el Reino de Arabia Saudita jamás permitiría la presencia de un solo soldado extranjero dentro de su territorio, en guerra contra pueblos árabes o musulmanes⁵¹.

El presidente Bush decidió enviar a su secretario de defensa Donald Rumsfeld para terminar con el comportamiento ambivalente de las autoridades sauditas, así como para especificar los términos bajo los cuales se desarrollaría la relación entre ambos Estados durante la ofensiva militar en contra del pueblo afgano. El debate entre los dos círculos de políticos se caracterizó por críticas de parte de la elite saudita con relación al mal comportamiento de las tropas estadounidenses presentes en el Reino desde 1991; robo flagrante de electricidad y traslado de individuos sin visa autorizada por el gobierno saudita para pisar su territorio fueron las principales quejas de Riad en contra de Washington. No obstante, el punto angular de la reunión se enfocó al número de tropas estadounidenses que el Reino se encontraba dispuesto a recibir, la cantidad de vuelos que se desplazarían sobre el espacio aéreo del Estado árabe y el tipo de operaciones que se permitiría realizar sobre la base militar aérea mencionada. La casa real cuestionó el interés por parte de su aliado incómodo en servirse de las instalaciones de la base Príncipe Sultán como núcleo de su ofensiva bélica, cuando ésta se encontraba más alejada de los objetivos en Afganistán que los tres portaviones militares estadounidenses ubicados en las aguas del Golfo de Omán; su obsesión por dirigir la guerra injusta en contra de un país musulmán desde el territorio de Arabia Saudita elevaría los costos del reabastecimiento de combustible de las aeronaves estadounidenses, aumentando a la

⁵¹ David B. Ottaway; *The King's Messenger. Prince Bandar bin Sultan and America's Tangled Relationship with Saudi Arabia*. Walker and Company, New York, 2008, p. 172.

vez el tiempo del desplazamiento desde un punto a otro, Riad no comprendía la insistencia estadounidense por lanzar sus planes militares desde su territorio.

A pesar de que la dirigencia saudita encontrara ilógica la obsesión de su contraparte en beneficiarse del territorio estatal para su funesta misión, la familia Saud acordó con el Pentágono el uso por parte de Estados Unidos de la base aérea como comando central de sus operaciones⁵², siempre y cuando los aviones destinados a misiones de ataque despegaran de los portaviones navales estadounidenses en las aguas del Golfo y no de suelo sagrado para el mundo islámico. Estas restricciones fueron las mismas impuestas sobre las fuerzas británica y estadounidense durante su misión de observación de las fronteras iraquíes a partir del inicio del embargo en contra del gobierno de Hussein. La medida fue vista como una especie de mostrar apoyo incondicional a la potencia hegemónica en su cruzada amoral, evitando al mismo tiempo la provocación de críticas por parte del mundo árabe al servir de manera directa a los designios imperiales en contra de sus hermanos de fe. Todo se realizó en la mayor oscuridad informativa auspiciada por el monopolio informativo estatal sobre los medios masivos de comunicación.

La misma lógica prevalecería durante la agresión estadounidense en contra de Iraq. Como ya se mencionó, Arabia Saudita permitió, en el período que abarca los años 1991 a 2003, la estancia sobre su territorio de unidades de las fuerzas aéreas estadounidense y británica, encaminadas a restringir la navegación aérea en una zona de vuelos de la frontera sur de Iraq, como medida complementaria del embargo económico internacional al cual se encontraba sometido ese país. A pesar de que habitualmente las autoridades del Reino no se manifestaron en contra de misiones aéreas destinadas a abatir blancos iraquíes considerados peligrosos para el desarrollo óptimo del objetivo señalado, si mostraron una oposición total ante operaciones en escala masiva que agredieran de manera directa y no como contraofensiva clara a la sociedad del Estado bajo observación constante.

El 19 de marzo de 2003, día en que el presidente Bush inició su campaña en contra del régimen “tirano” de Hussein para “liberar” a la sociedad iraquí de la opresión, el rey Fahd reprochó la decisión estadounidense por violentar el orden jurídico internacional y declaró públicamente que Arabia Saudita no participaría bajo ninguna circunstancia en la nueva batalla de la guerra estadounidense por dominar unilateralmente la comunidad mundial. No obstante, un número de reportes dados a conocer en años posteriores a la ocupación total de Iraq, dio a conocer que de

⁵² Luis Mesa Delmonte; “EEUU en el Golfo. Bases militares y sujeción política”. *Nación Árabe*, Nº 47, Año XV, Verano 2002. Consultado en <http://www.nodo50.org/csca/na/na47/eeuu-golfo.pdf> el 15 de septiembre de 2009 a las 11:40 hrs.

manera informal, el gobierno saudita accedió a proveer apoyo logístico para respaldar la misión de la fuerza militar multinacional encabezada por Washington⁵³. Permisos para realizar el reabastecimiento de combustibles en suelo saudita, así como conducir misiones de reconocimiento explotando su espacio aéreo, transportar contingentes de artillería desde bases instaladas en su territorio, la apertura de instalaciones adecuadas para el despegue y aterrizaje de las fuerzas aéreas y el uso, sin restricciones, de la base militar Príncipe Sultán para establecer su centro de operaciones de combate aéreo como clave central para coordinar las operaciones militares a lo largo de la región, fueron las principales aportaciones de Riad a la cruzada imperial en contra del blanco escogido para incrementar su poderío⁵⁴.

La invasión atrabiliaria de Iraq demostró al mundo que para Estados Unidos la ausencia de evidencia y la evidencia de ausencia podían ser interpretadas de la misma manera. Las pretendidas armas de destrucción en masa que poseía supuestamente el gobierno de Bagdad, pretexto sobre el cual se inició la ofensiva en su perjurio, demostraron ser inexistentes a los ojos de los supervisores internacionales del Organismo Internacional de Energía Atómica (OEIA). La evidencia de ausencia de dicho arsenal no fue suficiente para desalentar un plan de control imperial largamente anhelado, acusando errores dentro del proceso de supervisión internacional del régimen de Hussein, el cual imposibilitaba el descubrimiento claro de la evidencia que Washington acusaba, Estados Unidos masacró a un pueblo inerme bajo la cubierta de su doctrina de la acción anticipatoria.

El gobierno saudita benefició a su aliado con el préstamo de dos aeropuertos al norte del país para resolver un “pequeño problema técnico” de las tropas estadounidenses en su ofensiva bélica. Arabia Saudita tuvo un rol mucho más grande dentro de la campaña militar en contra de Iraq del que se publicó en la prensa internacional. Adicionalmente a todas las muestras de apoyo citadas en el párrafo precedente, las autoridades de la familia real saudita permitieron el despliegue de operaciones de fuerzas especiales desde el interior de su Estado, alrededor de 300 vuelos de misiones de reconocimiento y ataque despegaron desde suelo saudita, y lo más importante, abasteció por más de diez millones de dólares a las fuerzas aliadas con petróleo, gas y combustible, necesarios para el triunfo de sus operaciones. Al mismo tiempo, Riad movilizó alrededor de seis mil soldados de sus tropas hacia territorio kuwaití para formar parte de una fuerza de defensa conjunta del CCG con el fin de proteger a su vecino vulnerable de cualquier intento iraquí por arrastrarlo a la

⁵³ APS Diplomat Strategic Balance in the Middle East; “SAUDI ARABIA - US Access To Military Facilities”. APS, 17 de marzo de 2003. Consultado en <http://www.allbusiness.com/government/495481-1.html> el 15 de septiembre de 2009 a las 20:15 hrs.

⁵⁴ Cfr. Alfred B. Prados; “Saudi Arabia: Current Issues and U. S. Relations” en Tollitz, N. P. (editor); *Saudi Arabia. Terrorism, U.S. Relations and Oil*. Nova Science publishers, New York, 2005, p. 12.

guerra aumentando la complejidad del conflicto. A pesar de no haber tenido acción en el frente de batalla, dicha ayuda fue considerada como reflejo de la disposición saudita de incorporarse al bando de la “democracia” en contra de la amenaza terrorista mundial⁵⁵.

Su recompensa no tardó en llegar, siguiendo al colapso del régimen de Hussein, Estados Unidos anunció que planeaba retirar todas sus tropas estacionadas en territorio saudita y trasladar su Centro de operaciones de Combate Aéreo al territorio de Qatar⁵⁶. Los más de 5,000 soldados asignados a misiones aéreas del Comando Central estadounidense, abandonaron el suelo saudita de manera efectiva el 22 de septiembre de 2003, quedando únicamente alrededor de doscientos veinte miembros de su personal asignados a trabajar de manera conjunta para el entrenamiento de la Guardia Nacional Saudita⁵⁷. Tanto los oficiales del gobierno en Washington como los de Riad, esperaban que dicha medida favoreciera para disminuir la presión sobre la familia Saud procedente de grupos antiestadounidenses; pero la oleada de ataques terroristas en contra de blancos extranjeros al interior del Reino que siguió a dichos acontecimientos, nubló un poco el panorama halagüeño que ambos gobiernos habían acariciado.

La violencia desatada al interior de la sociedad saudita alimentada por la evidente connivencia de su monarquía con Estados Unidos, en las campañas bélicas que reportaron la pérdida de miles de vidas musulmanas, acechó tanto a las autoridades del Reino como a todo extranjero que por avatares del destino se encontrara viviendo en el territorio árabe. De mayo de 2003 a junio de 2004, un elevado número de incidentes terroristas asoló la tranquilidad de la sociedad saudita en su conjunto. De explosiones clandestinas a asesinatos selectivos, pasando por suicidas empedernidos, hasta cintas de la oposición incitando a la sublevación y subversión en masa, el clima político y social del Reino árabe se vio sometido a presiones que nunca antes habían contenido dentro de su ofensiva, tanta violencia. Esta situación fue la que inclinó a Riad de manera definitiva a la cooperación e integración de su voluntad en la campaña mundial de la guerra al terrorismo.

Como vimos anteriormente, la entrada de la “plaga terrorista” a suelo saudita favoreció el acercamiento estratégico con Washington, fortaleciendo el vínculo que se encontrara bajo una tormenta diplomática y mediática a consecuencia del malestar generado entre ambos Estados por los acontecimientos del 11 de septiembre. La cooperación incondicional saudita dentro de las

⁵⁵ *Ibid.*, p. 13.

⁵⁶ David Isenberg; “The ever-growing US military footprint”. *Asia Times*, 10 de junio de 2003. Consultado en http://www.atimes.com/atimes/Middle_East/EF10Ak01.html el 16 de septiembre de 2009 a las 11.20 hrs.

⁵⁷ *Cfr.* Alfred B. Prados; *op. cit.*, p. 6

ofensivas bélicas en contra de sus vecinos regionales, así como su participación en el aumento del control financiero a los distintos fondos islámicos bajo sospecha de financiar a grupos terroristas alrededor del orbe, lo colocaron nuevamente en la visión estadounidense, al menos la de sus gobiernos, como aliado básico, fundamental e indispensable para la imposición de cualquiera de sus medidas en la política internacional. Su valía fue cuantificada al grado de que cada una de sus posibles vinculaciones con la amenaza terrorista fue borrada de informes oficiales⁵⁸ y el bombardeo publicitario que deformaba la opinión pública estadounidense en torno al Reino saudita, fue retirado de manera paulatina de los medios de comunicación, mostrándolo ahora como un socio poco habitual pero en suma confiable.

3.5. La reconfiguración de la relación y su posible ruptura: escenarios y repercusiones locales, regionales y mundiales

La muerte del rey Fahd en agosto de 2005 marcó el final de toda una era en las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudita, su reinado a partir de la década de los ochentas representó el máximo punto de cooperación entre ambos Estados, cuando la batalla en contra del comunismo internacional fue colocada como pieza angular de su política exterior. A pesar de que desde el año 1995, por cuestiones de salud del monarca, las verdaderas riendas del poder saudita fueron sostenidas por el príncipe heredero Abdulá, la supervivencia del rey Fahd restringió en cierta medida su capacidad para realizar modificaciones sustanciales dentro del proceso de toma de decisiones tanto al interior como al exterior del país. La sustitución del monarca pro-estadounidense en la cabeza del Estado saudita por su medio hermano Abdulá, conocido por su intención de diversificar los lazos estratégicos del país árabe, trajo consigo una serie de modificaciones en torno a su relación con el poder imperial. Los intereses que algún día contuvieron la quintaesencia del lazo estratégico entre ambos gobiernos: petróleo, geopolítica y anticomunismo, se presentaban de manera distinta a los ojos de la dirigencia de la familia real saudita, circunscrita en un entorno lleno de cambios y arreglos en las distintas esferas de la vida internacional, situación que obligó a Riad a evaluar su cercanía con Washington, así como la vigencia de los elementos que los unían. Más aún, el retiro completo de la presencia militar estadounidense sobre el territorio árabe, derivado de la campaña bélica en contra de Iraq, y que se creía aminoraría el clima de animadversión al interior

⁵⁸ El reporte final de la comisión encargada de clarificar los asuntos del once de septiembre, dado a conocer en julio de 2004, fue publicado con una sección de 28 páginas censuradas (en blanco) por el presidente Bush, en las cuales se exponían vínculos que asociaban de manera directa a altos mandos de la familia real saudita con grupos y personalidades identificadas como terroristas. *Cfr.* Alfred B. Prados; *op. cit.*, p. 6.

del Reino en contra del mantenimiento de la relación entre ambos gobiernos, significó también la inevitable disminución de la capacidad de influencia estadounidense en la política local. El intercambio económico, académico y cultural entre ambas sociedades presenció de igual manera una reducción considerable; médicos, administrativos y técnicos estadounidenses abandonaron el país en 2003 sin intenciones de regresar, al tiempo que una cantidad elevada de estudiantes sauditas instalados en universidades dentro de Estados Unidos, abandonaron sus programas y regresaron a su país natal. A continuación analizaremos la evolución de los puntos centrales de interés dentro las relaciones entre Arabia Saudita y Estados Unidos, tratando de destacar las principales modificaciones que sufren con los cambios de la sociedad mundial, para establecer patrones de conducta que posiblemente definan el futuro de dicha relación.

Sin lugar a dudas, el petróleo permanecerá como uno de los elementos de mayor importancia dentro de las relaciones entre ambos Estados, tal y como lo será para Arabia Saudita con cualquier otro país con quien entable relaciones a nivel mundial. Indudablemente, Riad sigue apreciando a su aliado incómodo como el mercado más grande del mundo, ávido del recurso energético que explota la economía saudita y de los recursos financieros provenientes de dicha comercialización, sin embargo, el fin del ambiente que prevaleció durante la Guerra Fría ha abierto el panorama de opciones de manera sorprendente al cálculo de la monarquía saudita a favor del cumplimiento de sus intereses. Actualmente el Estado árabe tiene más de una sola opción para invertir las utilidades generadas por sus exportaciones del crudo; tanto Asia como Europa representan grandes mercados en constante desarrollo, ansiosos por recibir recursos financieros provenientes de los grandes exportadores del valioso mineral. Entre los años 2001 a 2004, los miembros de la OPEP redujeron la proporción de dólares en sus depósitos bancarios alrededor de un 13% a favor de la moneda común europea⁵⁹. Aun cuando los efectos derivados de dicha decisión tarden en mostrarse palpablemente, la modificación de los patrones de inversión saudita disminuirá la dependencia del bienestar económico mutuo entre Washington y Riad, ampliando la libertad de movilidad saudita en el comercio internacional.

Esta diferencia en el ámbito económico se acentuará debido a la necesidad por parte de Arabia Saudita de impulsar a nivel internacional una política de altos precios al costo del energético, encaminada a aminorar los problemas económicos al interior del Reino. El país musulmán cuenta con una de las tasas más altas de natalidad a nivel mundial, el 40% de su población se encuentra por debajo de los quince años de edad y su tasa de desempleo llega

⁵⁹ Cfr. Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 249.

aproximadamente hasta un 13%⁶⁰. La familia Saud confía en su capacidad financiera para alivianar dichas presiones a través de las exportaciones de petróleo. El recurso mineral constituye la mayor parte de su presupuesto nacional, por lo que una política estable de precios elevados del “oro negro”, reportará mayores beneficios que ayuden a solucionar sus problemas internos. La explosión demográfica saudita que se presenciara a lo largo de la próxima década, obliga a sus autoridades a encontrar todas las fórmulas necesarias para maximizar sus ingresos provenientes del petróleo⁶¹. Sin embargo, el problema de adoptar la posición de elevar los ya de por sí altos costos de los energéticos, radica en el perjuicio que ocasionaría a los países consumidores dependientes de las importaciones del recurso, desestabilizando sus balanzas comerciales y hundiéndolos en el déficit público. Estados Unidos más que ningún otro país resultaría afectado por estas medidas al ser el máximo consumidor de petróleo en el mundo.

La necesidad de Arabia Saudita por precios altos del petróleo no implica una colisión inevitable con la potencia imperial a pesar de representar un espacio posible para generar fricciones entre ambos Estados. El hecho de erigirse como el Estado que controla la mayor cantidad de las reservas del mineral a nivel mundial, lo obliga a procurar la existencia de un mercado petrolero internacional estable que mantenga alejada la idea de la sustitución del mineral por energías alternativas. Si el costo del petróleo rebasara los niveles aceptables por parte de sus consumidores, aumentando automáticamente sus costos de producción, estos se verían impelidos a hallar nuevas formas más baratas en el ciclo industrial que les permitieran evadir la carga de la energía proveniente de los hidrocarburos. Arabia Saudita posee una economía totalmente dependiente de las exportaciones de los mismos, por lo cual resulta absurdo autoboicotear su prevalencia como el más grande productor mundial de petróleo. Otra de las razones que le impiden desarrollar una política agresiva de precios, la constituyen sus vastas inversiones ubicadas en distintas esferas de la economía internacional, una recesión mundial derivada de una crisis energética como las que se vivieron a lo largo del siglo veinte, dañaría miles de intereses sauditas desperdigados en amplias gamas del mercado mundial, razón por la cual Riad siempre ha mostrado posiciones menos agresivas en cuanto a los precios del mineral que la del resto de sus compañeros de la OPEP.

Como el más grande productor mundial de petróleo y el mayor consumidor del mismo, Arabia Saudita y Estados Unidos respectivamente, se encuentran atados de manera más económica que política. Ambos gobiernos buscan maximizar sus beneficios sin dañar los de su contraparte

⁶⁰ CIA; “The World Factbook; Saudi Arabia”. Consultado en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/sa.html> el 24 de febrero de 2009 a las 9.50 hrs.

⁶¹ Cfr. Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 250.

debido a la dependencia transnacional que han forjado sobre sus respectivos intereses. Riad favorecerá una política de precios altos del crudo siempre y cuando no hipoteque la estabilidad de la economía internacional en su conjunto; en el momento que esto sucediera, tiene asimismo, la capacidad de inundar el mercado mundial con el “oro negro” para reducir los costos de éste de manera rápida, imposibilitando cualquier intento por parte de un tercer Estado de beneficiarse de precios altos a costa del resto de los miembros de la sociedad internacional. El hecho de que miles de millones de dólares de inversiones sauditas se encuentren atados a los mercados internacionales, más aún, que la mayoría de ellos dependa de manera directa de los precios del petróleo, es una garantía para Washington, de que su aliado árabe está comprometido con la estabilidad de la economía mundial comandada por Estados Unidos.

La comprobación de dicha dependencia se puso de manifiesto cuando el 25 de abril de 2005, después de su tormentoso encuentro tres años antes, el presidente Bush y el rey Abdulá, se reunieron nuevamente en el rancho de Crawford, Texas. El encuentro rayó en la parafernalia mediática, mostrándonos a ambos dirigentes caminando tomados de la mano, en señal de profunda confianza según la cultura árabe, y besándose las mejillas como muestra de eterna amistad y solidaridad. Sin embargo, el principal punto de interés durante el encuentro lo ocupó el petróleo. El costo por cada barril del recurso había alcanzado la cifra de 55 dólares, aumentando progresivamente los costos de la gasolina en suelo estadounidense de 1.41 dólares a 2.42 en tres años. Ante la insistencia de la administración Bush, especialmente de su consejera de seguridad nacional Condoleezza Rice, de inmiscuir al gobierno saudita en la solución de dicha situación, el rey Abdulá anunció que su administración pretendía invertir más de 50,000 millones de dólares en sus instalaciones estratégicas, para aumentar sus niveles de producción de 9 a 12.5 millones de barriles por día para el año 2010, incrementándolo a 15 durante la próxima década. La confianza en los mercados mundiales tras dicha declaración, favoreció la reducción paulatina del costo del recurso, aminorando la presión que se cernía sobre el gobierno estadounidense. Sin embargo, la decisión del monarca saudita no reportó la disminución inmediata de los precios de las gasolinas al interior de Estados Unidos; de nada sirve inundar el mercado mundial del recurso estratégico si no existen las refinerías necesarias para procesarlo⁶².

Mientras que como ha quedado demostrado, el petróleo permanecerá como una de las claves fundamentales para explicar la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudita, otros actores importantes, como China e India jugaran un papel prominente en los cálculos energéticos sauditas

⁶² Cfr. David B. Ottaway; *op. cit.*, p. 248.

que reduzcan la influencia estadounidense sobre su Estado. El aumento del consumo de energéticos de Asia en conjunto, producto de la aceleración de sus procesos de desarrollo económico industrial, provee a los sauditas nuevas oportunidades de interacción en los ámbitos económico, político y militar. Tan sólo la demanda de combustibles por parte de China aumentará aproximadamente de 5 millones de barriles diarios a 12 entre los años 2005 y 2030. Durante ese mismo período la demanda mundial de energéticos por parte de los países en desarrollo aumentará entre un 30 y 40%. La Agencia Internacional de Energía (AIE) estima que los combustibles fósiles representarán el 90% de dichas proyecciones para suplir la demanda mundial de fuentes de energía primarias durante los próximos 25 años, el petróleo permanecerá como la fuente dominante⁶³. Ante este panorama, Arabia Saudita busca ardientemente su posicionamiento en los mercados asiáticos, principalmente en China y Japón, ofreciendo términos favorables de comercio para asegurar su permanencia como el mayor proveedor del crudo a nivel mundial. A este acercamiento seguirá indudablemente el intercambio de armas y la venta de equipo militar avanzado proveniente de China, otro de los puntos sobre los cuales Washington mantiene especial atención.

Los cambios en la naturaleza de las inclinaciones de la economía saudita hacia los distintos mercados energéticos mundiales, deben ser leídos en dos direcciones distintas. Inicialmente, el aumento de intereses económicos distintos a la tradicional presencia estadounidense en el Reino, como lo representan las inversiones asiáticas y europeas, reducirán la capacidad de influencia de Washington sobre Arabia Saudita en el plano comercial. Las concesiones y contratos del país árabe ya no se asignan de manera directa e irreflexiva a favor de las compañías estadounidenses. Entre julio de 2003 y enero de 2004, Abdulá aprobó una estrategia de diversificación de la economía nacional tendiente a reducir la presencia de intereses comerciales estadounidenses al interior del Reino en el campo energético; varias compañías de Estados Unidos perdieron la concesión de contratos lucrativos en el sector gasífero a favor de las empresas Lukoil, Sinopec y Total, con capitales ruso, chino y francés, respectivamente. Chevron-Texaco y Exxon Mobile fueron retiradas del concurso de licitación al no cumplir con los requisitos que precisaban las autoridades del ramo⁶⁴.

Por otro lado, la amplia red de relaciones que establece Riad con distintos socios comerciales, aunada al incremento de la demanda del recurso a nivel mundial, reduce su capacidad política para manipular la cantidad de crudo en el mercado o el precio del mismo. Si las autoridades

⁶³ Energy Information Administration; "International Petroleum". Consultado en <http://www.eia.doe.gov/emeu/mer/pdf/pages/sec11.pdf> el 14 enero de 2009 a las 11:17 hrs.

⁶⁴ Cfr. Alfred B. Prados, *op. cit.*, p. 19.

sauditas pretendieran enfrentar a Estados Unidos mediante la conocida “arma del petróleo”, se vería inmediatamente confrontada a una amplia coalición internacional que incluiría a China. Una política energética saudita moderada es uno de los intereses comunes que comparten actualmente el denominado gigante asiático y el poder imperial. Lo que al mismo tiempo significa que otros Estados adquirirán un interés cada vez mayor en torno a la seguridad interna del Reino de Arabia Saudita en particular y la estabilidad regional de manera general; condición que puede ser explotada tanto a favor como en detrimento de la integridad del país musulmán⁶⁵.

Otro pilar estratégico de la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudita, el de la defensa y protección militar del Reino, se verá igualmente afectado por nuevas tensiones producto de los distintos cambios del ambiente sobre el cual se desarrolla la política internacional. A pesar de que ambos gobiernos continuarán colaborando de manera conjunta en dicha esfera para situaciones específicas, tal y como lo demostró su cooperación durante las campañas funestas en contra de Afganistán e Iraq, la dirigencia saudita ha comprobado de manera directa la amenaza que representa la presencia continua de contingentes extranjeros sobre su territorio. La estancia por más de once años de tropas estadounidenses en el país árabe, ocasionó una serie de problemas de seguridad al interior del Reino, que hipotecó su estabilidad al interior al mismo tiempo que lo convirtió en blanco preferido de las críticas antiestadounidenses a través de la región. La decisión sabia de retirar todo vestigio de dicha situación tras el abandono por parte de las fuerzas armadas estadounidenses alojadas en Arabia Saudita en septiembre 2003, a raíz del éxito de Washington en derrocar al gobierno de Hussein y ocupar militarmente el Estado iraquí, granjeó cierto respaldo del pueblo saudita hacia la monarquía y modificó asimismo, la percepción general de las posibles amenazas en contra de su integridad.

Históricamente, Riad consideró a Iraq como la mayor amenaza en contra de su seguridad nacional, no sólo por la campaña difamatoria que al interior del régimen de Hussein se pronunciaba constantemente en contra de la familia real debido principalmente a sus lazos cercanos con la potencia imperial, sino por su deseo explícito de controlar los recursos energéticos de la región bajo cualquier medio posible, manifiesto en su agresión al régimen kuwaití en 1991. La difusión y promoción de un discurso nacionalista secular que contrastaba de manera evidente con los fundamentos conservadores del Reino y su composición demográfica poco homogénea, constituían de igual forma elementos de tensión entre ambos gobiernos; la presencia de comunidades chiitas iraquíes asentadas a lo largo de la frontera compartida por ambos Estados, representaba más que un

⁶⁵ Cfr. Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 251.

elemento de confrontación política e ideológica entre ambos gobiernos, una causa de temor por parte de Riad debido a la existencia de poblaciones chiitas al interior del Reino que, identificadas a los sufrimientos de los grupos chiitas en el Estado vecino, podían desestabilizar el clima político nacional. Este mismo factor colocó a Irán como otra amenaza potencial para la seguridad saudita; si bien dentro de Iraq existe un número elevado de poblaciones chiitas, siendo incluso la mayoría al interior de dicho país, éstas fueron incorporadas bajo la tutela, en ocasiones represiva, del gobierno sunita encabezado por el grupo político de Saddam Hussein. Caso distinto de lo que ocurre en Irán, donde el gobierno de la República Islámica se declara oficialmente como chiita. La confrontación ideológica que permeó las relaciones entre Arabia Saudita y el país persa durante la Guerra Fría definió el ánimo saudita de animadversión en contra del país de los ayatolas.

Tanto Irán como Iraq siguen siendo percibidos como amenazas latentes a la seguridad nacional por parte del gobierno en Riad aun después de la ocupación del primero y el aparente acercamiento diplomático con el segundo, sin embargo, las características de las mismas se han modificado. La invasión estadounidense en contra de Iraq transformó el rol histórico de Washington como garante de la seguridad e integridad política del Reino saudita tornándolo exactamente en lo opuesto. La ocupación de Iraq se ha convertido en la mayor fuente de inseguridad para los sauditas al transformar el territorio de la antigua Mesopotamia en la incubadora ideal para la preparación de miles de guerreros islamistas dispuestos a engrosar las filas de grupos extremistas como la red terrorista *Al-Qaeda*, cuyos objetivos abarcan desde la expulsión de las tropas infieles del país agredido y el mundo musulmán, hasta provocar la caída de la familia Saud en el gobierno de Riad.

Por otro lado, el futuro indeterminado de la sociedad iraquí arroja en la incertidumbre a la élite gobernante saudita respecto al tipo de Estado con el cual deberá coexistir. Una vez eliminada la amenaza de Hussein, y con ella la de una posible invasión militar sobre su territorio, la familia gobernante se preocupa ahora por las intenciones de Washington en promover la creación de un gobierno “liberal y democrático” a la usanza estadounidense, en su país vecino. El reto de convivir con un país árabe en el cual se “liberalice” la sociedad, levantando restricciones a los medios de información, ofreciendo garantías de igualdad a todo grupo poblacional sin distinción de confesión religiosa o procedencia étnica, asegurando la práctica de elecciones “libres y frecuentes” y respaldando la participación de una serie de grupos pretendidamente intelectuales en la administración pública del Estado, en pocas palabras: soportar el acecho de la campaña publicitaria neoliberal que pretende controlar a partir de mal informar a la población general con ayuda del monopolio estadounidense sobre las tecnologías de la comunicación y la informática, puede poner

en riesgo la permanencia del sistema conservador saudita al ser expuesto de manera permanente por su contraste en forma y fondo con el nuevo orden estatal de su antiguo rival⁶⁶.

Más aún, el hecho de que dicho riesgo pueda ser orquestado en las oficinas de Washington inquieta al gobierno monárquico. El afán inagotable de la cruzada moral e ideológica estadounidense que se obstina en recrear un mundo a su imagen y semejanza, para facilitar su dominio sobre éste, coloca a Estados Unidos como una de las principales amenazas en detrimento de la estabilidad de la familia Saud de manera particular y de la del país entero de manera general. La dirigencia en Riad cuestiona la viabilidad de conservar sus lazos estratégicos con Estados Unidos, llegando a desconfiar inclusive del Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), y ubicándolos como posibles herramientas del imperio para trastocar los fundamentos del Reino y aprovechar cualquier ocasión para acaparar los vastos recursos asentados en el subsuelo de su territorio.

A través del Golfo, en Irán, la aparente determinación por parte de la República Islámica en desarrollar un programa de enriquecimiento de uranio para aplicaciones civiles de energía nuclear, causa preocupación en Riad, más por la paranoia de Washington quien afirma el interés de Teherán en levantar un arsenal nuclear, que por pruebas evidentes de dichas intenciones. Arabia Saudita e Irán alcanzaron una especie de entendimiento mutuo que puso fin a su hostilidad después de la década de los ochentas, desarrollando una serie de acercamientos progresivos que disminuyeron la percepción saudita en contra del país persa y chiita. Sin embargo, la sugerida existencia de planes nucleares bélicos por parte de este último puede modificar la postura saudita en relación al gobierno de Teherán, e incluso reconsiderar su decisión de 1988 de proscribir la opción nuclear para su Estado. El riesgo de una carrera armamentista en la región podría materializarse máxime cuando Riad percibe una menor disposición por parte de Washington a protegerlo incondicionalmente, y en ocasiones una amenaza directa.⁶⁷

A pesar de que las amenazas regionales entrañadas en un Estado iraquí debilitado, en posible riesgo de fragmentación o el desarrollo de armas nucleares por parte de Irán, añadirán tensiones al malestar ya evidente de la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudita, es probable que ambos permanezcan en continua coordinación para asegurar la estabilidad política en Medio Oriente. El desastre político en Iraq no conviene a ninguna de las dos partes; la dirigencia saudita reconoce que la expansión del caos dentro de la sociedad iraquí sólo redundará en el aumento de la ira y resentimiento de los grupos de jóvenes sauditas que viajaron a dichas tierras para combatir al

⁶⁶ Cfr. Thomas Lippman; *op. cit.*, p. 345.

⁶⁷ *Idem*

invasor imperialista, al regresar a suelo saudita estos grupos emprenderán una ofensiva cada vez más ardua en contra del régimen establecido, aplicando nuevas técnicas y explotando su experiencia en tierras vecinas. Otro punto importante sobre el cual los gobiernos de Riad y Washington comparten interés, es el de evitar el aumento de la influencia de Irán sobre el territorio conquistado, respaldando de manera económica, política e incluso militar, a la minoría chiita que Estados Unidos ha utilizado para renovar los fundamentos constitucionales del Estado iraquí. Ambas dirigencias, trabajan de manera conjunta para impedir una desintegración de la compleja composición étnica y confesional del pueblo de Iraq, que incrementaría las tensiones a nivel regional, así como cuidar que el aumento de influencia del grupo chiita al interior de dicho país no sea aprovechado por el régimen de Teherán para aumentar sus elementos de poder a lo largo de la región.

Las dificultades por las cuales atraviesa la relación entre los dos países ha llevado a la dirigencia saudita a la diversificación de sus compras en cuanto armamento se refiere, tanto el rey Abdulá como el príncipe Sultán, ministro de defensa, han propuesto una estrategia similar a la tomada en su industria energética; a pesar de que pudiera resultar ineficiente adquirir sistemas de armamento a diferentes fuentes, todo indica que Riad está dispuesto a modificar su patrón de consumo tradicional de armas para terminar con la dependencia en dicho rubro en relación a Estados Unidos. Las ventas militares estadounidenses al Reino de Arabia Saudita han continuado, sin embargo, dichos contratos únicamente tienen el objetivo de sostener viejos programas como la modernización de la Guardia Nacional Saudita, mientras que ningún acuerdo ha sido firmado para la adquisición de nuevas aeronaves militares, tanques o buques de guerra.

A finales del año 2007, Washington anunció la intención de transferir hacia los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo más de 20,000 millones dólares en arsenal bélico, pero únicamente logró colocar 1,400 en Arabia Saudita aun después de la oposición del grupo de presión pro-israelí que se manifestó en contra de la venta de cohetes con guía satelital al país árabe. Mientras tanto, el gobierno saudita llegó a un acuerdo con la compañía británica *BAE Systems* por más de 40,000 millones de dólares para la compra del modelo de avión de combate europeo más avanzado (*Typhoon*), asegurando al Reino Unido el papel de mayor proveedor de la Fuerza Aérea Real Saudita durante los próximos años⁶⁸. Las ventas en el sector aeronáutico para Estados Unidos como socio comercial de Arabia Saudita se han concentrado en el sector civil. La aerolínea estatal saudita considera el modelo 787 de la empresa Boeing, la mejor opción para integrar su flota al costo de 160 millones de dólares por unidad. No obstante, en noviembre de 2007 la compañía aérea

⁶⁸ Cfr. David B. Ottaway; *op. cit.*, p. 266.

anunció la compra de veintidós aeronaves A320 del conglomerado europeo Airbus a un costo unitario de 78 millones de dólares, mientras que la Fuerza Aérea Real Saudita adquirió a manos del mismo consorcio tres unidades A330 de reabastecimiento de combustible. No obstante todo esto, la cooperación a nivel militar entre Washington y Riad continuó con ocho ejercicios de operaciones conjuntas a lo largo de 2007⁶⁹.

A mediados de ese mismo año, en busca de vías para dar nueva vida y significado a la alianza estratégica entre ambos Estados, los dos gobiernos aumentaron el número de estudiantes de intercambio universitario con el objetivo de formar una nueva generación que en el futuro restableciera los lazos entre ambos países. La única esfera sobre la cual persiste un lazo estrecho entre Washington y Riad, en la que incluso los niveles de cooperación han crecido notablemente, es en su lucha común en contra de *Al-Qaeda*. El gobierno saudita no ha logrado erradicar de manera convincente cada uno de los recovecos en su entrañado sistema de relaciones de poder desde los cuales puede beneficiarse el terrorismo local e internacional; asimismo, se muestra vulnerable ante el flujo continuo y constante de jóvenes jihadistas provenientes de Iraq, Afganistán y Líbano, dispuestos a reformar los fundamentos centrales del país para “purificarlo” de los vicios que lo atrapan debido a una mala administración por parte de la familia gobernante. Estados Unidos por su parte, es incapaz de inclinar la balanza de manera definitiva a favor del régimen gobernante en Riad, en gran razón por la naturaleza del problema así como su poco éxito en su “lucha global contra el terrorismo”. Washington centra su atención en estrategias para aumentar los niveles de seguridad de las instalaciones de la industria petrolera en el Reino y actúa de manera activa en la supervisión de las mismas a través del entrenamiento de un contingente saudita de 35,000 elementos creado en 2007 para ese fin⁷⁰. Nadie desdeña la importancia de estas nuevas formas de cooperación entre ambas administraciones, sin embargo parecen insuficientes para restablecer los términos bajo los cuales perduró su alianza estratégica por más de sesenta años.

Las diferencias en los pilares estratégicos energético y militar, que caracterizaron la alianza entre dos sociedades tan diferentes, han sido acompañadas por la ruptura ideológica que dio sustento por más de medio siglo a su relación. El arduo fervor religioso del país musulmán sirvió a los intereses de Washington en su campaña mundial de contención a las fuerzas del comunismo encabezadas por Unión Soviética, asimismo reportaron sendas victorias de las fuerzas del bloque capitalista a lo largo de distintos enfrentamientos entre los dos polos hegemónicos alrededor del

⁶⁹ *Ibid.*, p. 267.

⁷⁰ Reuters; “Saudi builds security force of 35,000 to guard oil”. *Reuters*, 17 de noviembre de 2007. Consultado en <http://www.reuters.com/article/idUSL1528115720071116> el 25 de septiembre de 2009 a las 14:35 hrs.

mundo subdesarrollado⁷¹. El poder religioso de Riad utilizado como uno de los elementos de la política exterior del Reino a nivel internacional fue bien visto por Estados Unidos durante la Guerra Fría al acomodarse, no simplemente servir, a sus intereses. Sin embargo, tras la implosión del gigante socialista, el legado de grupos radicales islámicos de decisiones políticas tomadas en el pasado por la dirigencia estadounidense, volteó la mirada sobre la potencia imperial. Como hemos analizado, el impacto de los ataques del 11 de septiembre y la posterior puesta en marcha de una guerra en contra del terrorismo, caracterizada por su enfoque directo en contra de la población musulmana alrededor del mundo, modificó de manera completa las relaciones entre ambos países. Mientras que Estados Unidos analiza la conveniencia de continuar públicamente con una relación que le cobra factura en los medios de información y la opinión pública locales e internacionales, Arabia Saudita ha comenzado a buscar nuevos compañeros estratégicos en la arena internacional.

China se ha convertido rápidamente en un aliado cercano a Riad e incluso amenaza con desplazar a Estados Unidos como socio preferido de los sauditas en cada ámbito posible, aunque principalmente en cuanto a petróleo se refiere. Ambos gobiernos han sido considerados a ojos de la opinión pública internacional como regímenes autoritarios y represivos; independientemente de la veracidad de dichas afirmaciones, lo cierto es que tanto Riad como Pekín, han buscado a través de su historia ejercer un control centralizado de la administración pública de sus respectivas sociedades con el objetivo de modernizar sus ámbitos económico y político, sin menoscabar la base ideológica-cultural que da cimientos a sus formaciones políticas. China y Arabia Saudita han sido blancos de críticas encabezadas por los distintos gobiernos estadounidenses dentro de cada uno de los foros mundiales existentes, que los señalan como regímenes antidemocráticos, represores y con un marcado desdén por promover una cultura mundial de los derechos humanos, lo cual genera cierta empatía entre sus gobiernos. La relación entre Arabia Saudita y China caracteriza el mismo tipo de relación complementaria que el Reino árabe mantuviera tantos años con Washington: petróleo a cambio de seguridad. Pero a diferencia de Estados Unidos, que busca reducir de manera drástica todas las importaciones del crudo provenientes de la región como estrategia complementaria de seguridad nacional, prefiriendo el suministro del energético por parte de otras regiones como el continente americano o el Cáucaso, China ha declarado su interés por profundizar y extender su relación comercial con los sauditas en esta esfera económica⁷².

⁷¹ Rachel Bronson; *op. cit.*, p. 254.

⁷² ChinaDaily; "China, Saudi Arabia forge closer relationship". *Xinhuanet*, 24 de enero de 2006. Consultado en http://www.chinadaily.com.cn/english/doc/2006-01/24/content_515060.htm el 12 de septiembre de 2009. *Xinhuanet*; "Líderes de China y Arabia Saudita prometen profundizar lazos y unirse para enfrentar crisis financiera". *Xinhuanet*, 10

El interés por parte de la monarquía saudita hacia el gigante asiático no es menor. Uno de los primeros viajes que realizó Abdulá después de su coronación, fue a la capital de China en enero de 2006, y el petróleo fue el núcleo de las discusiones entre ambas dirigencias. Para ese momento, China había desplazado a Japón como el segundo consumidor a nivel mundial del recurso sólo después de Estados Unidos. Pekín y Riad firmaron un acuerdo para la inversión de 3,500 millones de dólares en la construcción de una refinería en la provincia de Fujian, donde se trabajaría con petróleo saudita con altas cantidades de concentración sulfúricas; se firmó asimismo, un convenio de cooperación estratégica entre ambas naciones en temas energéticos y se establecieron los lineamientos para la provisión de petróleo saudita en la formación de una reserva estratégica china de 100 millones de barriles⁷³. El Reino de Arabia Saudita se convirtió en el mayor proveedor de “oro negro” de China en 2002 y permanece siéndolo en la actualidad con un suministro diario aproximado de 500,000 barriles⁷⁴. El gobierno chino ha entablado conversaciones con las autoridades de Paquistán para la construcción de un oleoducto a través de ese país que permita elevar el volumen de suministro de crudo hacia China proveniente de la región del Mar Árabe. La insaciable sed de Pekín garantiza a los sauditas un mercado enorme en las décadas venideras, lo que al mismo tiempo significa la estabilidad de los precios del recurso a un nivel que permita mantener llenas sus arcas estatales.

A pesar de que la prensa oficial del gobierno saudita anunció la discusión de temas de seguridad militar con sus contrapartes chinas, jamás aclaró el tipo de acuerdos o el contenido de los mismos. Las especulaciones indican que ambos países comenzaron a trabajar juntos en la renovación de los aproximadamente 60 cohetes CSS-2s que China vendió a Riad en la década de los ochentas como elemento de disuasión para el país árabe en contra de las posibles represalias del gobierno iraní, por su apoyo a Iraq en la guerra que enfrentó a los dos últimos por más de ocho años⁷⁵. El gobierno saudita recurrió en aquella ocasión al gobierno chino, olvidando el rasgo socialista de éste, debido a la falta de consenso en el congreso estadounidense para autorizar la venta del equipo militar que el Reino necesitaba para reforzar su seguridad. Indudablemente Pekín está interesada en desarrollar lazos estratégicos con la dirigencia del país árabe para consolidar sus intereses en dicho Estado, si para ello es necesaria la cooperación en el ámbito militar sin duda

de febrero de 2009. Consultado en http://www.spanish.xinhuanet.com/spanish/2009-02/11/content_814726.htm el 12 de septiembre de 2009

⁷³ Harsh V. Pant; “Saudi Arabia Woos China and India”. *The Middle East Quarterly*, Otoño de 2006. Consultado en <http://www.meforum.org/1019/saudi-arabia-woos-china-and-india> el 12 de septiembre de 2009 a las 21.30 hrs.

⁷⁴ Cfr. David B. Ottaway; *op. cit.*, p. 227.

⁷⁵ Harsh V. Pant; *op. cit.*, *idem*.

alguna sucederá, asegurando al mismo tiempo la estabilidad del suministro energético que su economía en desarrollo requiere. La cooperación en el espectro militar entre ambos Estados, despierta ansiedad y nerviosismo en Washington, que ve con malos ojos la conjunción del poderío económico que representan los dos países, llevado al tema de las armas, como una amenaza directa a su hegemonía mundial.

El temor de algunos círculos ha llegado incluso a sugerir la pretendida puesta en marcha de un programa nuclear saudita que se beneficiaría de la compra de tecnología militar china, especialmente de los cohetes CSS-2s capaces de transportar cargas atómicas, que supuestamente conseguirían de sus relaciones estrechas con Paquistán. Para nadie es desconocido que las relaciones entre Riad e Islamabad se han caracterizado por una cooperación cercana que va desde el ámbito económico hasta el militar pasando incluso por el ideológico. En la década de los setentas, Paquistán participó de manera directa en el entrenamiento de la incipiente fuerza aérea saudita, al mismo tiempo que respaldó al Reino con alrededor de dieciséis mil soldados para proteger sus instalaciones estratégicas durante los años ochenta. En respuesta, Riad proveyó a Islamabad el suministro de petróleo necesario para su desarrollo industrial a precios especiales y pagó la compra del ejército paquistaní de cuarenta aviones de combate F-16 adquiridos de una empresa estadounidense durante la misma década. De igual manera, ambos gobiernos trabajaron coordinadamente apoyando a la insurgencia islámica en Afganistán, haciendo causa común con Washington en contra de Unión Soviética; el gobierno paquistaní envió más de diez mil unidades de sus tropas para la defensa del territorio saudita tras la ofensiva de Hussein sobre Kuwait. La cercanía de Arabia Saudita con China y Paquistán, coloca al país bajo la protección de su paraguas nuclear, sustituyendo el que Estados Unidos le brindara por más de medio siglo. Hablar de ambiciones nucleares directas por parte de Riad, no es más que otro elemento para tergiversar la opinión ya de por sí desfavorable de la comunidad internacional en contra del Estado árabe, más aún cuando éste ha reiterado su voluntad por el establecimiento de una Zona Libre de Armas Nucleares en Medio Oriente y cuyo límite más obvio es la posesión de Israel de todo un arsenal nuclear desarrollado con la connivencia de Washington.

La búsqueda de Riad por nuevos aliados condujo a los sauditas directamente a Moscú. A pesar de haber sido el primer Estado en reconocer la creación de Arabia Saudita en 1932, Unión Soviética fue marginada del contacto con las autoridades del Reino debido a su tendencia comunista. Las relaciones entre ambas sociedades sólo se restablecieron hasta principios de los años noventa y entraron en un nuevo entorno de animadversión al enfrentarse en posiciones contrarias

respecto a los acontecimientos de Chechenia. El apoyo ruso en la construcción de un reactor nuclear en Irán representó otro obstáculo serio para el entendimiento entre ambos gobiernos. El punto nodal de las relaciones frías entre Riad y Moscú fue sin duda alguna que durante todo el proceso de Guerra Fría fueron adversarios acérrimos además de competidores en el rubro energético.

A principios del siglo XXI, Rusia se levanta como el principal rival de Arabia Saudita dentro del mercado petrolero mundial. La lucha de Moscú por posicionarse como el mayor productor mundial del crudo, es vista a los ojos de la administración saudita como un intento de bloquear su hegemonía sobre los destinos de la economía petrolera a nivel internacional. Sin embargo, la guerra en contra de Iraq y el intento saudita por diversificar sus relaciones y reducir su dependencia estructural a favor de los intereses estadounidenses, acercó de manera contundente a ambos Estados. Justo el mismo día en que las tropas de Estados Unidos abandonaban de manera definitiva el territorio saudita, Al-Naimi, ministro de energía, viajó a Moscú con la intención de invitar a diversas compañías rusas a invertir dentro de la economía árabe. Asimismo, las dos administraciones comenzaron a trabajar de manera coordinada para evitar que el ambiente político derivado de la ofensiva estadounidense en contra de Iraq desestabilizara tanto los precios como el suministro del crudo a nivel mundial⁷⁶.

Para culminar con el proceso de acercamiento estratégico, Abdulá realizó el primer viaje a tierras ex-soviéticas hecho por un rey o príncipe heredero, mostrando su total disposición para colaborar al más alto nivel con la heredera de la potencia socialista. La unión de ambos países representó un golpe fortísimo para las autoridades estadounidenses, un gran porcentaje de las reservas mundiales de petróleo conocidas se concentra en el territorio de ambos Estados, lo cual les reporta el control para manejar no sólo el precio del valioso mineral, sino para imponer o restringir el ritmo del crecimiento económico mundial. Además de la concesión de contratos en el campo de la explotación gasífera en beneficio de compañías privadas con capital ruso, Riad y Moscú reconocieron ser compañeros y no competidores dentro del ámbito energético mundial, consagrando dicha anuencia con la creación de una nueva empresa de riesgo compartido, Luksar, formada por la Compañía Petrolera Árabe Estadounidense y Lukoil, encargada de el desarrollo del sector del gas en Arabia Saudita⁷⁷.

⁷⁶Cfr. David B. Ottaway; *ibid.*, p. 232.

⁷⁷Petroleum intelligence Weekly; "Lukoil Overseas and Saudi Aramco Signed Joint Venture Shareholders Agreement". *PIW*, 3 de abril de 2004. Consultado en <http://www.gulfoilandgas.com/webpro1/main/mainnews.asp?id=437> el 13 de septiembre de 2009 a las 22.15 hrs.

Vladimir Putin aprovechó su acercamiento con el rey Abdulá para reiterar su disposición a romper con el esquema de un mundo unipolar sostenido por el uso de la fuerza para sustituirlo por otro basado en múltiples centro de poder. El dirigente ruso ofreció a su contraparte saudita desarrollar un programa de energía nuclear al interior del Reino, así como comenzar una relación en el campo militar a través de la venta de equipo de alta tecnología. A finales de 2007 Moscú anunció la venta de armamento por más de 4,000 millones de dólares al gobierno saudita, incluyendo 150 tanques de combate T-90, 100 helicópteros de transporte, 20 sistemas de defensa aérea móvil y carros de combate armados⁷⁸. El gobierno saudita recibió con agrado la profunda “cortesía” del mandatario ruso, Abdulá lo llamó “hombre de paz y de justicia”, destacando al mismo tiempo el apoyo continuo de Rusia dentro del conflicto árabe–israelí a favor del pueblo palestino, así como su oposición a la invasión de Iraq⁷⁹.

Además del malestar evidente que genera en Washington el acercamiento importante en sectores estratégicos por parte de Riad a otros centros de poder mundial, el problema de la inestabilidad al interior del Reino sigue siendo uno de los puntos más inquietantes para el gobierno estadounidense, más aún cuando la manera en la cual se resolverá el problema de la sucesión en el trono saudita una vez que Abdulá abandone el poder no ha sido totalmente aclarada. El gobierno de Abdulá ha logrado afirmar la continuidad de la familia Saud al mando del Estado árabe con una política sobria tanto al interior como al exterior, a través de una serie de reformas a las instituciones fundamentales de la vida saudita, así como la diversificación de sus relaciones a nivel internacional, la monarquía ha logrado apaciguar de cierta manera las voces de disidencia que durante la década de los noventas y principios de siglo, amenazara con la perdurabilidad política del Reino.

Más allá de establecer un tribunal judicial independiente tanto a las autoridades políticas como religiosas del país, el monarca ha dado muestras de tolerancia y apertura a la opinión ciudadana que se manifiesta en búsqueda de cambios al régimen establecido, y en ocasiones ha otorgado el indulto a líderes de la oposición que muestran una tendencia a la cooperación y el diálogo por encima de la confrontación. Al mismo tiempo, el rey Abdulá ha advertido a las autoridades religiosas no explotar sus privilegios con fines políticos y evitar que su predicación se convierta en discurso propagandístico que incite a los jóvenes sauditas a formar parte de organizaciones extremistas; el dirigente árabe incluso consiguió que Al-Awdah, figura

⁷⁸ The Nation; “Saudi Arabia, Russia set to finalise giant arms deal”. *AFP*, 30 de agosto de 2009. Consultado en <http://www.nation.com.pk/pakistan-news-newspaper-daily-english-online/International/30-Aug-2009/Saudi-Arabia-Russia-set-to-finalise-giant-arms-deal> el 30 de septiembre de 2009 a las 23:15 hrs.

⁷⁹ *Cfr.* David B. Ottaway; *ibid.*, p. 233.

representativa de la oposición conservadora, criticara públicamente las acciones de la red terrorista *Al-Qaeda* al ser consideradas nocivas para el Islam y contradictorias a los principios que éste defiende. Pero sin lugar a dudas, su mayor mérito ha sido el de la organización de una serie de diálogos nacionales para la discusión pública de temas sociales en donde participan diferentes círculos componentes del país en una señal de apertura de canales de comunicación para evitar el malestar de la población y un consecuente estallido social en contra de la casa gobernante. Después de su coronación en 2005, Abdulá prometió cambios permanentes que ayudaran a restaurar la dignidad de todos los ciudadanos, hasta el momento podemos concluir que lo ha logrado⁸⁰.

Curiosamente el mayor riesgo a la estabilidad interna de Arabia Saudita es el mismo que pone de nervios al gobierno de Washington en torno a su relación con las autoridades de Riad: el tema de la sucesión. El envejecimiento de los hijos del fundador del Reino Ibn Saud, presenta un nuevo problema de difícil resolución para la familia real; si pretende mantener las manos en el poder del Estado saudita, será necesario realizar una transferencia de poder a la generación de los nietos del antiguo patriarca evitando rupturas entre los diversos brazos componentes de la familia real. Con el objetivo de allanar el camino de dicha evolución, el rey Abdulá anunció en 2006, la creación de un Consejo de Lealtad, formado por 35 de los miembros más respetables de la familia y facultados para la elección por vía de consenso de los futuros monarcas una vez que Sultán y Naif, apuntados como sucesores del actual monarca hayan fallecido; la edad avanzada tanto del monarca, como de los dos supuestos príncipes herederos, 86, 85 y 76 años, respectivamente, así como el mal estado de salud del príncipe Sultán, parecen indicar que dicha transición no tardará mucho en llegar, lo que mantiene alerta a toda la familia Saud con el fin de evitar cualquier vulnerabilidad que hipoteque su seguridad al mando de país musulmán. Este cambio generacional pone en alerta de igual forma a los círculos políticos en Washington⁸¹.

En cierta medida, puede decirse que el carácter de las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudita se ha visto condicionado a la personalidad y estilo del rey saudita en turno. El rey Fahd, que duró en el trono del año 1982 al 2005, era visto como un personaje pro-estadounidense caracterizado por su cercana cooperación con Washington a pesar de su continua discreción al respecto; Abdulá, quién fuera coronado en 2005, aunque en realidad gobernara desde 1995 debido

⁸⁰ Cfr. Joseph A. Kéchichian; *Affirming the Saudi Will to Power: Domestic Challenges to King Abdullah*. Middle East Institute, consultado en <http://www.mideasti.org/files/affirming-saudi-will-power-domestic-challenges-King-Abdullah.pdf> el 7 de octubre de 2009 a las 17:38 hrs.

⁸¹ Cfr. Simon Henderson; *After King Abdullah: Succession in Saudi Arabia*. The Washington Institute for Near East Policy, consultado en <http://www.washingtoninstitute.org/pubPDFs/PolicyFocus96.pdf> el 7 de octubre de 2009 a las 20:11 hrs.

al mal estado de salud de su hermano, ha protegido la relación entre Riad y los estadounidenses, sin embargo, ha sido más cauto y en ocasiones ha tomado una posición de confrontación con la potencia mundial, especialmente después de los acontecimientos del 11 de septiembre y sus consecuencias funestas. La perspectiva de que Sultán tome las riendas del poder una vez muerto Abdulá es poco probable por el mal estado de salud que agrava al segundo desde principios de 2008, sin embargo, en caso de que esto sucediera su reinado podría ser demasiado corto como para asentar las bases de una relación renovada entre ambos gobiernos; la posibilidad de que sea Naif quien suceda inmediatamente a Abdulá, aterra a la dirigencia estadounidense debido a la declarada animadversión que siente éste hacia la potencia imperial, su conservadurismo ortodoxo no augura nada bueno para Washington. En cuanto a la siguiente generación de príncipes se refiere, es poco conocida la posición de cada uno de sus miembros en torno a su postura internacional debido generalmente a su escasa presencia pública dentro de una sociedad que considera la vejez como un elemento de sabiduría y virtud personales⁸².

Quienquiera que resulte ser el próximo dirigente saudita, Washington buscará la manera de continuar con la reconstrucción de su relación estratégica con el Reino de Arabia Saudita, vulnerada por los acontecimientos lamentables de hace más de ocho años, así como ahondar su cooperación en contra de células terroristas a nivel internacional de manera coordinada. Estados Unidos observa en Riad a un aliado en suma importante para toda una serie de temas de la política internacional contemporánea por lo cual será inevitable restablecer el mutuo acercamiento. La recesión económica mundial ha puesto en evidencia el papel que las enormes reservas financieras sauditas pueden jugar para mitigar ciertos efectos perniciosos del ciclo económico mundial, su incorporación al Grupo de los Veinte (G-20), así como su ingreso después de doce años en 2005 a la Organización Mundial de Comercio (OMC) reconocen su importancia como uno de los países más importantes en la economía planetaria, máxime cuando posee más de un cuarto del total de las reservas probadas de petróleo mundiales y permanece como el máximo productor a nivel internacional del rubro.

El interés estadounidense por refrendar su relación con Arabia Saudita quedó de manifiesto en junio de 2009, cuando antes de viajar a El Cairo el presidente Barack Obama hizo una breve escala en Riad para saludar personalmente al rey Abdulá y reiterarle su disposición para entablar amplios niveles de cooperación. Mediante un discurso que duró aproximadamente una hora en las instalaciones de la Universidad del Cairo, Obama instó a los pueblos musulmán y árabe a entablar una nueva era de relaciones, donde el mutuo entendimiento y la tolerancia recíprocos constituyeran

⁸² *Idem.*

la piedra angular de un nuevo futuro donde el derecho y la paz prevalezcan. Obama expresó su intención de retirar todo contingente militar de suelo afgano, así como presionar a los Estados árabes e Israel a buscar una solución justa dentro del conflicto israelí-palestino; manifestándose en contra de la violencia como medio de lucha política, criticó de igual manera la continua política expansiva de Israel por vía de asentamientos de colonos judíos en tierras palestinas para después reiterar su apoyo incondicional al primero. El presidente estadounidense denunció a Irán por mostrar una postura alejada del derecho internacional en la cuestión del desarrollo de su proyecto de energía nuclear y advirtió al mundo entero que la guerra contra el terrorismo aún no ha terminado⁸³. Después de analizar los puntos de interés de Washington en la región, Obama nos recordó que “Estados Unidos no presume conocer lo que es mejor para el mundo y respeta el derecho de todas las voces pacíficas alrededor del planeta a ser escuchadas aun si difieren con ellas en lo que dicen”⁸⁴.

Nada de lo anterior significa mucho en realidad, trasladar la retórica presidencial estadounidense en acciones prácticas no sólo tomaría mucho tiempo y energía, sino voluntad. El mismo Bush realizó una gira por Medio Oriente en el año 2008, con declaraciones similares a las del presidente en turno. La explotación mediática de la apariencia física del dirigente en Washington ha generado esperanzas vacuas a nivel mundial con relación a una política internacional pacífica e incluyente encabezada por Estados Unidos. La realidad es que al menos en relación a la región aquí estudiada, pocos cambios se avizoran aun en el futuro lejano. La potencia ajustará su línea de acción de acuerdo a sus propios intereses y necesidades; pensar que Washington renunciará al poderío militar que ha asentado en diversos países de la región o abandonará un discurso de confrontación cultural que respalda sus continuos allanamientos sobre países soberanos, más aún que promoverá, por no decir impondrá, las medidas necesarias para garantizar las condiciones básicas de seguridad y paz regionales rayanas en la justicia económica, social y política, es tan pueril como creer que los grandes consorcios internacionales y los países que los representan cederán un ápice de sus ganancias para paliar las condiciones de pobreza mundial de las que brota cada uno de los problemas de la sociedad internacional; así no es como funciona un sistema centrado en el afán de poder y el lucro rapaz.

⁸³ The White House; *Remarks by the President on a New Beginning*. Office of the Press Secretary, 4 de junio de 2004, consultado en http://www.whitehouse.gov/the_press_office/Remarks-by-the-President-at-Cairo-University-6-04-09/ el 8 de octubre de 2009 a las 6:50 hrs.

⁸⁴ *Idem*

Balance general y conclusiones

A lo largo de este estudio hemos podido detectar las líneas conductoras que rigen dentro de las distintas administraciones en Washington para diseñar la política exterior de Estados Unidos en la región de Medio Oriente. Más allá de análisis centrados en apreciaciones subjetivas basadas en el bombardeo mediático tendiente a establecer de manera intencional el rol de buenos y malos entre los distintos actores de la sociedad internacional, para justificar acciones funestas revestidas con visos democráticos que ocultan intereses específicos de los grupos de poder instalados en el punto más alto de las instancias constitutivas del proceso de toma de decisiones del gobierno estadounidense, hemos distinguido los elementos de carácter inobjetable y materiales (no figurativos como el celo profundo aparente de Washington hacia la democracia) que determinan el acercamiento económico y político de la potencia, así como las formas de éste, sobre la región geográfica que comprende Asia sudoccidental y el Norte de África.

Antes que nada debemos destacar que el interés estadounidense sobre las grandes reservas de petróleo subyacentes al territorio de los Estados en Medio Oriente no se rige bajo la condición única del suministro del líquido vital a su economía, sino al deseo por controlar el flujo y la gestión del mineral del cual depende la mayoría de los países europeos y asiáticos, así como asegurar los beneficios de la explotación del crudo a sus empresas transnacionales. Estados Unidos no depende de las importaciones de petróleo provenientes de la región para mantener en orden el ritmo de su industria; Canadá, Venezuela y México representan sus principales socios comerciales en el rubro, por lo cual su seguridad productiva se encuentra blindada de la inestabilidad política inherente a la región aquí estudiada. Sin embargo, la enorme concentración del recurso natural en Medio Oriente hace imposible que el país con predominio mundial pierda su interés por acaparar el proceso de explotación y distribución del mismo, así como las ganancias resultantes de dicha actividad. Más aún, el juego geopolítico obliga a los círculos de poder en Washington a mantener bajo su dominio los recursos minerales de los que dependen sus aliados en Europa y Asia, ya sea para evitar alteraciones en sus respectivos procesos de desarrollo económico, evitando desajustes de la economía internacional en conjunto, o para tener bajo su custodia las herramientas para sancionarlos cuando así se requiera.

La localización estratégica de la región y su valor económico, político, comercial y militar para distintos temas y actores dentro de la política internacional contemporánea, es otro de los elementos que condiciona el interés de Estados Unidos en Medio Oriente. Establecer bases y

capacidades militares de reacción ante cualquier intento por desestabilizar las condiciones que aseguran su prevalencia en la arena internacional, el resguardo de intereses específicos, así como el control cercano de la emergencia de rivales estratégicos como Rusia, antes Unión Soviética, China e Irán, refrendan nuevamente el uso de la Geopolítica como arma y discurso al servicio de los dictados del poder.

El constante e incondicional apoyo que Estados Unidos presta a Israel debe ser reconocido como otro de los elementos importantes en la definición de la política exterior de la potencia en la región. La ayuda económica, militar y diplomática que Washington suministra sin escatimar costo o consecuencia alguna, deriva de presiones de grupos de interés pro-judíos al interior de Estados Unidos, así como de la pretendida identificación mutua entre ambas comunidades y de intereses económicos compartidos; pero más aún del uso que la potencia mundial hace de la regional como bastión y extensión de su poder sobre Medio Oriente, por lo cual no se debe sobreestimar ni sobredimensionar el rol de Tel-Aviv al grado de llegar a considerarlo como condicionante única y determinante de la conducta estadounidense en la región, porque esto implicaría desconocer a otra serie de actores y elementos, en ocasiones opuestos de manera abierta a Israel, que también influyen de manera notoria en la agenda de la potencia imperial.

Desentrañamos asimismo la lógica de la dominación cultural inserta en el discurso del choque de las civilizaciones, comprobando que el verdadero conflicto habido entre Estados Unidos y aquellos señalados como países canallas miembros de un eje del mal, no es en realidad otra cosa que una pugna de intereses; Estados Unidos tilda de manera peyorativa a todo elemento renuente a incorporarse en la lógica política y económica que tiende a reproducir de manera mundial el modelo neoliberal estadounidense, con la intención de ubicarlo plenamente como objetivo contrario a una pretendida “civilización” y así desatar las acciones necesarias para su sometimiento total a la línea directriz de la potencia dominante. Cuando los ataques mediáticos respaldados generalmente por sanciones de corte económico resultan insuficientes para asegurar este cometido, Washington emplea la fuerza sin tapujo alguno a través de supuestos doctrinarios en donde debemos destacar la doctrina de la acción anticipatoria. La supuesta necesidad de reforzar la seguridad estatal aun antes de que amenaza alguna se constituya como tal, ha sido el eje de acción sobre el cual la potencia hegemónica se ha autorizado el derecho unilateral de atacar el blanco que más se ajuste a sus objetivos sin necesidad de recurrir a instancias internacionales o adherirse a los preceptos básicos del derecho internacional. Washington sólo reproduce el mal que pretende evitar al actuar de manera arrogante con el uso desnudo del poder. Los Estados en la sociedad internacional hacen lo

que pueden, y Washington cree que lo puede todo, de ahí que se conduzca sin principio moral alguno que limite su capacidad de acción, pero eso sí, encontrando artimañas discursivas para venderse como paladín de la democracia ante las masas desinformadas del planeta, y en particular de la población estadounidense.

Todas las características señaladas en los párrafos precedentes pueden apreciarse de manera contextualizada dentro de la relación entre Arabia Saudita y Estados Unidos. Desde su inicio en 1933, Riad y Washington han mantenido una cooperación estratégica en temas de amplia importancia para las agendas de ambos y de la política internacional en su conjunto. A partir de la Segunda Guerra Mundial, Arabia Saudita demostró su valía política, económica y militar para los intereses de la nueva potencia mundial; el establecimiento formal de lo que aquí hemos denominado ecuación básica de la relación: seguridad energética a cambio de seguridad militar, reportó beneficios a los Aliados en la esfera militar dentro de sus esfuerzos en contra de Japón en el teatro del Pacífico, y al Reino en la modernización de su estructura económica y política. El mutuo beneficio condujo de manera clara las relaciones entre los dos Estados, dejando claro al mundo entero que la posible incompatibilidad de ideologías, derivada de experiencias históricas completamente diferentes, no implicaba impedimento alguno para relacionarse sobre bases de tolerancia y respeto mutuos.

Arabia Saudita encontró en Washington el aliado ideal para contrapesar la influencia histórica que Reino Unido tuviera sobre el país a partir de la desintegración del Imperio Otomano, así como para asegurar la integridad territorial e independencia política de su Estado frente a potenciales rivales regionales. El flujo de petróleo saudita, así como la explotación inicial del recurso a manos de empresas de capital privado estadounidense representarían el pago saudita a cambio del padrinazgo militar por parte de la potencia del bloque capitalista. Sin embargo, el aumento de recursos financieros proveniente de dicha explotación, proveería a la dirigencia saudita de los fondos necesarios para financiar sus proyectos de modernización sin depender de manera directa para ello de la ayuda económica de su protector. Las relaciones entre Riad y Washington desbordan de manera evidente la concepción tradicional de bastión neocolonial y de dependencia estructural entre el polo desarrollado y el país en desarrollo. La conciencia saudita en relación al poder que les confería su riqueza energética, ayudó a plantear con Washington una relación de cooperación rayana en una especie de interdependencia poco habitual en la realidad contemporánea. La dirigencia del país árabe adquirió de manos de su aliado la infraestructura, capacidades y preparación necesarias para el desenvolvimiento autónomo de su vida nacional, y una vez

alcanzados avances importantes en distintas ramas de la administración pública y el desarrollo industrial, tomaron bajo sus propias manos las riendas del gobierno, nacionalizando incluso la Compañía Petrolera Árabe Estadounidense y expulsando técnicos y burócratas extranjeros de las áreas estratégicas de su administración pública. El haber contado con el capital necesario para dichos resultados, sin necesidad de recurrir al endeudamiento externo o al asistencialismo de los países ricos que sólo reproduce las disparidades estructurales, otorgó a Arabia Saudita un nivel de autonomía poco habitual en los países subdesarrollados insertos en la lógica del sistema capitalista de producción mundial.

Estados Unidos por su parte, encontró en Riad a un aliado estratégico y vital en su lucha en contra del comunismo internacional. El respaldo económico, político e ideológico saudita en la batalla bipolar de Guerra Fría, representó uno de los puntos clave para las labores de contención de la influencia de Unión Soviética en Medio Oriente de manera particular y a lo largo del mundo en general. El ateísmo del bloque comunista resultaba ofensivo para las autoridades políticas y religiosas del Estado saudita, basado precisamente en una alianza incondicional entre la familia Saud y los sucesores del padre de la escuela Wahabita, destacada por su alto nivel de ortodoxia en la interpretación de la fe islámica. El hecho de que la monarquía del país árabe considerara la lucha en contra del comunismo internacional como una labor compartida entre Riad y Washington ahondó de manera notoria el vínculo que unía a ambas administraciones. La familia Saud apoyó de todas las maneras posibles a los gobiernos estadounidenses en su lid contra el bloque socialista, llegando incluso a financiar movimientos anticomunistas en el continente americano y rompiendo con los acuerdos dentro del seno de la OPEP para evitar una debacle económica de la potencia imperial y el sistema que defendía a causa de los embargos petroleros a los que fue sometida por su apoyo incondicional a Israel. Algo que debe quedar claro es que Riad combatió la amenaza del comunismo mundial por interés propio y no sólo como actor supeditado a los designios de Washington.

El papel de importancia de Riad dentro de la confrontación bipolar retomó valor con los sucesos que sacudieron a la región en el año de 1979. La pérdida de Irán como aliado estratégico de Washington debido a la revolución islámica de 1979 en ese país, así como la ocupación de Afganistán por parte de fuerzas soviéticas y los disturbios regionales epitomizados por la guerra entre Irán e Iraq de 1980-1988, colocaron a Arabia Saudita como el único pilar y policía estadounidense en la región del Golfo. La cooperación entre ambos gobiernos y su afán por aplastar cualquier reminiscencia de la influencia socialista en la región, los llevaron a patrocinar las fuerzas

islamistas que posteriormente les ocasionarían tantos dolores de cabeza. Uno de los principales pilares de la política exterior saudita siempre había sido la promoción del celo religioso islámico con su interpretación nacional wahabita, Estados Unidos jamás se opuso a ello siempre y cuando reportaran sumas al beneficio de sus intereses dentro de la batalla bipolar.

La Guerra del Golfo de 1990, pondría en evidencia los retos y las consecuencias derivados de la relación entre los dos Estados durante la Guerra Fría y la etapa del relajamiento de tensiones, una vez que Unión Soviética se había desintegrado. La oposición interna en contra de la casa gobernante saudita debido a su alianza con un poder imperialista, caracterizado por su desprecio a los pueblos árabes e infiel, más aún, la autorización por parte de Riad al despliegue de contingentes militares estadounidenses sobre suelo sagrado con el objetivo de proteger al Reino de posibles agresiones por parte del régimen de Saddam Hussein, desataron una crisis de legitimidad al interior del país árabe, poniendo en entredicho la continuidad de la familia Saud al mando del gobierno nacional. El aumento de una corriente de pensamiento conservadora, educada toda su vida bajo las enseñanzas de la doctrina wahabita, cuestionaba la autoridad de la administración para regir el destino de su pueblo. Ante la vorágine de rebelión dentro del Estado árabe, donde debemos destacar la figura de Osama bin Laden, Washington trasladó su compromiso de velar por la integridad territorial e independencia política del Estado, a la promesa de respaldar y resguardar la perdurabilidad de la familia real al mando del gobierno saudita. Aunada a la crisis que atrapó en los debates públicos la alianza entre Riad y Washington, deben señalarse otra serie de problemas que hipotecan la estabilidad del clima político interno al interior de Arabia Saudita, tales como el desempleo, la discriminación, los bajos niveles de educación, la sobrepoblación y el radicalismo de grupos adversos al régimen establecido.

La fractura aparente de la sociedad saudita parecía erigirse como el principal reto a la durabilidad de la alianza entre los gobiernos de Arabia Saudita y Estados Unidos, determinando incluso el alejamiento en medios oficiales y públicos entre ambos Estados a conveniencia del primero, que buscaba apaciguar las voces de disidencia y rebelión al interior del Reino. Sin embargo, los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 sorprendieron de manera fatal a ambos países, debilitando el lazo estrecho que los mantuviera unidos por más de medio siglo y enemistando públicamente a sus dirigencias. Las repercusiones de la ruptura entre ambas administraciones trajeron repercusiones en los ámbitos económico, político, militar e incluso en las relaciones individuales entre ciudadanos de los distintos países. El temido rompimiento entre Riad y Washington aminoró después de su cooperación ardua en materia de combate al terrorismo local e

internacional. Su apoyo mutuo poco publicitado dentro de las operaciones militares en Afganistán e Iraq, acercó nuevamente a sus gobiernos, impidiendo la ruptura total de su vínculo.

Sin embargo, Riad ha comenzado a diversificar sus intereses y relaciones con otras potencias mundiales en búsqueda de reducir su interdependencia con Estados Unidos. China, India y Rusia han sido beneficiados por esta decisión, estableciendo acuerdos de cooperación con el gobierno saudita en los ámbitos energético, militar y político. A pesar del deseo saudita por desvincularse de manera progresiva del hegemon mundial, los lazos enraizados que comparte con Estados Unidos le impedirán llegar a separarse de éste de manera definitiva. Asimismo, Washington buscará bajo cualquier medio posible, repetimos, cualquier medio posible, evitar perder a un aliado tan valioso dentro de la palestra internacional. Finalmente, los petrodólares y la religión han mantenido al país unificado y a los Saud en el poder, pero una prolongada baja en los precios del petróleo, o el desarrollo de mercados de energía alternativa que reduzcan la demanda del crudo, podrán servir de catalizadores internos para un posible intento de cambio violento de la monarquía. Lo interesante en ello radicaría en las consecuencias y reacciones correspondientes que dichos procesos desencadenarían en la política estadounidense; es muy probable asegurar que cualquier otro gobierno que arribe a la cumbre del poder en Arabia Saudita será menos pro-occidental y mucho menos pro-estadounidense. El tema al cual deben enfrentarse ambos gobiernos es el de encontrar la manera óptima en que ambas elites tratarán de solucionar un grave problema que pone en riesgos intereses específicos y particulares de cada uno de los miembros de esta relación tan particular y tan conveniente. Es decir analizar los procesos de interdependencia y ruptura de ésta para modificarla y quizá rehabilitarla.

Fuentes consultadas

Bibliografía

Al-Sowayegh, Abdulaziz; *Arab Petropolitics*. Croom Helm, Gran Bretaña, 1984, 207 pp.

Arendt, Hannah; *La tradición oculta*. Paidós, Barcelona, 2004, 169 pp.

Atencio, Jorge E.; *Qué es la Geopolítica*. Pleamar, Buenos Aires, 1986, 384 pp.

Ayoob, Mohammed y Kosebalaban, Hasan; *Religion and Politics in Saudi Arabia. Wahhabism and the State*. Lynne Rienner Publishers, Colorado, 2009, 189 pp.

Baylis, John y Smith, Steve; *The globalization of world politics: an introduction to international relations*. Oxford University Press, New York, 2004, 667 pp.

Beaufré, A.; *Introducción a la Estrategia*. Editorial Struhart & Cía., Buenos Aires, tercera edición, 1982, 163 pp.

Beck, Ulrich; *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Traduc. Bernardo Moreno y Ma. Rosa Borrás, Paidós, España, 1998, 221 pp.

Benjamin R. Barber; *El imperio del miedo. Guerra, terrorismo y democracia*. Paidós, Barcelona, 2004, 204 pp.

Bradley, John R.; *Saudi Arabia exposed. Inside a kingdom in crisis*. Palgrave Macmillan, New York, 2005, 224 pp.

Bravo y Vera, Gonzalo; *El petróleo como elemento de negociación de los países subdesarrollados: su proyección a otras materias primas*. FCPS, México, 1977, 230 pp.

Bronson, Rachel; *Thicker than Oil. America's uneasy partnership with Saudi Arabia*. Oxford University Press, 2006, 353 pp.

Chomsky, Noam; *El triángulo fatal*. Editorial Popular, Madrid, cuarta edición, 2004, 300 pp.

Cordesman, Anthony; *Saudi Arabia*. Westview Press, New York, 1997, p. 105.

Del Arenal; Celestino. *Introducción a las relaciones internacionales*. Tecnos, España, 1990, 495 pp.

Dombrowski, Peter; *Guns and Butter; the political economy of international security*. Lynne Rienner Publishers, London, 2005, 288 pp.

Dyer, Gwynne; *Futuro: Tensio. El próximo orden mundial*. Poliedro, Barcelona, 2006, 338 pp.

Freedman, Lawrence; *A Choice of Enemies. America Confronts the Middle East*. Public Affairs, New York, 2008, 601 pp.

Galtung, Johan; *Fundamentalismo USA: fundamentos teológico-políticos de la política exterior estadounidense*. Icaria, Barcelona, 1999, 102 pp.

Glucksmann, André; *El discurso del odio*. Taurus, México, 2005, 268 pp.

González Casanova, Pablo y Saxe-Fernández, John (coordinadores); *El mundo actual: situación y alternativas*. Siglo XXI, México, 1996, 413 pp.

Halliday, Fred; *The Middle East in international Relations. Power, Politics and Ideology*. Cambridge University Press, New York, 2005, 374 pp.

Hernández-Vela Salgado, Edmundo; *Diccionario de Política Internacional*. Ed. Porrúa, México, sexta edición, 2002, 2 vols., 1296 pp.

Hernández-Vela Salgado, Edmundo; *Enciclopedia de Relaciones Internacionales*. Editorial Porrúa, México, séptima edición, 2010, en prensa.

Huntington, Samuel P.; *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós, Barcelona, 2005, 487 pp.

Ignatieff, Michael; *El mal menor; ética política en una era de terror global*. Taurus, México, 2005, 286 pp.

Kahhat, Farid (comp.); *El poder y las Relaciones Internacionales. Ensayos escogidos de Kenneth N. Waltz*. CIDE, México, 2005, 218 pp.

Klare, Michael T.; *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*. Traduc. J.A. Bravo, Urano, España, 2003, 345 pp.

Lacoste, Yves; *La Geografía :un arma para la guerra*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1977, 156 pp.

Lapidus, Ira M.; *A History of Islamic Societies*. Cambridge University Press, New York, 1988, 1002 pp.

Lenin, Vladimir I; *El imperialismo; fase superior del capitalismo*. Editorial Roca, México, 1974, 168 pp.

Lewis, Bernard; *¿Qué ha fallado?. El impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*. Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 2002, 227 pp.

Lippman, Thomas; *Inside the Mirage. America's Fragile Partnership with Saudi Arabia*. Westview Press, Colorado, 2004, 390 pp.

Marini Mauro, Ruy; *Dialéctica de la Dependencia*. ERA, México, 1973, 101 pp.

- Mary Buckley y Robert Singh; *The Bush Doctrine and the war on Terrorism*. Routledge, New York, 2006, 226 pp.
- Morgenthau, Hans J.; *Scientific Man vs. Power Politics*. The University of Chicago press, Chicago, 1946, 245 pp.
- Ó Tuathail, Gearóid; *The Geopolitics reader*. Routledge, New York, 1998, 327 pp.
- Oren, Michael B.; *Power, Faith and Fantasy. America in the Middle East; 1776 to the Present*. W. W. Norton and Company, New York, 2007, 778 pp.
- Orozco, José Luis (coord.); *El pensamiento político y geopolítico norteamericano*. Distribuciones Fontamara, México, 2005, 368 pp.
- Ortiz, Javier (comp.); *Palestina existe*. Foca, Madrid, 2002, 193 pp.
- Ottaway, David B.; *The King's Messenger. Prince Bandar bin sultan and America's Tangled Relationship with Saudi Arabia*. Walker and Company, New York, 2008, 321 pp.
- Owen, Roger; *State, Power and Politics in the Making of the Modern Middle East*. Routledge, New York, 2006, tercera edición, 279 pp.
- Piñón Gaytán, Francisco; *Filosofía y fenomenología del poder. Una reflexión histórico-filosófica sobre el moderno Leviatán*. Plaza y Valdés-UAM, México, 2003, 238 pp.
- Posner, Gerard; *Secrets of the Kingdom. The Inside Story of the Saudi-U.S. Connection*. Random house, New York, 2005, 253 pp.
- Ruíz Figueroa, Manuel (coord.); *El islam y Occidente desde América Latina*. El Colegio de México, México, 2007, 319 pp.
- Saikal, Amin; *Islam and the West. Conflict or Cooperation?*. Palgrave, New York, 2003, 171 pp.
- Sardar, Ziauddin y Davies Wyn, Merryl; *Inshallah. Comprender el Islam*. Intermón Oxfam, Barcelona, 2004, 165 pp.
- Sierra Kobeh, María de Lourdes; *Introducción al estudio del Medio Oriente. Del surgimiento del Islam a la repartición imperialista de la zona*. UNAM-FCPS, México, 2002, 161 pp.
- Sierra Kobeh, María de Lourdes; *La influencia del factor externo en la conformación del Medio Oriente Moderno y sobre sus relaciones internacionales*. UNAM-FCPS, México, 67 pp.
- Sierra Kobeh, María de Lourdes; *Organización y cooperación regional en el Medio Oriente*. UNAM-FCPS, México, 2000, 71 pp.
- Tollitz, N. P. (editor); *Saudi Arabia. Terrorism, U.S. Relations and Oil*. Nova Science publishers, New York, 2005, 90 pp.

Touraine, Alain; *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. FCE, México, 2003, 384 pp.

Vasapollo, Luciano y Galarza, Henrike; *Introducción a la historia y la lógica del imperialismo*. El Viejo Topo, Madrid, 2005, 270 pp.

Verstryngh, Jorge; *La guerra periférica y el Islam revolucionario*. El Viejo Topo, 2004, 174 pp.

Wallerstein, Immanuel; *Estados Unidos confronta al Mundo*. Siglo XXI Editores, México, 2005, 149 pp.

Weber, Max; *Estructuras de poder*. Ediciones Coyoacán, México, 2001, 91 pp.

Hemerografía

Borón, Atilio; “La guerra es terrorismo... institucionalizado” en *La Jornada*; ¿”Por qué nos odian”? Cuadernos de La Jornada, no. 4, septiembre –diciembre 2001, p. 33.

EF. “El riad, inmerso en cadena terrorista. Grupo de análisis recomienda eliminar a Hussein y después a los Saud”; *El Financiero*, Secc. Internacional, México, 7 de agosto de 2002, p. 30.

García R., Miguel.; “Reactiva EU plan petrolero”, *Reforma Diario*, Secc. internacional, México, 24 de noviembre de 2002, p. 22.

Klare, Michael; “Preguntándose por qué” en *La Jornada*; ¿”Por qué nos odian”? Cuadernos de La Jornada, no. 4, septiembre –diciembre 2001, p. 19.

LJ. “El control del petróleo, meta de EU para atacar el talibán, afirman rusos. Ocho de los 11 miembros de la OPEP en la lista de sospechosos de ayudar a *Al-Qaeda*”; *La Jornada*, Secc. Economía, México, 15 de octubre de 2001, p. 38.

Rice, Condolezza. “La promoción del interés nacional”; *Foreign Affairs*, en español, México, primavera 2001, volumen 1, no. 1, p. 127 -146.

Said, Edward; “Pasión colectiva” en *La Jornada*; ¿”Por qué nos odian”? Cuadernos de La Jornada, no. 4, septiembre –diciembre 2001, p. 15.

Yehya, Naief; “Cuatro décadas de planes para conquistar el petróleo árabe”, *La Jornada*, Secc. La jornada semanal, no. 432, México, 15 de junio de 2003, p. 3.

Zinn, Howard; “Causa justa, no guerra justa” en *La Jornada*; ¿”Por qué nos odian”? Cuadernos de La Jornada, no. 4, septiembre –diciembre 2001, p. 143.

Fuentes electrónicas

APS Diplomat Strategic Balance in the Middle East; “SAUDI ARABIA - US Access To Military Facilities”. APS, 17 de marzo de 2003. Consultado en <http://www.allbusiness.com/government/495481-1.html>

Arab News; “Al-Haramain Shuts 3 Offices Abroad; 4 More to Close”. *Arab News*, 16 mayo de 2003. Consultado en <http://www.arabnews.com/?page=1§ion=0&article=26227&d=16&m=5&y=2003>

BBC; “US 'anger' at Israel weapons sale; The Israeli defence ministry has confirmed that it faced questioning by Washington over arms sales to China”, 16 diciembre de 2004. Consultado en http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/4101961.stm

Ben Fishman; “The ‘Israel Lobby’: A realistic assessment”. Foreign Policy Research Institute, Washington, 2007, p.165. Consultado en <http://www.washingtoninstitute.org/opedsPDFs/47d7e8ee283f8.pdf>

Chagatai Khan; “The Safari Club – An Alternate Super Intelligence Agency”. Consultado en <http://translate.google.com/translate?hl=es&sl=en&tl=es&u=http%3A%2F%2Fpakalert.wordpress.com%2F2009%2F09%2F29%2Fthe-safari-club-an-alternate-super-intelligence-agency%2F&anno=2>

ChinaDaily; “China, Saudi Arabia forge closer relationship”. *Xinhuanet*, 24 de enero de 2006. Consultado en http://www.chinadaily.com.cn/english/doc/2006-01/24/content_515060.htm

CIA; “The World Factbook. Saudi Arabia”; consultado en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/SA.html>

Clyde R. Mark; “Israeli- United States relations”. Congressional Research Service: The Library of Congress, 2003, p. 11. Consultado en <http://www.fas.org/man/crs/IB82008.pdf>

Craig Thorn; “Egypt’s Vietnam; A case of study of Egypt’s war in Yemen 1962-1967”. Consultado en http://www.lyrisense.com/TRUTH/Egypt_Vietnam:_A_Case_Study_of_the_Yemen_War.html

David Isenberg; “The ever-growing US military footprint”. *Asia Times*, 10 de junio de 2003. Consultado en http://www.atimes.com/atimes/Middle_East/EF10Ak01.html

Deutsch Presse Agentur; “La caída del precio del crudo preocupa a la OPEP. El valor de la cesta perforó hacia abajo la barrera de los veinte dólares”. *DPA Viena*, 27 de septiembre de 2001. Consultado en <http://www.rionegro.com.ar/arch200109/e27g27.html>

Donald Neff; “U.S. Vetoes of U.N. Resolutions on Behalf of Israel”. Consultado en http://www.ifamericansknew.org/us_ints/p-neff-veto.html

Edward Said; “El choque de ignorancias”. *El País*. Consultado en http://www.elpais.com/articulo/opinion/choque/ignorancias/elpepiopi/20011016elpepiopi_7/Tes/

El Economista; “Israel pide a EU reconsiderar tema de asentamientos”, 2 de junio de 2009. Consultado en <http://eleconomista.com.mx/notas-online/internacional/2009/06/02/israel-pide-eu-reconsiderar-tema-asentamientos>

Elsa Wash; “The Prince”. *The New Yorker*, 24 de marzo de 2003. Consultado en <http://www.saudi-us-relations.org/international-relations/prince-bandar.html>

Energy Information Administration; “International Energy Outlook 2008”. Consultado en [http://www.eia.doe.gov/oiaf/ieo/pdf/0484\(2008\).pdf](http://www.eia.doe.gov/oiaf/ieo/pdf/0484(2008).pdf)

Energy Information Administration; “International Petroleum”. Consultado en <http://www.eia.doe.gov/emeu/mer/pdf/pages/sec11.pdf>

Engin I. Erdem; “The Clash of Civilizations: Revisited after September 11”. *Alternatives: Turkish journal of international relations*. Consultado en <http://www.alternativesjournal.net/volume1/number2/erdem.htm>

Franklin D. Roosevelt; “Letter From President Roosevelt to King Ibn Saud, April 5, 1945”. *Department of State Bulletin*.

Harsh V. Pant; “Saudi Arabia Woos China and India”. *The Middle East Quarterly*, Otoño de 2006. Consultado en <http://www.meforum.org/1019/saudi-arabia-woos-china-and-india>

IAEA; “Israel nuclear capabilities; Resolution adopted on 18 September 2009 during the tenth plenary meeting”. Consultado en http://www.iaea.org/About/Policy/GC/GC53/GC53Resolutions/English/gc53res-17_en.pdf

James Petras; “La tiranía de Israel sobre Estados Unidos”, 1 de febrero de 2006. Consultado en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=26238>

Jeffrey Goldberg; “The Usual Suspect”. *The New Republic*, consultado en http://www.standwithus.com/pdfs/flyers/WM_Goldberg_NewRepublic.pdf

John D. Ciorciari; “Saudi-U.S. alignment after the Six Day War”. *The Middle East Review for International Affairs*, junio de 2005. Consultado en <http://meria.idc.ac.il/journal/2005/issue2/jv9no2a1.html>

John Mearsheimer y Stephen Walt; “The Israel lobby and U.S. Foreign policy”. Harvard University and The University of Chicago, 2006, p.8. Consultado en [http://ksgnotes1.harvard.edu/Research/wpaper.nsf/rwp/RWP06-011/\\$File/rwp_06_011_walt.pdf](http://ksgnotes1.harvard.edu/Research/wpaper.nsf/rwp/RWP06-011/$File/rwp_06_011_walt.pdf)

Joseph A. Kéchichian; “Affirming the Saudi Will to Power: Domestic Challenges to King Abdullah”. *Middle East Institute*. Consultado en <http://www.mideasti.org/files/affirming-saudi-will-power-domestic-challenges-King-Abdullah.pdf>

Laura M. James; “Whose Voice? Nasser, the Arabs, and 'Sawt al-Arab' Radio”. Consultado en <http://www.tbsjournal.com/James.html>

Laurent Murawiec; “Taking Saudi Out of Arabia”. *RAND Defense Policy Board*, 10 de Julio de 2002. Consultado en http://www.unitedstatesaction.com/taking_saudi_out_of_arabia.htm

Luis Mesa Delmonte; “EEUU en el Golfo. Bases militares y sujeción política”. *Nación Árabe*, N° 47, Año XV, Verano 2002. Consultado en <http://www.nodo50.org/csca/na/na47/eeuu-golfo.pdf>

National Intelligence Council; “Global trends 2025: A transformed World”. Consultado en http://www.dni.gov/nic/PDF_2025/2025_Global_Trends_Final_Report.pdf

National Security Council; “Independent Counsel, Court Record, "U.S. Government Stipulation on Quid Pro Quos with Other Governments as Part of Contra Operation”. NSC, 6 de abril de 1989. Consultado en <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB210/index.htm>

National Security Council; “Memorandum from Oliver L. North to Robert C. McFarlane, "Fallback Plan for the Nicaraguan Resistance," TOP SECRET”. NSC, 16 de marzo de 1985. Consultado en <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB210/index.htm>

OPEC; “Annual Statistical Bulletin”. Consultado en <http://www.opec.org/library/Annual%20Statistical%20Bulletin/pdf/ASB2007.pdf>

OPEC; “World Oil Outlook 2008”. Consultado en <http://www.opec.org/library/World%20Oil%20Outlook/pdf/WOO2008.pdf>

Petroleum intelligence Weekly; “Lukoil Overseas and Saudi Aramco Signed Joint Venture Shareholders Agreement”. *PIW*, 3 de abril de 2004. Consultado en <http://www.gulfoilandgas.com/webpro1/main/mainnews.asp?id=437>

Proceedings of the 2008 Soref Symposium; “America, Israel, and the Middle East: Confronting the challenges of tomorrow”. *The Washington Institute for Near East Policy*, Washington, 2008, p. 21. Consultado en <http://www.washingtoninstitute.org/pubPDFs/SorefProceedings2008.pdf>

Reuters; “Saudi builds security force of 35,000 to guard oil”. *Reuters*, 17 de noviembre de 2007. Consultado en <http://www.reuters.com/article/idUSL1528115720071116>

Robert G. Kaise and David B. Ottaway; “U.S.-Saudi Arabia relationship fueled by 1970s oil embargo”. *The Washington Post*, 18 de febrero de 2002. Consultado en <http://community.seattletimes.nwsourc.com/archive/?date=20020218&slug=saudi18>

Saudi Arabian Airlines; “Historical Highlights”. Consultado en <http://www.saudiairlines.com/portal/site/saudiairlines/menuitem.21929f88b8f71465173ff63dc8f034a0/?vgnnextoid=df42cac168774110VgnVCM10000015e25558RCRD&vgnextoid=df42cac168774110VgnVCM10000015e25558RCRD>

Saudi-U.S. Relations Information Service; “Perspectives on Conflicts, Cooperation and Crises: A Conversation with Saudi Arabia's New Ambassador to the United States, Prince Turki al-Faisal”. *SUSRIS*, 2 de marzo de 2006. Consultado en <http://www.saudi-us-relations.org/articles/2006/interviews/060314-turki-interview-2.html>

Shlomo Shamir; “Study: Israel leads in ignoring Security Council resolutions”. *Haaretz*, 11 de octubre de 2002. Consultado en <http://www.ifamericansknew.org/stats/scr.html>

Simon Henderson; “After King Abdullah: Succession in Saudi Arabia”. *The Washington Institute for Near East Policy*. Consultado en <http://www.washingtoninstitute.org/pubPDFs/PolicyFocus96.pdf>

Stephen Zunes; “UN Resolutions being violated by countries other than Iraq”. *Znet*, 3 de octubre de 2002. Consultado en <http://www.ifamericansknew.org/stats/violations.html>

The White House; “Remarks by the President on a New Beginning”. *Office of the Press Secretary*, 4 de junio de 2004. Consultado en http://www.whitehouse.gov/the_press_office/Remarks-by-the-President-at-Cairo-University-6-04-09/

U.S. Department of Homeland Security; “US Government Documents Show 160 Saudis Flew from the US Between September 11 and September 15, 2001”. *Department of Justice*, 24 de febrero de 2004. Consultado en <http://www.judicialwatch.org/archive/2004/homelandsecurity.pdf>

U.S. Department of State; “Background Note: Saudi Arabia; U.S.–Saudi Arabian Relations”. Consultado en <http://www.state.gov/r/pa/ei/bgn/3584>

U.S. Department of State; “Second Arab Oil Embargo, 1973-1974”. Consultado en <http://www.state.gov/r/pa/ho/time/dr/96057.htm>

UN Treaty Series; “United States-Saudi Arabian Joint Commission on Economic Cooperation”. 27 de febrero 1975. Consultado en http://untreaty.un.org/unts/1_60000/28/18/00054884.pdf

Vernon Loeb y Dana Priest; “Saudis Balk at U.S. Use of Command Post; Powell Seeks Reversal of Policy; Refusal Could Delay Airstrikes at Terrorists”. *The Washington Post*, 23 de septiembre de 2001. Consultado en <http://www.encyclopedia.com/doc/1P2-460021.html>

Xinhuanet; “Líderes de China y Arabia Saudita prometen profundizar lazos y unirse para enfrentar crisis financiera”. *Xinhuanet*, 10 de febrero de 2009. Consultado en http://www.spanish.xinhuanet.com/spanish/2009-02/11/content_814726.htm

Yuval Levin; “American Aid to the Middle East: A Tragedy of Good Intentions”. Consultado en <http://www.iasps.org/strat11/strategic11.pdf>